

ALFREDO BRYCE ECHENIQUE

*Dos señoras  
conversan*

Dos señoras conversan .....	3
I.....	3
II.....	8
III.....	9
IV.....	13
V.....	17
VI.....	20
VII.....	23
VIII.....	25
IX.....	30
X.....	33
XI.....	36
XII.....	38
XIII.....	41
XIV.....	42
XV.....	43
XVI.....	45
XVII.....	46
Un sapo en el desierto.....	47
I.....	47
II.....	50
III.....	54
IV.....	61
V.....	67
VI.....	71
VII.....	76
VIII.....	79
IX.....	85
X.....	92
XI.....	98
Los grandes hombres son así. Y también así.....	100
I.....	100
II.....	104
III.....	111
IV.....	115
V.....	125
VI.....	133
VII.....	137
VIII.....	150

## *Dos señoras conversan*

*Roxana Woolcott, con su Chiara y su Paquico,  
en la Glorieta de Rubén Darío.*

*Dios se ocupa del viento,  
le dijo María a un cordero esquilado.  
L. STERNE, La triste vicisitud de las cosas.*

### I

Doña Carmela y doña Estela de Foncuberta, viudas las pobres de los hermanos Juan Bautista y Luis Pedro Carriquirrú, acostumbraban tomar la primera copita de Bristol Cream a las ocho en punto de la noche y, hacia las ocho y media, la segunda copita.

Media hora más tarde, se miraban como espantadas, y apuraban una tercera copichuela, como decía nuestro papacito, jurándose diariamente que hoy sí que sí, Estela, sí, hoy sí que sí, Carmela, ésta será la última copita de Bristol Cream que tomaremos esta noche, Estela, que era cuando Isaías, el mayordomo, entraba en la sala y les preguntaba si podía ya retirar el azafate y servirles su comida a las señoras. Sí, ése era el momento en que, día tras día y ya también año tras año, porque Juan Bautista murió hace cuatro años y el pobre de Luis Pedro, parece mentira pero van a ser ya seis años que murió el pobre de Luis Pedro...

Sí, ése era el momento en que las hermanas de Foncuberta, viudas ambas de Carriquirrú, aunque Juan Bautista en nada se parecía al pobre de Luis Pedro, Estela, le decía al mayordomo sírvanos una copita más, Isaías, y se miraban aterradas, pero lo que se dice realmente aterradas mientras se arreaban la cuarta de la noche, que ya era pecado. Después, eso sí, comían con agua y nada más y, como habían escarmentado, esperaban a que llegara prácticamente el momento de acostarse para tomar una copichuela de coñac, como nuestro papacito. Doña Carmela y doña Estela se acostaban con las campanadas de medianoche, pero con las del reloj de pie de la sala, comprado en Londres por nuestro papacito, porque el reloj de pie del vestíbulo, que fue un capricho de nuestra pobre mamá en París, cada día se atrasa más y en todo Lima ya no hay quien arregle estos tesoros de cuando éramos niñas y viajábamos cada verano con nuestro papacito a Madrid, París, Londres, Roma y...

—O es que mientes o es que estás perdiendo la memoria, Estela, porque a esas ciudades viajábamos cada dos años.

—Pero también íbamos a la Costa Azul y nos bañábamos en lindas playas.

—Pero entonces íbamos en el invierno de aquí, que era el verano de allá, y nuestro papacito dejaba pasar año y medio entre viaje y viaje.

—Y yo que creía que viajábamos a cada rato, Carmela.

—Es que todo el tiempo pasado fue mejor, Estela.

—Qué linda era Lima entonces, ¿no, Carmela?

—Preciosa. Era una ciudad real-

mente preciosa. No faltaba ni siquiera quien arreglara los relojes que nos dejó nuestro papacito, y el doctor La Torre era un gran médico.

—Un sabio... Un verdadero sabio.

Los dormitorios de doña Carmela y de doña Estela eran amplios, bastante más el de doña Carmela, y los muebles eran exactamente los mismos que los de sus residencias de San Isidro, antes de enviudar, muy distintas la una de la otra porque Juan Bautista y el

pobre de Luis Pedro, qué manera de haber hermanos tan distintos, Carmela, el cielo y la tierra, Estela...

—¿Entonces por qué dices que Dios, con toda seguridad, también tiene al pobre de Luis Pedro en su gloria?

—Yo nunca he dicho que Dios, con toda seguridad, tenga al pobre de Luis Pedro en ninguna parte. Lo que he dicho, y te lo repito, por si acaso, es que Dios, en su infinita misericordia, puede hacer milagros. Pero tú no puedes hacer milagros, Estela.

¿O acaso te crees tan buena como Dios?

—Yo sólo sé que Dios sabe que todo tiempo pasado no fue mejor siempre. Dios y el padre Káiser, con quien el pobre de Luis Pedro se confesaba también...

—"Muy" de vez en cuando; reconoce que "muy" de vez en cuando y a regañadientes, Estela.

—¿Sabes Carmela?, también yo, "muy" de vez en cuando, aunque cada vez más últimamente, siento que he perdonado a Luis Pedro...

—Al pobre "de" Luis Pedro.

—Al pobre Luis Pedro.

—Dios se apiade de ti y te perdona, Estela, porque cada vez más, últimamente, te está dando porque eres tan buena como El. "El" con mayúsculas, mujer, ¿te das cuenta de lo que pretendes?

Doña Estela y doña Carmela no leían ya antes de acostarse, porque de un tiempo a esta parte, desde Azorín exactamente, no hay un solo escritor que no le quite a una el sueño.

Habían descubierto, en cambio, que estarse las dos un buen rato, una buena media hora, dedicadas en cuerpo y alma a la limpieza de sus respectivas dentaduras postizas con productos norteamericanos -qué no nos tocaría ver en nuestra larga vida, Carmela, y pensar que hubo una vez una Lima tan linda en la que absolutamente todo se hacía con productos franceses que se vendían en la botica Inglesa, Estela- era el mejor sucedáneo del mundo para lo que antes fue la literatura.

Y desde su cuarto de baño, doña Estela escuchaba a su hermana cuando abría el caño de su lavatorio e inmediatamente la imitaba y ambas escuchaban lo que parecía ser un solo lavado de dentaduras postizas y nunca se explicaban por qué todo aquello les resultaba tan entretenido y tan relajante como Azorín, cuando sólo era un lavado de dentaduras postizas, aunque lo cierto es que desde que doña Carmela se pegó tremenda caída, sin consecuencias felizmente, pero el susto que nos pegamos no lo olvidaremos jamás, y los muy borricos de los sirvientes que se hicieron los que no oían nada a pesar de nuestros alaridos de pavor, ¡cómo olvidarlo, Carmela!, ¡eso, eso, cómo olvidarlo, Estela!, ¡jamás de los jamases, mujer!, eso, eso, Carmela, jamás de los jamases, como bien dices tú...

Como tampoco olvidaremos nunca que tuvimos que lavar de nuevo nuestras dentaduras con los productos norteamericanos para calmarnos, Estela. Lo cierto es que desde aquella noche, que pudo ser fatal porque doña Carmela se resbaló por correr medio dormida en dirección a su cama o al menos ella así lo creía, ambas hermanas regresaban al mismo tiempo y muy cuidadosamente, tras haberse avisado de baño en baño, por la ventanita interior común, un invento genial del arquitecto, Estela, que ya iba a cerrar el caño y a poner cada una su dentadura en el vaso de agua, y tras haberle avisado doña Carmela a doña Estela que inmediatamente iba a emprender el regreso a su cama contando sus pasos en voz alta, para que me sigas y me escuches y marques el paso y me oigas y me sigas por el invento genial del arquitecto, tras haberle dicho ahora, ahora es cuando, Estela, doña Carmela emprendían el uno y dos y tres y cuatro y cinco y seis y siete y ya voy por la mitad, Estela, la pobre doña Estela se aterraba siempre al llegar a la mitad del camino, más o menos, porque la voz de su hermana ya no le llegaba, aunque al cabo de un instante se calmaba al escuchar que el número diez salía por la puerta del otro dormitorio y entraba

por la del suyo, y después ya por el número doce doña Carmela enfurecía porque cada noche tú llegas antes que yo a la cama cuando soy yo la que lleva la cuenta, Estela, y doña Estela le explicaba noche tras noche que eso se debía a que tu dormitorio es más grande que el mío, Carmela, a lo cual doña Carmela agregaba furiosa ¿me estás insinuando que soy corta de entendederas, Estela?, un poco porque su hermana siempre había sido la más inteligente de las dos, siendo la menor, aunque eso nunca jamás nadie se había atrevido a sugerirlo siquiera, y otro poco porque a lo mejor la muy cretina de Estela lo que realmente le había querido sugerir y sacarle en cara era que, por ser ella la mayor, la que mandaba y la que mayor fortuna había conservado, se había escogido el más grande de los dormitorios y el que además tenía vista al parque y un baño más grande también.

—¿Me estás insinuando que soy corta de entendederas? -insistía doña Carmela, al ver que doña Estela tardaba en responderle, porque lo único que quería era dormirse aprovechando el efecto tan relajante como Azorín de la dentadura postiza recién lavada.

—Pero si la más inteligente siempre has sido tú, Carmela -respondía por fin la obediente doña Estela.

Y agregaba:- Acuérdate de que eso nos lo enseñó nuestro papacito desde que éramos chicas: tú siempre ibas a ser la más inteligente porque siempre ibas a ser la mayor de las dos.

—Lo recuerdo perfectamente, Estela.

—Qué linda era Lima entonces, ¿no?

—Preciosa. Era una ciudad realmente preciosa. Y el Paseo Colón y la Colmena, también llamada avenida don Nicolás de Piérola. Y el doctor La Torre era un gran médico.

Cuando ya estaban bien acostadas y abrigadas, volvían a pasarse la voz y entonces sí se apresuraban en desearse las buenas noches en la Lima horrible de hoy y en apagar sus lamparitas de mesa de noche y a menudo doña Carmela ni siquiera lograba contestarle a doña Estela cuando ésta le hablaba de lo linda que era Lima entonces, ¿no Carmela?, cuando Víctor Raúl Haya de la Torre, que no era pariente ni por Adán del doctor La Torre, siempre estaba preso y su partido aprista y del pueblo también siempre estaba preso o algo así que nuestro papacito creo que llamaba las catacumbas y cómo se sonreía, ¿no, Carmela?

Por toda respuesta a la pobre doña Estela le llegaba un ronquido que también, claro, podía ser suyo, y total que la averiguación la dejaba para al día siguiente pero al día siguiente jamás había oído un ronquido hacía miles de años.

Pero una noche doña Estela se sintió muy sola y perdida en este mundo porque había sonado ya la una de la mañana en el reloj de la sala y tam-

bién en el de la entrada, que cada día se atrasa más, y realmente no sabía qué hacer. El descubrimiento era atroz y jamás en la vida lograría explicarse cómo había sido capaz de acostarse, apagar la lamparita, desearse las buenas noches a su hermana, hablarle de lo lindo que era Lima entonces y meter preso a Víctor Raúl Haya de la Torre, que ni por Adán era pariente del doctor La Torre, sin darse cuenta de que se había traído nada menos que el vaso de agua con su dentadura postiza dentro. ¿En qué momento lo habré puesto ahí sobre la mesa de noche? No ataba ni desataba, doña Estela, y sobre todo no se atrevía a encender su lamparita por temor a asustar a su hermana, las dos dormimos con la puerta abierta y a Carmela, pobre, el menor ruido la despierta.

Doña Estela pensó en el timbre que le habían colocado en su mesa de noche. El timbre el timbre, pensó, y es que de noche el timbre sólo podían escucharlo los sirvientes porque sólo sonaba en sus dormitorios. Pero, ¿y si los muy borricos, como los llama Carmela, no habían desconectado las campanillas de la cocina y la repostería y se oye el timbre por todo el departamento? Bien claro les había dicho Carmela que, antes de acostarse cada noche, desconectarán las campanillas de la cocina y la repostería porque ésas sí se oían hasta el

dormitorio de su hermana y el suyo y los timbres habían sido instalados de tal manera que, durante la noche, cada una pudiera usar el suyo sin despertar a la otra y despertándolos solamente a ustedes, en caso de que yo o la señora Estela necesitemos algo a nuestra edad, ¿está claro? Pero con esta gente nunca jamás nada está claro, solía decir doña Carmela, y doña Estela realmente no se atrevía a tocar su timbre, sería atroz despertar a la pobre Carmela, me mata...

Y en la oscuridad, doña Estela, que siempre le daba gracias a Dios por lo de su buena vista a los setenta y cinco años, alcanzaba a ver el vaso con su dentadura adentro y no podía evitarlo: sentía un asco atroz, qué horror, aunque sea mi propia dentadura postiza y acabe de lavarla, ni dándole la espalda lograría dormir sabiendo que va a estar toda la noche ahí sobre la mesita de noche. El timbre el timbre, ¿toco o no toco el timbre? ¿Y si nadie ha desconectado las campanillas? ¿Y si las desconectara yo?

¿Seré yo capaz de desconectar un timbre o no? ¿Me atrevería? Luis Pedro, Luis Pedro, sollozó doña Estela, sin saber muy bien, en un primer momento, si se refería a su difunto esposo o a su único hijo.

Pero lo que realmente le hizo aplastar un llanto atroz contra la almohada fue pensar que, a lo mejor, el primero se había ido para siempre al infierno y que, a lo mejor también, el segundo se le había ido para siempre a Miami.

Mientras tanto, en el otro dormitorio, doña Carmela vivía una situación semejante y sin embargo tan diferente a la de doña Estela. También se estaba muriendo de asco al contemplar el vaso con su dentadura sobre la mesita de noche, pero sólo su asco era verdad porque el vaso se lo había traído a propósito y no por descuido.

Y si pegaba timbrazos y mataba a su hermana del susto no era porque los borricos de los sirvientes se habían olvidado de desconectar nada, no:

ellos habían desconectado como siempre las campanillas de la cocina y la repostería y ella, sí, yo, y cómo gozaba con la idea, las había vuelto a conectar. Ya ni siquiera sentía tanto asco como hace un rato y en cambio cuánto gozaba con la idea de matar a su hermana a timbrazos porque a la muy idiota le ha dado por perdonar al pobre de Luis Pedro, por sentirse tan buena como Dios, por compararse nada menos que con Dios, habrása visto cosa igual, yo la mato. Cómo gozaba la muy envidiosa de doña Carmela con la idea de matar a su hermana y acusar luego a los borricos de la servidumbre de haber tenido la culpa de todo, porque tenían la culpa de todo, y por qué no iban a tener la culpa de todo si en los tres o cuatro años que llevaban con ellas en el departamento ni siquiera habían aprendido a servirles como era debido y todo el tiempo andaban pidiendo aumento y permiso para salir un rato y no eran ni honrados ni limpios ni eternos ni agradecidos ni hasta blancos y educadísimos y de Cajamarca, que de ahí venían los mejores sirvientes, como eran los que tuvimos antes y los que antes de esos tuvimos en casa de nuestro papacito y que él había heredado del suyo porque eran tan fieles que ni se movían siquiera para que no hubiera que buscarles reemplazo y causarnos problemas...

Sí, sí: mato a mi hermana, acuso a esos borricos, y dos pájaros de un tiro, se decía doña Carmela, y llegó a gozar tanto con su idea que hasta tuvo que aplastar un ataque de risa en su almohada al pensar que era un gatillo lo que iba a apretar tantas veces cuantas personas había en el departamento.

Media hora después, doña Carmela no lograba dormirse porque simple y llanamente jamás lograría entender lo que le había ocurrido. Doña Estela, en cambio, dormía plácidamente desde que Isaías, qué tal coincidencia, Carmela, apareció corriendo a ver qué les había ocurrido a las dos señoras, porque una sola de las señoras no puede tocar el timbre tantas veces, temblor o terremoto desde luego no es, pero como si lo fuera, se dijo, y después regresó a su cuarto riéndose al pensar que habían sido dos terremotitos en un vaso de agua y que las señoras y sus copitas, cada día están peor las señoras con sus

copitas y para eso lo despiertan a uno, para que les retire un vaso de agua con su dentadura postiza adentro a cada una, ah, las señoras y sus famosas copichuelas... E Isaías se quedó dormido al poco rato sin sospechar que, tras haber desconectado él las campanillas de la cocina y la repostería, doña Carmela las volvió a conectar y, luego, por un descuido tan grande como el de la dentadura y el vaso, doña Estela las volvió a desconectar, aunque doña Estela nunca antes en su vida había conectado ni desconectado nada. Cuatro horas después, doña Carmela aún no lograba dormirse porque simple y llanamente jamás lograría entender lo que había ocurrido.

## II

El día de su muerte, de infarto en la cama de una amante, Luis Pedro Carriquirrí sonrió por fin, y es que por esas cosas de la vida y de la muerte, creyó que era su hermano, y no el médico urgentísimo, aquel hombre tan querido que acababa de situarse al pie de su último suspiro.

—Estela, hermano, no es inteligente, pero tampoco es bruta -afirmó Luis Pedro, por primera y última vez en su vida.

Lima entera se enteró de las circunstancias en que había muerto el gran tarambana de Luis Pedro Carriquirrí. Finalmente, murió como vivió, se dijo por calles y plazas, y sin embargo toda Lima asistió al entierro y agachó la cabeza con sentido dolor cuando don Gustavo Falcón y Falcón, presidente de la Sociedad Nacional Agraria, terminó su postrer adiós oficial diciendo, entre otras cosas, que el difunto había sido persona noble, generosa, y honrada. Y Lima entera abandonó el cementerio comentando algo que parecía realmente increíble: Ni la muerte había reconciliado a los hermanos Carriquirrí, pues Juan Bautista había brillado por su ausencia en el entierro de Luis Pedro.

Y el día de su muerte, al cabo de una larga dolencia, también Juan Bautista Carriquirrí sonrió por fin, y es que por esas cosas de la vida y de la muerte, creyó que era su difunto hermano, y no el sacerdote final, aquel hombre tan querido que acababa de ponerle una mano en la frente y de aliviar para siempre su atroz sufrimiento.

—Carmela, hermano, es bruta y mala -afirmó Juan Bautista Carriquirrí, por primera y última vez en su vida.

Lima entera acompañó hasta su última morada a aquel gran señor que, según don Andrés López Aldana Albornoz, presidente de la Sociedad

Nacional de Industrias, en vida había sido persona noble, generosa, y honrada, y ejemplo de trabajo y empeño en bien de la Patria. Y Lima entera se quedó para siempre sin saber que aquellos hermanos, tan distintos en todo, es cierto, se habían pasado unos cuarenta años, y más, dirigiendo en perfecto acuerdo los mismos negocios y sin dirigirse jamás una sola palabra.

Se sabía, sí, que diariamente se enviaban cartas con sus respectivos mayordomos, pues siempre vivieron en casas vecinas y sus esposas solían verse diariamente e iban juntas a todas partes. En cambio los hermanos jamás iban juntos a ninguna parte.

Llegaban a los mismos sitios y hasta tenían amigos comunes, pero éstos jamás se atrevieron a preguntarse por qué, ni cuando asistían a la misma conversación en algún salón del Club

Nacional, por ejemplo, intercambiaban palabra alguna. Es más, nadie intentó nunca que rompieran su extraño silencio y jamás se les sorprendió mirándose tampoco.

### III

Don Jacinto de Foncuberta López Aldana y doña Carmela Falcón de Foncuberta jamás lamentaron demasiado el no haber tenido hijos varones, aunque ello significaba que, al desaparecer don Jacinto, desaparecería con él, al menos en Lima, pues había los Foncuberta de Buenos Aires y los de Valparaíso, el ilustre apellido de Foncuberta. Don Jacinto era hijo único y sólo había tenido dos mujercitas: Carmela, que tenía carácter fuerte, y Estela, que era la bondad

personificada. Ambas hermanas fueron educadas en el antiguo colegio de San Pedro, aunque los varios idiomas que aprendieron bien para viajar mucho a Europa y sacarle un gran provecho, pero que en cada viaje hablaron mal y entendieron peor, los estudiaron en casa con las señoritas Scott, Stein, Stefano, y Sonalet. Toda una coincidencia de eses, decía siempre doña Carmela Falcón de Foncuberta, soltando al mismo tiempo interminables carcajadas que realmente sacaban de quicio a don Jacinto, que tan bien conocía el carácter travieso y tan poco solemne de su esposa, lo cual era terrible en las grandes ocasiones, y sobre todo en los banquetes de palacio de gobierno. Don Jacinto jamás olvidó, por ejemplo, aquel banquete en que el Presidente Benavides tenía a doña Carmela sentada a su derecha, mientras que él estaba sentado a la izquierda de doña Paquita, la esposa del Presidente, y clarito oyó cuando doña Carmela soltó lo de la coincidencia de eses obligando al Mariscal Benavides a acompañarla en su carcajada y seguro también a imaginar que lo que en realidad estaba imaginando doña Carmela era que se trataba de toda una coincidencia de heces. Don Jacinto no tuvo más remedio que tragarse momentáneamente su disgusto, pero al regresar a casa casi la mata a doña Carmela.

—A veces hasta me alegro de no haber tenido hijos hombres -le dijo-.

Me aterra el sólo pensar que habría podido heredar un carácter tan poco solemne como el tuyo. Porque lo de esta noche en palacio...

Pero eso no era verdad. Si don Jacinto llegaba a sentir incluso algún alivio, a veces, al saber que con él desaparecería el apellido de Foncuberta, era porque el mundo en que le había tocado vivir no podía durar eternamente. Demasiada injusticia, demasiada corrupción, y yo en este palacete, solía pensar don Jacinto, sobre todo los domingos por la tarde, durante las largas horas que consagraba a la lectura de los clásicos latinos y las grandes obras de la literatura universal. ¿Para qué más Foncubertas?, se decía a menudo al voltear una página de Tácito, por ejemplo, ¿para qué? Y así hasta que un día de 1953, don Jacinto de Foncuberta López Aldana anunció solemnemente que abandonaba los banquetes de palacio y la historia del Perú, toda, haciendo hincapié en "toda", absolutamente disgustado por los apoyos políticos que estaba recibiendo el General Manuel Apolinario Odría, desde su elección a la presidencia en 1950, o casi desde entonces, porque él ni siquiera había querido darse por enterado en un primer momento pero ahora no sólo se daba por enterado de todo sino que quería que el Perú entero se enterara de que él, por su parte, abandonaba la historia del Perú, y "toda", y que se me entienda, por favor.

Desde entonces, don Jacinto sólo salía los jueves por la tarde, para reunirse con su viejo amigo en el Club Nacional, y si es posible en el salón en que está mi sillón y que no entre nadie más, por favor, y los viernes, en que visitaba con su esposa a su hija Carmela y a Juan Bautista, su esposo, de siete a ocho de la noche, y luego pasaba a casa de Estela, su hija menor, donde permanecía con gran esfuerzo hasta las nueve en punto, pues cada día soportaba menos la creciente mala reputación de Luis Pedro Carriquirí.

—El mundo está cambiando lentamente -le decía a su esposa, al abandonar la casa de Luis Pedro Carriquirí y subir a su automóvil. Al mismo tiempo, le hacía una seña para que no preguntara nada ni añadiera comentario alguno a su observación, ya que Jesús Comunión padre, el chófer, no tenía por qué enterarse de que el mundo ni nada estaba

cambiando, por más lentamente que fuera. Pero no bien llegaban a casa y el mayordomo que les acababa de abrir la puerta ya no los podía oír, don Jacinto repetía y completaba, en voz alta y categóricamente, las palabras que había pronunciado al abandonar la casa del menor de sus yernos:

—El mundo está cambiando lentamente, Carmela, pero hombres como Luis Pedro Carriquirí, por más que nos duela por nuestras hijas, nuestros nietos, y nuestros consuegros, pueden precipitar ese cambio.

Después esperaba sombrío a que llegara el domingo, que era alegre por las mañanas, ya que recibía la visita de su entrañable amigo don Antenor Larrañaga, con quien tomaba el aperitivo, y más alegre todavía a la hora del almuerzo, pues llegaban sus nietos Juan Bautista y Luis Pedrín, a quiénes le encantaba darles una gran propina, ya que eran fuertes y sanos y más que primos parecían hermanos por lo bien que se habían llevado desde

niños, a pesar de lo de sus padres, en fin, por lo buenos amigos que eran desde chicos. Habían nacido con tan sólo dos meses de diferencia y estaban ya por cumplir los veinte años y eran serios y trabajadores, aunque tan diferentes en muchas cosas.

Juan Bautista estudiaba con mucho éxito economía y administración de empresas y pensaba pasar un par de años en Estados Unidos, perfeccionándose en ambas carreras. Luis Pedrín, en cambio, no había querido estudiar carrera alguna y de frente se había puesto a trabajar en una de las haciendas que tan mal llevaba su padre. En un par de años se había hecho amo y señor de esas tierras, había obtenido balances más que favorables, y había asumido por cuenta propia el control de la situación. La pasión de Juan Bautista era el polo, pero leía también mucho y era un gran aficionado al buen cine. A Luis Pedrín, en cambio, sólo le interesaban, como hobby, los automóviles de carrera, y al cine sólo iba a ver películas del oeste y de carreras de automóviles. Pero el muchacho era una joya y eso había que agradecerse a Dios.

Con el padre que tenía el pobre muchacho, con el mal ejemplo que le había tocado ver dentro y fuera de su casa. De padres cojos hijos bailarines, decía a menudo, mientras se afeitaba los domingos por la mañana, don Jacinto de Foncuberta. Doña Carmela, su esposa, solía decir en cambio que bueno, que había que ver, que algo habría tenido que ver el hecho de que ese muchacho no fuese sólo Carriquirí...

—Todos los Carriquirí, menos Luis Pedro, nuestro yerno, son la mejor gente del mundo -la interrumpía don Jacinto, interrumpiendo al mismo tiempo su matinal afeitada. Doña Carmela callaba, aunque para sus adentros se decía y se volvía a decir:

—¿Y por qué echarle siempre la culpa de todo al pobre Luis Pedro?

—¿Puedo seguirme afeitando? -la interrumpía otra vez don Jacinto, tras haberle adivinado el pensamiento.

—Por supuesto, Jacinto, yo sólo...

Pero su marido la volvía a interrumpir:

—No, no puedo seguirme afeitando.

Mientras sigas pensando que Luis Pedro Carriquirí no es el "único" culpable de "todo", y mientras sigas pensando que Carmela y Juan Bautista tuvieron algunas responsabilidades en el asunto, "no" puedo seguirme afeitando.

Inmediatamente después don Jacinto continuaba afeitándose, y es que, aunque hubiera sido muy poco solemne en las grandes ocasiones, y sobre todo en los banquetes de palacio de gobierno, como la vez aquella terrible del Mariscal Benavides y las heces, doña Carmela simple y llanamente lo adoraba y, dejando de lado sus travesuras, había nacido únicamente para darle gusto en todo, idolatrándolo además de todo.

Pero la edad y unos mareos que ni el doctor José Luis La Torre lograba explicarse, hicieron que de pronto un día doña Carmela le diera por pensar en voz alta. Qué horror, las travesuras que pensaba en voz alta doña Carmela Falcón de Foncuberta.

Ninguna era pecado, naturalmente, pero todas eran tan poco solemnes que ni con altas dosis de valeriana pudo el doctor La Torre impedir que tan noble dama convirtiera en farsa todos y cada uno de los banquetes de palacio a los que don Jacinto la había llevado. Veía pelucas postizas, escotes podridos, culos como la Central Hidroeléctrica del Cañón del Pato, tetamentas urbanizables, generales de muchos pedos por banquete, en fin, de todo veía doña Carmela y el trabajo que le costaba aguantarse la risa porque si me descubre Jacinto me mata.

Y esto era lo peor: que no la edad y los mareos, cada vez más intensos, a doña Carmela no sólo empezó a resultarle cada vez más difícil tragarse sus carcajadas, sino que además terminó creyendo que realmente estaba en los banquetes de los años 30, 40, y hasta 50, que fue cuando don Jacinto anunció solemnemente que se retiraba de los banquetes en palacio de gobierno y de la historia del Perú, toda, con hincapié en "toda".

Con más valeriana y un suavísimo fármaco, lo único que logró el pobre doctor La Torre fue que doña Carmela Falcó de Foncuberta se ensimismara casi por completo y que sólo saliera de su mutismo para caer en premoniciones tristísimas, sobre todo los

domingos por la mañana, al volver de su misa y comunión en la iglesia de San Pedro. Y todo continuó por ese camino hasta que fue el propio don Eduardo La Torre quien, por cosas de la edad y del reciente fallecimiento de su esposa, ya muy mayor también, empezó a sacar completamente de quicio a don Jacinto de Foncuberta, pues cada vez más estallaba en carcajadas cuando venía a visitar a su paciente y empezaba a recordar los increíbles banquetes en palacio de gobierno con semejante coincidencia de heces y cosas por el estilo Scott, Stein, Stefano y Sonalet. Al principio, don Jacinto pensó que se trataba de algún nuevo método, o último recurso, que el doctor La Torre empleaba para sacar a doña Carmela de sus largos silencios y tristísimas premoniciones, pero al cabo de unas semanas comprendió que se trataba más bien de todo lo contrario, de un contagio del médico por la paciente o algo así, muy extraño. Entonces don Jacinto no tuvo más remedio que despedirse, con muchísima pena y muy pocas palabras, de quien durante décadas había sido médico de cabecera de toda una familia.

—Usted sabe cuánto quiero yo a mi esposa, don José Luis, pero mejor es que la deje usted ensimismada.

—Lo que usted diga, don Jacinto, lo que usted diga, pero reconozcámoslo: no debió usted abandonar tan pronto la historia del Perú; o en todo caso, debió abandonarla poco a poco, paulatinamente, sin que ello mermara de esta manera el espíritu de doña Carmela. Perdóneme, don Jacinto, pero doña Carmela se divertía en los banquetes de palacio, le gustaba tanto ese teatro del mundo, le sacaba tal partido a cada detalle, a cada persona, a cada general, a cada embajador...

—Basta ya, don José Luis, basta de historia del Perú, por favor.

Sabe usted perfectamente bien que yo hice hincapié en "toda", cuando me retiré. En "toda", mi querido don José Luis.

Después fallecieron todos en línea recta, tal como lo anunció doña Carmela Falcón de Foncuberta, en una de sus tristísimas premoniciones:

—Morirá primero el más viejo y uno tras otro nos iremos muriendo todos después, por la pena infinita del muerto anterior. Salvo en mi caso, por ser yo la menor de todos, será una línea muy recta que se detendrá a esperar en la puerta de mis hijas y de mis yernos. De mis nietos, en cambio, poco o nada es lo que puedo decir, pero, eso sí, les aseguro que ya no morirán en el Perú. No sé, pero presiento que morirán en inglés.

—Carmela -le acarició la frente don Jacinto. Y repitió-: Carmela.

—No debiste haber abandonado la historia del Perú, toda -le dijo ella, haciendo un enorme esfuerzo para animarse un poco y acariciarle algo, pero no tenía fuerzas para alzar el brazo y lo que agregó no sólo fue más triste sino que además sonó terriblemente

profético-: Jamás debiste hacer hincapié en "toda". No se debe hacer hincapié en "nada" cuando se tiene hijos y nietos.

Don Jacinto Foncuberta López Aldana murió porque era el más viejo de todos, o sea que en línea recta lo siguieron el doctor José Luis La Torre, don Antenor Larrañaga y don Juan Luis Mendívil, el viejo y dilecto amigo con quien don Jacinto se reunía los jueves en el Club Nacional, tras haber abandonado la historia con hincapié.

—Pobre Jacinto, lo tuve que dejar solo en el cielo casi dos años y medio -fueron las últimas, muy sonrientes palabras de doña Carmela Falcón de Foncuberta-, por ser la menor.

## IV

Juan Bautista y Luis Pedrín asistieron a muchos entierros de gente noble, generosa, honrada, y ejemplo de trabajo y empeño en bien de la patria.

Muy a menudo, era el presidente de la Sociedad Nacional Agraria quien decía estas palabras, y entonces Juan Bautista alzaba los ojos y miraba a Luis Pedrín y pensaba con orgullo y alegría que algún día su primo y gran amigo pronunciaría palabras así. Y al revés, cuando algún banquero o empresario o el presidente de la Sociedad

Nacional de Industrias hablaba en un entierro de trabajo y empeño en bien de la patria, era Luis Pedrín quien alzaba los ojos para mirar con optimismo y confianza a su mejor amigo, su primo tan querido. Los "Primados", era el apodo con que Lima entera conocía a estos dos muchachones tan distintos de carácter y de aspecto, y sin embargo realmente inseparables.

Era una amistad de primos hermanos que había empezado en la infancia, en los juegos de niños vigilados por amas devotas y atentas y supervigilados por doña Carmela y doña Estela. Jugaban, sobre todo, en el jardín de casa de Juan Bautista, tal vez porque a veces en casa de Luis Pedrín se escuchaban gritos de un hombre que parecía estar furioso, que parecía estar loco, que parecía estar completamente borracho, y al que nunca llegaban a ver porque los niños no llegan a ver nunca esas cosas hasta que por fin un día es peor que si las hubieran visto. Por eso era mejor, más prudente, que las carreras con automóviles de juguete y el aeromodelismo y el badmington lo jugaran siempre en casa de Juan Bautista. Y que después, al llegar la educación secundaria, fueran las calles del barrio más alejadas de ambas casas las que prefirieran para reunirse a fumar los primeros cigarrillos y hablar de las primeras chicas.

Por esas calles nunca regresaba

borracho y furioso, realmente enloquecido, el padre de Luis Pedrín.

Y ya en plena edad de chicas y primeros amores, Luis Pedrín tuvo un primer amor, que sería también el último de su vida, mientras que Juan Bautista se burlaba de su queridísimo primo, gordo, platónico y tímido, con el mayor cariño del mundo, eso sí.

Cada vez que Luis Pedrín hablaba de una chica llamada Susana Mendizábal, tengo que tener paciencia, primo, tú bien sabes, ya caerá, el que la sigue la consigue, Juan Bautista le contestaba charlatanamente con la historia de sus ocho primeros amores, uno de los cuales me debe estar esperando hace ya una hora o más, primo, ¿y a ti, primo, te espera esa tal Susana?

—Creo que soy ligeramente esperado, primo -se burlaba de sí mismo y de su suerte el gordo, platónico, y tímido Luis Pedrín.

Los Primados convirtieron los domingos en una verdadera institución, a menudo llena de silencio y de respeto mutuo, y que, sin duda alguna, estaba destinada a durar más allá del matrimonio de ambos, el día aún improbable en que Juan Bautista se decidiera a sentar cabeza, y el día aún improbable también en que Susana Mendizábal aceptara por fin una invitación al cine del pesado ese del gordo Carriquirrí. Luis Pedrín regresaba de trabajar en la hacienda de Cañete e inmediatamente marcaba el número de Susana. Lo había empezado a marcar dos años atrás, al terminar el colegio, y hasta ahora la chica jamás había estado en casa a esa hora y tampoco iba a volver a su casa hasta sabe Dios qué hora. Entonces él se tumbaba en la cama y empezaba a esperar esa hora sin esperanza porque el que la sigue la consigue. Y así terminaba su día sábado, mientras que para su primo Juan Bautista un sábado era día de esta fiesta y la otra y de estas chicas o las otras y con cualquier de ellas quedaba para el día siguiente, pero después de matiné, porque los

domingos hasta las seis de la tarde son de mi primo Luis Pedrín.

Y los domingos iban juntos a misa de doce, en la parroquia de San Felipe, y después se iban al bar Berisso a comerse unas empanadas y tomarse un par de gin tonics. Manejaba Luis Pedrín y prácticamente no se dirigían la palabra. Ni los libros que había leído durante la semana, ni las buenas películas que había visto, ni los estudios de economía o administración de empresas, ni mucho menos los ocho primeros amores de Juan Bautista le interesaban a Luis Pedrín, y para qué contarle a mi primo que ayer batí nuevamente mi récord de velocidad de Cañete a Lima y que después, cuando llamé a Susana Mendizábal para contárselo, Susana no iba a volver a su casa hasta sabe Dios qué hora, pero el que la sigue la consigue, primo.

Del Berisso regresaban los Primados a almorzar en sus respectivas casas y luego, a las tres en punto, volvían a reunirse para ir a matiné.

Siempre escogió la película Luis Pedrín y siempre fue una del oeste o una de carreras de automóviles. Iban mudos, y Juan Bautista disfrutaba muchísimo al ver lo mucho que disfrutaba su primo con esas películas que tanto le aburrían a él. Pero era como un pacto y, en realidad, ahí no se aburría nadie porque el cariño triunfaba sobre cualquier otro sentimiento y era tan hermosa la amistad y era tan hermosa la lealtad y es tan divertido parecer dos amigos viejos y saber que seremos siempre dos viejos amigos y que de alguna manera todo esto debe hacer felices a nuestros pobres padres, ¿por qué será, por qué será que lo de ellos no tiene remedio?, ¿por qué son irreconciliables si en todo trabajan juntos y seguro que jamás ninguno de los dos ha pedido cuentas de nada al otro ni ha sospechado jamás de nada?

Juan Bautista y Luis Pedrín jamás habían oído hablar a sus padres.

La infancia en un jardín, con los carritos de carrera y el avioncito inolvidable del aeromodelismo, se dio muchas veces en presencia de doña Estela y doña Carmela, pero jamás aparecieron por ahí sus padres. Y, a veces, en la oscuridad del cine o en el bullicio dominguero del Berisso, los dos muchachos escuchaban de golpe un silencio que venía desde sus propias casas y que parecía reunirse de manera triste con otro silencio que les dolía en los brazos y en el pecho y que ellos sabían reconocer siempre en la mirada del otro. Por eso, sin duda alguna por eso, Juan Bautista le relegaba siempre los domingos hasta las seis de la tarde a su primo, y por eso también Luis Pedrín le regalaba

el atardecer y la noche del domingo a Juan Bautista. Uno veía la película que le gustaba al otro, y el otro lo dejaba irse a su primo donde sus ocho primeros amores y los que siguieron y los que lo siguieron hasta que se fue a los Estados Unidos a realizar estudios de perfeccionamiento. Jamás le dijo Luis Pedrín a su primo que el atardecer y la noche de los domingos eran particularmente tristes porque Susana Mendizábal tampoco iba a volver a su casa hasta sabe Dios qué

hora y que mañana por la mañana, primo, regreso a la hacienda con las manos vacías y probablemente con un estúpido récord de velocidad

Lima-Cañete.

Para el último domingo, el que precedía a su partida a los Estados Unidos, Juan Bautista le propuso a Luis Pedrín repetir el origen de todos los domingos, volver a esos tiempos de infancia en que, por la mañana, Jesús Comunción hijo los llevaba a pasear en auto y ellos se sentaban como dos viejos en el asiento de atrás y escuchaban infaliblemente el mismo programa de música criolla en la radio del automóvil. Recorrían calles de la vieja Lima, visitaban la quinta Heeren, y Jesús Comunción hijo les explicaba que, para música criolla, nadie como Felipe Pinglo, nadie como ese sastre que, enamorado de una mujer de alcurnia —Juan Bautista y Luis Pedrín se miraron sonrientes al escuchar la palabra "alcurnia" salida de boca del negro Jesús Comunción hijo—, compuso el inmortal "valse" —Luis Pedrín y Juan Bautista se miraron sonrientes al escuchar la palabra "valse"—, "El plebeyo", aquel que decía que el amor siendo humano, tiene algo de divino, y que la gente

toda debía ser de igual valor y después se lo preguntaba a Dios y todo y Dios no contestaba, niños, pero en cambio sí don Felipe Pinglo Alva, porque ése sí que componía vales como los propios dioses.

Y después el automóvil seguía por los Barrios Altos y a ellos les encantaba la vieja Lima y les gustaba que Jesús Comunción hijo los llevara también al Rímac y a la Alameda de los Descalzos y si el tiempo alcanzaba, también al barrio negro de la Victoria, donde habían vivido Jesús Comunción padre y yo, niños, y donde no tarda en dar a luz mi señora esposa a Jesús Comunción nieto, que a lo mejor algún día les maneja a ustedes el carro tan bien como mi padre le maneja el suyo a don Jacinto y a doña Carmela y yo a don Juan Bautista y a su señora madre, niño Juan Bautista, y miren ustedes mi barrio de la Victoria y ellos miraron y después se miraron, pero no sonrientes, y es que era tal la cantidad de plebeyos por las calles que mejor era regresar ya a San Isidro.

Y ahí en el camino de regreso sí que volvieron a mirarse sonrientes porque al pasar por un colegio en construcción Jesús Comunción hijo les dijo que se llamaba colegio Emilia Nostalgia y ellos clarito vieron un letrero que decía colegio Emilia Nostalgia. Y ahora, diez años más tarde, al pasar por el mismo colegio Jesús Comunción hijo les preguntó si recordaban que de niños habían pasado delante del colegio Nostalgia cuando empezaban recién a construirlo y después al llegar a la Victoria les dijo este barrio, jóvenes, ya no es lo que era, mucha gente mala está llegando y ellos se miraron sonrientes porque en algún burdel de la Victoria habían hecho el amor por primera vez con dos mulatas y entre tantos plebeyos aunque tal vez no tantos como los que estaban viendo ahora...

—Jesús -le dijo Juan Bautista al chófer-, llévanos al Berisso y ponga este cassette, por favor. En el lado A está "El Plebeyo", el vals ese que a usted le gusta.

Era el último domingo. Pero, como siempre, los Primados se despidieron no bien regresaron del cine a sus respectivas casas. Al bajar del auto, Juan Bautista le dijo a su primo que le iba a faltar tiempo para despedirse de tanta chicoca. Después pensó que había metido la pata.

—Primo -añadió-: ¿y qué tal si no me despido de nadie y nos vamos a ver a Susana Mendizábal?

—No está en su casa, primo.

—¿Cómo sabes, si todavía no la has llamado?

—Lo sé porque lo sé.

—Me cago, primo, pero...

—Déjame a mí, primo, ya verás: el que la sigue la consigue.

—Increíble, primo: me voy a Estados Unidos sin siquiera haberle visto la cara a Susana Mendizábal.

Luis Pedrín entró a su casa pensando en el colegio Nostalgia de Jesús Comunción hijo. Iba a marcar el número de Susana Mendizábal, pero prefirió dejarlo para otra oportunidad. Y al día siguiente iba a batir nuevamente el récord de velocidad

entre Lima y Cañete, pero también prefirió dejarlo para otra oportunidad. Se le había quedado profundamente grabada la conversación entre su madre y su tía Carmela. Su vieja y la de Juan Bautista estaban sentadas en el salón del piano cuando él entró a la casa. La partida de su primo era sin duda alguna el origen de esa conversación.

—Juan Bautista sí que es afortunado en el amor. Luis Pedrín, en cambio, no. No es correspondido, Carmela.

—¿Te tengo que repetir una vez más, Estela, que en esta casa, y en la tuya, y en todas partes, está prohibido hablar de amor?

—Yo sólo quería que habláramos de nuestros hijos.

—El amor, Estela, hace profundamente desgraciados a los seres humanos.

—Pero si el amor es entrega y renunciamento...

—Entonces renuncia para siempre a hablar del tema y hablemos sólo de nuestros hijos, Estela. Qué hijos tan únicos, ¿no?

—Bueno, Carmela, es que son hijos únicos.

—¿Me estás insinuando que soy corta de entendederas?

—Pero si la más inteligente siempre has sido tú, Carmela. Acuérdate que eso nos lo enseñó nuestro papacito desde que éramos chicas: tú siempre ibas a ser la más inteligente porque siempre ibas a ser la mayor de las dos...

## V

Juan Bautista regresó de los Estados Unidos con más diplomas de lo necesario, según su padre, y con tal cantidad de ideas y proyectos en la cabeza que realmente era necesario frenarlo un poco de vez en cuando. Y, en cuanto a lo de las chicas, en nada había cambiado. Se trajo un impresionante álbum lleno de fotografías de chicas realmente impresionantes. Era, sin duda, gran amigo de sus amigos, pero esa virtud se desdoblaba en el mayor de sus defectos: la altanería.

Y precisamente la última gran bofetada que le dio su padre, teniendo el muchacho ya veintitrés años, fue cuando le oyó decir, delante de demasiada gente, que no era culpa suya sino de su gran estatura el que mirara a medio mundo para abajo.

Luis Pedrín también era muy alto, pero en cambio era bastante gordo y callado. Solía pasarse fiestas enteras mirando a la misma muchacha que, año tras año, lo volvía a reconocer en un baile de disfraces, le repetía que ni disfrazado de rey Midas bailarían con él, y le daba la espalda de la forma más hiriente del mundo. Era la misma triste historia que había empezado cuando los Primados tenían quince años, pero Luis Pedrín jamás se quejaba y seguía mirando a la muchacha, fiesta tras fiesta y año tras año, hasta que llegó aquel carnaval del 63 en que Luis Pedrín se presentó disfrazado de rey Midas en el casino de Ancón, porque el que la sigue la consigue. Y estaba cruzando la sala de baile par acercarse a una Mata Hari con antifaz, cuando ésta se le anticipó y le salió al encuentro en el punto más visible, iluminado, y concurrido de todo el casino.

—¿Conque me reconociste de nuevo, no? -la chica no hablaba, gritaba; Conque el rey Midas, no? ¡Pues quiero que sepas, Luis Pedrín Carriquirrí de Foncuberta!, ¡quiero que sepas, en primer lugar, que a ti deberían llamarte Luis Pedrón, por pesado, y, en segundo lugar, entérate de una vez por todas que mientras vivas Susana Mendizábal jamás bailaré contigo!

—Que toque la orquesta -dijo alguien, pero hasta la orquesta parecía haberse quedado paralizada con los gritos de la chica. Y la chica se había arrancado el antifaz y había petrificado su gesto de rabia y desprecio en las narices de un pobre rey Midas paralítico y bobo.

—"Pero sigue siendo el rey..."

-entonó a medias un bromista, sin mayor éxito.

—¡Y lo será mientras viva! -gritó un James Bond perfecto, salvo por el antifaz, que se abrió paso entre centenares de disfraces, golpeando como quien no quiere la cosa la plaquita de oro que llevaba en el ojal del clavel, hasta que se detuvo en la nariz respingada de odio de Susana Mendizábal.

—Lee lo que dice aquí, Mendizábal -le dijo, golpeando por última vez la plaquita de oro con un Chesterfield con filtro.

—Dices que tienes licencia para matar, James Bond, pero eso se lo sabe hasta mi abuelita -le soltó Susana al nuevo contrincante. Y hasta creció o se empinó o sabe Dios qué, de rabia. Lo cierto es que jamás se había visto una nariz tan altamente respingada de odio en el casino de Ancón.

Pero a Susana Mendizábal jamás se le ocurrió que este James Bond había nacido para matar a Susana Mendizábal en el carnaval de Ancón de 1963, y como que se le derritió la rabia y también el odio y por último la nariz cuando Juan Bautista Carriquirrí, que acababa de regresar de los Estados Unidos al cabo de un par de años, se arrancó el antifaz con un gesto tan seco, seguro y automático como la pistola del agente 007. La primera película de James Bond acababa de llegar a Lima, y la verdad es que todo se esperaba la pobre Susana

Mendizábal menos que un muchacho muchísimo mejor que James Bond acabara de llegar a Lima también.

—¿Y me vas a matar? -le preguntó, con la nariz ya en su sitio, deliciosamente respingona, en todo caso, y con una tristeza tan tierna y sensual como la letra de un gran bolero en el Caribe y la crónica de una muerte anunciada en el trópico colombiano.

Todo a la vez, además.

—Yo sólo mato a hombres -le respondió James Carriquirrí, mirando al carnaval entero de Ancón para abajo, y agregando-: ¿Hay hermanos tuyos aquí?

—Sólo tiene una hermana menor, primo -intervino el rey Midas, con una tristeza nada más que muy triste.

—Te la bailo yo, entonces, primo -soltó 007 Carriquirrí, mirando hacia donde estaba la orquesta, allá arriba del estrado, aunque él la miró para abajo, estirando al mismo tiempo los brazos hacia la Susana Mendizábal de muy abajo que se iba a bailar.

—Primo, te ruego que no seas grosero -volvió a intervenir el rey Midas, desde el nudo de una garganta gorda de dolor.

—Una sola vez, primo.

—Primo, te estoy rogando que no seas grosero. Por favor, no hagas que me quite la máscara.

Juan Bautista había alzado ya los brazos para bailarse a Susana Mendizábal, que también había alzado ya los brazos, pero como para bailar con él para toda la vida, o más bien hasta la muerte. Y después vino aquel instante interminable en que todo cambió en la vida de los Primados y de Susana Mendizábal. Ella fue la primera en comprenderlo todo, la primera en notar que algo tan doloroso como inesperado le estaba ocurriendo a Juan Bautista Carriquirrí. Era algo muy extraño.

Era...

Era como si de pronto James Bond

se hubiese descubierto un temperamento suicida. Era algo por el estilo y ella se lo leyó en los ojos y en el temblor imposible de dos brazos que ahora, de golpe, parecían rogarle algo sin sentido a un ser desconocido, a la vida misma y a la suerte, porque lo que esos brazos y esa mirada estaban pidiendo cada vez más claramente era el permiso para bailar con ella siquiera una sola vez en esta perra vida. Pero la orquesta no tocaba y los ojos de centenares de máscaras y antifaces continuaban esperando aquel desenlace que nunca lograrían entender porque nada tenía que ver con la escena que acababan de ver sino con la herida invisible que se había abierto brutalmente en el alma de Juan Bautista, a quien ella también había empezado de golpe a querer de una manera nueva, como dolorosa e infinitamente, como a un hombre sin suerte y a un niño indefenso, como al muchacho que acababa de descubrir con profundo desconcierto que era también un monstruo de bondad.

—Luis Pedrín -dijo Susana, entonces-, te ruego que me perdones; realmente te ruego que me perdones y que le permitas a Juan Bautista bailar conmigo. Perdóname, por favor, y...

Pero Juan Bautista se anticipó, ahora que por fin ya lo había comprendido todo.

—Hace rato que Luis Pedrín nos ha perdonado, Susana. Y ahora eres tú la que tiene que perdonarme a mí, pero es que "ya" no puedo bailar contigo. Ni mi primo ni yo podremos bailar ya nunca más contigo, Susana.

Perdónanos a los dos.

—Te ruego que bailes, primo -dijo entonces el rey Midas, quitándose por fin la máscara y logrando apenas que sus palabras atravesaran el nudo de dolor de haberlo comprendido todo de golpe.

Juan Bautista titubeó, miró primero a su primo, después a Susana, y estaba por dar un paso adelante para bailar siquiera una vez en la vida con la primera mujer que había amado

realmente en su vida, pero Susana Mendizábal le había tendido ya una mano al hombre que tanto había aprendido a querer en un instante realmente interminable ya para siempre.

—No saben cuánto me hubiera gustado bailar con los dos -dijo-, pero es mejor que se vayan ya.

Centenares de disfraces parecían haber estado esperando para aplaudir o algo así. Ahora se alejaban desconcertados, sin entender nada, con las máscaras titubeantes, pensativas, o simplemente desconcertadas. Susana Mendizábal parecía buscar ansiosamente el refugio de una amiga o de algún familiar y se había puesto nuevamente el antifaz, pero ahora sólo para esconder las lágrimas del último carnaval de su vida. Y una inolvidable canción de moda se alejaba dolorosamente de los Primados Juan Bautista y Luis Pedrín Carriquirí, a medida que avanzaban por el malecón y miraban al mar y con el recuerdo regresaban abruptamente al lecho de muerte en que la abuela Carmela, saliendo de un largo ensimismamiento, abrió muy grandes ojos y les soltó la gran verdad

que esta noche, mientras abandonaban el balneario de Ancón y se dirigían a Lima, retornaba a sus oídos con la voz clara y genuina de una profecía.

—Jamás se enamoren de una misma mujer -les dijo-, y ellos sonrieron y le preguntaron por qué abuelita.

Sus padres se habían enamorado los dos de Carmela y la pobre de Estela se había enamorado profundamente de Luis Pedro. Ninguno debió casarse en semejantes circunstancias. Sí, eso hubiera sido lo mejor. Lo lógico y lo mejor para todos. Porque Estela jamás debió casarse con un hombre que no la quería y que, por desesperación, había empezado a beber y a frecuentar a otras mujeres. Pero Juan Bautista y Carmela la empujaron, creyendo que de esa manera Luis Pedro enmendaría rumbo. Pero el pobre de Luis Pedro no enmendó nada y terminó convertido en el pobre de Luis Pedro. Y el resto ya lo saben ustedes.

Al llegar a Lima, y sólo por completar la noche, Luis Pedrín volteó a mirar a su primo, y a decirle:

—Si quieres me caso con la hermana menor de Susana, y a partir de mañana empezamos a escribirnos cartitas de negocios.

—Vete a la mierda, primo -le dijo Juan Bautista.

—Sí, primo. Eso será lo mejor.

Gracias.

## VI

—¿Me estás insinuando que soy corta de entendederas?

—Pero si la más inteligente has sido siempre tú, Carmela. Acuérdate que eso nos lo enseñó nuestro papacito desde que éramos chicas: tú siempre ibas a ser la más inteligente porque siempre ibas a ser la mayor de las dos.

—Lo recuerdo perfectamente, Estela.

—Qué bonita era Lima entonces, ¿no? Nuestro pobre papacito y nuestra pobre mamá...

—Y Juan Bautista y el pobre de Luis Pedro, nuestros esposos...

—El Señor los tenga en su gloria.

—El Señor, con toda seguridad, tiene en su gloria a Juan Bautista.

Pero...

—¿Pero?

—Un pero, nada más. Nada más que un pero, tonta.

—Bueno, pero qué linda era Lima entonces, ¿no, Carmela?

—Preciosa. Era una ciudad realmente preciosa. Y había gente para arreglar todos nuestros relojes. Y el doctor La Torre no era pariente del partido aprista y era un gran médico.

—Bueno, no era pariente de Haya de la Torre, que fundó ese partido.

—Y además la gente era toda tan buena y había japoneses para arreglar los relojes de París y de Londres, que solían ser suizos.

—Hasta los militares del 68, nada más. Desde entonces, Carmela, los evangelios por los suelos.

—Y nosotras pisoteadas.

—Pero siempre debe haber gente buena por ahí... ¿no crees tú que si saliéramos a buscarla?

—Hazme caso a mí, Estela: la gente buena se ha muerto o se ha ido ya.

—¿Y tú crees que Foncuberta y Carriquirrí no volverán más?

—Déjalos tranquilos en Miami, Estela.

Foncuberta y Carriquirrí eran Juan Bautista y Luis Pedrín. Sin embargo, cuando hablaban de ellos, doña Carmela y doña Estela jamás empleaban sus nombres de pila. Esto se debía, sin duda alguna, a que preferían olvidar, si es que eso se puede llegar a olvidar, que Luis Pedrín era hijo de su padre, y no tanto por el pobre de Luis Pedro, sobre todo en el caso de doña Estela, sino por el pobre Luis Pedrín, que tan mala suerte había tenido con semejante padre. Y se debía también a muchas cosas más. Llamarle Foncuberta a Luis Pedrín era, de cierta manera, haber tenido ese hermano que doña Carmela y doña Estela nunca tuvieron, a lo mejor por lo delgado que era nuestro papacito, aunque eso no prueba nada que nosotras sepamos, y era darle a su papacito aquel hijo que, por más que el pobrecito disimulaba, tanta pena le dio no haber tenido, y era también mantener vivo en el Perú aquel gran apellido que realmente había empezado a extinguirse con lo flaco que era su papacito, porque Lima

entera las había llamado siempre señoras de Carriquirrí y no las señoras de Foncuberta de Carriquirrí, como ellas siempre decían y ponían en sus tarjetas de visita para velorios, aunque sus hijos afirmaban que habían confirmado que eso de Foncuberta de Carriquirrí, por más ilustre que sea, ya no lo es mamá y resulta larguísimo y totalmente incomprensible más allá de la esquina de casa, mamá, y además imagínate lo que sería tener que explicar tremendo apellidón en el aeropuerto de Nueva York o Miami, te registran mucho más el equipaje, mamá.

Llamarle Carriquirrí a Juan Bautista era, por un lado, una pequeña manifestación del carácter de doña Carmela, que, a diferencia de su esposo, jamás reconoció el gran error que

ella y su esposo cometieron al empujar a sus pobres hermanos a un matrimonio que nunca debió realizarse.

Porque doña Carmela seguía sin reconocer su error. Y seguiría sin reconocerlo aunque su hermana jamás había culpado a nadie de nada pero eso es porque a cada rato le da por compararse con Dios últimamente, habrása visto semejante cosa, llegando al extremo, yo la mato, de sentirse capaz de infinita misericordia y de comprender en el fondo al pobre diablo de Luis Pedro, que nos llenó de deudas con sus locuras, y lo que es peor, hasta de perdonar a ese pobre imbécil en el fondo, sí, porque a esta pobre idiota le ha dado por pasarse media vida en el fondo, ah, la mataría, sí, a veces me siento capaz de matarla cuando se instala en el fondo y empieza a perdonar al mundo entero con infinita misericordia y una vocecita de mosca muerta, ah, la mataría, Señor, perdóname, pero castígala a ella por sentirse tan buena como Tú y porque sólo Tú en tu infinita misericordia, la única que hay, aunque esta ridícula pretende que hay más o que hay otra o no sé qué, sólo Tú podrías, siempre y cuando quieras, por supuesto, haber perdonado al pobre de Luis Pedro que, no debes olvidar, por si acaso, murió en la cama de una amante, en fin, Tú sabrás mejor que nadie, Señor...

Por otro lado, llamarle Carriquirrí a Juan Bautista era algo tan agradable como volver a la Lima de antes, una ciudad realmente preciosa y el doctor La Torre era un gran médico en los días felices para todos, bueno, ya veremos cómo casamos a Estela con Luis Pedro, Juan Bautista, claro, eso es lo que tenemos que hacer, en los días maravillosos y felices en que los dos apellidos ilustres se unieron y crearon el mundo que nunca se iba a acabar de los Carriquirrí y los de Foncuberta, pero que se acabó primero con la muerte de mi papacito y después se acabó con las deudas que dejó el pobre de Luis Pedro en la cama de una amante y después se volvió a acabar más todavía con la muerte de mi adorado Juan Bautista, aunque al final le había dado por no hablarme casi, eso ya Te lo explicaré Dios, Dios mío, porque no es mi intención importunarte ahora ni nunca, sólo contarte lo de Estela en el fondo, y después se volvió a acabar y mucho más de lo que uno se habría podido imaginar jamás con la partida de Carriquirrí y Luis Pedrín a Miami en Key Biscayne o no sé si es al revés o no es así pero es en Estados Unidos, eso sí, dejándonos en este departamento mientras ellos empezaban de nuevo allá porque en el Perú ya no

se puede empezar ni nada, más bien hay que liquidarlo todo, mamá, comprende, ni tú ni mi tía Estela necesitan ya de casas tan grandes, tenemos que venderlas, además, mamá, ya te lo he explicado mil veces, mejor liquidarlo todo al menos por ahora, y además vas a vivir con mi tía Estela en un departamento superlindo y nada les faltará y en cambio la vida en Miami es tan distinta que ni tú ni mi tía Estela se acostumbrarían nunca y claro que vendré a verte, mamá, por supuesto que vendremos, mamá, Luis Pedrín y yo vendremos, mamá, entiende, por favor, y qué te ha dado por decir que últimamente casi no te dirijo la palabra, mamá, Luis Pedrín y yo estamos ocupadísimos, mamá, tenemos un millón de cosas por liquidar, un millón de problemas y las haciendas hace siglos que te lo expliqué, mamá, son irrecuperables, la reforma agraria ya es cosa de otro siglo, pero ya verás qué lindo departamento les vamos a comprar, mamá, porque en Miami ustedes jamás se acostumbrarían, allá ni siquiera tendrías servidumbre.

Ah, los días tan felices de los Carriquirrí y los de Foncuberta y una servidumbre como la que tuvimos en aquellos tiempos, gente que se moría con una y que ni mentía ni robaba jamás y que una podía seleccionar, además, gente como la de Cajamarca, por ejemplo, que hasta era blancona y limpiísima y eterna y mira tú, Estela, gente que hasta era honorable, a veces.

—¿Tú has visto alguna vez el mapa de Cajamarca, Carmela?

—No, en el Perú sí lo recuerdo bastante bien, porque Argentina no quedaba nada lejos, pero, la verdad, Cajamarca...

—Yo recuerdo que había unos baños del Inca.  
—Claro, y por eso es que era gente muy limpia.  
—Pero eran unos baños termales y eran del Inca, Carmela.  
—Pero muerto el último Inca, está reueteclaro que dejaron de ser del Inca, tonta.  
—Pero siguieron siendo termales, Carmela.  
—¿Me estás insinuando que soy corta de entendederas?  
—Pero si la más inteligente siempre has sido tú, Carmela. Acuérdate que eso nos lo enseñó nuestro papacito desde que éramos muy chicas:  
tú siempre ibas a ser la más inteligente porque siempre ibas a ser la mayor de las dos.  
—Nuestro pobre papacito... El sí que era la justicia personificada.  
—Y Lima... Y Cajamarca...  
—Cállate ya, idiota.

## VII

—¿Y a ti qué te habría gustado ser en la vida, Carmela?

—Perro fino... Sí... Perro fino en París.

—¿Lo dices en serio?

—Muy en serio, Estela. Y es que creo que, a los setenta y ocho años de edad, una tiene el derecho de revisar su vida entera y de llegar a esa conclusión: perro fino en París.

—Pero, ¿y nuestro papacito, y nuestra pobre mamá? ¿Y Juan Bautista y Carriquirrí?

—Ya te lo he explicado mil veces antes, Estela: a lo que me estoy refiriendo yo es a mi vida entera. Si me hubieras preguntado eso hace unos diez años, o antes de que muriera Juan Bautista, o incluso antes de que nos mudáramos a este departamento, te habría contestado que Carmela de Foncuberta de Carriquirrí no se habría cambiado por nada ni nadie en este mundo. Pero hoy las cosas son muy distintas, Estela. Eso salta a la vista, ¿o no?

—Bueno, pero...

—Créeme que cuando las cosas cambian hasta saltar a la vista, lo mejor que le puede ocurrir a una mujer como nosotras es ser perro fino en París.

—...

—¿Y a ti? ¿Qué te hubiera gustado ser a ti en la vida?

—Yo me contentaré siempre con haber sido la madre de Foncuberta. Y volvería a ser su madre si volviese a nacer. Y si volviese a nacer otra vez, volvería a ser su madre y volvería a ser su madre si...

—Basta, basta; no soy sorda.

—Es que aunque no seas corta de entendederas porque mi papacito dijo que tú siempre ibas a ser la más inteligente porque siempre ibas a ser la mayor, creo que no me entiendes, Carmela. Yo no me cambiaría por nadie ni nada en el mundo porque sé lo que es ser la madre de Foncuberta y me da tanta alegría seguir queriendo ser la madre de Foncuberta y poder repetir todos los días hasta la muerte, e incluso más allá de la muerte, si Dios me lo permite, que si volviese a nacer volvería a ser la madre de Foncuberta, por más que las cosas cambien y salten a la vista... Porque aunque tú fueras perro fino en París, Carmela, y también eso saltara a la vista, yo seguiría gozando y dándole gracias al cielo por la alegría de haber querido ser la madre de Foncuberta y de ser su madre, al mismo tiempo, y porque si volviese a nacer volvería a ser su madre otra vez y...

—¡Isaías!

—Déjame seguir, Carmela, por favor...

—¿Dónde se habrá metido este idiota de mayordomo? ¡Isaías!

—¿Me ha llamado, señora?

—Claro que lo he llamado, Isaías.

Si no, ¿por qué cree que está usted aquí?

—Es que creí que la había oído llamarme, señora.

—No sea usted borrico, Isaías, por favor, y tráigale su valeriana y un librium a mi hermana.

—Déjame seguir, Carmela, por favor...

—Haga usted lo que le han dicho, Isaías.

—Haga usted lo que le he dicho, Isaías -recitó doña Estela, sutilísima, en medio de todo.

Doña Carmela miró a su hermana con verdadero odio: loca e idiota como es, y todavía intenta burlarse de mí, ridiculizarme delante del mayordomo, ponerme en evidencia delante de un hombre del pueblo. Y cómo pasa de la emoción y las lágrimas a la ironía y la

burla. Sí, en estos momentos también me gustaría matarla, pero en fin, tampoco se me debería ir la mano porque si la mato de verdad salgo perdiendo. Me quedaría muy sola si la mato de verdad, o sea que lo más práctico sería sentirme capaz de matarla pero matarla sólo a medias. Sería maravilloso, por ejemplo, que Estela estuviese muerta todos los días hasta las ocho de la noche, y que después volviera a morir no bien se acostara, o en todo caso que se muriera cada mañana antes del desayuno, porque durante el día no me hace falta ninguna pero ya al atardecer uno empieza a necesitar alguien con quien hablar y con quién hablaría yo si Estela estuviese muerta desde el Bristol Cream

hasta después del coñac...

—¿Ya te sientes más tranquila, Estela?

—...

—Estela, mujer, reacciona, "por favor".

—Poco a poco, Carmela, poco a poco...

—Anímate, mujer; mira que ya va a ser la hora de nuestras copitas.

—Déjame estar con Foncuberta hasta que venga Isaías con el Bristol Cream. Y es que no sé por qué, pero a partir de ese momento ya sólo puedo pensar en Foncuberta. Sólo puedo recordarlo. Y, cuando lo recuerdo, por más que hago no logro estar con él...

—Estela, por favor. Me da tanta pena que te pongas así de repente.

Piensa que yo también tengo a mi Carriquirrí.

—A tu Carriquirrí y a un perro fino.

—¿Estela, por favor! ¡Yo también tengo a mi Carriquirrí y punto! ¿Me entiendes? "Mi" Carriquirrí igual que "tu" Foncuberta. Qué hijos tan únicos, ¿no, Estela?

—Bueno, Carmela, es que son hijos ú...

—¿Me estás insinuando que soy corta de en...?

—Pero si yo no he dicho nada.

—Yo tampoco.

Isaías entró una vez más en la vida con el azafate, las dos copitas y la botella de Bristol Cream. No derramó nada, aunque le hubiera encantado derramarle algo encima a la señora Carmela por lo mucho que fastidiaba a la señora Estela. Pero, en fin, el azúcar y el arroz estaban cada día más caros y él tenía una mujer y una hija que alimentar allá en su pueblo joven y con estas señoras se puede robar tranquilamente. La cocinera también robaba, la lavandera también robaba, y María la negrita seguro que también robaba aunque a ella le sobre el dinero con las cosas que su hermana le manada de los Estados Unidos para vender.

## VIII

—Son las once de la noche -dijo doña Estela, mientras escuchaba las campanadas de ambos relojes.

—De una noche cualquiera -añadió doña Carmela.

—Como cualquier otra noche -añadió, a su vez, doña Estela, aunque luego ambas hermanas se pusieron de acuerdo en que las noches de los lunes no eran una noche cualquiera porque cada lunes Isaías corregía el atraso del reloj de la entrada y por lo menos durante unas veinticuatro horas no tenían que escuchar dos veces seguidas el lento, el inacabable e hiriente paso del tiempo. Porque el tiempo era ahora muy malo con ellas, realmente perverso. Ah, con lo lindo que había sido el tiempo en otros tiempos. Y con lo larga y terrible que era ahora la ausencia de Carriquirrí y Foncuberta y faltaba aún toda una hora como toda una vida de la de ahora para que Isaías les trajera el azafate con sus copichuelas y la botella de Hennessy como la de nuestro papacito.

—¿Cómo era? -preguntó doña Estela, desde el fondo del alma.

Doña Carmela, que odiaba que su hermana profundizara hasta situarse en el fondo total, gozaba muchísimo en cambio cuando la notaba instalada en el fondo del alma solamente.

—¿Cómo era qué, Estela? -le preguntó, a su vez, haciéndole un gesto para que no se moviera, con una mano, mientras con la otra parecía decirle que bastaba con que hablara un poquito más alto, si me hablas un poquito más alto yo te oigo perfectamente bien.

Aunque estés en el fondo del alma,

Estela. Eso era lo que quería decirle con dos suaves gestos doña Carmela.

—¿Cómo era, Carmela?

—Un poquito más alto y te acuerdas, Estela. Piensa que yo deseo mucho que te acuerdes porque todavía nos falta una hora de las de ahora para nuestras copichuelas y sería tan lindo hablar de algo, en vista de que esta noche parece que Isaías hubiese atrasado el reloj de la sala en vez de adelantar el de la entrada.

—¿Miami vuelve ingrata a la gente, Carmela?

—¿Cómo era qué, Estela? ¿Tienes algo que ver con Miami?

—No; con la literatura y el arpa.

—Veamos... Literatura y arpa...

—Sí... Un poeta con pelo largo y anterior a Azorín... Romántico...

Sí, sin duda alguna romántico.

—¿Y el arpa?

—Del salón en el ángulo oscuro...

—De su dueño tal vez olvidada...

—De sus dueños más bien olvidadas...

—Silenciosa y cubierta de polvo...

—Más bien silenciosas y cubiertas de polvo.

—¡Ya, Estela!

—Ya, ¿qué?

—Veíase el arpa.

—¿Arpa, Carmela?

—Claro que sí. Bécquer, Estela.

—Nosotras, Carmela.

—Bueno, creo que hoy podríamos adelantar nuestras copichuelas.

—Se acabarían antes. Es lo único que se acaba siempre antes. Y nosotras somos lo único que se acaba siempre después. Y todo lo demás no se acaba nunca.

Faltaban cuarenta y cinco minutos en el amplio y moderno salón de aquel departamento en San Isidro, plagado de antigüedades, con las paredes hasta el techo de inmensos cuadros antiguos, todos de antepasados y casi todos los antepasados ilustres, cuando hombres, y celestiales cuando mujeres. Y, en el centro de todos, nuestro papacito, el más ilustre entre todos, y nuestra pobre mamá, toda una santa. No había óleos de Foncuberta y Carriquirrí, ah, los muy modernos, qué terrible, se negaron rotundamente a hacerse el retrato de familia individual antes de irse a Miami, hasta se burlaron de nosotras, cariñosamente, claro, diciendo que Miami era supersónica y que un retrato al óleo era lo menos aerodinámico del mundo o algo así, palabras de ahora o de ellos o qué sabemos nosotras, en todo caso, pero en fin, nos hicieron sentir que marcos de pan de oro nones, tía Estela, nones, mamá.

Y mira lo lindos y cuántos y de qué buena calidad son los marcos de pan de oro. Y las porcelanas... ¡Qué tesoro de porcelanas!, dice siempre nuestro primo Guillermito, no bien entra en esta casa. Y no se cansa de decirlo:

¡Ay, pero miren qué tesorazos de porcelana los que tienen estas dos señoras y todavía se quejan y lloran miserias! ¡Qué tremendas, qué incalculablemente tremendas mis primas hermanas y maravillosas! Decían que Guillermito era amanerado y que perseguía a los chocolateros en los cines, pero es que en esta ciudad se calumnia de tal manera. Lo que Guillermito es, es un loco de las antigüedades. Un loco de las antigüedades soltero y punto.

Muebles con incrustaciones de marfil en la sala, en el comedor los muebles de París, y en la entrada, muebles con incrustaciones de bronce.

Más las vitrinas con todo lo demás que es muchísimo todavía. Y el enorme espejo biselado. Y los jarrones chinos que Guillermito siempre anda papiroteando con los dedos, qué pesado se pone. El mueble maravilloso que se abría y era un bar con luces y todo de espejos por dentro. Pero ya no abre porque ya no hay quien arregle el reloj de la entrada tampoco y el doctor La Torre era un gran médico y la Lima de antes realmente una ciudad

preciosa y nuestro papacito que, sí, fue él quien trajo el mueble bar de Madrid, y el piano olvidado como el arpa, pero limpio a pesar de estos borricos, lo trajo nuestro papacito de Viena. Pero como el reloj de la entrada y el bar con luces de espejo, ya no hay quien lo arregle. Los candelabros de plata. El mejor juego de té de plata del Perú.

—El mejor juego de té de plata, de plata del Perú -como solía puntualizar nuestro papacito, Carmela.

—Y a este borrico de Isaías y a Julián el jardinero cada día hay que darles más plata para que lo limpien.

—Y más plata para que limpien todo lo demás.

—Plata y más plata, la gente sólo piensa en eso. Yo recuerdo que la gente de Cajamarca no era así.

—Por los baños del Inca, me imagino. No hay que olvidar que, a pesar de su condición incaica, el Inca era noble entre los suyos.

—Claro, siempre debe quedar algo.

O se debe contagiar o qué sé yo.

Pero, ¿te das cuenta, Estela, de que todavía nos quedan muchas cosas?

—Somos nosotras las que quedamos, Carmela. Probemos llamar a Miami.

—Foncuberta estará en su licorería.

—"Foncuberta.s Liquor Shop", Carmela.

—Perdón, no quise ofenderte.

—Es una lástima que a estas horas Carriquirrí esté en la lavandería.

—"Carriquirri.s Night.n day", Estela, porque está abierta día y noche. Y además, no lo olvides, se trata de una cadena de establecimientos. Yo no me ofendo, mira.

—Pero yo en cambio me siento como encadenada. Sí, pensar que Carriquirrí tiene que estar en todo día y noche y que Foncuberta depende de él.

—Foncuberta lo ayuda por las noches.

—Porque "Foncuberta.s Liquor Shop" depende de "Carriquirri.s Night.n day".

—¡Estela, basta ya!

—Perdóname, Carmela.

—Bien sabes que Foncuberta está prácticamente arruinado, y que lo importante es que sigan haciéndolo todo como hermanos.

—Carriquirrí es tan bueno y tan afortunado, en medio de todo. Sí:

Carriquirrí siempre fue más afortunado en todo que Foncuberta. Recuerda cómo era en los tiempos del amor y cómo ahora...

—¡Silencio con el amor, mujer!

Esos muchachos no tienen tiempo ahora para el amor. Sólo para el trabajo y para nosotras. Nosotras somos todo el amor que ellos conocen y quieren conocer por ahora. Bueno, y ya después el tiempo lo arreglará todo, Estela.

Porque tampoco vas a querer que se nos casen con norteamericanas. Acuérdate de lo que decía nuestro papacito:

En cualquier idioma, los norteamericanos se traen abajo hasta el peor acento. Además, Carriquirrí y Foncuberta son muy jóvenes todavía.

—Ya tienen más de cuarenta años...

—Y nosotras más de setenta y mira:

todo lo Bécquer y todo lo arpa que quieras pero desde que murió el doctor La Torre, con una buena farmacia nos basta. Bueno, pero aunque sea tarde, ¿por qué no probamos llamarlos a "Carriquirri.s"?

—Hay noches en que es mejor que ellos nos llamen a nosotras, Carmela.

No sé por qué, pero hay noches en que, aunque nos contestan con cariño, parece que nos estuvieran contestando en inglés. No sé, como si acabaran de comer un "hot dog" o algo así.

—Ese será Foncuberta, porque lo que es a mí Carriquirrí jamás me ha hablado con la boca llena.

—A mí tampoco, Carmela. Pero cuando yo lo llamo siento como si él acabara de terminar un "hot dog" y quisiera terminarse su coca cola tranquilo. Algo así siento, te lo juro.

En cambio, cuando él me llama, no sé, pero es como si no tardara en venir a almorzar con nosotras cuando él me llama. Es como si fuera a decir no te olvides de mis empanaditas de pollo, mamá. Claro que ni me lo puede decir porque sigue estando allá, pero entonces lo que pasa es que parece que yo estuviera allá en castellano y eso sí que es una gran llamada telefónica y así sí que vale la pena esperarlos, esperar y esperar y esperar...

—Volverán, ya verás. Volverán como en el poema de las golondrinas de Bécquer.

—En ese poema las golondrinas que volvían eran otras, ¿no te acuerdas?

—Por favor, Estela: estabas tan profunda hace un momento. No empieces de golpe a ponerte detestable.

Doña Carmela y doña Estela no habían visto entrar a Isaías.

—Podía usted haber sido un ladrón, Isaías. ¿Por qué no aprende a entrar?

—Es la hora de las últimas copichuelas, señora Carmela.

—Bueno, por lo menos de algo ha servido que mi hermana haya estado tan parlanchina y hasta detestable: el tiempo ha pasado más rápido.

Isaías pensó que ahí la parlanchina y la detestable era doña Carmela y le habría encantado derramarle algo, pero llevaba un buen rato esperando para acostarse y no era el

momento de que lo mandaran a limpiar nada. O sea que se limitó a preguntar si podía retirarse ya.

—Sí -le dijo doña Carmela-, pero no se olvide usted de desconectar las campanillas de la cocina y la repostería.

—Ya están desconectadas, señora.

—Yo le he dicho a usted que las desconecte, Isaías. En "ningún" momento le he preguntado si estaban o no desconectadas.

—Pero, señora...

—Limítese a obedecer mis órdenes, Isaías, que para eso está usted en esta casa.

Isaías se largó furioso y hasta pensó en conectar nuevamente las campanillas, en venganza, pero la perjudicada podía resultar doña Estela, que nunca lo trataba mal, y dejó las cosas como estaban. Doña Carmela, en cambio, estaba segura de haber logrado lo que quería, o sea que el mayordomo, de pura rabia, volviera a conectar las campanillas. Claro que ahora ya no quería matar a su hermana tanto como la vez pasada, sólo hasta mañana a las ocho de la noche, pero la idea de un crimen había empezado a entusiasmarla al ver lo detestable que podía ser de golpe con el asunto de Miami y las golondrinas de Bécquer. Como si el pobre Carriquirrí fuera culpable de los despilfarros y las deudas del pobre de Luis Pedro. Y además, seguro que durante el día y en sus oraciones Estela ha perdonado más de una vez con Tu infinita misericordia, Señor, al pobre diablo de Luis Pedro. Tú moriste en la cruz, Señor, y ese miserable murió en la cama de una amante. Y dicen que era negra, además. Yo castigaré a mi hermana querida, Señor, éste es el sacrificio que te ofrece una humilde pecadora...

Y con el pretexto de ir al baño un ratito, doña Carmela se metió en la repostería y luego en la cocina. Sus planes fallaban: Isaías no había vuelto a conectar. Bueno, qué importa: conecto yo y diré que fue él. Estela estará medio muerta de todas maneras y ni se enterará ni sospechará ni preguntará ni nada.

Mientras tanto, en la sala, doña Estela estaba totalmente convencida de que su hermana tenía sus horas para todo y que a cualquier parte podría haber ido menos al baño. Pero en vez de ir a espiar, se sirvió rápidamente media copichuela más de coñac y se la bebió más rápidamente todavía. Y se emborrachó. Aunque bueno, la verdad

es que a esa hora doña Estela y doña Carmela andaban bastante mareaditas ya y hasta había noches en que perdían la cuenta de sus pasos al ir desde sus baños hasta sus respectivas camas y tenían que volver a empezar y se equivocaban también a veces porque una retrocedía hasta el punto de partida mientras que la otra tomaba por punto de partida el lugar donde se había quedado botada al perder la cuenta y era un verdadero ir y venir el que se armaba y no faltaban tampoco noches en que tenían que lavar de nuevo sus dentaduras postizas porque tanto trasiego les había puesto los nervios de punta.

Doña Carmela regresó a la sala con tal cara de satisfacción que doña Estela se atrevió a confesarle que se había tomado media copichuela más y que no era justo: también tú, Carmela deberías tomarte media copichuela más.

Luego, mientras doña Carmela bebía feliz, doña Estela dijo que algo le había sentado mal, sin duda la media copita que me acabo de tomar, y salió disparada al baño sin que su hermana sospechara que en realidad había salido disparada a desconectar nuevamente las campanillas. Todo esto, aunque nunca antes en su vida doña Estela hubiera sospechado ni conectado ni desconectado jamás nada.

Horas después, doña Carmela seguía despierta, furiosa e intrigadísima.

¿Quién había vuelto a desconectar las campanillas? Por supuesto que no podía ser Estela, porque Estela es totalmente incapaz de conectar o desconectar nada en la vida y además estaba profundamente dormida cuando ella empezó a dispararle sin éxito alguno e Isaías apareció corriendo, seguido por el resto de la servidumbre, esos borricos que se ríen

porque creen que una se ha descuidado de verdad y se ha traído su dentadura postiza a la cama una vez más. ¿Cuál de esos borricos era el que volvía a desconectar las campanillas cada vez que ella las conectaba? ¿Y por qué lo hace? ¿Sospecha algo? Doña Carmela no lograba pegar un ojo aquella noche:

sería imposible descubrir si era Isaías, o Juana, o María la negrita, o Zoila, porque todos mentían, todos robaban, y cada día estaban más insoportables y trabajaban peor, sí, cada día lo hacían peor todos. La solución, por consiguiente, era botarlos a todos, pero, ¿y después? ¿acaso no les mandarían otros peores después?

Doña Carmela realmente no logró pegar un ojo aquella noche y por la mañana estaba muerta de cansancio y el día entero se lo pasó tan aturdida y mareada que seguro que esta mentecata

de Estela debe estar pensando a cada rato que soy corta de entendederas.

Pero conmigo no se juega... Y ya verá... La mataré... Porque, eso sí, a la tercera va la vencida.

## IX

—Qué linda era Lima entonces, ¿no Carmela?

—Preciosa. Era una ciudad realmente preciosa. Y el doctor La Torre era un gran médico. Un verdadero sabio es lo que era el doctor La Torre.

—Mañana es domingo, Carmela. Yo no sé por qué los domingos me recuerdan a antes.

—Es que los domingos vienen Jesús Comunción hijo y Guillermito.

—¿Tú crees que Guillermito podrá ayudar a ese pobre hombre?

—Dice que lo ve muy difícil.

—Dios mío, pobre hombre, tan bueno y tan negro el pobrecito.

—Y tan fiel y tan honrado como si fuera de Cajamarca y no de Chincha, pero Guillermito dice que, por un lado, ni él ni nosotras tenemos ya las influencias que teníamos antes y que, por otro, Jesús Comunción nieta no merece ayuda alguna.

—Pobre hombre, se le salían las lágrimas cuando nos lo contó todo.

—Sí; yo daría cualquier cosa por poder ayudar a Jesús Comunción hijo, pero Guillermito tiene razón cuando dice que un terrorista no merece ayuda alguna. Según él, lo único que merece un terrorista es que lo fusilen.

—Pobre Jesús Comunción hijo...

Lo fiel que fue siempre con Juan Bautista... Y lo fiel que fue siempre también Jesús Comunción padre, su padre, con nuestro papacito.

—¡Qué horror, cómo ha cambiado todo! Pensar que, en vez de terrorista, a Jesús Comunción nieta le había correspondido ser chófer de Carriquirí.

—Qué bonito habría sido, fíjate tú: tres generaciones de chóferes al servicio de la familia.

—¿Te acuerdas cuando Jesús Comunción padre nos llevaba de chicas a la misa de San Pedro?

—Claro... Claro que sí... Ibamos con nuestro papacito y nuestra pobre mamá y, adelante, en el timón, Jesús Comunción padre con su uniforme gris y la gorra que tan bien le quedaba.

—En verano, en cambio, el uniforme y la gorra eran beige claro y no le quedaban tan bien...

—Y nuestra pobre mamá que decía:

Parece un chocolate bañado en crema de almendras. Y nuestro papacito lo furioso y nervioso que se ponía...

Pero, en el fondo, estoy segura de que se reía después a solas.

—Todos nos reíamos a solas, Estela.

—Es que ése fue el error de nuestra familia, Carmela. Sólo supimos reírnos a solas. Por eso me da pena nuestra pobre mamá. Ella era moderna, la única moderna, tal vez.

Porque era la única que sabía reírse en público y en palacio.

—Sin embargo yo sospecho que tú siempre has sabido reírte en público y en palacio.

—Te confieso que sí, Carmela.

Siempre me gustó reírme en público y en palacio. Y de mí misma o de lo que fuera. Lo malo es que nunca encontré...

—Bueno, basta ya de profundidades inútiles, Estela. Ahora lo que tenemos que afrontar es el problema de Jesús Comunción hijo. Tenemos que insistir para que Guillermito intente arreglarlo. Piensa que ese pobre hombre fue a la postre tan buen chófer como su padre.

—Casi me atrevería a decir que resultó tan buen postre como su padre...

—¿Quieres explicarme lo que estás intentando decir?

—Nada, Carmela... Estaba intentando ver en el tiempo y mi visión era ésa: un mismo verano, como eterno, y dos helados de chocolate caminando juntos y bañados en crema de almendras...

—Eso es reírse en público y en palacio. No, eso ni siquiera es reírse. Eso es peor: eso es burlarse de todo, tonta. Y además pareces loca y mala.

—Carmela, por favor, me da muchísima pena lo de Jesús Comunción y no me estoy burlando sino de mí. Porque

de lo único que puedo burlarme a los setenta y cinco años de edad es de poder jactarme de mi excelente visión.

Y ahora, por favor, déjame concentrarme a fondo en que hay un negro porvenir y en que Jesús Comunción hijo está por llegar.

—¿Quieres tu librium?

—¿Tú crees que porque una pastilla es verde algo puede cambiar en el uniforme gris de este domingo?

—¡Con lo contentas que estábamos!

¡Todo lo tienes que arruinar metiéndote en tu fondo total! ¡A veces me dan ganas de matarte!

—¿Cuántas?

—¡Cómo que cuántas!

—¿Cuántas veces? ¿Una, dos, tres, siete, mil? La vida ha dado tiempo para muchas ganas y muchas veces, Carmela. Pero otro grave error de nuestra familia ha sido que tampoco supo matar en público y en palacio.

Siempre matamos a solas y en silencio. Y así morimos, también. Menos nuestra pobre mamá. Ella fue también la más moderna en el morir. Sí...

Ella vivió y murió modernamente.

Vivió y murió en público y en palacio y por eso fue la más valiente y la más alegre y la más sola de todos, probablemente. Nuestra pobre mamá. Menos mal que nuestro papacito la adoraba...

—Sí, menos mal.

—Y la mató de tanto menos mal a escondidas, ya tú ves.

—¡Necia y mentecata es lo que eres! ¡Y hace rato que no haces más que pensar en necedades y mentecaterías! En vez de estar pensando en algo favorable al pobre Jesús Comunción hijo. Piensa que él nunca nos olvida. Piensa que él mismo se propuso para llevarnos a misa todos los domingos, desde que nos mudamos aquí.

—¿Tú no crees que Carriquirrí y Foncuberta debieron dejarlo con nosotras?

—¿Para qué, Estela? Nosotras ya no salimos a ninguna parte.

—¿Tú entiendes que un muchacho pueda salir terrorista con un padre y un abuelo como los que ha tenido?

—Yo no entiendo nada, Estela, y por favor, no vayas a insinuarme que soy corta de entendederas.

—Cómo voy a insinuar yo nada, Carmela, si tampoco entiendo nada.

Porque, cuanto más pienso, más puedo jactarme de ver helados de chocolate, un negro porvenir, y a Jesús Comunción hijo llegando mañana por la mañana con la cara escondida en todas partes de vergüenza y los ojos enormes de bondad y súplica.

—Pobre Jesús Comunción hijo. Con lo buen hombre que es. Fíjate tú cómo, los domingos, no bien acepta nuestra invitación a almorzar, se va a almorzar solo en la repostería.

—No debería almorzar solo, Carmela.

—Claro que sí, Estela. Tiene que almorzar solo porque él es distinto.

A una persona como Jesús Comunción hijo no le puedes pedir que almuerze en la cocina con el resto de la servidumbre. A Jesús Comunción hijo se le sirve siempre su almuerzo en la repostería. Y también su desayuno, cuando llega muy temprano.

—Pobre hombre, jamás podrá entender cómo ha podido salirle un hijo terrorista.

—Guillermito dice que eso le ha pasado por mandarlo a la Universidad.

—Pero el pobre hombre querría que su hijo estudiara.

—Guillermito dice que es un cambio muy brusco. Dice que ni el hijo de un chófer ni el de una costurera debería ir nunca a la Universidad. Y Guillermito sabe lo que se dice.

—Mañana nos traerá Guillermito el "Hola" y el "París-Match" y los nuevos periódicos limeños.

—No es que sean nuevos, realmente, Estela. Son los mismos de siempre, pero que desde el gobierno del arquitecto Belaúnde volvieron a las manos de sus antiguos dueños. Los falsos periódicos limeños fueron de los militares del 68.

—Qué torpes los militares del 68, ¿no?

—Los más torpes de todos, mujer.

Hay que ser realmente el colmo de la torpeza para quitarle su periódico a la gente y dárselo a los campesinos, a los obreros, a... a... a no sé quién más.

—Pues creo que había periódicos para todos menos para la gente como nosotras.

—¡Qué horror!, sí lo recuerdo.

Abrías un periódico y nunca lograbas ver a nadie conocido. Y eso que Carriquirrí y Foncuberta y nuestros esposos todavía estaban aquí.

—Sí, ya nunca se volvió a ver a nadie conocido en los periódicos. Ni siquiera cuando los devolvieron. Yo, en todo caso, ya prácticamente no conozco a nadie.

—Eso es lo malo de "Hola" y "París-Match". No conocemos a nadie.

—Bueno, pero es como si conociésemos a todos.

—Ah, eso sí.

## X

Como todos los domingos desde que doña Carmela y doña Estela dejaron sus grandes residencias, jubilaron a los viejos empleados, y prescindieron de sus respectivos chóferes, Jesús Comunción hijo había llegado muy temprano para llevar a las señoras a la misa de San Felipe. Jesús Comunción hijo, por supuesto, no era quién para desayunar con doña Carmela y doña Estela, pero eso tampoco quería decir que lo iban a sentar en la cocina, a tomar su tazón de café con leche y su pan con mantequilla junto al resto de la servidumbre. El lugar de Jesús Comunción hijo era, por consiguiente, la repostería, algo así como un rinconcito junto al cielo, el umbral del mundo al pie del cual le había tocado vivir siempre sonriente y a las órdenes, desde que su padre, un negro chinchano, alto, fornido, pero ya canoso como él ahora, lo llevó a trabajar uniformado de chófer con gorra a casa de don Juan Bautista Carriquirrí, por la sencilla razón de que también él, desde muy joven, había sido el chófer hasta la muerte de don Jacinto y doña Carmela. Jesús Comunción padre y Jesús Comunción hijo como que adoraban las reposterías de este mundo y, cuando juntos y con sus propios brazos, alzaron la casita de material noble en la que algún día habría de nacer un futuro terrorista, no descuidaron el asunto de la repostería para el desayuno aunque luego no hubiera nadie para sentarse en la cocina.

Pero éste era un domingo de repostería amarga para Jesús Comunción hijo, hoy ya viejo. A su hijo, que muy bien pudo manejarle su carro al niño Juan Bautista, lo habían metido preso por terrorista y seguro que lo era. El, por su parte, lo molería a patadas, porque claro, eso era una cosa y una cosa es una cosa siempre, pero que lo torturaran hasta dejarlo morir en la cárcel, eso ya era otra cosa porque todo muchacho puede enmendar aunque los muchachos de hoy y aunque hoy todo el mundo... Todo es otra cosa, pensó Jesús Comunción hijo, y dos gruesos, enormes y contenidos lagrimones le mojaron la pena y la vergüenza que estaba sintiendo como loco mientras pensaba que ahora todo estaba en manos de don Guillermito.

Don Guillermito era primo hermano de don Juan Bautista y en todo ayudaba a las señoras y si ellas se lo pedían, si ellas le decían mira lo que le ha pasado al pobre Jesús Comunción hijo, Guillermito, seguro, seguro que...

Por eso él se presentó llorando ante las señoras y les explicó todo y aunque a ellas les tomó un tiempo increíble entender algo de todo aquello, yo les prometo que lo muelo a patadas, señoras, pero que no me lo torture, que me lo deje morir la policía, en nombre de don Juan Bautista y de don Luis Pedro, señoras...

—En nombre del pobre de don Luis Pedro nunca nos pida usted nada, Jesús Comunción hijo.

—Carmela, por favor.

—Tú cállate, Estela, y usted no se preocupe, Jesús Comunción hijo:  
hoy mismo hablaré con Guillermito y él verá lo que puede hacer.

Eso había sido el domingo pasado y ahora Jesús Comunción esperaba con lágrimas en los ojos que las señoras estuvieran listas para la misa. Después, como siempre, recogerían a Guillermito, se detendrían en "La Bonboni, re" para que éste comprara las empanaditas dominicales, y emprenderían el regreso al departamento. Entonces, seguro, mientras doña Carmela y doña Estela tocaban el timbre e Isaías salía a abrirles, don Guillermito lo llamaría a un lado, sí, siempre que alguien de esa familia le había querido decir algo así, personal o privado, lo habrían llamado a un

lado, lo habrían hecho pasar a una especie de repostería, algo así como un lugar intermedio entre su vida de negro viudo de una costurerita y el territorio impenetrable de la familia que él quería así nomás porque sí.

Hoy don Guillermito lo iba a llamar a un lado y Jesús Comunción hijo tenía confianza, tenía intuición, como le había confiado él a un compadre anoche, porque don Guillermito en todo ayudaba a las señoras, aunque por otro lado no lograba sacarse de la mente aquella tarde de su juventud en que don Guillermito, con algunas copas de más, también lo habían llamado a un lado: él acababa de entrar a trabajar en casa de la familia Carriquirrí y el joven don Guillermito se aprovechó de que uno es gente del pueblo y así nomás no le levanta la mano a un primo de don Juan Bautista, aunque él aquella noche no tuvo más remedio que pegarle un buen manazo al joven.

—Respete, don Guillermito; mire, don Guillermito, respete a su familia al menos, don Guillermito, y, ya déjese de mariconadas por favor, don Guillermito, ¿o quiere usted que me desconozca y...?

En ésas andaba Jesús Comunción hijo cuando escuchó el alarido de doña Estela y mil timbrazos a continuación. Cocinera, lavandera, María la negrita e Isaías cruzaron volando la repostería, en dirección a los dormitorios de las señoras. El chófer los siguió y la que estaba pegando de alaridos ahora era doña Carmela. Las hermanas estaban de pie, en medio de la sala, tapándose los ojos, doña Carmela, y alzando los brazos al cielo, doña Estela. Verlo y comprenderlo todo fue cosa de un instante.

—Las limpiaron a las señoras -dijo Jesús Comunción, y la cabeza le daba vueltas por toda la sala vacía.

—Se lo llevaron todito -dijo Juana, la cocinera, y su cabeza seguía el itinerario que iba trazando la cabeza blanca de Jesús Comunción.

—Toditito -dijeron, en dúo, {zoila, la lavandera, y María la negrita. Y sus cabezas giraban por el círculo vicioso de las otras.

—¿Por dónde habrán entrado? -se preguntaba Isaías.

—El retrato de nuestro papacito -lloraba ya doña Estela.

—Todo, todo, hasta el mejor juego de té de plata de plata del Perú -lloraba también doña Carmela.

—Vamos a misa, Carmela -lloraba más, lloraba a mares, doña Estela.

—¿Te has vuelto loca, mujer?!

—Pero, Carmela...

—Mejor por qué no llaman a los señores Carriquirrí y Foncuberta -sugirió Jesús Comunción hijo.

—¿Para que nos ayude la policía de Miami, idiota?

—Señoras -volvió a intervenir Jesús Comunción hijo, al ver que las pobres doña Carmela y doña Estela no atinaban a nada y que Isaías, María la negrita, {zoila y Juana contaban una por una las maravillas que habían desaparecido durante la noche. Parecía imposible pero se habían llevado hasta el piano. Señoras -repitió el chófer-, yo creo que lo mejor sería llamar por teléfono a don Guillermito.

Pero alguien había arrancado los cordones de los teléfonos.

—¡Nos han aislado del mundo! -gritó, entre sollozos de gznate, doña Carmela.

—¡Del mundo y de Miami, Carmela!

En ese instante doña Carmela y doña Estela simplemente ya no pudieron más y se desplomaron una tras otra sobre el enorme sofá de cuero en el que diariamente tomaban sus copichuelas. Temblaban y miraban a la servidumbre con ojos desorbitados y las manos totalmente crispadas. Se habían quedado ambas con la boca abierta y realmente enorme, como si ya nunca más fueran a poder cerrar, y cada vez era mayor la sensación de pánico, de abandono total y de indefensión que emanaba de sus cuerpos flacos y viejos, elegantemente vestidos del luto eterno que se ponían para asistir a la misa de San Felipe.

En su horrible y aterrada soledad, a doña Carmela la iglesia le parecía de pronto un lugar casi tan lejano como Miami y nunca en su vida había deseado tanto ser perro fino en

París. Y en la cruel confusión que le provocaba haber quedado para siempre aislada de su hijo, por lo de los cables del teléfono que habían arrancado, a doña Estela Miami le parecía de pronto un lugar casi tan lejano como la iglesia de San Felipe y "Foncuberta.s Liquor Shop" y nunca antes Lima había sido una ciudad tan linda y maravillosa antes. De pronto, a doña Carmela le pareció que el doctor La Torre no era tan sólo un gran médico, un verdadero sabio, sino que además era el mejor médico de este universo mundo y al mismo tiempo el más famoso veterinario de perros finísimos en París. Y, también, de pronto, a doña Estela le pareció que aquella señora que acababa de salir de "Foncuberta.s Liquor Shop" era ella y que salía con su hijo en los brazos y que se lo estaba trayendo para siempre jamás a esa Lima que nunca antes había sido tan linda y maravillosa antes.

Total que cuando las señoras empezaron a dar nuevamente de alaridos, a llamar con convulsiones a sus hijos, al doctor La Torre, a sus esposos, a sus padres, a don Guillermito, a toditita la Lima de antes, y a clamar al cielo, Jesús Comunicación hijo hasta se alegró de que su hijo estuviese preso por terrorista, de lo contrario don Guillermito a lo mejor me lo acusa de tamaña perpetración y sólo porque uno es pobre pero honrado, perro honrado es lo que es uno, en realidad, aunque tampoco es justo juzgar así no más por prejuizar y qué sabía él aparte de que el piano, claro, el piano lo tienen que haber bajado por ese ventanal, vaya perpetración, aquí ha tenido que haber sogas y expertos con sangre profesional.

—Falta casi todo -dijo Isaías, mientras corría a buscar el frasco de valeriana y la cajita del librium.

—¿Qué dosis le damos a cada una? —preguntó María la negrita, al ver que Jesús Comunicación hijo corría en busca de agua.

—Yo creo que mucho -le dijo Zoila, la lavandera.

—¿Y si les pasa algo a las señoras? ¿Si se van "densí" o algo así?

—Después nos echarán la culpa de todo -dijo Juana, la cocinera.

—Mire, Juana -dijo Jesús Comunicación hijo, que ya había regresado a la sala con dos vasos de agua-, nosotros somos pobres pero honrados.

—Por eso mismo, don Jesús -le replicó la lavandera-; la verdad es que yo creo que antes que nada hay que bajar donde la señora del segundo piso y pedirle que nos preste su teléfono para llamar a don Guillermito.

## XI

—Por una vez en la vida tuviste razón, Estela.

—¿Cuándo?

—Cuando dijiste que, en el poema de Bécquer, las golondrinas que volvían eran otras.

—No diga usted eso, por favor, doña Carmela -intervino con voz muy triste y cansada Susana Mendizábal.

—Yo digo lo que me da la gana -la calló doña Carmela.

—Y yo también -estuvo de acuerdo, pero soltando el llanto, doña Estela.

—Señoras, por favor... Yo sólo quiero ayudarlas en nombre de sus hijos.

—Hija mía, ¿no te das cuenta? -se ablandó doña Carmela.

—Señora Carmela...

—Los evangelios por los suelos, Susana -la interrumpió doña Carmela-. Los evangelios por los suelos...

—Y nosotras pisoteadas -completó doña Estela.

—Por favor, no diga usted eso, señora Estela -sollozó casi, muy cansada, tristísima, Susana Medizábal.

Y añadió, dirigiéndose esta vez a esas dos pobres viejas que tanto habían esperado a sus hijos y que tan sólo habían logrado verlos un par de días-: Tenían que regresar a Miami; el trabajo, sus negocios los esperaban. Si no estoy yo, allá ellos no tienen a una sola persona de confianza.

—Bécquer y nosotras somos los únicos que sabemos de este tipo de golondrinas, Susana. Y si no, pregúntaselo a Estela.

—Señoras, por favor, yo también he...

—No, tú no has "nada" todavía en esta vida, muchacha. Tú eres todavía una mujer joven y puedes adaptarte a todo. Pero nosotras...

—Nosotras pisoteadas...

—Y los evangelios por los suelos...

—Y nosotras pisoteadas...

—Y los evangelios por los suelos...

—Ya basta, Estela; yo empecé primero: Los evangelios por los suelos y nosotras pisoteadas.

—Señoras, "por favor" -suplicó Susana Mendizábal.

—Lo fácil que es para ti, ¿no?

—Yo tengo que trabajar, señoras.

Tengo que estar en Lima cuando Carriquirí o Foncuberta me necesitan aquí y tengo que estar en Miami cuando me necesitan allá. Y tengo dos hijos. Y ahora, por ejemplo, tengo que ocuparme de lo del señor Guillermito, tengo que intentar ocuparme de lo del hijo de Jesús Comunión hijo, y a ustedes tengo que conseguirles cocinera, lavandera, ama de llaves...

—Todos, todos nuevos, menos Jesús Comunión hijo, que se va a quedar con nosotras, y va a aprender a servir la mesa. Ah, mujer, y no te olvides de que sean todos de Cajamarca. De una vez por todas, "todos" de Cajamarca.

Que eso quede claro de una vez por todas, Susana. Y no lo olvides, por favor.

—Señoras, ya les he dicho, ya se lo he explicado hasta el cansancio:

Eso, hoy en día, es prácticamente imposible. Sería como ganarse la lotería, señoras.

—¡Pues gánatela y tráetela! ¡Para eso te pagan nuestros hijos, ¿no?!

—Carmela, por favor...

—¿No es así? ¿No le pagan para eso?

—¡Mire, señora Carmela!

—¡Viej...! ¡No la mato...! ¡No la mato porque su hijo me ha pedido que no la mate!

Susana Mendizábal hasta sintió cierta alegría de haber perdido el control y de haber soltado esas palabras. No era, pues, el momento de detenerse a pedir disculpas. Y además ella no le debía disculpas a nadie.

Trabajaba, pero esto no era para nada parte de su trabajo. Esto era pura amistad por Juan Bautista y Luis Pedrín. Esto era un favor que les estaba haciendo. Y un gran favor, además. Y si no tiraba un portazo y se largaba para siempre, era más que nada porque la señora Estela era realmente incapaz de tratarla como la señora Carmela. En cambio, esta vieja... esta Carmela de eme... Finalmente, Susana Mendizábal le dio un beso muy tierno a doña Estela y le dijo que volvería más tarde, trayéndoles de todo para comer a ella y su hermana. Entonces sintió pena también por la hermana y eso le hizo decirse soy una imbécil y nuevamente quiso tirar un portazo pero sólo salió disparada.

—Todavía tengo que visitar dos comisarías, señoras -dijo, mientras corría veloz hacia la puerta del departamento, cuya sala y cuyo vestíbulo permanecían casi vacíos, a pesar de todo. Y ahora de quien más miedo tenía Susana Mendizábal era de la propia policía, de las autoridades, de qué sé yo. Era un verdadero tesoro el que se había vuelto a recuperar, pero ya sabemos quiénes hacen desaparecer los tesoros en los tiempos en que vivimos. Muerta de flojera y con todas esas ideas en la cabeza, Susana Mendizábal volteó a mirar a doña Estela y doña Carmela, que permanecían inmóviles y con los ojos desorbitadamente suplicantes, al fondo de la sala, sentadas ambas en el enorme sofá de cuero del Bristol Cream, pero como un arpa y una arpía becquerianas, si eso existe.

—A las ocho en punto vengo -les dijo, con voz muy triste y cansada, nuevamente. Y como tratando de repartir ánimos en ese escenario de viejas abandonadas, añadió:- Llegaré puntual para servirles sus copichuelas de Bristol Cream.

—¿Y ahora adónde vas, muchacha?

-le preguntó doña Estela.

—A lo de las comisarías primero -respondió Susana-, y a algo a lo que le tengo mucho más miedo, después.

—¿Y a qué le tienes tanto miedo tú, muchacha? ¿A qué le puede tener tanto miedo una persona tan joven y valiente como tú? -le preguntó, muy cariñosamente, doña Estela.

—Pues a esas agencias donde se buscan empleados domésticos, doña Estela. ¿A qué va a ser, si no?

—Pobrecita. Ojalá termines con eso temprano.

—Y ojalá no se te olvide: de una vez por todas, todititos de Cajamarca.

Nadie supo nunca jamás quién añadió aquello de ¡Qué vieja más jodida, por Dios santo! Porque lo cierto es que cuando doña Carmela miró a su hermana, Susana estaba tirando un portazo.

Y Susana estaba tirando un portazo cuando doña Carmela creyó escuchar que doña Estela estaba diciendo algo tan jodido que sólo a Susana Mendizábal era capaz de ocurrírsele. Doña Estela, además, que jamás en su vida había conectado ni desconectado nada.

## XII

Y todo había sido tan fácil, porque perderlo y recuperarlo todo fue tan pero tan fácil, que ahora el resto les parecía mortalmente difícil, que ahora todo, absolutamente todo les parecía muchísimo más complicado que antes, que muchísimo antes de la Lima de antes e incluso antes del doctor La Torre, también. Ahora parecían tiempos de Haya de la Torre fuera de las catacumbas, caminado serenamente por las calles, ay hija, si siquiera siguiera refugiado un siglo como estuvo en la Embajada de Colombia. Dicen que se asomaba todas las tardes por un balcón a mirar el Perú y, por supuesto, quien dice eso no puede estarse refiriendo a la Lima de nuestro papacito y la historia toda cuando todavía no la había abandonado con hincapié e incluso antes que eso, también.

Ah, nuestro pobre papacito, ah, la Lima de antes de antes, ah, la sabiduría del doctor La Torre, ah, los Jesús Comunión de antes y los de ahora, terroristas, Carmela, qué confusión, cuánta confusión y los evangelios por los suelos y nosotras pisoteadas y un terrorismo que nos deja sin luz horas y horas, velas y más velas, días y días, ah, Carmela, un velorio es lo que parece nuestro Bristol Cream mientras los terroristas nos devuelven la luz, no, Estela, son las empresas eléctricas las que nos devuelven la luz de antes, esta luz que, a veces, hasta aclara nuestras vidas porque nos deja sentadas aquí esperando que llegue Susana Medizábal con algo que comer y con nuestras copitas de Bristol Cream y después la pobre se queda hasta que ya hemos comido y tomado nuestras copichuelas de Hennessy y nos deja ya vestidas para acostarnos, prácticamente en el momento en que terminamos de lavar nuestras dentaduras y empezamos nuestra diaria caminata y el uno y dos y tres y cuatro y ya voy por seis, Estela, y tú, ¿por dónde vas?

—Pero, Susana Mendizábal... ¿De dónde salió realmente Susana Mendizábal?

—De una secretaria, Estela, porque es una secretaria.

—Yo creo que es más que una secretaria, Carmela. Y de algún lado, de algún lado lejano de mi vida me parece recordar su nombre. Pero los lados de la vida que no se recuerdan son los sueños, Carmela. Y estos apagones de Sendero Luminoso y Jesús Comunión terrorista a mí me hacen soñar bastante, la verdad. ¿Tú te acuerdas, por ejemplo, de la Lima alumbrada a gas

de que hablaba siempre nuestro papacito?

—Me acuerdo, sí, pero como en un sueño.

—Pues mira, ya ves: el gas hace soñar.

—Pero Sendero Luminoso no tira gas, tira bombas.

—Yo nunca he oído decir que Sendero Luminoso bombardea, Carmela.

—No me digas que estás defendiendo al hijo de Jesús Comunión hijo.

—No; en absoluto, te lo juro.

Pero algo tienen los apagones de becquerianos...

—¿Becquerianos? Becquerianos no hay más que nuestros hijos y las golondrinas esas, tonta.

—Pero volverán de otra manera, ya verás...

—Pero si tú misma lo dijiste, mujer. Dijiste que volvieron pero de otra manera, porque volvieron más ocupados que nunca...

—Sí, como si estuvieran comiendo un "hot dog" todo el tiempo que pasaron con nosotras...

—¿Volvieron con la boca llena?

—No, eso ya te lo he explicado, Carmela.

—¿Me estás insinuando que soy corta de entendederas?

—No; sólo insinúo que parecía que acababan de comer un "hot dog" y que iban a comer un "hot dog" de nuevo y que todavía les faltaba tomarse una coca cola, pero todo el tiempo que estuvieron en Lima.

—Pero si hasta comieron sus empanaditas de pollo.

—Porque nosotras se las mandamos traer con Susana y ella fue tan buena que hasta para eso sirvió. Mientras que ellos, sin embargo, jamás estuvieron más ausentes. Porque realmente estuvieron como ausentes los dos días seguidos que pasaron en Lima. Y eso que no les tocó apagón.

—No; eso si es verdad: no les tocó apagón.

—Les tocamos nosotras, Carmela.

—¿Y eso qué quiere decir, ahora que parece que andas en el fondo total?  
—Eso quiere decir, más o menos, que cuanto más nos veían y se sonreían con "hot dog", más pensaban en que sólo Susana Mendizábal podía venir en su ayuda...

—¿Qué?

—Pues eso: en su ayuda, porque eso los ayudaba a ellos a poderse ir, a no tener que ayudarnos, más en nuestras tonterías, y a dejarnos sin embargo perfectamente ayudadas.

—¿Me estás insinuando que soy corta de entendederas...?

—No, Carmela... No digas eso...

No digas nada y hablemos de Susana Mendizábal.

—Bueno, la verdad es que tienes toda la razón, esta vez: porque para confesiones con la de Guillermito nos basta y nos sobra... ¿Quién iba a pensarlo?

—Bueno, si tú piensas que desde chico le gustaba perseguir a los chocolateros de los cines...

—¿Sería por lo bien que les quedaban sus uniformes?

—Seguro entonces que a Jesús Comunción hijo lo persiguió alguna vez por sus uniformes.

—De eso no sabemos nada, Estela.

No calumnies a la familia.

—La familia está presa en una comisaría y nosotras, que somos parte de la familia, estamos tratando de que la suelten... ¿Tú entiendes algo?

—Sólo entiendo que confesó inmediatamente, el pobrecito.

—Seguro que de puro mariconcito confesó. Yo creo que vernos en ese estado y confesar fue una sola cosa para él.

—El pobre Jesús Comunción hijo que lo mandó llamar para que nos ayudara.

—Pues ayudó, y rapidísimo. ¡Qué horror! Aún lo veo entrando en la sala vacía y gritando como loco...

—Como loca, dirás, más bien.

—¡Fui yo! ¡Yo fui mis adoradas primitas! ¡Pero yo sólo quería el té de plata y un poquito más! ¡Sólo dos o tres cositas más para mi boutique!

—Y que mi tienda de antigüedades, con estos tiempos que corren, se está yendo al diablo, que por eso había sobornado a los mayordomos y sirvientas: que lo dejaran entrar, que se hicieran los bien dormidos, los de la vista gorda, que él sólo se llevaría el juego de té de plata y que ellos podrían seguir robándose tranquilamente nuestro azúcar, nuestro aceite, nuestra sal, y yo qué sé qué más...

—Los engañó...

—Pero todos eran una tanda de rateros.

—Y Guillermito el que más...

—El que más y el que menos, Estela, porque fue el primero en confesar.

—Pero también los otros confesaron que no sabían que el robo sería tanto, que se trataba de tanto, de todo lo que tenemos, en realidad.

—De tantísimo... De casi todo, en realidad. La verdad, yo no sé dónde le iba a caber eso, porque la verdad

es que en su tiendecita de antigüedades apenas entraría este sofá.

—Pobre Guillermito...

—El confesó primero, es verdad...

—¿Y tú sabes cuándo lo soltarán al pobrecito? Con lo indispensable que nos era...

—Foncuberta y Carriquirrí dijeron que en cinco o seis días porque, la verdad, Guillermito confesó primero que todos pero confesó también mucho más que nadie. En fin, que lo confesó todo, hasta el piano de cola.

—Ah, eso sí: él confesó muchísimo más que los otros.

—Que prácticamente no tenían nada que confesar...

—Y a los que prácticamente confesó Guillermito...

—Eso no se llama confesar...

—Bueno, yo no me acuerdo cómo se llama eso, porque en nuestra familia la palabra esa que no recuerdo no existía.

—Pero existe.

—¿Te acuerdas de nuestro papacito?

—En este instante sólo estaba pensando en que pronto serán las ocho y Susana no debe tardar en llegar.

Pero, ¿por qué debo acordarme de nuestro papacito?

—Porque él siempre decía "Lest.s change the subject", cuando llegábamos a una palabra o una situación que no recordábamos, pero que sí existía en nuestra familia...

### XIII

—Son las ocho y cuarto y Susana no llega...

—Debe ser por el apagón, Carmela.

—Y ahora, en el apagón, preguntémonos quién es Susana Medizábal.

—Pues una secretaria bilingüe, sin duda alguna, porque trabaja para Carriquirí y Foncuberta en Lima y en Miami.

—Un apagón puede decirnos muchísimo más que todo sobre una persona, y nadie como tú entiende de esas cosas oscuras, Estela. Prueba el fondo total. Inténtalo. Aprovecha esa vela que se apaga, mujer...

—Algo se apagó en la vida de Susana Mendizábal, Carmela.

—Eso lo sabe cualquiera, tonta.

Se le apagó un marido y la dejó sola con dos hijos...

—Pero ella mira, habla y actúa como si nunca se le hubiera apagado nada... O como si ya se le hubiera apagado todo antes del marido ese que según parece, la dejó por falta de algo anterior, Carmela.

—A mí se me hace que está enamorada de Carriquirí, Estela.

—Y a mí se me hace que está más bien enamorada de Foncuberta, con tu perdón, Carmela.

—Tonterías: a mí se me hace que lo ha perdido todo y que nuestros Carriquirí y Foncuberta se compadecen de ella y le han dado trabajo.

—Tonterías; esa mujer ama, o sea que nunca ha perdido nada...

—Mentecaterías...

—Sí, el mentecato de Bécquer.

—¡Ya llega! ¡Ya llega!

—Nuestro Bristol Cream a las 9 de la noche. Aunque bueno, nuestro Bristol Cream a un cuarto para las 9, según el reloj de la entrada, que cada día se atrasa más. Habrá que enseñarle a Jesús Comunción hijo a ponerlo en la hora del reloj de la sala.

—¡La Lima de antes!

—¡Siquiera la de antes del robo!

—Los evangelios por los suelos, Estela.

—Y nosotras pisoteadas, Carmela.

Y Susana Mendizábal que, además de llegar tarde, llegó sin noticias de los presos y de la nueva servidumbre y, muchísimo menos, noticias de Cajamarca. En realidad, para lo único que sirvió que llegara tarde Susana Mendizábal fue para aconsejar que, mientras las cosas se arreglaban, fuera Jesús Comunción hijo quien les sirviera a las señoras su Bristol Cream y la comida y las copichuelas de coñac antes de acostarse.

## XIV

—¡Los soltaron! ¡Soltaron a todos los presos! -gritó suplicando, suplicante, Susana Mendizábal.

Doña Estela y doña Carmela miraron a la voz esa, pero la miraron suplicando, suplicante, y con los ojazos y las bocazas abiertas esas.

—¡Fue una amnistía! -gritó Susana-. ¡Una amnistía general! ¡O un general con amnistía! ¡No sé! ¡Pero los han soltado a todos!

Y entre las velas de un apagón más, Jesús Comunción hijo preguntó: ¿Y a mi hijo también lo soltaron? El negro canoso llevaba dos copitas de Bristol Cream, una en cada mano.

—¿Y los guantes blancos? ¿Y el azafate? -le preguntó, lo acusó doña Carmela.

—Su hijo -suplicó, agotada, Susana Mendizábal-, su hijo salió conversando con don Guillermito.

—Pero si estaban en dos delitos distintos -trató de aclarar y de aclararse doña Estela-. ¿Y no eran dos comisarías distintas?

—¡Pero era una amnistía general!

-exclamó Susana Mendizábal.

—Entonces yo a mi hijo ya lo puedo moler a palos -dijo, o más bien comentó, Jesús Comunción hijo.

—Los evangelios en su sitio -trató nuevamente de aclarar, aclarándose siquiera un poquito, doña Estela.

—Pero nosotras seguimos pisoteadas.

—¿Por qué, Carmela?

—Porque, ¿y la servidumbre?

—¡Todita! ¡Toditita de Cajamarca! -gritó, suplicando, suplicante, Susana Mendizábal.

—¿Tan general era la amnistía?

—Tan agotadora, en todo caso -le suplicó, realmente harta, además de todo, la pobre Susana Mendizábal. Y es que ya quería irse. Irse de una vez por todas era lo que realmente quería Susana Mendizábal.

—Bueno, muchacha -le dijo doña Estela, sonriendo maternalmente ahora y siempre-. Bueno -repitió-, pero antes de irte querrás tomarte una copichuela con nosotras.

—Las sirvo muy mal a las señoras -intervino Jesús Comunción hijo, sonriente ante la idea de moler a palos a su hijo, ahora que por fin me lo han libra"u" de la tortura-. Las sirvo muy mal a las señoras, pero ya iremos aprendiendo con los de Cajamarca.

—Y ya verán lo que es servir dignamente. Clases es lo que les vamos a dar mi hermana y yo. Ya verán lo bien que se pueden hacer ciertas cosas. ¿O no, Estela?

—Pero la copichuela de Susana, Carmela.

—No. Mil gracias, doña Estela, pero ya me voy. Ya tengo que irme y ya me toca irme -suplicó, por última vez, Susana Mendizábal.

—¿Y adónde te vas? -le sonrió, desde siempre doña Estela, tan maternal como nunca.

—Adonde me digan mis hijos y Carriquirí y Foncuberta.

Era una voz de final de novela, de final de película, de pantalla gigante, y hasta del enorme retrato de un gran pintor peruano. Era una voz de todo, en fin, menos de televisión y de final feliz. Porque la vida, finalmente, seguiría su rumbo.

## XV

Nadie ni nada las iba a doblegar nunca en su empeño, aunque estaban tan cansadas, más que agotadas, realmente molidas. Y, lo que es muchísimo peor, estamos hasta sucias, Carmela. Las manos se las acababan de lavar hasta decir basta, por supuesto, pero Jesús Comunción hijo y la nueva servidumbre, dormían todos ya y nadie había en el enorme y moderno departamento que pudiera prepararle su baño a cada una y además eran ya más de las doce de la noche y por tercer día consecutivo tendrían que buscar cualquier cosa en la refrigeradora y comérselo peor que en un picnic, Estela, como un "hot

dog", Carmela, pero nadie ni nada nos va a doblegar nunca en nuestro empeño...

—Ah no, Carmela; eso sí que no.

Además yo, en todo caso, prefiero caerme muerta de inanición antes que renunciar a la tranquilidad y el confort que nos trajeron al mundo.

—Totalmente de acuerdo, Estela:

el confort y la tranquilidad que nos trajeron al mundo. Para que veas lo bien que te entiendo.

—¿No crees que estaremos un poquito borrachas, además de todo, Carmela?

—¿Por qué? ¿Porque te he entendido perfectamente? ¿O sea que, a pesar de nuestra causa común, me estás insinuando que soy corta de entendederas?

—Pero si la más inteligente has sido siempre tú, Carmela. Acuérdate que eso nos lo enseñó nuestro papacito cuando éramos chicas: tú siempre ibas a ser la más inteligente porque siempre ibas a ser la mayor de las dos.

—Lo recuerdo perfectamente bien, Estela.

—Qué bonita era Lima entonces, ¿no?

—Nuestro pobre papacito y nuestra pobre mamá.

—Y Juan Bautista y el pobre Luis Pedro, nuestros esposos... El Señor los tenga en su gloria.

—El Señor, con toda seguridad, los tiene en su gloria, Estela.

—Qué linda era Lima entonces, ¿no, Carmela?

—Preciosa... Era una ciudad realmente preciosa. Y el doctor La Torre era un gran médico.

—Fíjate que Haya de la Torre ha muerto ya también.

—El Señor lo tenga en su gloria, a pesar de todo.

—El Señor, con toda seguridad, lo tiene en su gloria, muy a pesar de todo. Y después, como siempre, quedamos nosotras.

—Y así, de apagón en apagón, ya nos tocará apagarnos a nosotras también, Estela.

—Pero mira, yo no sé por qué a mí me gustan tanto los apagones. Y te juro que, aunque sean terroristas y eso no tiene perdón de Dios ni de nadie, a mí los apagones como que me hacen encontrarme mejor conmigo misma y entender un poquito más que estoy muy bien contigo y que a nuestros hijos, pobrecitos, lo de Miami les conviene.

—Yo también estoy muy bien contigo, Estela. Aunque por si acaso nos caigamos muertas por lograr nuestro empeño, debo confesarte que dos veces te quise matar.

—A mí que tengo fama de nunca haber conectado ni desconectado nada en esta vida...

—Ya hablaremos de eso, y ya verás tú quién es la corta de entendederas aquí. Pero, por ahora, ánimo, valor, coraje, copichuelas, y sacar fuerzas de donde ya no las hay.

—Pero van aprendiendo y ya verás tú cómo, no bien le tomen el gusto, nosotras podremos recuperar nuestro lugar.

—Pobre Jesús Comunción hijo...

Se deja servir con lágrimas en los ojos.

—Sí, pero agacha tanto la cabeza que así jamás va a aprender cómo se acerca correctamente una fuente.

—En cambio ésa que ha llegado de un pueblo de Cajamarca llamado Celedín, ésa sí que parece muy despierta.

Observa muy bien cuando les lavamos la vajilla a todos y ya sabe perfectamente lo que es un cuchillo de pescado.

—Y el pan lo come a poquitos, con delicadeza, y lo vuelve a poner en su platito de plata... ¿Cómo se llama?

—No sé. Como a todas les decimos señoras, para que aprendan a tratarnos también como es debido, el único nombre que sé es el de Juan Comunión hijo.

—Al pobre creo que no le gusta nada que le digamos sí señora o no señora cuando le colocamos o le retiramos un plato.

—Pero jamás renunciaremos a nuestro empeño.

—Jamás. Pero lo importante, realmente, es que noten que nosotras nos sentimos muy agusto sirviéndolos a ellos.

—Sí; logrado eso, todo lo demás lo irán aprendiendo rápidamente.

—Yo creo que unos diez o quince días más...

—Y serán de Cajamarca. Hasta Jesús Comunión hijo será de Cajamarca.

—Y la tranquilidad y el confort

que nos trajeron al mundo...

—Y el doctor La Torre era un gran médico...

## XVI

Nadie ni nada las iba a doblegar nunca en su empeño, aunque estaban tan cansadas, más que agotadas, realmente molidas. Y lo que es muchísimo peor, estamos inmundas, Carmela...

—Pero acuérdate: ni una sola palabra de esto a nuestros hijos, Estela.

—Ni a nadie.

—Ni siquiera al doctor La Torre.

—Pero...

—Esto sí que se llama los evangelios por los suelos, Estela.

—Carmela...

—¿Qué?

—Yo me caigo.

—No tienes el menor derecho para hacerme eso. Yo que te quise matar dos veces y ahora se te ocurre...

—Descansemos mucho, por favor.

—A eso sí que tienes derecho.

Y un día estaban tan extenuadas y tan tristes porque, con su viaje relámpago a Lima, Foncuberta y Carriquirí habían solucionado muchas cosas y todos los muebles y cuadros y espejos y el piano y toda la platería y todo, en fin, lo habían recuperado gracias a ellos. Pero los evangelios por los suelos y nosotras pisoteadas, eso seguía. Y además, nunca antes Carriquirí y Foncuberta estuvieron más ausentes, porque estuvieron como ausentes todo el tiempo que pasaron con nosotras y en lo único que pensaban era en que tenían que llamar de nuevo a Miami.

Y más extenuadas estaban otra noche, por más que ya pasado mañana, si todo sigue así, podremos recuperar la tranquilidad y el confort y al doctor La Torre. Y tristísimas, también. Doña Estela, sobre todo, porque su hermana le había confesado que había pensado matarla una tercera vez, porque a la tercera va la vencida, pero que le juraba, eso sí, que iba a ser un crimen mucho más atenuado. Y entonces ella, doña Estela, le había confesado a su hermana que también ella había actuado mal porque las dos veces fue ella quien desconectó los timbres...

—Pero te lo juro, Carmela, que lo hice sólo para poder seguir esperando a Foncuberta...

—No te preocupes, Estela. No soy corta de entendederas. Y eso tú lo sabes mejor que nadie.

—Sí, Carmela, claro. Pero ahora lo que pasa, como iba a pasar con un tercer crimen, es que con lo extenuada que estoy la espera de Foncuberta también se va atenuando...

—Ya no falta nada para que nos sirvan como a unas reinas, Estela.

Consuélate, por favor. Ya vas a ver cómo todo y todos vuelven...

## XVII

Y el primer día cajamarquino, como ellas lo bautizaron, las pobres doña Carmela y doña Estela prácticamente no pudieron disfrutarlo. Demasiado agotadas estaban para poder levantarse de la cama, aunque sí fueron cargadas y bañadas debidamente por una servidumbre atenta y devota. Y al día siguiente, que sí fue ya del todo cajamarquino, porque las señoras cómo disfrutaron y comieron, era Jesús Comunción hijo el que estaba realmente desolado. Negro, canoso, mudo y arrinconado por la tristeza, esperaba que fueran las ocho de la noche más dura de toda su vida. Y lloró cuando lo llamaron.

—¡Jesús! ¿Qué pasa? Acaba de sonar la octava campanada del reloj de la sala y usted no entra con el Bristol Cream.

—Señoras... ¿Otra cosita no les apetece? El Bristol Cream se ha terminado.

—¿Y a usted no se le ha ocurrido salir a comprar más?

—Llevo días intentándolo, señoras, pero el Bristol Cream se ha terminado en el Perú.

—Y a mí eso qué me importa, Jesús -alzó la cabeza, lo miró, le sonrió, doña Estela-. Usted haga lo que se le dice, Jesús, y tráiganos el Bristol Cream.

—Eso, exactamente. Muy bien dicho, Estela.

—Muy bien señoras -lloró Jesús Comunción hijo, y fue a traer el Bristol Cream de las señoras-. Pobrecitas, por andarles yo discutiendo, ya se les ha pasado su hora...

*Madrid, marzo de 1990*

## *Un sapo en el desierto*

*A Aníbal González-Pérez,  
César Ferreira, y Cristóbal Pera,  
por amigos, por excelentes amigos.*

*A Handsome house to lodge a friend,  
A river at my gardens end...*  
JONATHAN SWIFT

*I come not, friends, to steal away your  
hearts: I am no orator, as Brutus is; But as  
you know me all, a plain, blunt man, That  
love my friend...*

W. SHAKESPEARE

### I

—Bueno, ¿pero nos tomamos otras cervezas? -preguntó el Sevillano.

—Por mí que sean dos chelas -dijo Mañuco.

—Y tres -agregó Fermín.

—Más bien cuatro checoslovacas bien polacas o, lo que es lo mismo, cuatro sevillanas muertas de frío -se alegró Carlos, con conocimiento de causa-. Aunque aquí, en el corazón de Texas, sólo podrán ser cuatro vulgares Budweisers, como siempre.

—Bueno, pero qué importa -comentó Mañuco-. Ya me estoy acostumbrando a la Budweiser. Y además, señores, no lo olviden: algún día este esmerado antro será el lugar en que los cuatro nos hicimos amigos.

El lugar se llamaba "The Tavern", pero ellos lo habían vuelto a bautizar con el nombre de "La Cucaracha". Y es que realmente ese antro no podía no encontrarlo el que lo buscaba por esas calles y avenidas que más parecían carreteras porque ni veredas tenían

siquiera. En fin, era un lugar como cualquier otro de Austin, la pequeña capital del estado de Texas, pero tenía al lado la enorme cucaracha esa verde, giratoria y siempre demasiado iluminada por las noches. Además, la cucaracha verde como que despedía fuego por sus ojazos saltones, llenos de una intensísima luz asquerosamente amarilla, y sabe Dios a quién se le había ocurrido colocarla sobre un inmenso y absurdo pedestal. Indudablemente anunciaba algún insecticida, porque en Austin sobran los bichos y entre éstos reinaban las cucarachas.

Pero más que la publicidad de nada, aquella monstruosidad lo que parecía era un verdadero monumento al descubrimiento del insecticida.

Y al lado estaba "The Tavern", que para ellos siempre fue y será "La Cucaracha". Los cuatro daban clase en la universidad de Austin y, por las noches, concluida una buena jornada laboral, un poco la soledad y otro mucho la amistad los traía de cabeza al mismo lugar, a la misma mesa, a los

mismos club sandwiches y al mismo ruido de rugby de siempre. El último en llegar a Austin había sido Mañuco, Mañuco Cisneros. Y llevaba ya varias semanas dale y dale con la misma historia que algún día todos habrían de recordar como la historia más triste de una vida en Texas. Y es que al principio sólo Mañuco Cisneros sabía quién diablos era don Pancho, el gran don Pancho Malkovich que había sido el héroe de su adolescencia. Pero

algún tiempo más tarde un viaje al interior del desierto les permitió toparse cara a cara con ese gringo viejo y muerto de hambre con el que realmente no supieron muy bien qué hacer.

—¿Dos jarras de Budweiser? -preguntaba Fermín, a menudo, no bien se instalaban en el mismo rincón de La Cucaracha.

—Que salgan esas chelitas bien heladas -añadía Carlos, también muy a menudo, con gran conocimiento de causa.

Era peruano, como Mañuco, pero llevaba una andanada de años en Texas.

—Ahora en Lima la gente dice una sevillana de muerta frío o una checoslovaca bien polaca -se mataba de risa Mañuco, que hacía poco había llegado de Limonta.

—¿Como Albertico Limorta, el personaje de "El derecho de nacer"?

-le preguntaba, risueño, irónico, el puertorriqueño Fermín.

Y el Sevillano pelirrojo se mataba de risa con eso de que los peruanos perdieran tanto tiempo en andarle buscando el nombre de otras cosas a todas las cosas y siempre para decir la misma cosa.

—Eso nos viene de tu Andalucía querida -le explicaba, burlón, afectuoso, Carlos el Sevillano, que en realidad era de Barcelona, pero que también era de Sevilla y por los cuatro costados, aunque ésa ya sería una historia bastante larga de contar y, por lo menos durante las primeras semanas de su estadía en Austin, Mañuco Cisneros sólo parecía venir a La Cucaracha para interesar al mundo entero en la historia de don Pancho

Malkovich. Sólo había vuelto a saber de él diez años atrás, pero en realidad en aquella oportunidad de lo único que se enteró fue de que el viejo había ido a parar a Texas, a San Antonio, y que ahí trabajaba desilusionado de todo pero siempre haciendo algo bueno. Mañuco, sin embargo, no recordaba con total precisión cuándo lo había visto por última vez.

—Yo creo que deben ser ya unos veinticinco años -decía, y se quedaba contemplando el humo, ahí en el rincón de La Cucaracha, y la mirada se le iluminaba cada vez que el horrible insecto verde y giratorio daba otra vuelta y sus ojazos saltones de luz amarilla regresaban hasta la ventana que había en ese rincón de la taberna.

Don Pancho... Don Pancho Malkovich... Los cuatro amigos sabían que algún día terminarían buscando a don Pancho Malkovich, a pesar de las reticencias de Mañuco Cisneros. Por ahora, al menos, Mañuco como que no quería averiguar más, y más bien se regodeaba tratando de recordar con precisión un montón de datos, fechas, lugares y hasta hechos que había ido olvidando a lo largo de unos veinticinco años y que, de pronto ahora, al encontrarse en Texas, volvían a asaltar su memoria y lo emocionaban hasta las lágrimas.

Pero también enfurecía porque algún hecho no encajaba con el lugar y la fecha que él creía recordar y empezaba a mandar a la eme a gritos a un amigo limeño al que había llamado por teléfono y que no había cumplido con su promesa de averiguarle en qué año y en qué lugar se produjo la revuelta minera en el Perú. Entonces Fermín, Carlos y el Sevillano se enteraban de que don Pancho había sido ingeniero de minas y había trabajado primero en Centroamérica y luego en el Perú. Había trabajado para una empresa norteamericana que existió "in illo tempore" en el Perú, la Cerro de Pasco Copper Corporation...

—Bueno, ya que iré acordando, señores -decía, a menudo, Mañuco-.

Ya me iré acordando de todo. Y si no me acuerdo de todo, qué diablos. Iremos a buscarlo y se lo preguntaremos

al mismo don Pancho. Era un gringo cojonudo, pero ya debe estar muy viejo.

—Cuando tú quieras yo te llevo en mi auto -le decía, se ofrecía siempre, Fermín.

—Sí, pero antes habrá que averiguar dónde vive. San Antonio es muy grande -añadía Carlos, dispuesto a ayudar con veteranía texana.

—Bueno, pero primero averigüaremos si queda más cerveza en este antro del diablo - intervenía, juvenil, sonriente, pero serio y maduro en lo de las cervezas de La Cucaracha, la soledad

austinita y la amistad internacional, el Sevillano. También hacía poco tiempo que había llegado a Austin y le encantaba eso de tener ya dos amigos peruanos y otro puertorriqueño.

—Señores -intervenía, de pronto, Mañuco, como si se hubiese olvidado por completo de su don Pancho-:

Señores, he aquí una rima que se le olvidó a don Gustavo Adolfo Bécquer: "Mientras haya crédito, habrá poesía". O sea que no beban más, beban nomás.

Pero volvía a lo de don Pancho y poco a poco los otros tres amigos habían empezado a conocer a ese gringo valiente que, por momentos, más bien parecía un personaje de ficción. Y habían empezado también a tomarle cariño y a imaginarlo viejo y a...

—¡Carajo! -exclamó Carlos, una noche-. ¡Ese gringo debería estar aquí en La Cucaracha con nosotros!

¡Por lo pronto, pidámosle una checoslovaca también a él!

Pero estaban cerrando ya la taberna y las malditas leyes y estos gringos, carajo, leyes y más leyes. Ya sólo les faltaba que les pusieran una ley seca también a ellos ahí en Austin.

Y se fueron a tocarle la puerta al colega Mike, pero el gringo del diablo les dijo que esa noche prefería meterse al sobre temprano. Y sólo les quedaba Carol, que siempre guardaba vodka en la refrigeradora y tocaba la viola d'amore y ya un par de veces antes les había abierto su puerta y la de la refrigeradora.

—Y ya ven, las gringas no siempre son unas gringas de mierda, señores.

Porque la esposa de don Pancho...

## II

Don Pancho...

—¿Budweiser para los cuatro?

—¿Dos jarras?

—Que sean tres por ahora.

—La verdad es que es un viaje al pasado que a veces me da mucho miedo hacer.

—Te acompañaremos, Mañuco.

—Sí, gracias. Porque sólo he venido a Texas por un semestre y realmente creo que me daría mucha pena irme sin haberlo buscado. Pena, y mala conciencia... Aunque también me da miedo buscarlo porque...

—Las checoslovacas, señores...

...Porque al viejo lo recuerdo joven y entero, con su típica sonrisa medio torcida y muy tierna, o a veces con lágrimas en los ojos cuando escuchábamos el aria de alguna ópera.

Bueno, y yo ni se diga. Don Pancho me hacía puré cuando me servía un trago y, juácate, me ponía la obertura de "La Traviata", a más de cuatro mil trescientos metros de altura, allá en la tristeza de los Andes. Su esposa se mataba de risa de ese par de sentimentales que se habían hecho amigos siendo tan grande la diferencia de edad. Pero la vieja me quería mucho también y siempre me decía que yo era una de las personas más optimistas que había conocido en su vida porque todo, absolutamente todo, lo encontraba siempre fantástico. Y la verdad es que cómo no lo iba a encontrar todo fantástico mientras vivía con ellos...

Mi vida cambiaba cien por ciento cada vez que subía de Lima a Cerro de Pasco. Don Pancho...

¿Que cómo lo conocí? Pues de la manera más casual. El estaba entrando con Sally, su esposa, a un restaurant

muy lujoso que había casi en el centro de Lima. El restaurant se llamaba "91", y don Pancho estaba entrando con su esposa y un montón de gringos más. Y yo pasaba por delante, caminando realmente muñequado porque tenía cita con una chica que vivía por ahí y que me gustaba bastante, cuando

vi clarito cómo al gringo se le caía tontamente la billetera. Don Pancho acababa de pagar un taxi y en vez de meterse la billetera en un bolsillo de atrás del pantalón, la soltó cuando tenía la mano a la altura del culo y fue a dar a la vereda. Ninguno de los gringos se dio cuenta de nada y otro tipo y yo corrimos cuando vimos que don Pancho tampoco se había dado cuenta de nada y estaba entrando ya al edificio en que quedaba el 91.

Y qué duda cabe. El otro tipo se quería robar la billetera, pero yo llegué antes y nunca mejor dicho: lo gané por apuesta de mano. Y le avisé a don Pancho, que volteó sobre la marcha y se dio cuenta de todo al ver

la cara de cojudo con que se había quedado el otro tipo. Clarito se veía que había querido picárselas con la billetera del gringo. Bueno, pero se fue sin decir ni pío cuando vio que todos los gringos se me acercaban a agradecerme y que el asunto era en inglés, además. Y ahí fue cuando don Pancho me invitó a almorzar.

Yo no sé si tú te acuerdas, Carlos, tú que eres también limeño, pero el 91 era en esos años uno de los restaurants más caros y lujosos de Lima. O sea que para mí era algo totalmente inaccesible. Ahí podían ir mis viejos, en todo caso, pero a los quince años a mi padre jamás se le habría ocurrido llevarme a un restaurant así. Y muchísimo menos invitarme a un martini o permitirme tomar vino en la comida. Bueno, ni en la comida ni nunca. Ni una cerveza siquiera. Y hasta que no fuera mayor de edad y pudiera pagármelo todo yo mismo.

Bueno, y todas esas tonterías de los viejos de antes y sobre todo de mi padre. Que era uno de esos viejos fregados para los que uno tiene que pasarse la vida estudiando y con las justas ir al cine una vez a la semana, los domingos.

O sea que ya me pueden imaginar subiendo a uno de los restaurants más lujosos de Lima con un montón de gringos inmensos y hablando en inglés.

Me sentía la mamá de Tarzán, y hasta tenía ganas de que algún conocido me viera en ese momento para no reconocerlo o algo así, y que después el tipo fuera a contar por ahí: —A Mañuco Cisneros yo lo vi entrando al 91 con una cantidad de magnates yanquis. Increíble pero cierto. Este par de ojitos lo vieron entrar hablando en inglés y de negocios con una impresionante cantidad de magnates yanquis...

En fin, eran cosas de la edad y de esos tiempos, pero la verdad es que ahí en el ascensor, mientras subíamos al restaurant, yo hasta me había olvidado ya de la chica que me gustaba y definitivamente no pensaba ni llamarla por teléfono para cancelar nuestra cita ni nada...

—Bueno, ¿pero nos "matizamos" otra Budweiser, señores, como dicen en Jalisco? ¡Púchica diegos! ¿Saben ustedes lo que es llegar al 91 como llegué yo? Era como si me hubieran vestido de largo, más o menos. Y además con todos esos gringos. Yo me imagino que a los muy gringos les parecía imposible que un mocoso como yo no sólo les devolviera una billetera sino que además se la devolviera en perfecto inglés. Y me imagino que alguno de ellos hasta estaba pensando que yo era un cerebro, materia gris que habría que ayudar a fugarse al norte de Río Grande, señores. Digno de ser educado en Yale o qué sé yo.

Pero don Pancho, en todo caso, me miraba de otra manera. Se le torcía la sonrisa que se le iba a torcer ya para siempre y los ojos le sonreían y les juro que un ojo se le torció también un poquito y ya para siempre también. Me cago, qué pena. Me miraba como si yo fuera una ópera de Verdi a todo volumen, un aria tal vez, o a lo mejor yo era ya la obertura de "La Traviata", señores.

Y entonces fue cuando nos acercamos a la mesa y cuando el maître dijo que no había sitio para mí en esa mesa reservada para diez personas. Don Pancho le respondió que qué, que cómo, y que por qué, agregando en seguida que por supuesto que sí había sitio para mí en esa mesa reservada para "once" personas. El maître...

Todavía lo estoy viendo... Puso cara de mesa reservada para cuchucientas mil personas, si así usted lo desea, don Pancho, porque el cliente es rey, e ipso facto procedió a irse a la mierda que era el lugar ideal para encontrar una silla más, platos de porcelana, cubiertos de plata y copas de cristal. Todo para mí. Y yo ahí con mis quince años, empinadísimo y en inglés para parecer un gringo con reserva en el 91, y con una impresionante cara de primera hazaña de mi vida porque mentalmente acababa de llamar por teléfono a la chica que me estaba esperando unas cuerdas más allá del 91.

—Hoy no podré ir a verte, Alicia.

Y realmente preferiría que no me preguntaras por qué. Aunque claro, si me lo preguntas, no me quedará más remedio que decirte la pura verdad.

—¿Se puede saber por qué no puedes venir a verme, pedazo de tonto?

—Alicia, creo que te has fregado.

Perdóname. Yo no quiero herirte, Alicia, pero ya que me lo preguntas, te diré la pura verdad. Acabo de encontrarme con el 91, camino de tu casa. O mejor dicho, acabo de encontrarme con don Pancho Malkovich, cuando... Mira, Alicia, para qué mentirte más. Acabo de encontrarme con una mesa reservada y Marilyn Monroe. Todo, te lo juro, en el barato e inocente camino a tu casa. Perdóname, Alicia. Te ruego que me perdones, pero...

Terminada esa triste conversación, el maître ya me había colocado hasta el debido respeto en mi asiento super reservado de siempre, y pude por fin sentarme en una silla

modelo 91 que habían colocado justo al frente de la de don Pancho y justo al lado de la de Sally, su esposa.

Lima entera se veía allá abajo, peruana, fea y distante, entre la risa de los gringos, arriba en el restaurant. Y la verdad, con el primer martini como que me entró una pena infinita de estar siendo educado tan bien en inglés y tan mal en el Perú y eso se me mezcló con lo de la pobre Alicia allá abajo, peruana, fea y distante también, sobre todo después del segundo martini. Y cuando arrancamos con el vino blanco para las conchitas

al limón, como que mariconié, señores, bueno, ya sé que se dice mariconeé, señores, para algo somos todos profesores en Austin, pero bueno, como que mariconié porque nuestro Miguel Grau fue un héroe de la puta madre, y por más que puse mi mejor cara de bandera nacional y hasta empecé a izarme sobre mi asiento, con el vino tinto del cabrito al horno perdí todas las guerras que el Perú no ha ganado, y después con el champagne del postre perdí también todas las que el Perú ha ganado. Y ahí quedé hecho un apátrida muerto en un campo de batalla tan bonito como "Lo que el viento se llevó", mientras sólo don Pancho se daba cuenta de todo y me sugería que pasáramos al baño de caballeros un momentito porque "no es delito en el hombre llorar por una mujer", Mañuco. Textual, señores.

—Pero eso de "no es delito en el hombre llorar por una mujer" es letra de vals criollo, Mañuco -intervino Carlos, añadiendo sorprendido-: ¿El gringo conocía tanto de música criolla?

—Ya verás tú más adelante hasta qué punto el gringo conocía de música peruana, Carlos. Pero en ese momento, mientras vomitaba en el baño, no era tanto por Alicia que estaba llorando y vomitando. Era la primera borrachera de mi vida y en el fondo la culpa la tenía Miguel Grau allá abajo del 91, en la Lima peruana y distante y horrible, horrible desde mucho antes de que Sebastián Salazar Bondy escribiera "Lima la horrible".

No sé, Carlos, yo allá arriba en el 91 entre tanto gringo, hablando en inglés y cagándome en el maître nacional, me había sentido como una isla flotante. Pero como una isla flotante con poquísimo espacio para flotar, es lo que pasa.

Total que después vino Sally, la esposa de don Pancho, y nos encontró a los dos llorando como un par de magdalenas en inglés. Ya yo le había explicado lo de Miguel Grau, "Caballero de los mares", y creo que sólo por consolarme el pobre gringo me estaba explicando que también él, de vez en cuando, y como en el vals crio llo "llora, llora corazón, llora si tienes por qué", se ponía a escuchar una ópera y soltaba unos lagrimones de la pitri mitri porque en realidad él había nacido en Trieste y no sé qué vaina más de la Primera Guerra Mundial y de cómo fue a parar a los Estados Unidos con sus padres pero sin un cobre, y cómo más de un gringo, allá arriba en las minas de la Cerro Copper Corporation de los "United

States", también era una mierda, y que sólo hombres como Miguel Grau y él y yo sabíamos llorar por su país, y no llores Mañuco, que fue cuando entró la señora Sally y nos encontró llorando a mí por el Caballero de los mares y a él por algo de la Cerro de Pasco Copper Corporation.

Eso fue un sábado, lo recuerdo perfectamente bien, porque al día siguiente fui a despedirme de don Pancho al hotel Crillon. Ese mismo día él, la señora Sally, y el resto de la gringuería con que había almorzado lloricosamente en el 91 regresaba a la mina, todo un viaje. Todo un viaje que, poco tiempo después, también yo haría y volvería a hacer no sé cuántas veces más hasta el día aquel en que vi a don Pancho convertirse en una especie de Caballero de los Andes, cuando la rebelión aquella que no logro recordar exactamente en qué año fue... Pero qué bestia, todo lo que pasó.

—Vamos donde Mike, señores, que ya están cerrando La Cucaracha esta de mierda, que no sabe caminar.

—Este bicho de mierda sólo sabe dar vueltas iluminantes -dijo Fermín.

—Mike me dijo que no lo molestáramos -agregó el Sevillano-. No sé qué clase tan importante tiene que dar mañana, pero lo cierto es que tiene que meterse al sobre temprano.

—¿Y Carol?

—Carol y su vodka están tocando la viola d.amore en Houston.

—Pues hoy nos acostamos como las cucarachas -dijo Fermín.

—O como las leyes del país que nos acoge -concluyó Carlos.

### III

Le escribí a don Pancho hasta el final de aquel año escolar y quedamos en que iría a verlo unas semanas durante el verano. Él quería que yo llegara para el año nuevo y ni se le ocurría que para mi viejo toda aquella amistad entre un hombre de su edad y yo, sólo podía ser fruto de la mariconería de un gringo sinvergüenza. Mi viejo era capaz de quejarse ante el embajador de los Estados Unidos si yo le contaba que me iba a pasar las vacaciones con un gringo de su misma edad. Ese gringo tenía que ser un bicho raro, un maricón, un degenerado o algo así. Por más respeto que mi padre le tuviera a los gringos y por más que su sueño fuera verme estudiando algún día en los Estados Unidos.

Para eso me había puesto en el colegio Santa María, para eso había hecho que aprendiera el inglés desde niño, y para eso venía a hablar cada mes de diciembre, al final del año escolar, con el cura director. A pesar de mis buenas notas, él quería saber a ciencia cierta si yo algún día podría venir a estudiar a este país.

Que dejara el Perú por unos años era su sueño, que volviera con un título universitario norteamericano era su super sueño. Y después un mundo confortable y de padres a hijos como el suyo. Ese era el sueño de mi viejo.

Y ése era el sueño de mi madre también. Pobres, cuando pienso que sólo he llegado a Estados Unidos décadas después y por sólo un semestre. Cuando pienso que aparte de un viaje que hice como periodista...

—Que no lo eres -se burló Carlos.

—Bueno, pero como si lo fuera.

Porque hoy un profesor universitario en el Perú hasta hace de taxista. Y yo he llegado a escribir en tres periódicos al mismo tiempo, para parar la olla. Ustedes no se imaginan lo que se gana hoy en el Perú, con más de veinte años de profesor universitario.

—Salud por esa mierda -dijo Carlos.

—Salud, porque con este semestre dando las clases de Austin para la olla un año entero y pago las deudas de tres años más.

—¿Y en qué año fue que viniste de periodista?

—El 76. Vine a hacer un reportaje sobre el bicentenario de la Independencia de los Estados Unidos.

—¿Y ahí fue que te enteraste de que don Pancho vivía en San Antonio?

—Ahí fue. Pero me enteré cuando ya había pasado por San Antonio y no me quedaba tiempo para regresar y buscarlo. No sabes cuánto me dolió, pero era imposible regresar. No me quedaba tiempo ni dinero. Diez años hace de eso. Todavía don Pancho debía estar de buena forma, pero ahora ya debe de tener cerca de ochenta años. Y la verdad, ese viaje al pasado ahora me da bastante miedo...

—Bueno, pero si algún día quieres ir, ya lo sabes, Mañuco: mi automóvil está a tu disposición...

—Bueno, pero volviendo al grano, señores...

—O volviéndolo a evitar -se sonrió el Sevillano.

Volviendo a "este" grano, señores:

Tuve que inventarme toda una historia para que mi viejo me dejara ir a Cerro de Pasco. La inventé gracias a un compañero de clase, el gringo Brody. No éramos tan amigos, pero era un tipo simpático y bonachón y no tuvo el menor inconveniente en convertirse en hijo de un señor que trabajaba en la Cerro de Pasco Copper Corporation. Y empezó a caer por mi casa los fines de semana y poco a poco mis padres se fueron acostumbrando a verlo y, el día en que les dijo que me invitaba a pasar unas semanas de vacaciones en la mina, mis viejos hasta lo encontraron provechoso e interesante para mí. Imagínense ustedes: me invitaba nada menos que el hijo de don Pancho Brody, ingeniero de la Cerro, lo cual en

buen latín quería decir que iba a practicar el inglés, que iba a vivir en inglés, que a lo mejor vería unos cuantos indios zarrapastrosos, y que la moraleja de todo aquello sería papá, mamá, realmente he estado

en un lugar donde el diablo perdió el poncho y no bien termine el colegio quiero largarme a Estados Unidos y convertirme en don Pancho Brody. Y todo eso, claro, gracias a tus esfuerzos, papá, y gracias a tus desvelos, mamá.

Total que gracias a los esfuerzos y desvelos del gringo Brody y míos, el gringo se llamaba Peter, y la verdad es que nos hicimos buenos amigos|, llegué a Cerro de Pasco por primera vez el 31 de diciembre de 1954...

Sí, de eso me acuerdo perfectamente bien.

—Y dime -intervino Fermín-

Debió ser una impresión formidable para ti ese increíble viaje en tren.

Dicen que por ahí el ferrocarril pasa a más de cinco mil metros de altura.

Debió ser algo casi sobrenatural para un chico de quince años ese viaje desde la Costa hasta los Andes...

—La verdad es que yo sólo me iba fijando en don Pancho -soltó categóricamente Mañuco.

Entre el humo de La Cucaracha, los cuatro amigos no supieron si reír o si qué. El mismo Mañuco se había quedado sorprendido con su frase.

Pero lo que más le sorprendía de sus palabras era la exactitud con que había registrado el recuerdo de aquel trayecto larguísimo entre cuevas de lentitud pasmosa y puentes de peligro inminente. La señora Sally le sonreía en una estación de tren que él aún no conocía y don Pancho lo esperaba impaciente en el andén para ladear su sonrisa y un ojo un poquito también. Lo esperaba para escuchar ópera italiana. Lo esperaba para seguir siendo amigos mientras las cuevas se hicieran más lentas, y los puentes de peligro inminente sólo lograban que Mañuco sintiera lo fantástica que era la vida, su vida, la vida de Mañuco Cisneros, escolar del cuarto año de media del colegio norteamericano Santa María, donde el buena gente del gringo Brody lo había ayudado a inventar toda una estratagema para poder visitar a don Pancho Malkovich en esta vida fantástica, entre los Andes, en Cerro de Pasco, en las minas de la Cerro de Pasco

Copper Corporation.

Ya todo eso lo sabía Mañuco Cisneros y el paisaje era humano, antes humano que nada, proyección de sí mismo, y de Sally y de don Pancho: el paisaje era el lugar en el que iban a hablar, en el que se iban a escuchar, en el que iban a ahondarse tantos afectos y en el que iban a surgir tantas tensiones... Sí, eso lo recordaba perfectamente ahora entre el silencio total de los Andes, interrumpido a trechos por el golpear de un tren pesado, antiguo, y muy probablemente inglés.

—Por eso -les explicó Mañuco a Carlos, Fermín, y al Sevillano-, algún día el paisaje de Texas serán ustedes aquí, nosotros aquí en este rincón, y la cucaracha de mierda esa, que ya será bellísima, dando sus rondas de fuego e insecticida sobre nuestras noches de Budweiser y clases de literatura mañana por la mañana...

...El paisaje de Texas, como tantos años antes el de Cerro de Pasco, primero; la Oroya y Mahr Túnel después, sería el espacio en que él y todos aquellos amigos se habían movido, la zona en que se habían escuchado y mirado, en que habían actuado y hablado, una irradiación de sus propias personas, convertida en geografía de recuerdos. Eso es lo que Mañuco Cisneros había tratado de decirles cuando les contó que el interminable viaje en tren de Lima a Cerro de Pasco, aquella lenta sensación entre montañas gigantescas y ríos cada vez más profundos, lo había hecho fijándose en que a don Pancho, en realidad, lo conocía bastante poco...

Apenas aquel almuerzo en el 91 y el recuerdo de Alicia y Lima tan peruana y fea y distante allá abajo, tal vez porque todos hablaban en inglés en el lujo del restaurant y yo me había requetecagado en el maître.

Tal vez porque mi padre me había matriculado en colegios norteamericanos desde niño para que llegara a ser eso, eso que yo ni siquiera sabía en qué consistía, pero que digamos que si quería que llegara a consistir concreto y tan agradable como un almuerzo con diez gringos en el 91, que fue

cuando se me trepó el segundo martini y más todavía el vino y me entró la patriótica de Miguel Grau que vino a joderlo todo con vomitina y todo.

Uno, señores, realmente le toma afecto a un gringo mayor que entiende algo tan complicado y sólo porque él es de Trieste y la Primera Guerra Mundial y muy pobre pero después ingeniero y, juácate, un día en el esplendor de su carrera, algo empieza a pasar en las minas que poco a poco lo va convirtiendo en un gringo distinto a la compañía para la cual trabaja. Algo por el estilo, señores, y todo por culpa de la ópera italiana y Trieste en su infancia. Digamos, para resumir, que todo fue culpa de una furtiva lágrima italiana...

—Bueno, pero lo volviste a ver una vez más, aquella primera vez de Lima...

—Sí, al día siguiente fui a visitarlo al hotel Crillón y, con el pretexto de que tenía cita con la pobre Alicia, llamé a mi casa y me quedé nuevamente a almorzar con don Pancho.

Almorzamos la señora Sally, don Pancho y yo. No sé, pero creo que él le dijo a los otros gringos que prefería almorzar a solas conmigo y sin tanto trago como el día anterior. Y ahí me enteré, por ejemplo, de que don Pancho y su esposa tenían un hijo un poco de mi misma edad, estudiando en los Estados Unidos. Vivía en San Francisco, con sus abuelos maternos, y ellos iban a visitarlo todos los años durante el mes de agosto. El chico se llamaba Frank, y recuerdo que lo primero que don Pancho me dijo de él fue que no le gustaba la ópera, que no, que a Frankie no le gustaba la ópera para nada. Y lo peor, agregó la señora Sally, es que quiere ser aviador y probablemente lo llegue a ser. Después, me acuerdo clarito, yo les pregunté que por qué no les gustaba que su hijo fuera aviador y los dos gringos como que se pusieron muy nerviosos, él más que ella. Yo me quedé con cara de haber metido la pata, mirándolos con expresión de explíqueme por favor qué pasa.

—Bueno -me dijo entonces don Pancho-, Frankie quiere ser aviador porque le gusta la idea de andar lanzando bombas por ahí.

—Sí, y eso es lo peor de todo -añadió Sally, nerviosísima- a Frankie "realmente" le encanta la idea de andar lanzando bombas por ahí.

Digamos pues que almorzamos bajo ese bombardeo, porque Sally y don Pancho casi no probaron bocado y siguieron realmente nerviosos hasta que el mozo les trajo la cuenta. Había llegado la hora de bajar los equipajes, meterlos en la camioneta de la compañía, y emprender el pesadísimo retorno hasta Cerro de Pasco.

Habían venido a Lima sólo por un fin de semana largo, para comer bien, ver buen cine, y olvidarse un poco de la vida en la mina.

Eso me lo explicaron en la puerta del hotel, ella ya más relajada y mirándome como si me conociera desde el siglo pasado, y él ladeando por fin su sonrisa y también el ojo ese con el que parecía quererme decir nos vemos pronto o algo así. Los otros gringos, que también regresaban a la mina, se habían reunido ya con ellos y se disponían a repartirse en tres camionetas de la compañía. Tenían cara de perseguidora y de mal humor, cara de odiar la idea del retorno a una mina de mierda, en unos Andes de mierda, y probablemente también en un país de mierda. Todo lo contrario de Sally y don Pancho que seguían mirándome como a veces a mí me hubiera gustado que me mirara mi padre. Además, Sally acababa de decirme que la llamara Sally y que me dejara de tanto señora Sally: Ya sabes, Mañuco, Sally, tu amiga, la vieja Sally.

Y ahí fue cuando don Pancho como que oyó un poquito de ópera italiana o algo así.

—¿A ti te gusta bombardear? -me preguntó, con el acento ese increíble que tenía, que no era yanqui, que sí era yanqui, pero que no era yanqui del todo, otra vez. No sé cómo explicarlo, pero digamos que había algo de Trieste y de ópera italiana en todo el asunto.

Y la verdad es que yo le dije que detestaba bombardear, que lo que más detestaba en esta vida era andar lanzando bombas por ahí. Y casi le digo que más bien al que le hubiera encantado andar lanzando bombas por el mundo entero era a mi padre, porque mi viejo sí que se las traía de duro, pero en fin, no dije nada. Nada de nada, porque lo que yo realmente hubiera querido decirle a don Pancho era que le quería muchísimo y que no sabía por qué, aunque sin duda todo había empezado en el 91 cuando me encontré convertido en una isla flotante con muy poco espacio para flotar.

Bueno, ya partían, y yo con una impresionante cara de imbécil y el estómago todito tembleque y las piernas allá abajo que por nada del mundo obedecían. Más lo de la mano derecha, que tenía puesta sobre la primera taquicardia de mi vida mientras la camioneta partía con el letrero "Cerro de Pasco Copper Corporation". Don Pancho había quedado en escribirme y yo acababa de contarle la primera y última mentira que le conté en mi vida. Fue una de esas cosas que uno hace porque tiene quince años y no sabe cómo despedirse de un par de gringos viejos que quiere volver a ver. Poco antes de contarme que su hijo Frankie soñaba con ir bombardeando ahí por el mundo, más o menos como mi padre, don Pancho me había dicho que lo que más le gustaba en esta vida, aparte de su Sally, era la ópera italiana.

Yo de ópera italiana no sabía ni pío, en realidad, pero, diablos, un gringo tan buena gente conmigo algún regalo tenía que llevarse como prueba de mi gratitud. Con él, con Sally, había pasado el mejor fin de semana de mi vida, un fin de semana tan nuevo como inesperado y tierno, muy tierno, a pesar de mi vomitina. O tal vez precisamente a causa de mi vomitina.

O lo que yo había arrojado a chorros y entre lágrimas en el baño del 91, a lo mejor no fue más que la primera herida de la ternura en mi vida de adolescente. Porque Alicia no era así. Con Alicia había que ser siempre muy macho porque si no, llegaba otro más macho y adiós Alicia.

Con Alicia había que ser siempre el más alto y el más pintón porque si no, adiós, Mañuco. Y aunque yo le tenía cariño a Alicia y sabía que también yo a ella le gustaba, Alicia, cómo decirlo, Alicia jamás llegaría a ser una ópera italiana.

—Bueno, pero ustedes me entienden, señores. Y más Budweiser, por favor.

Más Budweiser y que no cierren La Cucaracha nunca, por favor. Que en todo caso no cierren este rincón lleno de humo y de la luz giratoria del monstruo que pasa y pasa como quien le echa insecticida a la única sucia mentira que le conté a don Pancho en mi vida. Pero es que se iba, se iba la camioneta de la empresa, señores. Se me iba ese fin de semana que Alicia jamás comprendería. Y Sally había aplastado la nariz contra un vidrio que se iba opacando de ternura y vaho.

Y yo con la mano en la taquicardia.

Y en otra ventana de la camioneta la cara ladeada de amistad de don Pancho y por consiguiente la sonrisa ladeada un poco más ladeada que de costumbre e idem el ojo que se le ladeaba también un poquito. Era como la torre de Pisa de la amistad o algo así, señores. Inexplicable cómo no se venía abajo todo eso. Inexplicable porque ellos tenían cincuenta años y yo sólo quince.

Tenía que durar, señores, y por favor que cambien las leyes del estado de Texas y hoy que no me cierren nunca La Cucaracha. Al menos este rincón. Allá se va mi don Pancho con su Sally y la torre de Pisa sigue inclinada hasta hoy gracias a mi inmundada mentira.

Insecticidas del mundo, uníos... No... Insecticidas del mundo, ¡váyanse a la mierda! Mi mentira no necesita fumigación alguna.

Es una mentira enorme, pero a ella, señores, le debo yo el privilegio de su compañía y ustedes le deben el que me tengan que llevar a casa tambaleándome esta noche. Porque yo le dije al gringo, justito cuando subía a la camioneta, que algún día nos reuniríamos en Cerro de Pasco para escuchar a Verdi porque a mí, a Mañuco Cisneros, le superrequetencantaba la ópera italiana. Le dije que la ópera italiana era simplemente fantástica y

Sally, que ya no era la señora Sally, Sally solamente, se sonrió más todavía cuando agregué que la ópera era como la vida ese fin de semana:

¡Simplemente fantástica!

Después llegaron las cartas de don Pancho. Las cartas de la torre de Pisa, señores. Nada. No me contaba casi nada. Cosas de ópera y de Sally y de la casa. Jamás de Frankie, jamás del trabajo. Tal vez mi padre hubiera tenido más consejos que darle a Frankie. Eran cartas para recordarme que debía ir a visitarlos algún día. Tal vez ir a pasar el año nuevo juntos. Y yo en Lima, mientras tanto, preparando toda mi estratagema con el gringo Brody.

Y ya ven, señores, ya ves, Fermín:

ése fue el paisaje de mi viaje maravilloso. Algo lleno de amistad, colmado de cariño y de intuiciones. Lima-Cerro de Pasco, pasando por el punto más alto del mundo en ferrocarril.

Sobrenatural, realmente sobrenatural y sobrecogedor. Los Andes cada vez más altos y silenciosos y los puentes cada vez más sobre ríos como hilos de plata, allá abajo, como en el fondo del mundo. Puentes peligrosísimos, sin duda alguna, y túneles negros e interminables, pero yo siempre fijándome en don Pancho que me esperaba como la torre de Pisa en el andén de la estación y Sally ahí atrás, aprobándolo todo tan sonriente.

Bueno, y ahí vino una de esas escenas que la vida inventa sólo para que uno no las olvide jamás. Bajas jadeante de nervios del tren y la gente que ha venido a recibirte con tanto cariño también anda jadeante y a nadie ahí se le ocurre nada mejor que seguir y seguir jadeando de nervios. Definitivamente, no ese Frankie, el hijo bombardero de los gringos, o sea que los pobres no saben muy bien cómo saludarte y tú muchísimo menos, a ti ni siquiera se te ocurre cómo diablos saludar a unos señores que no son tus padres ni tus tíos, ni unos amigos de tus padres o de tus tíos. Sólo hay un indio, el chófer, que sabe muy bien lo que tiene que hacer y por eso ya ha recogido tu equipaje y se dirige a la camioneta de don Pancho y Sally.

Pero don Pancho sigue sin atreverse a darme un beso y yo sigo sin atreverme a darle un beso a Sally y ya hace como treinta horas que los tres seguimos ahí tan jadeantes que casi ni se nos nota que también estamos sonriéndonos porque yo acabo de llegar de Lima y ellos me han invitado a Cerro de Pasco.

Y así hasta que por fin Sally me clavó un beso de amiga, pero pensando en su hijo, estoy seguro, y don Pancho me dio la mano, pensando en un beso a su Frankie, estoy requetese-  
gu-

ro, y por fin los tres pudimos librarnos de una llegada que casi estaba resultando más triste que una despedida porque tampoco yo había besado nunca a mi madre como a una amiga ni mucho menos le había dado la mano a mi padre sintiendo lo mismo que cuando besaba a mi madre, y así etcétera y etcétera porque tampoco a mi padre lo besaba como a mi madre ni a ésta como a mis hermanos. Y encima de todo, don Pancho, Sally y yo como que nos contagiábamos cuatro mil trescientos cincuenta y cinco metros de altura cada vez que nos mirábamos y por poco no nos ahogamos de tanto jadear. Hasta que vimos que el chófer ya había acomodado mi equipaje en la camioneta y optamos por darle el alcance en fila india, como única forma de que yo terminara de llegar a Cerro de Pasco de una vez por

todas, por favor, para que también ustedes puedan terminar de recibirme de una vez por todas, ¡Dios mío, por favor!

Cruzamos la ciudad de Cerro de Pasco, que no me voy a detener a describirles, señores, por evidentes razones de jadeo entonces y ahora también. Y es que era increíble, porque la ciudad la pasamos como si fuera un idioma que nadie entiende y hablando en inglés del 91 y del hotel Crillón, más mi colegio, el Santa María, que también era en inglés.

Resumiendo, que lo que estaba pasando es que yo llevaba quince años en inglés y sin Cerro de Pasco, porque el Perú, según los manuales de geografía, y por qué no, de historia, también, y si exageramos un poquito hasta los libros de matemáticas tam

bién, era entonces un país dividido en tres regiones, costa, sierra, y montaña, más la región de París, en Europa, y cualquier región de los Estados Unidos en cualquiera de las tres regiones peruanas y además Cerro de Pasco que qué mierda importa para la educación de mi Mañuco.

En fin, algo así, tan claro o tan poco claro como la cantidad de gente que yo veía al pasar y que jamás en mi vida había visto pasar. Y viceversa, por supuesto. Trágico es decirlo, señores, pero aquí se me agotan las municiones para seguir hablando de Cerro de Pasco. En cambio de Estados Unidos, de mi viaje a los Estados Unidos a los quince años de edad, mucho, muchísimo puede decirles. Porque bastaba con dejar Cerro de Pasco lo suficientemente atrás como para que noapestara, para entrar ipso facto en territorio profundamente norteamericano. A uno lo controlaban en la aduana y todo, y uno ahí con una impresionante cara de cojudo, cara de aduana, quiero decir, mientras don Pancho les daba una orden de general Patton a tres indios armados y parados como idiotas ante la enorme reja eléctrica que custodiaba la vida cotidiana de aquel mundo inefable al que estaba haciendo mi ingreso. Una alambrada inmensa y electrificada alrededor del mundo. Y el mundo eran todas esas casas y casitas terriblemente norteamericanas. Y la reja se había vuelto a cerrar detrás de la camioneta. Y el chófer se llamaba Dionisio y nada en esta vida le gustaba tanto como decir "okay". O sea que se llenó de "okays"

mientras bajaba mi equipaje y el de don Pancho y Sally, también, aunque no trajeran equipaje. En fin, los tres casi le damos también nuestros jadeos para que de una vez por todas nos dejara jadear en paz.

Sally... don Pancho... Esa noche era año nuevo y todavía no habíamos logrado ni siquiera saludarnos bien.

Tampoco lo logramos al entrar a su casa. Nos limitábamos a sonreír y a decirnos que estábamos cansados y que debíamos echarnos un rato para estar en forma a la hora de la gran fiesta.

Sally me enseñó mi dormitorio, que era verde, como la sala, que era demasiado verde claro y chillón, y me dijo que podía ayudarme a deshacer mi equipaje. Pero le dije que no, que lo dejáramos para más tarde, y que me provocaba salir un rato al jardín. Me dijo que bueno, que fuera al jardín, tomar un poco de aire podría hacerme bien. Y ahí andaba en el jardín hacía un par de minutos, cuando apareció don Pancho porque también le apetecía salir un rato, y un par de minutos más tarde apareció Sally porque también le apetecía salir un rato al jardín.

Se jadeaba mejor en el jardín que en la sala, señores, y entonces comprendí que ellos estaban odiando a los Estados Unidos por mi culpa y que yo estaba odiando al Perú por culpa de mi padre, que era tan poco culpable de todo como yo o como don Pancho o como el mundo entero esa tarde en ese jardín.

—Ah, y el sapo. Felizmente que había un sapo. Por fin logramos parar el jadear y terminar de saludarnos.

Jugando sapo logramos parar de jadear y comunicarnos hasta las lágrimas de emoción la alegría de volvernos a ver.

El sapo como que lo desanudó todo y ahora pienso que también para los dos viejos era difícil encontrarse de pronto en su casa con un amigo que para ellos debía ser un niño. Me querían, entre otras cosas, porque no me gustaba andar bombardeando por ahí, pero la verdad es que ésa no era sufi-

ciente razón como para invitarme a pasar una temporada en su casa. Sí, para ellos también debía ser difícil verme de pronto bajando de un tren proveniente de Lima.

Y por eso había que jugar sapo.

Felizmente que había ese sapo ahí en el jardín. Felizmente. Porque la verdad es que yo a los viejos, al bajar del tren, como que los vi más altos y más gringos y más poderosos que nunca. Por más que don Pancho se me inclinara muchísimo más que la torre de Pisa, y por más que Sally lo aprobara todo sonriente desde ahí atrás en el andén. Los viejos habían crecido y felizmente que había un sapo. Y, además, los viejos no sólo habían crecido sino que, con el paso

de los meses, desde que nos vimos por última vez delante del hotel Crillón, exactamente desde entonces, yo no sólo había ido dejando de crecer sino que me había vuelto cada día más chiquito.

Diablos, señores, felizmente que pudimos jugar sapo hasta que oscureció y ya sólo se pudo escuchar la alegría inmensa de volverse a ver.

—Bueno, ¿pero no me digas que también la fiesta de año nuevo se la pasaron jugando sapo? -intervino Carlos.

—¿Jugando qué? -preguntó el Sevillano.

—Jugando "al" sapo -se mató de risa Carlos.

—Chico, ¿y eso cómo se come? -incidió Fermín, burlándose de pura curiosidad doctoral, porque él era el gran profesor de los cuatro de La Cucaracha. Y porque Fermín, no lo olviden, es puertorriqueño. Y el Sevillano es de Barcelona, aunque ésa es otra historia y no la contamos, por no hacerla larga. Y Carlos es tan peruano como Mañuco en Texas. Y a los cuatro hispanohablantes se les había hecho un lío con lo del sapo.

—Señores -intervino Mañuco Cisneros-: lanzar una ficha a la boca de un sapo sentado como un imbécil sobre una mesa llena de números es el juego. Un juego que puede, además de todo, ser utilísimo para un sistema nervioso sumamente alterado por una llegada a la zona norteamericana de la Cerro de Pasco Copper Corporation.

Y qué diablos: se juega sapo o se juega "al" sapo, cada cual según su cada cual. Pero lo importante es no olvidar que esto no es una torre de Babel. Esto, señores, humildemente, es tan sólo una historia más de la torre de Pisa.

Y esa noche cerraron demasiado pronto La Cucaracha. ¿O es que los cuatro profesores tenían clase de literatura demasiado temprano, mañana por la mañana? ¿O es qué Mike, el colega que se metía al sobre temprano, había vuelto a acostarse temprano esa noche? ¿O que Carol, la del vodka en la refrigeradora, no había regresado de tocar la viola d'amore en Houston, Texas? ¿O es que Mañuco Cisneros,

agotado, nervioso, y recordando más que nunca cómo terminaría la historia de don Pancho en el Perú, había preferido interrumpirla una noche más?

¿La contaba con placer o se estaba ahogando en ella y prefería seguirla narrando a trozos para seguir también postergando un viaje al pasado que, día a día, parecía darle más miedo hacer?

## IV

¡Diablos! Cuánto gringo feo había esa noche en la fiesta de año nuevo.

Gringos gordos, barrigones, colorados y de mirar alcohólico. Probablemente odiaban su vida en Cerro de Pasco y de ahí esas caras de pescado al horno o esos ojos de burro con sueño y esos andares de perro apaleado. Seguro que estaban ahí por los dólares y qué duda podía haber: odiaban a sus esposas. Y bebían y bebían. Se bebía mucho desde el comienzo y la verdad es que a mí jamás se me había ocurrido que también las mujeres pudieran beber tanto. Muchas, entre ellas, no eran norteamericanas, aunque hablaban en inglés más fuerte que nadie y se morían por llegar a ser gringas. Seguro que venían de países donde antes habían trabajado sus esposos. De países en los que esos gringos habían sido jóvenes y solteros y en los que durante alguna noche de fiesta los pescó la melancolía de sentirse tan lejos de casa mientras escuchaban un ritmo latino, una canción mexicana o un aire tropical que los condujo sin darse cuenta de nada hasta los brazos de una María cualquiera, hoy ya gorda y sólo nicaragüense o cubana o venezolana.

Año nuevo y vida nueva de mierda, pero la orquesta traída de Lima seguía tocando mambo tras mambo. Ese era el ambiente general de fiesta, señores, pero había también las excepciones, los detalles que uno observa, las cosas que iban a pasar y que me iban a pasar. Porque entre mambo y mambo, la gente se repartía en grupos que se iban a beber más o que se sentaban tranquilamente a mirar y conversar en las mesas que bordeaban la gigantesca pista de baile rectangular en aquel altísimo hangar habilitado para un "happy new year" decorado en inglés y hasta con chicle, por decirlo de alguna manera. De arriba, del techo, colgaba toda una felicidad estadounidense y multicolor, serpentinatas de oro, banderitas en tecnicolor y un millón de globos iluminados que también eran la bandera norteamericana, y ni por asomo un poquito de año nuevo en el Perú, con la orquesta traída de Lima bastaba y sobraba aunque también había show y eso a don Pancho como que le preocupaba un poquito desde el comienzo.

Don Pancho era el jefeazo, claro, y su mesa era la mesa de honor pero él y Sally como que preferían prescindir de todo saludo y tan sólo invitaron a sentarse a mister King, un gringo gordo, rosado y de borrachera callada y superserena. Parece que era un gringo tímido y con una historia valiosa cuyos ingredientes eran un poco de guerra, otro de amor, y esa paz sonriente con la que diariamente, al regresar a la mina, se encerraba en su casa a leer y leer y leer. Mister King, me contaron Sally y don Pancho, leía tanto y tan buena literatura que, aparte de ellos dos, ya no tenía absolutamente nadie con quien hablar después del trabajo en la mina.

A mí mister King me saludó con una sonrisa de bondad y timidez que casi me mata, y enseguida procedió a sentarse como quien arrastra consigo muchísima guerra y muchísimo amor. Se sentó a mi lado y cariñosísimo, sin duda alguna, pero se sentó en cámara lenta y yo estuve como media hora esperando para responderle el saludo y contarle que a mí también me gustaba leer.

No creo que a mister King le importara un pepino que a mí también me gustara leer, porque a él lo que le gustaba era leer y nada más. Pero, en fin, por eso de los ingredientes de su vida yo seguía esperando que terminara de sentarse para saludarlo, cuando sentí que me tocaban el hombro para bailar. Quise mirar al techo, que era donde estaba la felicidad en esa fiesta, pero en el camino mis ojos se

estrellaron contra una señora que me contó que ella era María, una de las tantas Marías que en la Cerro de Pasco Copper Corporation han sido, me imagino, y me contó que era nicaragüense pero norteamericana también, y que aunque yo era muy joven, casi un niño, y no me atrevía ni siquiera a mirarla a la cara, tenía que bailar con ella. Y hasta me explicó por qué.

—Ya todos sabemos que eres el amigo de los Malkovich -me dijo-, pero yo quiero informarte que, aunque no eres nada "handsome", tampoco estás nada mal para bailar una pieza o dos.

Miré a mis compañeros de mesa, a Sally, don Pancho y mister King, pero la mala suerte quiso que Sally y don Pancho acabaran de salir disparados a bailar el primer vals de la noche, y que mister King continuara tomando asiento en nuestra mesa, rosado, silencioso, pacífico, y sin duda alguna totalmente entregado a los ingredientes de su vida. O sea que no me quedó más remedio que entregarme a los ingredientes de ese momento, que eran ponerme en pie y resbalar para siempre entre los brazos de una señora que no me encontraba nada buenmozo, pero que al mismo tiempo insistía en que yo no estaba mal para bailar una pieza o dos.

Fueron siete, en realidad, porque yo no era nada "handsome", pero casi podía llegar a serlo gracias a otro whisky y otro whisky, entre baile y baile, y sobre todo gracias a que el ingeniero Frisancho no hubiera llegado todavía. Lo comprendí todo al tercer whisky: yo era, para esa gorda cuarentona y libidinosa, nada menos que el suplente del ingeniero Frisancho. Y ahora, claro, lo que necesitaba saber era quién era el ingeniero ese tan "handsome".

—¿Quién es, María? -le pregunté, siempre en inglés, por supuesto, porque ahí el instinto de supervivencia nos empujaba a todos a querer ser norteamericanos.

La respuesta fue un apretón de María, un mejilla a mejilla forzado, entre feroz, tierno y desesperado, como suele ser la vida en estos casos, pero que me sirvió para entender con total claridad que Frisancho era un guapo del novecientos, alguien "really handsome and much more", y por consiguiente la persona más esperada por las mujeres como María. O sea casi todas en esa mina de mierda. Norteamericana o no. Y el ingeniero más esperado por casi todos los hombres, también, aunque esto, por supuesto, no me lo apretó María sino que poco a poco lo fui entendiendo aquella noche.

Bueno, pero lo cierto es que el ingeniero Frisancho era sobre todo "much more", muchísimo más, y un "latin lover latino", además de todo.

Pero volviendo a los apretones de María, hasta los ingredientes de amor-guerra-paz de mister King sonreían rosados al verme metido ahí, espera y espera al ingeniero Frisancho, para poder ponerle punto final a mi educación sentimental en zona norteamericana. Sally y don Pancho habían regresado a nuestra mesa, y literalmente se estaban matando de risa y año nuevo. De rato en rato, ella le daba un golpe en el brazo a su esposo, como diciéndole ya basta, anda Pancho y dile a la pobre María que suelte ya a ese pobre infeliz, pero en vez de ser el jefe de la mina también esa noche, o sobre todo esa noche, don Pancho prefería matarse de risa comprobando cómo hay chicos en este mundo que ni siquiera bombardean en legítima defensa. Y se revolcaba de risa un instante y al siguiente instante alzaba la cabeza y clavaba una sonrisa ladeada en la felicidad

decorada del techo, porque su hijo

Frankie, claro.

Sí, esto lo comprendí en ese momento, y lo comprendí pensando en mi padre, además, motivo por el cual María cuarentona recibió el primer apretón poco "handsome" de la noche y miró mis lágrimas y eso como que la hizo cambiar de táctica y hasta pedirle un "fox trot" a la orquesta. Y un técnico invisible suavizó, para música lenta, las luces de la fiesta. Faltaba media hora para año nuevo y yo había bebido demasiado. Y de apretón y "fox trot" andaba con María cuarentona cuando el ingeniero Frisancho, precedido por un gemidito colectivo de

damas y hasta de caballeros, creo, me interrumpió una erección apretada que me devolvió a la realidad cuando se volvió a subir la iluminación de la fiesta y casi me muero de vergüenza mientras regresaba con el pantalón en semejante estado de legítima defensa.

Como el metal que producía la mina, el ingeniero Frisancho era completamente producto nacional. Y estaba superorgulloso de serlo, cosa que a mí me llenó de orgullo y Miguel Grau, Caballero de los mares. Don Pancho me miraba y sonreía su año nuevo conmigo, no el de mierda sino su año nuevo conmigo, con Sally y con mister King. Y el ingeniero Frisancho, aunque ingeniero de minas, realmente parecía un caballero de los mares.

Marino era el saco azul y cruzado de botones dorados y marina su manera de llegar a una fiesta y observa el horizonte desde la cubierta de un barco.

El pantalón gris, muy claro e impecablemente planchado, anunciaba disciplina en combate y hasta un cierto heroísmo cuando la ocasión así lo requería en alta mar. Lo demás lo traía todo en la sonrisa de héroe en vacaciones. Porque venía de navegar un rato, y por eso nos había tenido a todos esperando en ese estado de ansiedad. Y ahora lo que pedía con la mirada sonriente era que lo disculpáramos por algún ligero inconveniente en el muelle de desembarco. O sea que lo disculpamos y el ingeniero Frisancho nos puso a todos su mejor cara de yate y que-siga-la-fiesta-señores, que fue en realidad cuando recién empezó la fiesta, señores.

Sally casi me mata cuando me puso una mano sobre la cabeza porque yo en mi vida iba a lograr entrar a ninguna parte con el ingeniero Frisancho. Y además me quitó el whisky de entre las manos y me prohibió terminantemente beber el resto de la noche. Don Pancho le dijo más o menos que no jodiera, por favor, que era año nuevo, una vez al año no hace daño, etc., pero Sally dale con que ya yo no podía beber más, y bueno, pues, Mañuco ya no puede beber más y qué le vamos a hacer. Pero alguien dijo entonces por ahí que acababan de llegar los de la

mina francesa y menos rica de Huarón, o los franceses menos ricos de la mina de Huarón, en fin, jamás lo sabré ya, y que también habían llegado los canadienses, que eran los más pobres de todos, con excepción de los peruanos, por supuesto, pero peruanos no había, por supuesto, con excepción por supuesto del ingeniero Frisancho, multimillonario en conquista, y de Mañuco Cisneros, invitado menor de edad pero bastante rico ya en whisky y en las más grandes contradicciones, señores.

Y bastante borracho también pero le había prohibido beber y ya hasta se estaba calmando un poco de su apretada erección cuando estalló el "¡Happy New Year!" y el "¡It's twelve o'clock!" y el consiguiente estruendor de la orquesta. Yo miré al techo, pero casi me mata de pena el decorado, y los globitos que volaban entre la música casi me rematan. O sea que miré a mister King, que me sonrió y hasta me guiñó un ojo desde los ingredientes de su vida, y la faena la remató con un silencioso feliz año nuevo. Mañuco, lento, templado, y sin moverse de su asiento siquiera. Casi me le tiro encima de agradecimiento,

pero tuve que ocuparme de don Pancho y Sally que literalmente habían entrado en clinch. Parecían un par de boxeadores abrazados y agotados, que ni el árbitro lograba separar de la palabra Frankie, Frankie. El árbitro era yo, por supuesto, y el resultado de la pelea lo pude anunciar cuando supe que Frankie ni siquiera les había mandado una postal de navidad por querer andar bombardeando por ahí.

Y ahora lo que Mañuco Cisneros quería era beber más, claro que sí.

La gente había empezado a bailar y los maridos que odiaban a sus esposas las habían mandado ya a bailar con el ingeniero Frisancho en esta vida nueva de mierda. Y Mañuco Cisneros había parado la oreja: no, los gringos borrachos no largaban a sus esposas a bailar con el marítimo Frisancho.

Simple y llanamente las mandaban de frente a volverse a acostar con Frisancho, ese hijo de puta. Y tú tam

bién eres una hija de puta, agregaban, a guisa de colofón, y Mañuco Cisneros paseando ahí entre tanto colofón, de colofón en colofón, en realidad, porque don Pancho y Sally andaban baila que te baila como dos tórtolos llorones y ya yo creía que le había sacado todo lo que se le podía sacar en una noche infeliz a los ingredientes tristísimos de mister King.

Pero regresé a nuestra mesa y bueno, increíble, pero cierto, señores, me encontré nada menos que a mister King leyendo los sonetos de amor de Shakespeare. No me pregunten de dónde los había sacado pero los había sacado y seguro que sencillamente de un bolsillo, además, porque todo en él era enorme. Y enorme fue también mi sorpresa al descubrir que se había servido nada menos que dos vasos de whisky para acompañar su lectura. Me senté con cara de obediencia y silencio absoluto, para no molestarlo en lo más mínimo, pero entonces resultó que los ingredientes de mister King me invitaban uno de esos whiskyes, me deseaban que me divirtiera y bailara un poco, y hasta que encontrara una chica bonita y la trajera conmigo a la mesa cada vez que necesitara otro whisky a escondidas de don Pancho y Sally. Casi me mata, el muy rosado, y yo quise abrazarlo y decirle "happy new year" y por qué no leemos unos cuantos sonetos juntos, míster, pero él ya estaba en su libro de nuevo y quién era yo para andarme metiendo con sus ingredientes.

Total que regresé a mis propios ingredientes, que eran ver a Frisancho convertido en el rey de los colofones y, de rato en rato, volver a morirme de pena al detenerme en las palabras de una melodía o al mirar por enésima vez el techo decorado con todos los símbolos y colores de una alegría que nada tenía que ver con lo que ocurría en las mesas o en la sala de baile. Pero entonces llegó la ingeniera Frisancha de mi vida esa noche, señores. Y, aunque no sea ésta la mejor manera de contarlo, la ingeniera Frisancha era francesa y podía doblarme la edad y la estatura y la vida. La vida también podía doblarme la, sí, señores, y sin duda por eso yo miré otra vez al techo y le rogué que esa mujer no fuera más que un detalle más de su tristísimo decorado.

Y después fui donde mister King y le hablé de lo que acababa de descubrir por mirar al techo y de nuevo a la fiesta. El gringo me miró desde sus sonetos, me imagino, porque lo único que le ocurrió fue entregarme otro vaso de whisky y agregar que el amor y la guerra siempre eran así. O sea que me fui a mirar por qué diablos eran así el amor y la guerra, y lo primero que aprendí fue que Frenchie, como todos llamaban ahí a la ingeniera francesa, se llamaba Charlotte. Y no sé, pero eso, sólo el que se llamara Charlotte fue suficiente para regresar herido y corriendo por otro whisky donde mister King. Me lo dio y me dijo que siempre habría más, aunque sólo esta noche, Mañuco, y de nuevo me volvió a mandar a la guerra. Se combatía entre mambos, pasodobles, "fox trots", Elvis Presley, y "si Adelita se fuera con otro, la seguiría por tierra y por mar..." Con esta canción se volvían locos los gringos más borrachos y con esta canción llegué yo nuevamente al frente de batalla.

Objetivamente, Charlotte debía ser una mujer de unos veinticinco años, tal vez la esposa de un ingeniero francés, tal vez una empleada de las minas de Huarón, y tal vez yo que sé qué diablos más pero ustedes me entienden. Era demasiada hembra para mí, objetivamente, pero yo andaba ya completamente subjetivo y además el uniforme que usaba la condenada en la guerra. Si uno le miraba el escote, literalmente desaparecía toda la pista de baile y, si uno le miraba los ojos, literalmente desaparecían todos los sonetos de amor de mister King.

Bueno, y si uno la miraba de cuerpo entero, cara a cara y como todo un hombre, uno desaparecía por completo y también desaparecían mister King y sus vasos de whisky, y hasta la Cerro de Pasco Copper Corporation no había existido nunca jamás.

Ah, me dije, Mañuco, pero así es la guerra. Pregúntaselo si no a mister King. Y me fui a preguntarle a mister King, que me respondió con otro vaso de whisky y un índice ya casi doble que me señalaba nuevamente el campo de batalla. Y ahí seguía el traje rosado y de

seda de Charlotte, sonriente el traje, sonriente Charlotte y sonriente yo mientras me acercaba y le preguntaba si no deseaba beber algo e ipso facto le entregaba mi vaso de whisky. Me lo aceptó, la invité a bailar, y muerta de risa me preguntó que ahora qué hacía ella con el vaso de whisky. La guerra, señores, la guerra y la paz nunca, porque la guerra tiene esos inconvenientes, señores: había un millón de personas contemplando esa batalla tan tierna pero al mismo tiempo matándose de risa del chico que han invitado Sally y don Pancho. Y Sally y don Pancho estaban también entre ese millón de personas, pero no se reían ni nada.

Sally, incluso, corrió a salvarme la vida y le dijo a Charlotte que ella cuidaría de ese vaso de whisky mientras nosotros dos bailábamos.

Y nosotros dos bailamos. Y Charlotte me sonreía, buena gente la tal Charlotte, pero lo malo es que me sonreía como diciéndome habla, dime algo, ¿de qué hablamos?, ¿no te gustaría decirme algo? Y yo mudo porque había tocado la piel de sus brazos y la piel de su espalda y la piel de sus manos. Y yo mudo porque si le miraba la piel del escote la muerte me podía matar. Y porque si le miraba los ojos podía morirme de vergüenza. Aunque claro, siempre valía la pena intentarlo, mirarla de verdad, intensamente, mirarla cara a cara como un hombre que, bailando con otra mujer momentos antes, había tenido una erección y todo, aunque claro, también era verdad

que había sido una erección bastante apretada por las circunstancias y por esa María cuarentona que hasta asco me había dado.

En cambio ahora era Charlotte, Charlotte la belleza de la fiesta con su traje de seda rosa y entre mis brazos y hasta sonriente. La apreté un poquito y ella se sonrió un poquito más. Y la apreté otro poquito más e igual: ella se sonrió otro poquito

más. Y sin duda alguna así hubiéramos podido seguir toda la noche, pero tan sólo porque era muy buena gente la tal Charlotte, ya lo dije. Pero en cambio a ella no le decía nada y seguía sin mirarla a la cara. Pero, a sus marcas, listos, ¡ya!, allá voy, voy a lo que voy, que fue cuando pegué un saltito en mi afán de llegar hasta sus ojos eternos y su sonrisa inmortal, pero resulta que me seguí de largo y terminé mirando cara a cara la felicidad decorada del techo y ya qué me quedaba, techo y más techo era lo que me quedaba, techo con todos sus globitos vestidos de fiesta y sus cintas tecnicolor y las banderitas norteamericanas y billones de estrellitas "new

year". Y, por supuesto, me quedaba también la música, que yo había estado bailando como la más lenta y apretada melodía, pero que resulta que ahora, según me andaba explicando el techo, era nada menos que el más alegre yailable de los pasodobles, horror, sí nada menos que "Francisco Alegre", corazón mío, tiende tu capa sobre la arena del redondel... ¿Se acuerdan, señores?

Pues yo sí me acuerdo porque me había apretado con toda mi alma del techo y estaba a punto de llorar de pica de rabia y pena y hasta me había pasado de canción y ya de golpe y sabe Dios cómo andaba metido en "La raspa", bailar, bailar, bailar, la raspa popular, y a Charlotte, buena gente la tal Charlotte, la tenía metida por algún lado entre el techo, mi tremendo papelón, y una especie de ataque de todo, cuando de pronto apareció don Pancho, más torre de Pisa que nunca, y a mí me entregó un whisky nuevecito y a Charlotte le entregó al ingeniero Frisancho.

Diablos, señores, no sé si ustedes me entienden, pero créanme que no hay nada más lento, más largo y cansado que el retorno de la realidad a la tranquilidad. Y eso que el ingeniero Frisancho, peruano al fin y al cabo, me guiñó el ojo de la amistad y todo, mientras ella, buena gente la tal Charlotte, me hacía un adiosito femenino y francés hasta la muerte. Fue nada más que una mano preciosa camino

de posarse sobre el hombro bailarín del ingeniero Frisancho, pero ni el Papa cuando bendice dice tanto, señores, ni cura tanto, ni comprende tanto, ni muchísimo menos quiere

y siente tanto. Buena gente la tal Charlotte. Y don Pancho cojonudo, y yo con mi whisky en Cerro de Pasco, y ahora con mi Budweiser aquí en La Cucaracha. Mírenme: todavía sigo regresando de la realidad a la tranquilidad.

—Y así es, señores -se interrumpió a sí mismo Mañuco Cisneros-. Toda la tarde me la he pasado preparando mi clase de mañana, y miren... Miren no sé qué, la verdad. En fin, que uno siempre quiere ser un profesor perfecto, cuando en el fondo no es más que un hombre terriblemente imperfecto.

Bueno, pero no me digan que no era buena gente, la tal Charlotte.

—Para hacer una tortilla hay que romper huevos -citó, de memoria, Fermín.

—Una jarra de Budweiser por Charlotte -se rió Carlos.

Y el Sevillano propuso que fueran dos jarras de Budweiser, mientras en el rincón lleno de humo los cuatro se preguntaban cuándo irían finalmente a ver a don Pancho. Porque lo buscarían e irían. Y aunque al final terminaran visitando una tumba, lo buscarían e irían. Mañuco Cisneros jamás se perdonaría el haberse ido de Texas sin hacer ese viaje al pasado. Por más miedo que tuviera y por más que siguiera postergando el viaje con esa historia, noche tras mil y una noches en La Cucaracha.

## V

El show tenía que ser el momento culminante de ese año nuevo de mierda, porque hasta mister King cerró sus sonetos de amor cuando lo anunciaron.

Estábamos sentados en nuestra mesa y ya hacía un rato que Sally me había prohibido terminantemente beber una gota más de whisky. Don Pancho le había dado la razón, además, y también mister King me había mirado con cara de ya basta de ingredientes por hoy.

A veces veía el traje rosado de Charlotte entre borracheras y entre los brazos del ingeniero Frisancho, y a veces sentía terror de que María cuarentona, defraudada, se acordara de que yo no estaba nada mal para una pieza o dos. Se lo expliqué a Sally y a don Pancho y los dos se rieron como diciéndome que ya no te preocupes

más, para eso estamos nosotros aquí.

Pero don Pancho sí tenía aspecto de andar muy preocupado por algo y hasta me había acompañado al baño para que me lavara bien la cara y estuviera totalmente despejado cuando empezara el show. Hacía horas que él no tomaba nada, ni una cerveza siquiera. Fumaba mucho, eso sí, y de vez en cuando sacaba de un bolsillo el pañuelo de su tos de minero. Sally odiaba esa tos seca y casi instantánea que siempre parecía terminar en carraspera y salivazo cubiertos ambos muy a tiempo por el pañuelo. Sally realmente odiaba esa tos, pero cada vez que se quejaba, él le repetía el mismo guiño de ojo sonriente: no es grave, Sally, y la vida es larga y hermosa porque aquí estamos juntos y hay muchísima ópera italiana en casa.

Don Pancho... Ya les dije que mister King había cerrado sus sonetos de amor. Bueno, pero lo que hizo en el instante en que se apagaron las luces, sonaron estruendosos compases de orquesta, y se gritó "¡El show, ladies and gentleman, el show!", fue arrearse íntegro un vaso de whisky seco. Después escondió su botella bajo la mesa y algo le dijo a don Pancho de que mirara a la derecha y de que él miraría a la izquierda.

Sonaban bongos y trompetas de mambo y de pronto se había iluminado ferozmente el centro de la pista de baile y había aparecido una ombliguista cholita y linda, especialmente traída de Lima como la orquesta no sé cuántos "cuban boys".

Más calata no podía estar la cholita porque de lo contrario ya habría estado calata del todo. Y debía llegarle al ombligo a Charlotte, pero diablos, todo lo sexual que podía empaquetar ese cuerpecillo feroz. Yo pensé en los curas de mi colegio y

todo, pero que yo pecara o no les importó realmente un pepino a los "cuban boys" y a Nancy la Gata, nombre bajo el cual entre aplausos y carcajadas borrachas la cholita ombliguista se arrancó a corretear mambeando por la pista de baile. Iba más rápido que el grueso rayo de luz que la perseguía, Nancy la Gata, y nadie lograba verla cuando se acercaba a las mesas y de repente ya le había soltado a alguien un besito sabe Dios cómo, dónde y cuándo, por la derecha de la fiesta, porque se escuchaba un alarido en inglés por ese lado, y después todos seguíamos el rayo de luz pero a la ombliguista sólo le veíamos las piernas fugitivas y el culito iluminado cuando ya había desaparecido por el lado opuesto y de entre esas mesas salía otro alarido en inglés borracho.

La que estaba armando Nancy la Gata, Dios mío, para qué les cuento, no había pasado ni un minuto y ya se habían escuchado mil alaridos más.

Sin embargo, no todo el mundo estaba satisfecho.

—¡Yo también! ¡Yo también! ¡Yo también! -gritaba, más en barra que en coro, medio mundo masculino. Y las mujeres gemían carcajadas de histeria y gritaban que ahí estaba su marido, Gata, y que a él también, a él también, y a él también.

Pero el grueso y maldito rayo de luz simplemente no lograba controlar las carreras bailarinas y locas de Nancy la Gata. Y así, de pronto, a fuerza de no lograr capturarla

jamás, el rayo como que perdió la brújula y empezó a disminuir su velocidad y a saltar de un lado a otro de la pista de baile, cada vez más desconcertado.

—Es el tercer año de mierda que sucede lo mismo -le dijo don Pancho a mister King.

—Salvajes -comentó mister King-.

Pero usted avisó, don Pancho. Usted

no sólo avisó. Usted ha escrito y rogado a la gerencia en Lima y hasta en Nueva York.

—¡Enciendan esas malditas luces!

-ordenó un grito feroz de don Pancho.

Se le obedeció al instante, y en un rincón de la sala inmensa, sobre el suelo, apareció una montaña salvaje de

gringos y gringas gritando. Esposas que trataban de rescatar a sus esposos y hombres que trataban de vencer o morir. Trepaban, resbalaban, se incrustaban, pegaban, les pegaban, o sea que a veces la montaña crecía y a veces se desmoronaba y volvía a empezar a crecer. Y nunca mejor dicho: al fondo, asfixiándose, Nancy la Gata debía estar defendiéndose como gato panza arriba. O a lo mejor ya estaba muerta, ya la habían matado esos animales rojos de rabia, de sexo, de alcohol.

Era eterno el instante en que don Pancho miraba a mister King antes de disparar al aire o no. Disparó, por otro lado de la sala, el ingeniero Frisancho.

—Este hijo de puta -comentó, furioso, don Pancho-. Este hijo de puta no tiene por qué traer una pistola a una fiesta.

Junto al ingeniero Frisancho, Charlotte se tapaba los oídos y se cubría casi toda la cara con las manos. Pero el asco y el horror se le notaban en el cuerpo completamente encogido, crispado. Yo era un adolescente impoluto y sin pistola, pero la quería tanto en ese mal trago. Yo era un héroe sin estrenar pero llevaba ya más de un año afeitándome. No, no podía quedarme atrás. Y di un paso adelante para decirle a Frisancho:

—Ingeniero, cuídela mucho, por favor. El segundo paso, eso sí, ya no lo pude dar, porque don Pancho literalmente me recogió por un brazo y me guardó en un baño, allá atrás. Y algo muy largo e intenso me dijo mientras cerraba la puerta. Lo malo fue que me lo dijo muy rápido y sólo logré entenderle lo de estos malditos bastardos y el guiño de ojo y la palabra "kid", que era yo en el baño, desgraciadamente.

—¡Aquí el único que dispara soy yo, Frisancho! -gritó, en seguida, don Pancho. Y añadió:- ¡No, usted

tampoco dispara, mister King!

Después soltó tiros seguidos al aire y Sally empezó a llorar como loca. Pero la montaña seguía igualmente salvaje, cuando abrí ligeramente la puerta del baño y me asomé a

aguaitar.

—¡Policía! -le gritó don Pancho a mister King-. ¡Vaya y llame a la policía inmediatamente!

Don Pancho había prevenido a la gerencia en Lima y en Nueva York, pero la respuesta había sido varias veces que esos hombres trabajaban muy duro y necesitaban su diversión. Esa había sido la respuesta: Necesitaban "su" diversión. Y ya dos veces había sucedido algo muy semejante, y con suerte, con mucha suerte, sólo siete personas habían sido hospitalizadas.

Pero nunca se sabe en estos casos

—Nunca se sabe con estas bestias -me dijo Sally, horas más tarde-, y don Pancho pidió autorización a Lima para tomar las medidas necesarias, de acuerdo a su experiencia, a juzgar por la rapidez con que llegó, entró, y se desplazó la policía. En un abrir y cerrar de ojos habían tomado la montaña salvaje. Y sin una sola baja, además.

Metían palos como locos los cholos uniformados, eso sí. Y más palos metían cuando los gringos de la montaña les gritaban ¡indios de mierda!, ¡largo de aquí!, ¡esto es territorio americano!, ¡regresen al Perú!, ¡váyanse a la mierda, indios de mierda! Don Pancho escuchaba todo eso con una tristeza infinita. Y abrazaba a su Sally para que su Sally parara ya de llorar. Entonces tal vez lloraría él, pero para dentro, o sólo con la sonrisa ladeada para el otro lado y la mirada mojada.

Más de una vez, a partir de esa noche, vi su llanto. Y no sé cómo explicarlo, pero don Pancho lloraba en forma de pregunta: ¿Trieste?

¿U.S.A.? ¿Verdi? ¿Ingeniero de minas? ¿América latina? ¿Perú?

¿Frankie como los de la montaña salvaje? Después debía decirse que, a pesar de los pesares, su trabajo le encantaba y que el Perú le encantaba y que mejor para qué seguir con tanta pregunta y que mejor seguir adelante, porque además le quedaba algo por hacer antes de irse del Perú. Y entonces ahí se acababa su llanto. O mejor dicho se le quedaba todo su llanto adentro, en forma de pregunta... Don

Pancho... Todo eso aprendí con don Pancho. La ópera y una canción italiana que aún recuerdo

*"Mamma, piangeva la bambina, mamma, no me comprai ballocchi..."*

—Putra madre, señores -se interrumpió a sí mismo, una vez más, Mañuco Cisneros.

—Mira, Mañuco -trató de calmarlo Fermín-. Tú ya sabes que mi automóvil está a tu disposición.

—Los tres te acompañaremos -dijo el Sevillano.

—Viejo, tú ya sabes que yo he vivido en San Antonio -añadió Carlos-. El día que tú me digas te consigo la dirección.

*"...no me comprai ballocchi ti ra ra ra ra ra, ti ra ra ra ra ri ra!"*

Esa canción nos mataba a los dos juntos y así pasaban las tardes de Cerro de Pasco. Don Pancho regresaba cansado de la mina y yo cerraba inmediatamente mi libro. Mister King me prestaba un libro tras otro, pero jamás logré comentar nada con él. Cosa de sus ingredientes, me imagino, o eso de que a él lo que le gustaba era leer, nada más que leer. Y le importaba un comino que los demás leyeran o no. Y a don Pancho todo eso le hacía una gracia increíble cuando regresaba de la mina.

—Al jardín -me decía, ladeando su sonrisa para agregar, tarde tras tarde-: Sapo. Hoy gano yo. ¿Quieres apostar? Jugamos hasta que oscurezca, después comemos, y después nos vamos a la ópera, Mañuco.

Siempre ganaba él, porque yo en realidad sólo jugaba por estar con él.

Por oírlo. Por ver cómo disfrutaba con algo tan sencillo como jugar sapo con un chico que no quería bombardear a nadie. Bueno, eso en realidad era bastante complicado, pero es que parecía tan sencillo con el llanto adentro. Claro que a veces yo no me podía controlar y... Qué bestia...

Una tarde me agarraron los muñecos, y la ficha del sapo fue a dar al segundo piso de la casa con vidrio roto y todo. Y de ahí nos fuimos juntos y sonrientes a llorar "La Traviata" para adentro.

Pero no he acabado con la fiesta de

la montaña. Un día que me crucé con él, el ingeniero Frisancho me dijo que la actuación policial se llamó "Operación año nuevo" y que la consigna fue "Nancy la Gata". Nunca me atreví a preguntarle a don Pancho si eso era verdad, pero como si lo hubiera sido. Palo y más palo metían los uniformados, palo a los hombres y a las mujeres violentas también. Los gringos simplemente no se lo podían creer, pero ya había varios despatarrados por el suelo y otros que empiezan a arrinconarse de miedo o a volver en sí de

la borrachera. Yo había abierto ya por completo la puerta del baño y vi a un gordo desplomarse gritando: "¡Remember El Alamo!"

A ése le dieron en el suelo mientras a Nancy la Gata la colocaban desnuda en una camilla y la cubrían con mantas. Varias camillas más la siguieron, y desde afuera empezó a escucharse las sirenas de las ambulancias. Adentro, en cambio, ya sólo se oía el llanto de mucha gente.

Hombres y mujeres despertaban llorando después de una pesadilla. Hubo gente, lo recuerdo claramente, que se arrodilló a implorar perdón. Alzaban la cabeza y los brazos y juntaban las manos para que el cielo los perdonara, pero el decorado feliz del techo los hacía hundirse nuevamente en la miseria.

Avancé hasta el centro de la pista de baile y pude escuchar al ingeniero Frisancho hablando con el jefe de la policía y con don Pancho. Nancy la Gata y tres personas más estaban gravemente heridas. Iban ya rumbo al hospital con una veintena de heridos más. A un canadiense le habían arrancado la oreja de un mordisco y hasta el momento nadie había logrado encontrarla. En fin, cuanto más me acercaba más horrores oía.

—Bastardos, bastardos, bastardos -repetía don Pancho.

—Cálmese, ingeniero, cálmese -le decía el jefe de la policía.

—Yo estoy tranquilo, señor -le respondió don Pancho-. Yo estoy muy tranquilo, pero jode mucho saber que esta noche hay unos bastardos que están mucho más tranquilos que yo.

Eso lo decía con el brazo estirado y señalando con el índice una ventana por la que no se veía absolutamente nada.

—Don Pancho -le dijo el ingeniero Frisancho, poniéndole una mano de afecto y solidaridad sobre el hombro.

—Al menos usted sí se ha divertido, ingeniero. Pero no me toque el hombro, por favor.

Y de ahí avanzó hasta el sillón en el que Sally lo esperaba hundida, física y moralmente hundida. Le dio un beso en la frente, la ayudó a levantarse, y volteó a llamarme para irnos ya los tres. Nos llevaría primero a casa y después se iría a pasar la noche al hospital con mister King

y el jefe de la policía. Miré por última vez el techo, como si Charlotte pudiese estar por alguna parte, pero el decorado feliz me explicó que Charlotte ya debía estar de regreso a Huarón, la mina de los franceses, y que nunca jamás la volvería a ver.

El único comentario que hizo don Pancho en los días siguientes fue que todavía faltaba lo peor. Dijo eso muchas veces, inclinando la cabeza y moviéndola negativamente. Y fumando, siempre fumando, a pesar de su tos de minero viejo. Encendía un cigarrillo con el otro. Era increíble la cantidad de Incas que se podía fumar mientras jugábamos sapo o escuchábamos a Verdi.

—¿Te acuerdas de los cigarrillos Inca, Carlos? ¿Los de paquete amarillo con la cabeza azul de un inca al centro? Hace siglos que desaparecieron ¿pero qué peruano no se fumó un Inca alguna vez en su vida? Los Incas y el Nacional eran los cigarrillos más baratos del mundo y parte de Bolivia.

Pero Carlos era mucho menor que Mañuco Cisneros y apenas si recordaba la existencia de esas marcas. Además, él había salido del Perú muy joven. Del colegio Santa María había pasado de frente a una universidad

de San Antonio, Texas. Por eso era el veterano ahí y el que más se ofrecía a encontrar a don Pancho aunque su nombre no figurara en la lista de teléfono.

—Bueno -intervino el Sevillano, pero ¿qué era lo peor? ¿Por qué decía don Pancho a cada rato que todavía faltaba lo peor? ¿No tenía bastante el pobre con lo de la fiesta?

—Se lo pregunté, por fin, una tarde, mientras jugábamos sapo.

—Lo peor es que ahora vienen los abogados -me explicó, añadiendo en seguida-: Y después de los abogados vienen los diputados.

—¿Bastardos? -le pregunté yo, con mi mejor cara de Kid Baño.

Don Pancho agarró una ficha, la arrojó, y embocó limpiécito en la bocaza del sapo.

—Así se juega -me dijo-. Pero ya es casi de noche, Mañuco. Sally nos debe estar esperando con un buen chianti para una excelente pasta "asciutta. Y really love pasta, you know?" Y después un poco de ópera.

¿O tu canción?

Mi canción era la de la niña que lloraba porque su madre no le compraba juguetes y al final era la madre la que lloraba porque la niña se le estaba muriendo sin juguetes. Napolitanísima debía ser la canción esa que cantaba un Julio Iglesias del año del rey Pepino. Pero con esa canción, señores, aprendí a llorar para adentro. Cojonudo lo de llorar en forma de pregunta. Salvo una vez que estábamos en pleno "mamma, piangeva la bambina", y don Pancho me soltó tremendo huaracazo de pregunta.

—Era buena gente la tal Charlotte, ¿no? -me dijo, increíblemente.

Claro que lo que él realmente quería averiguar era qué tal iba yo del año nuevo, en general. Pero lo cierto es que lloré hasta por mi inexistente gato, señores. Y ahora lo que necesito es un whisky. No, nada de otra Budweiser o de que si quiero probar un whisky americano. Conozco el bourbon y me gusta, pero ahora lo que necesito es un whisky. Como aquella noche, señores.

## VI

Don Pancho del diablo, caray.

Casi me mata de miedo y de dolor en mi siguiente viaje a Cerro de Pasco.

Nuevamente había vuelto a funcionar la estratagema del gringo Brody, hijo del ingeniero Brody, de la Copper Corporation, pero esta vez fui sólo por quince días, durante las vacaciones escolares de medio año. Ya estaba en quinto año de secundaria y el verano próximo me lo tenía que pasar chancando para ingresar a la Universidad.

Contrariando todos los deseos de mi padre, iba a estudiar letras. Pero bueno, ésa es otra historia. Mejor volvamos ahora a ese mes de julio en que dejé una Lima gris e invernal, la famosa Lima del cielo raso color panza de burro, pero ya a mil metros de

altura el sol brillaba y el cielo estaba como Dios manda, azul y lejísimos, y los Andes enormes se iban poniendo cada vez más alegres a medida que el tren subía hacia la estación en que me esperaba Sally y don Pancho.

Kid Baño llegaba nuevamente y estaba permitido llorar un poquito llorar hacia afuera, quiero decir, porque eran lágrimas de felicidad.

Y ese par de locos empezaron a matarme de risa, no bien abrieron la puerta de la casa. La habían pintado íntegra de color verde inglés y sólo porque yo les había contado en una carta el sueño que había tenido acerca del verde chillón anterior. Era, en efecto, demasiado "verde-que-te-quiero-verde", para mi gusto, pero yo eso ni me hubiera atrevido a soñarlo, siquiera. Sólo les conté que toda esa maravillosa platería peruana, que habían ido comprando con los años, quedaría muchísimo mejor si la pared del comedor por ejemplo, Sally, fuera de un verde inglés. Y también, don Pancho, pienso que una pared verde inglés haría juego mejor con el juego de té, por ejemplo, e incluso con estos maravillosos gallos de pelea. Y así iba mi sueño, de objeto de plata en objeto de plata y de pared

inglesa en pared inglesa, cuando de repente hice la declaración de independencia más solemne y absurda que he hecho en mi vida. Yo estaba parado en medio de la sala, cantando un aria que era de Verdi y, que a pesar de Verdi, decía que un verde "cosí chiaro e alegre é molto contraddittorio col mio carattere anche molto contraddittorio perch.io amavo un giorno la fanciulla Alicia e un altro giorno la signorina Frenchie Charlotte..."

—Era buena gente la tal Charlotte -replicaba, vestido íntegro de un verde sala, el barítono Pancho di Pisa, en el Madison Square Garden de Nueva York, mientras la gente aplaudía a Sugar Ray Robinson por "knock out" y había año nuevo en el techo del cuadrilátero.

Y entonces yo me arrancaba con "La donna é mobile" -vestido de tenor verde Sally, y retomando la estrofa anterior de Verdi les soltaba tremenda declaración: "Ma adesso io amo soltando Pancho e Sally in un mondo verde Inghilterra come il mio dormitorio".

Y ahí me desperté solito, creo que por lo mal que cantaba y pronunciaba.

Y, la verdad, tal vez era un sueño poquito demasíé, pero también era una alabanza a su maravillosa platería y en nada los obligaba a pintar también la cocina y los baños y hasta el garaje de verde inglés.

—Verde mate, además, como nos dijiste que a ti te gustaba -se reían don Pancho y Sally.

—Lo que ustedes están es locos de remate -protestaba yo, muerto de risa, vergüenza y esa vaina que era querer a dos gringos de cincuenta años en quinto de secundaria.

Pero don Pancho me probó que la ópera se oía mejor con ese verde y que Sally estaba encantada porque le encantaba volverlo a pintar todo en esta vida a cada rato.

—Bueno -lo interrumpió ella-.

Pero esta vez no habrá whisky ni año nuevo. Sólo chianti en la comida. Y sólo agua en el almuerzo.

—¿Y mister King?

—Está leyendo -se rió don Pancho-. Y por ahí te tengo una cantidad de libros que te ha dejado.

—¿Y el ingeniero Frisancho?

—Sigue siendo el ingeniero Frisancho, pero trabaja bien, muy bien.

Y trata bien a la gente. No como esos...

—¿Bastardos? -dije yo.

—Hay "gnocchi" con crema, de entrada, y un pavo fantástico -intervino Sally-. Dejen a los bastardos para mañana en la tarde cuando jueguen sapo. Y mejor todavía: olvidense de ellos.

—Fantástico -le dije yo, mientras pasábamos al comedor.

Debo haber soltado una recatavila de fantásticos durante la comida, porque Sally y don Pancho hasta me dejaron tomar una gota de coñac mientras escuchábamos "La Traviata" con reverencial silencio. La noche era larga todavía, pero el viejo me dijo que mejor descansáramos mucho porque al día siguiente quería hacerme la gran

propuesta. Don Pancho del diablo, caray, casi me mata de miedo y de dolor. Pero me hizo feliz, finalmente, y también yo le hice feliz, a pesar de nuestro pleito.

Hacía tan sólo tres días de mi llegada y la gran propuesta consistió nada más y nada menos que en revisar íntegro el cable de la electricidad

entre la mina y la zona residencial norteamericana. "De los Apeninos a los Andes", señores, cruzando inmensos trozos de cordillera a caballo.

Claro que yo ni siquiera sabía montar a caballo, pero bueno, eso no se pregunta entre caballeros andantes. Aunque sí me lo preguntaron, y varias veces. Tantas veces cuantas Kid

Baño respondió con una mentira: Mi hermana mayor era campeona de equitación. Mi hermana menor era subcampeona de equitación. Mi hermano mayor les había enseñado a montar a las dos.

Y yo les ganaba a los tres.

Don Pancho puso cara de que se lo había creído absolutamente todo, y a Sally le dijo que se dejara ya de tantas lamentaciones y que él, Celestino, y mister King, iban a cuidar

de mí. Aunque yo no necesitara cuidado alguno, añadió luego, para mi desesperación. En fin, la del alba sería cuando Celestino, que racionalmente era lo que simple y llanamente se llama un "no te entiendo", llegó con los cuatro caballos y una mula. Al instante llegó mister King con cuatro libros para el camino y después don Pancho preguntó si, tal como él lo había ordenado, había vituallas para veinticuatro horas. Las había, desgraciadamente, y Sally, que estaba mirando por una ventana de los altos, cerró sin siquiera decirnos adiós. O, mejor dicho, cerró para no ver eso.

"Eso", por supuesto, era yo mirándola a ella mirarme ya con un pie en el estribo, mientras trataba de hacerle adiós con ambas manos para que no se fuera a preocupar por nada ("Nada", también era yo). Celestino sujetó mi caballo, felizmente, y felizmente también que ya Sally había cerrado su ventana porque pude por fin concentrarme.

Todo era cosa de concentrarse y de

observar bien lo que hacían los demás, en vista de que siempre se decía de mí que era un gran observador. Miré, pues, cómo montaba mister King, pero no me salió igual porque él llevaba cuatro libros en una mano. Después montó Celestino, pero la verdad es que se me pasó su manera de hacerlo

por andar observando tanto aquel asunto racial de su "no te entiendo".

Finalmente montó y desmontó tres veces don Pancho y a la cuarta monté yo también aunque luego tuve que estar un ratito acomodándome. Después silbé y le hice adiós a la ventana cerrada de Sally y a Mañuco Cisneros.

Ya les conté, señores: "De los Apeninos a los Andes". O sea que hay que abreviar porque con ese relato de Edmundo d. Amicis lloraba la humanidad entera. Digamos pues que en éste sólo lloré yo. Y para adentro, no se olviden. Y en forma de pregunta, también, por supuesto. Un "to be or not to be" que, en buen latín, era me mato o no me mato, pero siempre para adentro, eso sí. Ni una sola lágrima mía fue a dar a los barrancos ni a los precipicios. Ni una sola lágrima refrescó el pescuezo nerviosísimo de mi pobre caballo o fue a secarse para siempre en los caminos de herradura de la maldita cordillera de los Andes. Ahora, que veinticuatro horas llorando para adentro daban como para llenarse uno de hidropesía.

—¿Qué tal vas, Mañuco? -me preguntaba a cada rato don Pancho, como si no notara que tal iba.

—Fantástico -le respondía yo, con un gallito en la voz, motivo por el cual añadía otro "fantástico", con otro gallito más.

Y para tranquilizarlo le contaba que mi sueño favorito era un techo del "Empire State", sin barandas en millas a la redonda, y una escalerita de mano por la cual había que bajar de espaldas y sin red en un circo. El me ladeaba una sonrisa y se inclinaba sobre el pescuezo de su caballo, acariciándolo de rato en rato. Superior, yo optaba por darle unas palmaditas al pescuezo de mi caballo (pobre, pensar que desapareció para siempre), pero con trampa, no se me vaya a asustar, o sea que no lo llegaba a tocar siquiera. Y seguimos subiendo, cosa que yo creía peligrosísima, hasta que llegó la parte aquella, ya de regreso, en que seguíamos bajando y el mundo entero se resbalaba con nosotros. Mister King leía, porque la verdad es que el asunto era tan largo como aburrido, y yo le rogaba al cielo que al de los ingredientes no se le fuera a ocurrir prestarme un libro. Imagínense a un tipo leyendo en un precipicio.

"Subir, subir y volver a caer", decía una canción medio filosófica, que yo muy bien podría resumir la primera parte de este viaje. Más la pesadilla del cable eléctrico, qué horror. A cada rato había que parar para revisar el maldito cable y había que dar la vuelta con él y seguir de frente con él y llegar a la curva también con él. Más o menos como un tranvía con su cable siempre allá arriba. Yo hasta quería agarrarme del cable, a ratos, y dejar que mi caballo se precipitara solo hasta el fondo de un barranco con un riño

supercaudaloso abajo, aunque claro, eso de caudaloso sólo se podía apreciar ya muerto, unos cinco mil metros más abajo. Y además había que montar y desmontar a cada rato, porque ahí en ese poste parece que hay una falla en el cable y miremos.

Desmontaban ellos, por supuesto, porque yo lo de andar a caballo lo encontraba fantástico y me gustaba tanto que para qué bajarme. Además, yo de cables eléctricos no entiendo ni jota, don Pancho, y aunque mi padre hubiera deseado que estudiara ingeniería electrónica, el verano próximo no podré venir porque voy a postular a la cuatricentenaria Universidad

Nacional de San Marcos, la primera en América, mister King, aunque en la República Dominicana hay otra que le hace la competencia en antigüedad, Celestino... Imagínense a un tipo desmontando en un precipicio.

No, ni de a caihuas. Preferible el "Empire State" sin red. Y fíjense, yo que siempre he sido tan insensible al paisaje natural y tan sensible al humano. Esta vez, en cambio, andaba convertido en un hipersensible geográfico, con atracción fatal al vacío y todo, "Vértigo", de Hitchcock, o "De entre los muertos" y "La ventana indiscreta", también de Hitchcock, en el momento en que James Stewart se queda colgado del "Empire State".

En fin, un verdadero homenaje al mago del suspense. Y cuando pensaba en las horas idas, en Sally cerrando su ventana indiscreta para no ver eso, en que puede haber dicho que yo era un hombre de letras y no de cables, pensaba con nostalgia infinita en la casa tan cómoda y tranquila que había abandonado esa madrugada, y me requetecagaba en Celestino, mister King, don Pancho, y la mula de las vituallas que, la verdad, también formaba parte de mi paisaje humano esa mañana.

Pero pobre don Pancho, también.

Yo creo que se quedó sin revisar el noventa por ciento de su cable eléctrico por andarme revisando a mí.

A cada rato me decía baja, cuando había que bajar, pero yo insistía en lo mucho que me gustaba cabalgar por los Andes y en que para qué bajarme, por consiguiente. Y entonces él volvía a insistir en que mañana no iba a poder ni caminar, y yo volvía a insistir en que, en ese caso, mañana y el día siguiente y el subsiguiente y el resto de mis días, si era necesario, me los pasaría montado a caballo de vaquero nato en Texas, durante un rodeo. Y añadía un "fantástico", por si acaso el gringo del diablo se volviera a meter con mi manera de andar a caballo por esta vida.

Hasta que llegó la hora del almuerzo y de tomar agua y aguardiente, por lo del frío de puna que tanto me había hecho temblar a lo largo de toda la ascensión y que, ya de bajada al precipicio, al atardecer, se volvió tan intenso que hasta me temblaban el poncho y mi pobre caballo. Nos detuvimos ante un barranco propicio, y logré descabalar recostándome en el cerro más alto del mundo. Resbalé y caí de culo, pero suavemente porque el brazo y media espalda los fui apoyando contra la ladera de cactus y piedras filudas, a medida que resbalaba. Pero bueno, ya estaba ahí, sentado y listo para el almuerzo. Y no pensaba moverme porque ése era un lugar ideal para pascanear un ratito, siempre y cuando me quitaran el caballo de encima, por supuesto.

—¿Aguardiente? -me dijo don Pancho.

Le acepté, y tuvieron que quitarme la cantimplora.

—Con lo bien que se está así de pascana, don Pancho. Ah, y ahora que me acuerdo, ¿qué tal anda el cable?

—Hasta ahora perfecto, Mañuco.

Pero, ¿qué quiere decir "pascana"?

—Le apuesto que ni mister King ni Celestino saben lo que quiere decir.

Apostemos, y si gano me quedo con la cantimplora.

—Mira, Mañuco -me dijo don Pancho, ladeando su infinita paciencia esta vez-, no son veinticuatro horas. Pedí vituallas para veinticuatro horas por pura precaución. Y te aseguro que a las seis de la tarde estarás pegándote un buen baño en casa.

Miré el reloj, eran recién las doce, y metí la pata de la forma más atroz de mi vida. Sólo la idea espantosa de que aún me quedaran seis horas más de eso, pudo hacerme decir una cosa semejante.

—En mi lugar, Frankie hubiera bombardeado todo esto -le dije, porque los pleitos entre amigos son los más dolorosos de todos.

—Toma todo el aguardiente que quieras -me dijo don Pancho, arrojándome bombeadita la cantimplora, sin violencia alguna, pero también porque los pleitos entre amigos son los más dolorosos del mundo.

—Don Pancho -le dije-, perdone.

Yo soy un hombre de letras y...

—Y "yo soy un hombre sincero, de donde crece la palma" -se burló, casi lloriqueando, don Pancho. Estaba picadísimo, herido, y todo lo que ustedes quieran, pero la verdad es que la cosa no era tan grave como para salirme con la "Guantanamera" y recordarme que también había trabajado en Cuba y que yo era bebé de pecho para él.

—Don Pancho -insistí-, ¿quiere que le diga lo que significa "pascana"?

—Cuéntaselo a la mula -me respondió.

Y se lo conté a la mula, en vista de que mister King estaba leyendo a Camus, en una mano, y la otra la tenía ocupadísima con la cantimplora.

Celestino, por su parte, estaba poniendo la mesa en un precipicio muy mal escogido, a mi manera de ver.

Pero ya había puesto un mantelito sobre el suelo y ahora andaba en lo de los platos y los vasos de cartón.

—Mula -le dije, furioso con don Pancho-, te cuento lo que es una pascana, pero con la condición de que no se lo digas a nadie. Y menos todavía a don Pancho. La mula me miró atenta y todo, lo cual da una idea bastante exacta de lo aburridísimo que puede ser eso de los Apeninos a los Andes.

La verdad, a quién se le ocurre, ¿no mula? Y don Pancho se tapó los oídos mientras yo le explicaba que pascana era exactamente lo que estábamos haciendo: un alto en el camino, para descansar y también, por qué no, para tomarse unas agüitas. Aunque también, mula -le expliqué-, pascana puede ser sinónimo de posada o alojamiento, o de casa de hospedaje, como confirma Terralla, en 1783. Escuche, mula, y que se lo pierda don Pancho, por andar tapándose los oídos ante un hombre tan letrado como yo.

¿No has visto cuando a las ferias suelen venir los peruleros que en sus pascanas no hay más que cascarones de huevo?

La mula se aburrió más todavía y empezó a mirar el mantel, donde ya Celestino había puesto platos con una gran variedad de hamburguesas enviadas desde un Mc Donald.s especialmente para la ocasión. Y es que no hay que olvidar que, por más Andes que fueran ésos, el mundo es ancho y ajeno. Y eran norteamericanos, entonces, aquellos Andes. Y todo les llegaba a los gringos de la zona americana desde el "Empire State". No comían más que "empire states", los gringos, y la verdad, "why not", si les gustaba.

¿Acaso los peruanos no nos pasamos la vida extrañando un cebichito no bien pasamos la aduana del aeropuerto de Lima? Sally y don Pancho eran la excepción de eso. Les encantaba la comida peruana y un buen chifa podía volverlos locos.

Don Pancho se destapó los oídos y por fin pudimos almorzar. Yo estaba loco por explicarles a todos ahí qué era una pascana y cómo y por qué yo era un hombre de letras, pero mister King almorzó con Camus, don Pancho con mucha hambre, y Celestino con su mundo "no te entiendo". Y éste, señores, es el único punto negro de la amistad que

mantuve con don Pancho hasta que se fue del Perú. Jamás volvió a preguntarme qué quería decir pascana y jamás volví yo a pronunciar esa palabra en su presencia.

Cosas del orgullo, sin lugar a dudas, aunque yo hubiera cedido fácilmente si él hubiera manifestado el más mínimo interés por saber lo que quiere decir pascana. Gringo loco. Estoy seguro de que jamás buscó la palabra en un diccionario, siquiera, porque así era él de testarudo, además de todo. Y a mí, les juro, la palabra pascana me produce hasta hoy una inmensa tristeza. Es algo totalmente irracional. Digo pascana sólo cuando estoy muy triste y lo único que consigo es ponerme mucho más triste todavía. Para mí esa palabra ya tiene otra connotación, otro significado.

Pascana quiere decir empezar el terrible descenso con tanta pena que la pena era más dura, más difícil, más terrible que el descenso. Y pascana quiere decir también el momento aquel en que mi caballo resbaló, por fin, en que casi me mato, por fin, y en que quise por fin matarme de una vez por todas, para que don Pancho me volviera a querer. El caballo resbaló y rodó, y yo me hubiera desbarrancado para siempre con él si un feroz abrazo de don Pancho no me hubiese detenido ya en el aire, prácticamente. No vi por dónde desapareció mi pobre caballo. No vi nada hasta que volví a abrir los ojos y me vi abrazado al abrazo salvavidas de don Pancho. Y a casa de Sally y don Pancho regresé de vitualla sobre la mula, señores.

—El caballo de Mañuco se lesionó

una pata y nuestro pobre hombre de letras ha tenido que regresar en mula -le explicó, sonriente, don Pancho a Sally, comentando en seguida-: Pero nuestro pobre hombre de letras ha dado una verdadera muestra de valor en los tramos más difíciles del camino.

—Y puede llegar a ser un gran jinete -añadió mister King, por una vez en su vida.

—Montar muy bien sí sabe, señora -comentó Celestino, con la frase más larga que le oí decir en toda mi vida.

—Lo que no va a saber muy bien mañana es caminar -soltó la risa don Pancho.

Pero el muy cabezón estoy seguro de que hasta hoy no sabe lo que quiere decir pascana. Gringo burro. Les apuesto que hasta hoy no sabe...

—Bueno, Mañuco, pero la única forma de averiguar eso es yendo a verlo -dijo Fermín.

—Yendo a verlo, sí -dijo Mañuco Cisneros.

Pero esa noche cerraron La Cucaracha sin que volviera a decir esta boca es mía. Fermín, Carlos y el Sevillano se miraban entre sí como diciéndose que, finalmente, Mañuco abandonaría Texas sin haberse atrevido a emprender ese viaje al pasado.

## VII

Un día sucedió una cosa realmente increíble, señores. Sally y don Pancho llegaron a Lima y me llamaron por teléfono. Acababan de ascenderlo a superintendente general de la Cerro de Pasco Copper Corporation, en la Oroya, y antes de trasladarse a su nuevo destino habían decidido tomarse unas breves vacaciones. Los esperaba una buena mudanza, una nueva casa, y a él le tocaba asumir una responsabilidad mucho mayor que la que había tenido hasta ahora. Me estaba contando que también a mí me esperaba un dormitorio mucho más grande, pero siempre verde inglés, cuando mi padre, que andaba por ahí cerca, me preguntó con quién estaba hablando.

—Con el señor Brody, papá. Acaba de llegar a Lima con Sally, su espo sa.

—Qué pesadilla -dijo mi padre-.

Tendremos que invitarlos.

—¿Pasa algo? -me preguntaba don Pancho, que empezaba a no entender nada.

—No, nada, don Pancho. Es que mi padre...

—Dile al señor Brody que tu madre y yo estaremos encantados de recibirlos el sábado, a comer.

—Don Pancho...

—Te oigo perfectamente, Mañuco.

—Dice mi padre que está muy agradecido por todo lo que han hecho por mí y que si pueden venir a comer el sábado.

—Encantados. Dile que encantados.

—Fantástico -dije yo.

—¿Pasa algo? -preguntó mi padre.

—No, papá. El señor Brody dice que vendrán encantados.

—Qué pesadilla -soltó mi padre-, pero dile que los esperaremos encantados, a las nueve en punto. Y que, por supuesto, pueden traer a su hijo.

—El sábado a las nueve, don Pancho -dije, y corté.

Después miré a mi padre, que también empezaba a no entender nada, y le expliqué detenidamente que cada vez estaban peor los teléfonos en Lima.

—Se ha cortado, papá. Estaba en plena conversación y...

—Ya volverá a llamar. No te olvides de decirle lo de su hijo. Y como don Pancho iba a volver a llamar, descolgué el teléfono y subí corriendo hasta mi dormitorio. Increíble: yo nunca le había contado a Sally y a don Pancho lo de mi estratagema, pero tampoco se lo había ocultado nunca.

Simplemente no se lo había contado jamás. Empecé a pensar en ese asunto tan complicado, en toda la trama que habíamos montado un compañero norteamericano de colegio y yo, para que mi padre me autorizara a viajar a Cerro de Pasco. Era increíble, porque yo me había olvidado por completo de explicarle todo eso a Sally y a don Pancho. Dos veces había salido de Lima, gracias a una mentira, y dos veces había llegado a Cerro de Pasco sin recordar para nada que había mentido. Estuve pensando en todo eso,

ahí en mi dormitorio, y al cabo de un momento me sonreí al pensar que mis largos viajes en tren habían logrado que yo me transformara en un amigo de los Malkovich, de don Pancho y de Sally, y que dejara de lado absolutamente todo lo demás. Sin mentir y sin nada. Simplemente como un hombre que viaja confortablemente en un tren para adultos.

Acababa de ingresar a la Universidad y tenía que ir al centro de Lima diariamente, o sea que nadie me preguntó nada cuando salí disparado rumbo al hotel Crillón. Respiré al saber que don Pancho y Sally estaban en su habitación, y les mandé decir con el recepcionista que Mañuco Cisneros estaba subiendo. Fue más grande su alegría de verme que su sorpresa, pero al oír mi increíble historia la sorpresa se sobrepuso a la alegría y a mí me entró una sensación de penitencia absoluta. Los tres nos mirábamos sin saber muy bien qué hacer, hasta que por fin don Pancho soltó la carcajada y dijo que se sentía peor que un niño. Con qué cara se iban a presentar él y Sally ahora ante mis padres.

—Pues tendrá que ser con cara de apellidarnos Brody -le dijo Sally.

—¿Y al chico Brody? ¿De dónde sacamos al chico Brody?

—Lo hacemos que pesque un buen resfriado -propuse yo.

—¿No sospecharán nada tus padres?

-me preguntó Sally.

—¿Tú te das cuenta en la que nos has metido? -me soltó don Pancho.

—Sí, recién. Pero les juro que yo...

—Te creemos, te creemos -dijo Sally.

—¿Y no creen que si convengo a Brody y le pido que me haga un último favor...?

—Invítalo a comer el sábado y pásense los dos antes por aquí, por el hotel -dijo don Pancho-. Pásense a las siete. Eso nos dará un par de horas para acostumbrarnos a la idea de que nos llamamos Brody. Y para acostumbrarnos, también, a Brody.

—Por lo menos dínos cómo se llama -intervino Sally.

—Peter.

—Y sus padres, ¿qué hacen? -me preguntó Sally.

—Sus padres somos nosotros -le respondió don Pancho, rascándose la cabeza.

—Los únicos tranquilos en esa comida fueron mis padres y mis hermanos.

Además, mi madre se rajó y todo, porque le dije que a los señores Mal...

Mal... Brody, mamá, les encantaba la comida italiana. Y mi vieja les mandó preparar una deliciosa polenta y un carpaccio sensacional. Mi viejo puso chianti, pero a mis hermanos y a mí no nos dejó ni probarlo.

—Nada -dijo-. Ni una gota de nada hasta que no sean mayores de edad y puedan ganárselo a pulso.

—Igual piensa mi padre -dijo Peter Brody.

—Claro -añadió don Pancho-. Yo pienso exactamente igual que usted, don Manuel. Jamás hasta ahora este chico nuestro ha bebido una gota de nada.

—De absolutamente nada -dijo Sally.

Después a don Pancho le vino su tos minera y sacó su pañuelo como veinte veces seguidas.

—Perdonen -dijo-. Es la mina.

—Yo creo que es más bien el cigarrillo -opinó, furioso, mi padre.

—Debería usted fumar una marca más fina que el Inca -matizó mi madre.

—Lo tomaré en cuenta, señora -le respondió don Pancho.

—Más bien tome usted en cuenta que ya es hora de que deje de fumar -volvió a opinar, furioso, mi padre.

—Lo tomaré en cuenta también, señor -le tosió con pañuelo don Pancho.

Don Pancho... Para mi madre fue siempre el gringo tosco que le llenó el mantel de salivazos y para mi padre fue el bárbaro ese que le dejó la casa entera llena de escupitinajos. En fin, que nunca jamás olvidaron el suplicio que había sido para ellos tener que invitar a la familia Brody.

Bueno, pero gracias a eso mis padres me dejaron ir varias veces a la Oroya. Por lo menos, los Brody no dejaban fumar ni beber a su hijo. Los

Malkovich, en cambio, dejaban fumar y beber a su hijo pero habrían dado la vida porque no ingresara en una escuela de aviación. Don Pancho...

Sally... Nunca olvidaré la cara de tristeza con que me contaron ese episodio atroz para ellos. Pero no querían comentarios ni volver a hablar de ello con nadie, porque cada viaje a los Estados Unidos, durante sus vacaciones anuales, los había distanciado más de un chico que definitivamente no era ni un hombre de letras ni un hombre de ciencias ni... No, aún no lograban entender lo que realmente era Frankie y por ahora sólo quedaba cruzar los dedos: tal vez el tiempo les daría buenas noticias algún día.

## VIII

La Oroya y, más precisamente Mahr Túnel y la mina de Andaychagua, creo, fueron la tumba peruana de don Pancho... Pero vamos por partes, señores... Yo nunca olvidaré la alegría con que me enseñaron su nueva casa, los muebles nuevos y los nuevos objetos de plata que habían comprado.

Y "mi" dormitorio. Les dio una enorme alegría enseñarme lo que ellos, para no morir de pena por lo de Frankie, llamaron hasta el final el dormitorio de Mañuco. La casa era preciosa. Los norteamericanos del diseño anterior se habían convertido en británicos con el verde inglés de las paredes y el color blanco de las puertas y ventanas. Y con la fabulosa platería peruana.

—Creo que entre los tres la hemos acertado -decía, a menudo, don Pancho, y Sally opinaba que la mejor inversión de su vida, o la más bella, en todo caso, había sido esa platería.

Después los dos se quedaban cabizbajos y tristes al pensar, seguro, que todo aquel bello patrimonio se lo bombardearía algún día el inefable Frankie. En fin, que jamás lo lograría apreciar.

Por lo demás, la vida cotidiana seguía siendo más o menos la misma que la de Cerro de Pasco<sup>1</sup>, aunque esto es algo que uno llegaba a olvidar casi por completo, en casa de don Pancho, madrugones para desayunar juntos antes de que Arévalo, el nuevo chófer, viniera a llevarse a don Pancho a la mina.

Después yo me iba a pasear un rato por Estados Unidos, no encontraba gran cosa que hacer, y regresaba para instalarme en la cocina y acompañar a Sally hasta la hora del almuerzo. La gringa era feliz metida en su cocina verde y todo lo preparaba con fondo musical peruano, aunque para mi gusto ponía la radio demasiado fuerte. Yo a veces se la bajaba disimuladamente, pero inútil, ahí mismo se daba cuenta, la volvía a subir, y regresaba bailando una polkita hasta una cacerola. Un día incluso peleamos como un par de niños por el asunto ese del volumen.

Pero nuestro gran pleito giró siempre en torno a lo de los pulgares.

A ver cuál de los dos se destrozaba más el pulgar de cada mano, ahí juntito a la uña, con el anular de la misma mano. O quién se lo destrozaba menos.

Eso lo decía don Pancho al regresar de la mina. Maldita manía de nerviosos del diablo, la de andarse destrozando un dedo con el otro, escarba y escarba con un dedo loco en el pobre pulgarcito, como decía don Pancho.

La verdad, Sally me ganaba siempre en destrozos y se picaba terriblemente cuando don Pancho declaraba que, a juzgar por esos dedos, yo había pasado el día mucho más relajado que ella. Y así, hasta que de pronto empecé a perder y a perder, día tras día. Increíble: Sally que incluso se sacaba sangre a fuerza de arrancarse pellejitos. Ahora, en cambio, me ganaba una y otra vez. Hasta la tarde aquella en que don Pancho soltó un ¡carajo! de todos los diablos.

—¡Trampa! -exclamó-. ¡Carajo, Sally! ¡A tu edad! ¡No te da vergüenza andar haciéndole trampa a un hombre de letras! ¡Cincuenta años y haciendo trampa todavía!

Yo no entendía nada, al comienzo, pero don Pancho estaba tan furioso que algo grave debía haber pasado, algo que él ya sabía pero que aún no se atrevía a contarme.

—¡Nunca he acusado a nadie en mi vida! -volvió a exclamar-. ¡Nunca!

¡Pero esta gringa cojonuda, perdón, cojuda, se ha estado poniendo esparadrapo a escondidas en los pulgarcitos!

---

<sup>1</sup> Zona norteamericana.

Sally confesó como una niña arrepentida. Odiaba perder, y además se estaba arruinando pulgares y anulares.

Los pulgares, a punta de escarbarlos, y los anulares, con los calambrazos que le producía el esfuerzo por clavarse más las uñas. Total que me dieron un carrete de esparadrapo a mí también y la paz volvió al hogar con el chianti de la comida. Y con "La Traviata", por supuesto.

Pero me he olvidado de las tardes, desde después del almuerzo hasta que don Pancho regresaba de la mina.

Esas horas las pasaba conversando con Sally y leyendo libros que mister King me hacía llegar con el correo de Cerro de Pasco. Jamás añadió una línea a sus envíos, pero creo que a ese gringo mudo y rosado, enorme y con un pasado que ahogaba en whisky y lectura, le debo toda mi formación literaria.

—A mí me dijo que leyeras hasta Joyce y Proust y que después volvieras a empezar con "La Ilíada" -me contó Sally un día-. Pero veo que te sigue mandando a Camus, Baroja, Steinbeck, Donleavy, Heinrich Böll, y en fin... Pero dime, ¿quién diablos es ese tal Borges que te acaba de mandar?

—Un argentino que ya leí en la Universidad, pero que tenía muchísimas ganas de volver a leer.

—¿Qué libro de Borges me aconsejas?

—El que usted escoja, Sally.

—Veo que el caballero no quiere que lo interrumpam mientras lee.

—Se lo juro, Sally. Escoja el libro de Borges que quiera y me dará la razón. Este, por ejemplo, es fantástico. Y éste también. Y éste...

Lo que me dio Sally fue un beso, por no haber entendido ella a tiempo que yo era ya todo un hombre de letras con profundas convicciones. Y se instaló con Borges en el sofá que quedaba frente a mi sillón de lectura.

Así transcurrían las tarde hasta que don Pancho regresaba de la mina y yo cerraba mi libro. La hora del sapo había llegado, e inmediatamente salíamos al jardín. Era el mismo sapo de Cerro de Pasco, pero recién pintadito y ahora con una farola encima, en la pared, para jugar hasta entrada la noche.

Don Pancho tenía una puntería realmente privilegiada y creo que sólo un par de veces lo pude ganar, de pura suerte además. O a lo mejor me dejó ganar. Pero una tarde jugó realmente pésimo. Algo le pasaba. Algo quería contarme pero como que no se atrevía.

Hasta que dijo "bastardos" y lanzó una ficha que casi se timpla la farola.

—Bastardos -dijo-. Son unos bastardos en Lima y en Nueva York.

—¿Ha pasado algo otra vez en Cerro de Pasco? -le pregunté.

—Esa fue una historia de año nuevo, Mañuco. En cambio ésta es una maldita historia de todos los días del año. De toda la vida.

—¿De la mina en que usted trabaja ahora?

—Maldita mina de mierda. Uno no se lo puede creer. Uno es el jefe, claro, el superjefe, pero si supieras lo poco que manda uno.

—¿Los abogados y los diputados?

—No, éstos vienen después. Vienen con el alcalde y el prefecto y toda la mafia esa. Vienen cuando ya hay muertos y heridos y hay algo que cobrar.

Mientras tanto, se limitan a recibir regalitos de allá arriba.

—...

—Allá arriba es donde están los verdaderos bastardos, Mañuco.

Yo seguía sin entender bien de qué se trataba todo el asunto y noté que don Pancho había empezado a observarme. Había ladeado la cabeza hacia el lado opuesto de la sonrisa, lo cual quería decir preocupación, cólera, tristeza, impotencia, y sabe Dios cuántas cosas

más. Y desde esa postura me observaba, me estudiaba, como queriendo averiguar si podía contar conmigo para algo o no.

—Ya vas a tener diecinueve años, ¿no?

—Sí, don Pancho.

—¿Te gustaría visitar la mina un

día, Mañuco? Mira, te hablo en serio. No me salgas ahora con que eres un hombre de letras.

—Ni se me había ocurrido, don Pancho. Al contrario, siempre pensé que usted me invitará algún día a visitar...

—Estás hablando como un maldito hombre de letras.

—Don Pancho...

—Esta no es ninguna invitación a visitar nada. Quiero que veas algo, eso es todo. Algo que no existe en Lima ni en tu casa, ni siquiera en tu maldita Facultad de Letras, con tu perdón.

—Encantado, don Pancho.

—¡Mierda! ¡No existe ni una sola maldita razón para estar encantado!

¡De eso se trata!

Casi le suelto que tampoco existía ninguna maldita razón para que él siguiera sin saber lo que significaba pascana, pero me contuve. Me tragué todas esas palabras al darme cuenta, de golpe, que don Pancho me estaba hablando de algo mucho más importante, de algo muchísimo más grave que una maldita pascana.

—¿Cuándo? -le dije.

—Mañana, si quieres. En la mina te darán todo lo que necesitas para bajar al infierno.

—Muy bien.

—Perdona, Mañuco, pero es algo que tienes que ver algún día.

—Algo que le preocupa mucho, ¿no?

—Me ha preocupado siempre. Desde que empecé a trabajar fuera de mi país me ha preocupado eso. Y he esperado años para llegar a superintendente y hacer algo. Pero resulta que lo único que se puede hacer siendo superintendente es joderse uno más. Y cobrar más. Sólo esta maldita tos de mierda sigue igual.

Finalmente, don Pancho se enderezó pero sólo para ladearse en seguida hacia su posición sonriente. Después vino el guiño de ojo: una vez más, estábamos de acuerdo en tantas cosas.

Pero faltaba un detalle, y era Sally. Sally no debería sospechar nada.

Sally debía ignorar por completo que algo andaba muy mal en Mahr Túnel y que los malditos bastardos se estaban

luciendo nuevamente en Lima y en Nueva York.

Arévalo nos recogió por la madrugada, quejándose del frío. Tenía toda la razón el pobre chófer. La temperatura debía andar bajo cero y los charcos de agua se congelaban en los baches del afirmado pedregoso que llevaba hasta Andaychagua, la mina donde se extraía el mineral que luego se concentraba en Mahr Túnel, si la memoria no me falla... Ya no había luna pero tampoco se vislumbraba aún la salida del sol. Don Pancho se había sentado en el asiento posterior del Land Rover y por la ventana observaba el camino como si lo estuviera viendo todo por primera vez en su vida. Arévalo me conversaba, adelante, y me preguntaba si ya antes había estado en una mina. Le dije que nunca, y me respondió que mala suerte,

que ésta era muy fea.

—¿Qué es una mina fea? -le pregunté.

—Según mi experiencia -me dijo, sonriendo tal vez con malicia-, una mina abandonada es una mina triste.

Una mina en el cine de la compañía es una mina muy bonita. Andaychagua es una mina fea. Queda por ver, pues, qué es una mina normal.

Don Pancho tosió atrás y yo lo miré por el enorme retrovisor. Pero no hizo señal ni comentario alguno.

No sé, parecía desear que yo continuara escuchando las opiniones del chófer. Arévalo era un cholo aindiado, a pesar del apellido. Yo habría pensado que se llamaba Quispesayhuay o algo así. Pero claro, también: si le ponían terno y corbata habría podido ser un estudiante cualquiera de San Marcos. Arévalo hablaba, simpático, y yo lo observaba atentamente. Había algo en él que me permitía entenderlo muchísimo más que a Celestino, caso imposible para mí.

Arévalo con terno y corbata, por ejemplo, podría ser estudiante en San Marcos, pero a Arévalo ni con una ametralladora lo vestiría nadie de minero y lo haría entrar a un socavón.

Un chófer. Arévalo era un chófer. Y además el chófer del superintendente.

Arévalo era bastante más que un chófer.

Voy a hacerles breve historia de la mina, señores, en vista de que me he detenido tanto en Arévalo. Aunque les juro que valió la pena detenerse para entender un poco mejor todo lo que pasó días después, cuando la rebelión.

En Lima, en mi casa, todavía tengo la foto de don Pancho y yo parados en la entrada de la mina. Estamos abrazados y gordísimos con unos mamelucos impermeables e inmensos, con varios bolsillos en las piernas y brazos, para las linternas, herramientas, medicinas, cantimploras, y mil cosas más. Y un casco de minero con un faro al centro, protegido por una rejita de metal. Estamos abrazados y sonrientes y todo lo demás es cerro. En la foto

no salieron ni serranas silenciosas lavando ropa y preparando comida en otro mundo, ni los indiecitos preciosos y chaposos que a uno lo miraban como a marciano y no como a minero. Y eso que mineros era todo lo que habían visto desde que nacieron y todo lo que iban a ver el resto de la vida. Su vida era mineros hasta convertirse en mineros. Pero, aun así, nosotros éramos marcianos. Qué lindos. Piel de cobre chaposo. Pero en fin, hasta aquí la poesía.

La realidad era bajar en una plataforma inmensa que funcionaba mediante un sistema de poleas. Uno miraba hacia arriba y poco a poco iba desapareciendo todo lo que no fuera una inmensa caverna. Ah, pero me olvidaba de lo principal: enormes botas de caucho hasta muy arriba de los muslos. Si no, se le congelaban a uno las piernas, porque el agua, al fondo, era helada en algunos lugares profundos por los que había que pasar. Y en los que trabajaba mucha gente. Un gran túnel central, varias ramificaciones, y por todas partes rieles para los carriles que se iban llenando de metal durante la jornada. Bueno, para hacerla breve, también: el factor humano sí que era una mierda ahí, un paisaje desolador. Esos indios habían sido los mismos niños que vi arriba pero ya estaban imbecilizados al máximo y la expresión de los ojos se les había ido

para siempre. Eran hombres sin mirada, señores. Don Pancho me contó que eso empezaba a los veinte años y podía acabar a los treinta. Después me señaló unas argollas inmensas que aún colgaban de las paredes de alguno que otro túnel.

—Los españoles y también los peruanos -me dijo- los encadenaban. Estos indios eran campesinos que venían a veces de otra región. Dejaban sus tierras sembradas, venían por una estación, y luego querían volver para la cosecha. Y aún es así, de vez en cuando, pero nosotros tenemos otros métodos. Nosotros somos mucho más civilizados. Nosotros...

Iba a decir algo más, con mucha rabia, pero vimos algo atroz. Un indio sin botas y con el agua helada hasta los muslos. Y otro indio sin botas a su lado, congelándose también las

piernas. Y un poquito más allá, sobre un montículo de escombros, dos pares de botas de caucho.

—¿Qué pasa? -le preguntó don Pancho a uno. Y después miró al otro y le preguntó lo mismo-: ¿Qué pasa?

¿Por qué no tienen las botas puestas?

Y ahí vino la vaina esa atroz de que patroncito-mister, y de que a uno le habían dado botas para la pierna derecha y al otro para la izquierda, patroncito-mister. Más un silencio tan fuerte e intenso que hasta eco tenía.

La he hecho breve, señores.

Afuera, otra vez, mujeres lavando, cocinando, observando mudas. Gallinas. Indiecitos de cobre chaposo y con mirada, con mucha expresión en la mirada todavía.

—Putá madre, Mañuco -dijo Carlos-, no me recuerdes esas cosas.

—¿No quieren otra cerveza? -preguntó Fermín.

—Dos jarras -sugirió el Sevillano, añadiendo-: Pero bueno, ¿y qué pasó después?

—Bueno lo que recuerdo es sobre todo mi conversación con don Pancho.

De regreso, en la camioneta, y sin importarle que Arévalo lo oyera, empezó a contarme una serie de cosas.

—Sabes -me decía-, ya Trieste no existe para mí. Crecí en los Estados

Unidos y ése es mi país y a él le debo todo. Es un país maravilloso, y le estoy agradecido, pero ya no estoy orgulloso de ser norteamericano. No, Mañuco, ese orgullo se perdió en algún lado, probablemente ya en América Central. Nadie estuvo tan orgulloso de ser americano como yo. Pero después cruzas un día la frontera para trabajar en otro país y empiezas a perder ese orgullo y a querer hacer algo para reemplazarlo. ¿Tú sabes lo que he estado tratando de hacer desde que llegué a Mahr Túnel, Mañuco?

Pues casi nada. Un poquito de paternalismo para empezar y nada más. Tres cosas tan sencillas como éstas: una buena cancha de fútbol, una clínica con camas, enfermeras, y por lo menos un médico residente, y que le den un alcohol menos adulterado a esa gente.

Y una cuarta también. Esta gente tiene un sindicato que lo único que pretende es matarnos. Y bueno, claro que merecemos que nos maten, pero ahí tienen uno que otro líder sindical que merece que lo apaleen, por lo menos.

Y como comprenderás, Mañuco, así vamos dialogando. Yo, con dos o tres ideas sencillas y con unos bastardos donde tú sabes. Y ellos con dos o tres líderes sindicales y sus abogados y detrás sus diputados y el prefecto y el alcalde.

—Ya le dije que ésta era una mina fea, joven -dijo Arévalo.

—No es como las de las películas americanas, ¿no, Arévalo?

—Usted siempre bromeando, don Pancho.

—Bueno, Mañuco: en casa ni una sola palabra. Sally no sabe absolutamente nada de lo que está ocurriendo en Mahr Túnel.

—¿Pero las esposas de los otros ingenieros...?

—Juegan cartas en el club americano, se emborrachan con un alcohol muy bueno, y sueñan con irse de este país de mierda. Por lo demás, todo lo encuentran bastante normal. Igual que sus maridos. En veinticinco años de campamentos Sally sólo ha tenido tres o cuatro amigas. Y uno o dos amigos.

En veinticinco años de campamento sólo he visto divertirse a un buen hijo de puta... ¿Te acuerdas del ingeniero Frisancho, Mañuco?

—Es increíble, señores. Yo ahora estoy dictando un curso de literatura peruana y me ha tocado releer a Manuel Scorza, para hablar de sus novelas sobre la Cerro de Pasco Copper Corporation. Desde "Redoble por Rancas" hasta "La tumba del relámpago". Los alumnos norteamericanos no pueden creerse que todo eso haya podido ser verdad, pero con toda seguridad van a redactar trabajos muy elaborado y bien escritos sobre el asunto.

¿Sabem...? A veces me provoca contarles algo de esta historia, algo de don Pancho, por ejemplo. Yo siento que las novelas de Scorza y la historia de don Pancho se complementan, señores. ¿Cómo decirlo...? A veces me parece que Scorza y yo hubiéramos vivido a uno y otro lado de la reja electrificada que separaba dos mundos. A mí me tocó vivir en casa de don Pancho y a él en la zona peruana.

Los abogados y los jueces de Scorza debieron ser, en más de un caso, como los bastardos de don Pancho. No sé, pero es como si un día Scorza y yo nos hubiéramos cruzado sin vernos.

¿Recuerdan cuando les conté que por la ciudad de Cerro de Pasco pasé como en otro idioma o algo así? Pues eso. Algo así.

—Nos están botando -dijo Carlos-.

Se cierra La Cucaracha.

—Lo malo es que el gringo Mike se acuesta cada día más temprano. Y Carol anda otra vez de viaje con su viola d'amore -añadió Fermín.

—¡Coño, qué mala suerte! -se quejó el Sevillano.

—Señores -anunció Mañuco-, mi refrigeradora está llena de botellas de todo. Hoy es sábado, no se olviden. Y mañana es domingo todo el día.

Y tengo también botellas para mañana.

—Bueno, tanto no, tampoco -opinó Fermín.

## IX

Extrañamente, Mañuco Cisneros dejó pasar varios días antes de volver a hablar de don Pancho. ¿Miedo a

llegar al final de una historia que lo obligaba a enfrentarse con un viaje al pasado? Muy probable. O era tal vez que deseaba preparar las tres o cuatro conferencias con que debía poner fin a su trabajo en la Universidad. Lo cierto es que se encerraba a trabajar hasta bastante tarde. Y más de una noche hubo en que ni siquiera cayó por La Cucaracha.

Hasta que reapareció, por fin, y contó de nuevo que Andaychagua y Mahr Túnel habían sido la tumba peruana de don Pancho. Ya ni siquiera mencionó la Oroya, como si sus recuerdos hubiesen ubicado definitivamente la casa de don Pancho en un punto más cercano a Mahr Túnel y Andaychagua, maldita mina del diablo.

No, no había sido la vez aquella en que él visitó la mina.

—La rebelión, el amotinamiento, el ataque, el levantamiento, o como quiera llamársele, señores, tuvo lugar unos pocos meses más tarde, durante mi siguiente viaje. Durante mi última visita.

Don Pancho había logrado que ni Sally ni yo sospecháramos nada. Y creo que el pobre tampoco sospechó nunca que las cosas hubiesen podido ponerse tan mal. Habría pedido protección a las autoridades de la Oroya, estoy seguro. Pero no. La cosa arrancó por sorpresa, hasta donde yo sé, y lo agarró solo al frente de la mina. La noche anterior habíamos escuchado ópera tranquilamente. Eso lo recuerdo muy bien. Habíamos escuchado la canción de "la bambina" y sus juguetes, que ya era casi una broma entre nosotros, la obertura de "La Traviata", un rito casi sagrado entre nosotros, también, y finalmente optamos por "Aida". De todo eso me acuerdo perfectamente bien. Y me acuerdo clarito que, los días anteriores, don Pancho y yo jugamos sapo conversando tranquilos. La víspera tampoco noté nada de nada. En fin, la calma que presagía una tormenta, puede ser.

Desayunamos juntos muy temprano, como siempre, y don Pancho se despidió no bien oyó que Arévalo le estaba tocando la bocina, afuera. El resto

del día, calma chicha. El mismo paseo inútil de cada mañana, las conversaciones o discusiones con Sally en la cocina, el almuerzo riéndonos del anillo de esparadrapo de nuestros pulgarcitos, y la larga sesión de lectura que a veces interrumpíamos para hacer algún comentario. Sally estaba leyendo "Lord Jim", y yo, "Bajo el volcán". De eso también me acuerdo perfectamente bien.

Pero a eso de las cinco oímos un extraño frenazo delante de la casa, un frenazo de automóvil, y aún no habíamos pensado en nada cuando ya Arévalo estaba en medio de la sala. El, que siempre tocaba la puerta antes de entrar. Y estaba llorando. Todos los ingenieros habían sido evacuados a último minuto, don Pancho había logrado evacuar a todos los ingenieros al último instante, pero a él lo habían acorralado en el edificio en que quedaba su oficina.

—Ya no puede estar vivo, señora, ya no puede estar vivo, señora Sally -sollozaba Arévalo, aturdido, aterrado, al borde de una verdadera crisis.

Sally corrió al teléfono, pero nada, no funcionaba. Insistió e insistió. Nada.

—Han cortado los cables, señora Sally -sollozaba casi a gritos el chófer-. Todo está incomunicado, doña Sally. Don Pancho también trató de llamar a la Oroya, a Cerro, pero han cortado todos los cables, señora. Yo he llegado no sé cómo. Las cuatro llantas de la camioneta también me las han cortado todas, señora.

—¿Dónde están los otros norteamericanos? ¡Dónde están! ¡Dónde están!

¡Dónde están! -empezó a gritar Sally.

—Han huido, señora Sally. Don Pancho los sacó a todos antes de...

¿No ha venido nadie a verla, señora?

—¡Hijos de puta! -gritó Sally, entendiéndolo todo.

Los que tenían familia habían regresado hasta la zona norteamericana, habían recogido a su gente, y habían salido, disparados hacia la Oroya, hacia Lima. Nadie, ni uno solo había encontrado tiempo para detenerse un instante y avisarnos. Sally me

miró y nos dimos cuenta al mismo tiempo: Mientras leíamos, constantemente habíamos escuchado pasar automóviles.

—¡Entiendo a los que tienen familia! -gritó Sally-. ¡Pero los otros son unos verdaderos hijos de puta!

—¿Qué quería que hiciera, señora?

Casi me han matado a pedradas. Los mineros estaban locos, borrachos, nada los iba a contener. Una mujer tiró la primera piedra y después ya... Y estábamos completamente solos, doña Sally.

Arévalo iba hasta la puerta, la abría, la cerraba, volvía a ir, volvía a mirar, y regresaba nuevamente a desesperarse en el centro de la sala.

El hombre estaba realmente enloquecido.

—Yo quería mucho a don Pancho...

—¡Usted qué!

—Yo quería mucho a don Pancho...

—¡Usted qué!

—Que lo quería mucho, señora...

—¡Mañuco! -chilló Sally-. ¡Dile a este hombre que se vaya al infierno!

¡Dile que, por mi parte, puede irse al infierno inmediatamente! ¡Díselo!

¡Díselo, Mañuco!

Sally hablaba en inglés. Hablaba como si se hubiera olvidado completamente del castellano. Como si necesitara un intérprete. Corrió nuevamente hasta el teléfono, pero sólo para desesperarse más. Arrancó el aparato, lo arrojó por una ventana. Hizo pedazos el vidrio y la tela metálica.

—¡Tenemos todas estas paredes verdes, Mañuco! ¡Tenemos un montón!

¡Tenemos un montón! ¡Tenemos un montón de paredes para que Pancho regrese! ¡Porque va a regresar! ¡Tenemos todas estas malditas paredes verdes para que Pancho regrese! ¡O no!

—Sally...

—¡Dile a este hombre que nos deje solos! ¡Dile que suba y que escoja una cama! ¡La primera maldita cama que encuentre! ¡Y que se quede dormido, por favor!

Sally se había olvidado por completo del castellano, pero Arévalo entendía un poco de inglés. Le traduje, sin embargo, pero ya se había dado cuenta y estaba dirigiéndose a la escalera.

Nos quedamos solos, frente a frente, y comprobamos que los dos estábamos metiéndole uña como nunca al esparadrapo. Escarbábamos y nos mirábamos con caras de idiotas aterrados. Como si eso fuera todo lo que sabíamos hacer en la vida. Incluso en un momento así.

—Daría la vida porque mister King

estuviera aquí. El jamás habría dejado solo a mi esposo.

Sally continuaba hablando en inglés y yo continuaba inmóvil. No sé si pensaba en algo, pero recuerdo que trataba de imaginarse a don Pancho en su oficina, con una turba enloquecida al frente, matándolo a pedradas.

Quería visualizar esa escena para luego decirme que no, que era imposible. Que eso jamás había ocurrido y que no iba a ocurrir jamás tampoco.

Pero era lo que había ocurrido. Miré hacia el lugar vacío en que había estado el teléfono, minutos antes.

Miré a Sally. Fui a la puerta, la abrí y miré. Todo en calma. Como si jamás hubiera pasado nada. Todo en calma, como si no estuviésemos totalmente incomunicados. No se veía a nadie, tampoco. Ni un alma. Ni un guardián, siquiera. Estábamos completamente solos, pero yo seguía con la extraña sensación de que no estaba ocurriendo nada. ¿Llegaría la turba hasta nuestra zona? Me parecía totalmente imposible. Esperar. No nos quedaba más que esperar...

—Sally -dije, sólo por abrir la boca para algo.

Pero Sally había caído derrotada en el sofá y ahí estaba gimiendo, en cualquier postura. Se había tapado la cara y había dejado caer un cigarrillo encendido sobre la alfombra. Me acerqué a recogerlo, pero no sé, como que no lograba ser mayor que ella y decidir algo. Arreglar algo.

—¡Sally! -exclamé-, ¡Sally, el automóvil de don Pancho! ¡Está en el garaje!

Pero ella seguía enterrada en sus manos, forzando por hundirlas aún más en un cojín del sofá. Me di cuenta de que le había hablado en castellano y probé repetírselo en inglés.

—¡El automóvil de don Pancho está en el garaje, Sally!

Pareció entenderme, esta vez, porque alzó la cabeza y la volteó ligeramente, como si me fuera a mirar. Pero la cara la mantenía siempre cubierta con ambas manos. No esperé más y corrí en dirección al garaje. Abrí la puerta. Sally tenía una copia de las llaves del auto. Tenía una fe inmensa en el automóvil ese. Estaba dispuesto a llegar hasta la mina. Todo, todo lo había decidido en el instante mismo en que recordé que el automóvil estaba ahí. Regresé corriendo a pedirle las llaves a Sally.

—Iré contigo -me dijo-. Voy a buscar las llaves.

—Dígale a Arévalo que venga también.

—¿Para qué puede servirnos ese pobre hombre ya?

—No sé, pero...

—No debió dejar a Pancho solo nunca.

—Estoy seguro de que él se lo ordenó, Sally.

—Ese pobre hombre no sirve ya para nada.

—Las llaves, Sally. Apúrese.

Iré solo. Prefiero ir solo. Recuerdo perfectamente bien el camino. No hay otro. No hay pérdida.

—¿Y tú crees que me voy a quedar aquí mientras Pancho está allá?

Sally no encontraba las malditas llaves y estuve a punto de pegarle un grito, pero finalmente aparecieron en un cajón de la cocina y me las entregó. Corrimos al garaje. Subimos al auto en un instante y arranqué el motor. Lo calenté un ratito, puse la marcha atrás y me di cuenta entonces, al empezar a retroceder. Abrí la puerta y lo comprobé. Las cuatro llantas estaban chatas. Hasta eso había sido minuciosamente preparado.

Corrí, subí donde Arévalo. Se había encerrado en un dormitorio y parecía estar muerto sobre una cama.

Le expliqué lo de las cuatro llantas y me dijo que no con la cabeza.

—¿No, qué?, Arévalo.

—Yo no sabría dónde encontrar cuatro llantas, joven.

—Inténtelo. Búsquelas hasta encontrarlas. Tiene que haber cuatro llantas en alguna parte, Arévalo.

El chófer se incorporó lentamente, salió del dormitorio como alguien que no ha querido que lo despierten, y

bajó más lentamente aún las escaleras.

Miró a Sally, allá abajo, junto a la puerta de la casa.

—Voy a buscar llantas, señora -le dijo, al pasar delante de ella.

Sally lo observó y después volteó a mirarme como si no hubiera entendido una sola palabra del idioma que hablaba ese desconocido que acababa de pasar delante de ella. Arévalo nunca regresó. No lo vi más. No sé, pero sigo creyendo que si hubiera encontrado las llantas habría regresado. No sé.

El resto fue esperar derrumbados con un coñac en la mano. De ven en cuando, a Sally le entraba un verdadero ataque de nervios. Yo la abrazaba, la besaba, le decía un millón de estupideces en inglés. Y volvía a sentarme frente a ella, con mi copa de coñac. No sé qué esperábamos ni a quién. Esperábamos, simplemente.

Pensaba en mister King y en que podía llegar mister King, pero después esa esperanza se desmoronaba y me aferraba a una llegada providencial de don Pancho.

A todo esto, eran ya las nueve de la noche. Ni cuenta nos habíamos dado de que hacía horas que estábamos sentados en la más absoluta oscuridad.

Porque Arévalo se había ido como a las seis. Beber coñac era todo lo que quedaba, pero aun así busqué una linterna y salí a dar una vuelta por toda la zona. Ni un alma. Todo estaba oscuro. Llegué hasta la enorme reja.

Las casetas de los guardias estaban desiertas. Sin luz, también. Jamás me había podido imaginar que tanta gente pudiera desaparecer así, tan silenciosamente. Ni un alma. Ni un solo automóvil. Nada. Regresé a beber coñac con Sally y a iluminar un poco la sala con velas. Podía ser peligroso dar señales de vida. No lo sé. Pero era mejor encender un par de velas que esperar a don Pancho en la oscuridad. Inútilmente, además.

—Come algo -me decía Sally, de rato en rato.

—No se preocupe, Sally. No tengo hambre.

—En la refrigeradora hay cosas que comer.

—No tengo hambre, Sally.

—Puedes calentarte algo mientras yo espero a Pancho.

—No, la acompaño.

—Mañuco...

—...

—¿Sabes, Mañuco? Pancho es un gringo muy terco. Va a volver.

—Claro...

—Pancho es terco como una mula.

Va a volver, ya verás que va a volver.

Hubiera dado la vida porque Sally siguiera así, pero desgraciadamente esos breves diálogos de amor terminaban siempre en un nuevo ataque de nervios. Y lo único que se me ocurría era servirle más coñac. Llenarle hasta el borde cada copa. Tal vez así.

No sé. Sally bebía y se calmaba pero también bebía y empezaba a excitarse de nuevo.

—Cuando regrese Pancho...

—Sí...

—Cuando regrese Pancho...

—Sí...

—Yo sé que esa mula se ha escapado... Conozco a mi Pancho. Pero lo han sacrificado... No... No lo han sacrificado... El se ha sacrificado... Qué solo debe haber estado...

Sacó a toda su gente y... Porque eso es evidente, Mañuco...

Sí, eso era evidente, y además Arévalo lo había presenciado. Pero también era evidente que se había quedado encerrado en su oficina con una turba enloquecida, afuera, esperando para matarlo a pedradas, a patadas, quién sabe si no a balazos o con una carga de dinamita. Claro, podía haberse encerrado en su oficina y la turba podía haber dinamitado el local.

Todo era posible. Todas esas posibilidades existían.

Pero había algo increíble, en medio de todo. Algo que recién capté cuando fui a la cocina a buscar un par de velas de reemplazo. Era realmente increíble que en ningún momento hubiese pensado en mi familia, en Lima, en mi casa, en nada de eso. No me

había acordado ni siquiera que estaba de visita por un par de semanas. Pensé, recuerdo, en las paredes de mi dormitorio, verde inglés en Lima y verde inglés aquí. Eso pensé, pero después me di cuenta de que no bastaba. Había muchísimo más. Tanto que, de alguna manera, yo pertenecía a ese lugar. Y con muchísimo más derecho que Frankie. Eso sí, por supuesto.

Yo era un amigo de diecinueve años, pero también era muchísimo más que eso. Yo era un gran amigo. Alguien de toda la vida. En cierta forma había nacido con una billetera en la mano, entregándosela a don Pancho a la entrada de un restaurant, en Lima, observando su sonrisa de gratitud y de sorpresa. Yo había nacido también entonces. Y formaba parte de esa familia. Los Malkovich. Sally y don Pancho. A Frankie no lo conocía, pero miren ustedes, no conocer a Frankie hasta me daba gusto. O, en todo caso, me importaba un reverendo pepino. La vida, señores...

...Esa vida breve, muy breve. Esa vida de cuatro años cerca a los Malkovich. ¿Quién iba a pensar que estaba a punto de terminar? Que ahí el único muerto prácticamente iba a ser yo. Porque la partida de los Malkovich, en la forma en que ocurrió, fue como si me arrancaran un trozo de mi persona. Nunca más los vi, y sólo supe que Sally se suicidó, años más tarde.

—Bueno, Mañuco, pero no te adelantes -dijo Fermín-. Cuéntanos primero qué pasó con don Pancho. Cómo se salvó.

—Que traigan una jarra grande de Budweiser -le respondió Mañuco Cisneros, añadiendo-: Apareció a las tres de la mañana. Sally y yo ni siquiera lo oímos entrar. Pobre. Entró despacito, sin hacer el más mínimo ruido, como si no hubiera querido despertar a nadie. De pronto lo vimos parado ahí, en la puerta de la sala, mirándonos como si fuera a nosotros a los que les había pasado algo. Ninguno de los tres se movía de su sitio.

El nos miraba y nosotros lo mirábamos. La luz de las velas le daba a todo aquello una atmósfera extraña.

Como la de un sueño. Sí. Parecía que los tres estábamos soñando. Era como un sueño muy largo y muy lento, en el cual don Pancho se había quedado detenido en una puerta, mirándonos con unos ojos enormes de espanto, mojados, redondos, muy redondos y totalmente incrédulos.

—Coñac -dijo-. Coñac.

No llevaba camisa ni zapatos y tenía sangre seca en la cabeza, en la cara, en el torso, en los brazos.

Sonrió cuando Sally empezó a besarlo muy suavemente en la frente, acariciarlo lentamente, a tocarlo poquito a poco y con mucho cuidado para que no fuera a desaparecer de nuevo. Le alcancé una copa llena de coñac y me miró como diciéndome que entonces era cierto, que había regresado y que estábamos juntos. Pero miraba todavía como si estuviese muy lejos.

—Coñac -dijo, otra vez, extendiendo ligeramente el brazo para mirar y creer en la copa que tenía en la mano-. Coñac -repitió, avanzando unos pasos y dejándose caer sobre un sillón. Entonces sonrió por fin y nos contó que se había venido a pie. Sally empezó a atosigarlo a preguntas.

¿Cómo se había escapado? ¿Quiénes habían sido? ¿Por qué? ¿Cómo empezó?

¿Cómo había logrado escapar?

—Mañana, mañana -decía don Pancho.

—Tenemos que ir a un hospital.

—Mañana, mañana.

—El auto y la camioneta...

—Mañana, mañana. Otro coñac, por favor.

Don Pancho había logrado enviar un mensajero hasta la Oroya y de ahí debían avisar también a Cerro de

Pasco. Las tropas debían estar ya en camino y los mineros debían haberlo saqueado y destrozado todo también. Y después tenían que haber huido. Alguien pagaría el precio de todo eso, claro. Pero aquí y allá y en el mundo entero los bastardos seguirían siendo los mismos y seguirían actuando de la misma manera. Y asunto concluido.

Para él, en todo caso, se trataba de un asunto concluido. Hacía tiempo que lo habían venido dejando solo y ahora podían irse todos a la mierda y olvi darse por completo de su existencia.

Eso fue más o menos lo que nos fue diciendo don Pancho en una clínica de la Oroya, durante los días siguientes. Increíble: yo compraba los periódicos que llegaban de Lima y en ninguno se mencionaba el asunto. En mi casa, por consiguiente, no podían haberse enterado de nada, pero llamé por si acaso. Nada, no sabían absolutamente nada y podía quedarme unos días más, tranquilamente. Don Pancho mejoraba. Le habían puesto muchos puntos en la cabeza, en la frente, y en un ceja. Lo demás eran inmensos moretones y algún dolor muy agudo, pero normal en un hombre que simplemente se había dejado apedrear. Sí, que simple y llanamente se había dejado apedrear desde el momento en que un trozo de teja rompió el vidrio de la ventana y fue a estrellarse contra la pared de su oficina.

Entonces vio cómo Arévalo se escapaba por la chimenea y comprendió que lo mejor era salir y que la gente viera que estaba completamente solo.

Mil veces lo arrojaron al suelo y lo escupieron y le destrozaron la ropa.

Pero él se volvía a poner de pie y explicaba una y otra vez que nada sacaban con matarlo a él. Eso, claro, tomaba tiempo. Un tiempo infinito y brutal. Pero de pronto se dio cuenta de que había podido dar un paso y dio otro y otro y sólo lo apedrearon y lo arrojaron al suelo un par de veces más antes de que lograra empezar a andar y andar entre una pedrada y otra, de vez en cuando, todavía...

Sally lo abrazaba y lo besaba mientras don Pancho repetía una y otra vez su historia, ante la policía, el alcalde, alguno que otro ingeniero de la empresa, y varios abogados de la Oroya y de Lima. Don Pancho, señores... Siempre terminaba de contar su historia sonriendo y hasta me guiñaba un ojo cuando yo estaba presente. Sally quería enjuiciar a la empresa. A gritos quería regresar lo antes posible a los Estados Unidos y contratar abogados para arrancar el juicio del siglo contra la empresa.

—Olvidalo -le decía don Pancho, cada vez que ella hablaba del juicio-.

Olvidalo. Simple y llanamente olví-

dalo, por favor. Ahora lo que tenemos que hacer es volver a los Estados Unidos y olvidarlo todo para siempre.

"Por favor", Sally. Para siempre.

Y así se fueron del Perú. Ella hablando insistentemente de un juicio y él rogándole que lo olvidara todo, por favor. El Perú y las minas se habían acabado y él quería empezar algo nuevo, algo distinto, algo muy sencillo, casi tan sencillo como cultivar una huerta o cuidar su jardín.

En fin, tenía que pensarlo, pero de todos modos sería algo muy sencillo.

—Sally, por favor, ya es hora de que empieces a olvidarlo todo -le repitió como mil veces, la penúltima vez que los vi. Pero ella insistía una y otra vez en lo del juicio.

—Sally, déjanos comer en paz, por favor. Y no te preocupes. Tenemos suficiente dinero ahorrado como para empezar una vida muy sencilla y muy feliz.

Estábamos en el 91, el restaurante donde nos habíamos hecho amigos, y don Pancho me miraba a cada rato, como diciéndome qué gringa tan pesada puede llegar a ser Sally. Yo sonreía...

No, no estaba triste. Estaba muy emocionado pero no estaba triste. Al día siguiente sí fue distinto, claro, en el aeropuerto. Don Pancho me dijo algo que me pareció muy cruel, pero que después, poco a poco, fui aprendiendo a comprender. Me dijo que no me iba a escribir nunca. Nunca, Mañuco. Por dos razones. La primera, porque su vida iba a ser tan sencilla que prácticamente no iba a tener nada que contarme y para qué recordar cosas tristes en una carta. La segunda, porque necesitaba olvidarlo todo.

Absolutamente todo.

—Y porque la vida es tan fantástica, Mañuco, que algún día nos volverá a poner frente a frente, con la más inmensa alegría. Ten confianza y verás. Y sólo me escribió una vez, en 1970, porque sintió que era su obligación hacerlo. Sally había logrado salir adelante con su juicio y había ganado. El hubiera preferido una vida más sencilla, pero Sally había abierto una cadena de supermercados y le

estaba yendo muy mal cuando se enteró de que estaba mortalmente enferma.

Ahora acababa de morir, y yo debía saberlo. No había querido tener esperanzas y acababa de suicidarse con un frasco entero de barbitúricos. Yo tenía que saberlo, por eso me escribía. Y en cuanto a él, lo único que sabía por ahora es que iba a abandonar San Francisco y se iba a dedicar a algo muy sencillo. Tal vez en Texas, tal vez en Nuevo México.

Y yo no volví a saber más de él hasta el 76, de pura casualidad.

Llegué a dar unas conferencias en la Universidad de Berkeley y en una comida oí que alguien mencionaba el apellido Malkovich. Era una mujer de unos treinta o treinta y cinco años y me acerqué. Pues sí, el mundo es un pañuelo. Se llamaba Susana, y había estado casada con Frankie.

—Sí, con Frankie el de los bombardeos -me respondió, cuando la interrogué bastante agresivamente, llevado por mi inmensa curiosidad.

Frankie la había abandonado, después de Vietnam, y se había casado con una mujer más joven. Vivía en Texas y trabajaba en una compañía de seguros. No, ya no bombardeaba. Se había calmado, por fin, pero con Frankie nunca se sabía. Y, en todo caso, ella prácticamente había perdido el contacto con él. Con don Pancho, en cambio, hablaba por teléfono, de vez en cuando. Trabajaba en San Antonio. Era profesor en un colegio para chicos pobres. Para chicanos y otra gente pobre y desadaptada.

—Y cultiva su jardín, además.

Nada le dije a la ex esposa de Frankie, salvo que había conocido a los Malkovich en el Perú, y que acababa de estar de paso por San Antonio. Llamarlo por teléfono me parecía totalmente absurdo y ya no me quedaba tiempo ni dinero para volver a Texas.

—La paz sea con vosotros, señores -dijo Mañuco Cisneros, alzando los brazos al techo de La Cucaracha, pero extendiendo en seguida uno hacia la derecha, para interceptar a una de las estudiantas que atendía la mesa del rincón-. Tengo hambre y tengo mucha sed, como usted comprenderá, señorita.

La chica que conocía ya de sobra a los cuatro amigos del rincón, sonrió, y en seguida sacó la libretita en que anotaba los pedidos. Fueron cuatro whiskyes y un surtido de enchiladas.

Todavía les quedaba cerveza, pero Mañuco Cisneros esperó que trajeran el whisky para alzar su vaso y anunciar:

—Señores, todos sabemos aquí que tengo miedo, pánico de hacer ese viaje al pasado. Pero, ¿saben qué? Aquí tengo el teléfono de don Pancho.

Bastó con llamar a informaciones, de San Antonio. Había un solo Malkovich en la lista y tiene que ser ése, porque el apellido venía seguido por la inicial F, de Francis o de Francesco, sabe Dios. No se olviden que él tenía toda esa vaina de ópera italiana y de Trieste. Porque la verdad

es que yo nunca supe cómo se llamaba don Pancho. Siempre fue don Pancho, así nomás, pero tiene que llamarse Francisco. Mañana lo averiguaré y, si él quiere, mañana mismo, o pasado, podemos ir todos para allá. Tenemos todo el sábado y el domingo...

## X

Partieron en el carro de Fermín, pocos días antes de los exámenes semestrales. Mañuco había hablado con don Pancho y sí, se llamaba Francesco o Francis Malkovich, le daba lo mismo. Y también la voz y el acento ese tan extraño, que era y no era norteamericano, eran los mismos de siempre, aunque ahora sonaban como un disco de 78 revoluciones. Habían pasado más de veinticinco años. Aunque la forma en que le había respondido cuando él le dijo que era Mañuco Cisneros, Mañuco Cisneros, don Pancho... Le había respondido como si hubiera hablado por la mañana, como si se hablasen todos los días y no...

Le había respondido sin emoción alguna, con una voz seca y con palabras como repetidas de memoria. Casi como un contestador automático.

—El viejo debe estar sordo -dijo Fermín.

—No -dijo Mañuco-. Me reconoció al toque y no tuve que alzar la voz para nada. En fin, veremos de qué se trata, pero ya saben. Ustedes me dejan en su casa y se van por ahí unas horas. Aquí está el teléfono para que me llamen y regresen a buscarme. Lo lógico es que estemos solos y que me quede unas horas con él. Después veremos. Seguro que nos invita a todos a tomar unas copas y a comer algo. En fin, eso sería lo lógico...

Pero se notaba a la legua que Mañuco no estaba tranquilo. La conversación con don Pancho había sido extraña, muy extraña. Lo había reconocido con sólo decir su nombre pero luego le había respondido de esa manera tan poco expresiva. Nada expresiva, en realidad. Como quien responde a un mensajero que anuncia un paquete y le dice que sí, que mañana puede pasar a dejarlo. Y ahora se había quedado callado en el asiento de atrás, junto al Sevillano. Fermín manejaba, y en el asiento de la derecha iba Carlos con el papel en que Mañuco había anotado la dirección y los puntos de referencia para que no se perdieran.

Don Pancho ya no vivía en San Antonio, pero Carlos sabía más o menos que Heloles quedaba bastante más allá y recordaba la carretera de Banderas. Eran lugares que recordaba vagamente de los años en que había estudiado en San Antonio, y estaba seguro de que las referencias que don Pancho había dado bastaban.

—Y si no, preguntamos -decía-.

Pero no se preocupen. Llegaremos.

Lo malo es que, a medida que avanzaban por la autopista, Mañuco empezó a interesarse por otras cosas y a pedirle a Fermín que parara y que volviera a parar. Primero fue en un lugar llamado Buda, por el que Mañuco demostró un interés totalmente desproporcionado. Buda decía, y se mataba de risa. Buda en Texas. Y quería quedarse un rato y tomarse una cerveza en ese lugar, sólo porque Fermín le había explicado el origen del nombre:

Buda, en inglés, se pronuncia "Viuda", y ese lugar había sido el rancho de la Viuda, en los tiempos en

que Texas era territorio mexicano.

—Yo me tomo una cerveza en Biuda -decía Mañuco.

Cuando por fin salieron de ahí y regresaron a la autopista, un inmenso letrero luminoso atrajo toda su atención: "Chilimpiada", el lugar donde se realizaban los juegos olímpicos

del chile, nada menos, donde una vez al año miles de texanos se mataban comiendo picante a ver quién aguanta más. Los muy burros. Pero, en fin, ésa fue una pausa más en el camino, para que Mañuco se tomara otra cerveza y perdiera todo el tiempo posible en tonterías.

En San Antonio, ya se puso pesado. Primero le dio por visitar "Riverwalk", aunque ese paseo era hermoso y realmente valía la pena. Pero, ¿y don Pancho?, se preguntaba Fermín, Carlos y el Sevillano. Pues don Pancho quedaba para más tarde, porque ahora era El Alamo lo que le interesaba a Mañuco. Horas se estuvo ante el árbol en que había muerto y\_o meado Davy Crocket, porque así es El Alamo, eso sí. Y después empezó a matarse de risa al recordar que Borges había dejado turulato y encantado a medio Texas cuando les dijo que El Alamo era nada menos que las Termópilas de América. Mañuco se mataba de risa y decía que, desde entonces, seguro, cada texano que se respeta tiene las obras completas de Borges encuadernadas en piel de reptil.

—Aunque claro, una cosa es tenerlas y otra leerlas -añadía, muerto de risa.

Tuvo que tomarse una cerveza en El Alamo, por supuesto, y Fermín empezó a impacientarse. Temía perderse o que se hiciera tarde. Y aún tenían que llegar a Helotes, seguir adelante, y luego buscar los puntos de referencia que don Pancho había dado. Pero tuvieron que detenerse nuevamente en el Centro Cultural de México, con su Anexo Juan Ruflo, algo que Mañuco encontró increíblemente gracioso. De ahí, llevados siempre por el nervioso interés de su amigo, pasaron al Museo de las Culturas de Texas, donde Mañuco fue absolutamente feliz al

comprobar, en un inmenso mapa rural, que Austin quedaba en territorio comanche y San Antonio en territorio apache.

—¡Hemos pasado de territorio comanche a territorio apache! ¡Mismo John Wayne, señores! -exclamó-.

¡Eso me ha dado hambre y sed!

—Por lo menos esta vez te ha dado hambre también -dijo Carlos-. Yo conozco un sitio por aquí donde se comen las mejores hamburguesas de Texas. Se llama Fuddrucker.s y podemos ir a pie.

Ahí almorzaron y se tomaron un balde entero de cerveza, que era como se servía la cerveza en Fuddrucker.s.

Algo más bien vulgar y hasta un poco salvaje, pero bueno, quién convencía a Mañuco Cisneros de que ya era hora de seguir adelante. Hacía que les tomaran una foto tras otra de los cuatro en la mesa, con el balde de cerveza. Carlos fue el primero en intervenir.

—Bueno, compadre, pero ¿quieres o no quieres llegar donde don Pancho?

—O vamos ahora o no vamos ya -agregó el Sevillano.

—Ahora o nunca es la alternativa -les respondió Mañuco-. Que sea ahora, pues.

Eran las últimas casas de un lugar que podía ser como el suburbio de Helotes. Y de entre esas casas, la de don Pancho era prácticamente la más apartada. Sólo había una, más allá, pero el jardín era común. Unos metros más y todo era arena. Arrancaba nuevamente el desierto que había dejado atrás al llegar de San Antonio a Helotes, por la carretera de Banderas. Eso se veía claramente en los límites imprecisos del jardín de don Pancho y de la casa de al lado.

A veces la arena invadía el césped y a veces el césped crecía seco y amarillento sobre el arenal. La puerta del garaje estaba abierta y otra puerta, al fondo, comunicaba con el interior de la casa. El garaje, inmenso, tenía aspecto de remate. Todo tipo de ropa colgada, muebles viejos, máquinas para cortar el césped, instrumentos de jardinería, herramientas, una refrigeradora con la puerta abierta. Mañuco lo

contemplaba todo desde la vereda, parado entre dos automóviles cubiertos de polvo y arena, evidentemente abandonados.

Empezando por el jardín, todo tenía un aspecto de abandono, casi de ruina.

Pero desde la amplia casa de un solo piso, por la puerta del fondo del garaje, salía el ruido muy fuerte de un televisor. Fermín, Carlos y el Sevillano también habían bajado del auto y ahora los cuatro amigos se interrogaban con la mirada.

—Voy a tocar -dijo Mañuco.

—Te esperaremos -le dijo Fermín.

—No. Váyanse nomás. Y regresen dentro de un buen rato, como hemos quedado.

—No, compadre -le dijo Carlos-.

De aquí no nos movemos.

—Sí. No nos movemos, Mañuco -añadió el Sevillano.

—Tú anda y toca, y nosotros esperaremos aquí -dijo Fermín-. Nunca se sabe.

Mañuco cruzó el jardín hasta llegar a la puerta principal. Tocó el timbre, y comprobó que las ventanas estaban todas cerradas. No se oía que el timbre sonara, allá adentro, y volvió a insistir varias veces. Ninguna respuesta. Miró a sus tres amigos y les dijo que iba a intentar por el garaje. El televisor estaba a tope y Mañuco llegó hasta la puerta del fondo. Por ahí salía todo ese ruido, ese volumen para sordos. Se asomó, y en la cocina había un sofá, puesto en diagonal, una mesita delante del sofá, y el televisor encima. Dio unos pasos y pudo ver a don Pancho despatarrado, entre sentado y echado, caído hacia un lado pero con la mano derecha firmemente apoyada en un viejísimo bastón.

Carraspeó, pero nada. Tosió, y nada.

Don Pancho, dijo, entonces, y el viejo miró y empezó a ponerse de pie lentamente, sin sonreír ni nada.

—Soy Mañuco... Mañuco Cisneros.

—Comida -le dijo don Pancho-.

Comida. Pizza. Comida.

—Sí, don Pancho...

—Tengo hambre. Comida. Pizza.

Esto fue un ataque. Hace tres meses.

Hemiplejía. Comida. Pizza.

Caminaba apoyándose mucho en el

bastón y tenía las facciones totalmente torcidas hacia el lado de su sonrisa. Mañuco pensó que por eso, tal vez, no lo había visto sonreír cuando apenas se dieron la mano. Insistía en lo de la pizza, mientras cruzaba lentamente el garaje, pero al llegar al jardín le dijo que por favor lo ayudara, que tenía miedo de caerse en algún desnivel. Y con las justas les dio la mano a los tres amigos que habían estado esperando, temiendo que las cosas se presentaran mal.

—Conozco un sitio donde hay pizza y creo que está abierto los domingos -empezó a explicarles, mientras subía con gran dificultad al automóvil-. Yo los guiaré. Hay un pueblecito por aquí cerca y hay pizza.

El lugar estaba cerrado y, por más que Mañuco tocó, obligado por la insistencia de don Pancho, nadie apareció para abrir ni para nada.

—Ven, Mañuco, ven, ven -le dijo don Pancho, tratando de asomarse por la puerta abierta del automóvil-.

Conozco otro sitio. No está muy lejos. Yo los guiaré. Texicana. Comida texicana. Frijoles y carne. Chili Texicana.

—Aquí no ha llegado ni John Wayne -dijo Carlos, mientras entraban a un destartalado y polvoriento pueblo del lejano oeste, un lugar que ni en el cine, realmente. Don Pancho había pegado la nariz a una ventana del auto y miraba buscando. Ni caso les hacía. Como si ninguno de los cuatro existiera.

—¡Ahí! -exclamó-. ¡Paren el carro!

Era un lugar medio taberna y medio self-service y hasta el techo estaba tapizado con periódicos de otros tiempos. Pero sólo los cuatro amigos se fijaban en esas cosas. Don Pancho ya se les había adelantado hacia el mostrador en que estaba la comida.

Quería de todo. Absolutamente de todo. Mañuco le alcanzó una bandeja de plástico, también forrada con periódicos. El Japón acababa de atacar Pearl Harbour, en la bandeja de don Pancho, pero los grandes titulares desaparecieron por completo al instante: frijoles, arroz, costillas, ingen tes cantidades de chile, mayonesa y salsa de tomate, tortillas de maíz, carne picada para prepararse unos tacos. Quería vino tinto y un poco más de arroz, como en el Perú...

Miró a Mañuco sin expresión alguna.

—Hambre -le dijo-. No pizza.

Texicana. Comida.

Los cuatro amigos lo acompañaron hasta una mesa, y después Carlos fue a buscar unas cervezas. Eran las cuatro de la tarde y sólo don Pancho tenía hambre, pero demasiada hambre.

No era, en todo caso, el hambre de alguien que ha estado esperando a unos amigos que llegan tardísimo a almorzar. Devoraba y pedía más pan y más vino y, por qué no, un poco más de arroz también, como en el Perú.

Entre bocado y bocado decía de pronto Lima, o que los chinos cocinaban muy bien en el Perú, pero inmediatamente después volvía al ataque con la misma actitud desesperada, casi la de un muerto de hambre.

Mañuco no sabía cuándo iba a poder hablar. Simplemente era imposible saberlo con una persona así. ¿No estará loco?, se preguntaba, alzando la cabeza para mirar a sus amigos. De vez en cuando, Fermín le hacía una señal de paciencia y Carlos o el Sevillano le guiñaban un ojo como diciéndole que no se precipitara, había tiempo y lo iban a acompañar hasta el final. Don Pancho acabó con todo lo que había en la bandeja, pero aún utilizó un enorme trozo de pan para dejar los platos como nuevos.

—Es usted nuestro invitado -le dijo Mañuco.

—Postre -le respondió don Pancho, casi sin mirarlo-. Tienen un buen pastel de manzana en este lugar.

Carlos corrió al mostrador y preguntó. Había, felizmente había pastel de manzana. Un gringo flaco, solitario e impávido, espantó moscas y colocó una buena tajada de pastel sobre un plato de loza muy ordinaria. Era la única persona en ese local rectangular, de mesas, bancos y suelo de madera. Un lugar sin nombre, oscuro y rústico. Ningún letrero lo anunciaba a la entrada y la gente de los alrededores debía conocerlo por el nombre de su propietario. Era un lugar de tiempo detenido, donde algún viejo abando-

nado y hambriento como don Pancho podía encontrar comida y vino tinto un domingo por la tarde.

—¿Viven tus padres? -le preguntó don Pancho a Mañuco, casi a boca de jarro, masticando todavía el último trozo de pastel.

—Sí. Todavía viven. En Lima.

¿Se acuerda de San Isidro?

—Café. Grande y bien caliente.

—Don Pancho...

—Taza bien grande y muy caliente.

Lástima por la pizza. Me gustaría llevarme un pollo asado, pero aquí no hay pollo asado.

—¿Un poco de carne, don Pancho?

¿Unos tacos? ¿Arroz?

—Mala suerte con la pizza.

Don Pancho sonrió, por fin, y les contó con unos ojos enormes que antes era viejo y que por eso no lo habían dejado trabajar más. Le hubiera gustado seguir trabajando.

—Ahora soy viejo, pero además estoy malditamente viejo. Y esos bastardos... Bueno, claro, este ataque...

Volvió a sonreír, pero ya todo se le había ladeado y torcido en la cara.

Le sonrió sólo a Mañuco, esta vez, y lo miró con alguna gracia en los ojos.

—Hace un año asistí a un matrimonio -le dijo-. Me puse el smoking que usaba en el Perú y que nunca más había vuelto a usar. Veinticinco años.

Y en el matrimonio metí la mano al bolsillo y sentí algo raro. Inca. Un paquete de Incas. Me lo fumé inmediatamente. Uno tras otro. Inca.

—Yo fumo negros. ¿Quiere uno? -le dijo Mañuco, acercándole la cajetilla.

Don Pancho encendió un cigarrillo, saboreó el humo, y le preguntó a Mañuco si podía quedarse con la cajetilla.

—Es suya, don Pancho.

—No es mía. Sólo si tú me la regalas es mía. Estoy malditamente viejo pero no soy tan estúpido. Al menos por ahora. Vamos, muchachos.

Debo volver a casa. Lástima de pizza. Y no hay pollo asado en este mal dito lugar.

Salir nuevamente a la calle como que le encantó y empezó a señalar las tienduchas infames con el mismo interés que hubiera puesto un hombre por la Quinta Avenida. Después se apoyó en el hombro de Mañuco y se dirigió al automóvil. Los cuatro amigos no sabían qué hacer ahora, cómo dejar a don Pancho. Parecía estar completamente abandonado y cuando llegaron a la casa se dieron cuenta de que ni siquiera había apagado el televisor al salir. Y también la puerta del garaje seguía abierta.

—Ahora me toca a mí -les dijo Mañuco, al bajar del carro-. Pase lo que pase, ahora me toca a mí.

Don Pancho bajó encantado, como si realmente le encantara la idea de volver a casa, como si esa casa...

—Mañuco -le dijo-, acompáñame a atravesar el jardín, pero hacia el lado de allá. Esa es la casa de Frankie. Frankie es religioso.

Frankie, ahora, es un muchacho malditamente religioso. Puede acordarse de ti y tal vez...

Cruzamos el jardín hasta el límite del desierto, inmenso ahí al frente, y don Pancho golpeó la puerta. También había televisión al tope y el ruido se hizo más intenso cuando una mujer rubia y completamente desangelada abrió y se asomó apenas.

—Voy a buscar a Frankie -dijo, no bien nos vio-. Esperen ahí. Los chicos están en el televisor.

—Es Eileen, mi nuera. Tengo dos nietos aquí y dos en San Francisco.

Don Pancho parecía estar muy inquieto y trataba de introducir la cabeza por el trozo de puerta que su nuera había dejado abierto. Después miraba a Mañuco y al cielo o al techo de la casa. Y después se apoyaba bien en su bastón y miraba al suelo, golpeándose una pierna con la mano izquierda.

—Maldita sea. Se ha metido a la religión. Frankie...

—¿Qué religión?

—Una que me obliga a esperar aquí con hambre. Este ataque. Maldita hemiplejía. Los últimos tres meses...

La puerta se abrió por fin del to do, y apareció un tipo que algo tenía de don Pancho y de Sally. Pero que no sonreía y que más bien los miraba con cara de qué quieren, por qué tocan, qué pasa. Mañuco se presentó lo más educadamente que pudo.

—Ya sé -le dijo Frankie-. Te conozco. Oí hablar de ti.

—Tu padre quería que viniéramos.

Quería que nos conociéramos.

—Está así desde que lo obligaron a jubilarse. ¿Qué quieres que haga? Es la ley. Igual le sucede a todos.

—¿Y el ataque?

—Eso ha sido después. Hace sólo tres meses. Pero tiene su televisor.

—Tenía mucha hambre.

—En esta casa no se fuma ni se bebe licor. Y también está prohibido tomar coca-cola, porque tiene cafeína.

Hace un mes que mi familia y yo nos hemos unido a la iglesia. Allá él si no puede unirse.

La explicación de Frankie terminó con una sonrisa de adiós y una puerta cerrada en la nariz de don Pancho y Mañuco. Se miraron, y lentamente empezaron a atravesar el jardín en dirección a la otra casa. Se pasaba del ruido de un televisor al otro.

Pero, de pronto, don Pancho se detuvo, alzó el bastón, se apoyó en Mañuco, y dijo sapo, señalando la parte de atrás de su casa. Avanzaron en esa dirección, voltearon a la derecha, y pegado a la pared, frente a una piscina inmundada y completamente abandonada, estaba el sapo. La mesa podrida con el sapo verde de moho encima.

—Sapo -dijo don Pancho-. Sapo.

Perú. Sapo. Perú. Sapo. Sapo. Lo traje de allá.

—Me acuerdo de todo, don Pancho.

—Llévame ya a la casa.

En el camino le fue preguntando cómo se llamaban sus padres y sus hermanos y sus hermanas y cómo se le llamaba a la comida china en el Perú.

—Chifa, don Pancho.

—Buena comida. Sapo. Perú...

Sapo. Sapo. Me acuerdo. Sapo...

—Don Pancho, ¿se acuerda? ¿Se acuerda, don Pancho...?

## XI

Los cuatro amigos entraron en La Cucaracha cansados, silenciosos, con hambre y sed.

—Pero no se acordaba de nada o es que no quería acordarse de nada. El mismo nos dijo, en el sitio ese en que comió como muerto de hambre, que ya no era viejo sino que ahora estaba malditamente viejo. Y el hijo de puta ese de Frankie. Lo va a dejar morir de hambre. Literalmente, lo va a dejar morir de hambre. Y sólo porque fuma y toma vino o café. Qué tal hijo de... Yo nunca... Jamás imaginé que podía existir una cosa igual...

—¿Qué vas a hacer, Mañuco?

—¿Qué puedo hacer si me voy dentro de dos semanas y él ni siquiera quiso que me quedara hasta mañana? Le tiene pánico al hijo ese. O es que espera que ceda y que algún día le abra la puerta y lo deje ver a sus nietos de nuevo. Hace sólo un mes que Frankie y su familia se han "unido", señores, a la iglesia esa. Yo me voy dentro de un par de semanas y lo único que he podido hacer ya está hecho. Lo que no sé es si resultará. Porque la ex

esposa de Frankie me acaba de decir por teléfono que bueno, que sí, que a veces ella lo llama pero que mucho más no se puede hacer desde San Francisco.

—¡Está muerto de hambre!

—Pero tiene dinero en el banco.

—¡Pero no puede ir a buscarlo!

—Mire, señor Cisneros. Tengo que acostarme ya. Estaba durmiendo. Usted lo acaba de ver y sin duda está muy impresionado. Pero yo trabajo mañana y tengo que ocuparme de mis hijos...

—¡Señora!

—No se preocupe. Déjeme pensar algo. Yo quiero a ese viejo y hasta hace unos años yo era quien le limpiaba su platería... Déjeme pensar en algo mañana. Yo lo llamaré. Llamaré a Pancho y pensaremos en algo.

Eso ha sido aquí, delante de ustedes, señores, pero a mí no me consta nada. Después de lo que he visto nada

puede constarme. Mierda, si hubieran visto la vajilla amontonada y sin lavar hace siglos, la platería inmundada, tirada por el suelo, y a don Pancho desparramado nuevamente en su sofá, frente a un televisor que nadie debe apagar nunca. Por nada quería que me quedara.

—Sólo una noche. Sólo hasta mañana. Mis amigos pueden traer un pollo asado mañana. Pizza.

—No me interesa.

—Don Pancho...

—No me interesa.

—Don Pancho, escúcheme bien...

—No me interesa.

—Por favor...

—No me interesa...

—El sapo, don Pancho.

—Está tan malditamente jodido como yo y no me interesa tampoco.

—Don Pancho, se lo ruego, ¿sabe usted lo que quiere decir pascana?

—No me interesa.

Después me volvió a preguntar cómo se llamaban mis padres y mis hermanos y me dijo que me llevara una tetera de plata que estaba tirada ahí en el suelo de la cocina, junto al maldito televisor.

—No me interesa, don Pancho -le dije, y regresé a buscarlos a ustedes al auto.

—Parece que con lo del sapo estuvo a punto de ceder, y de hablar del Perú. ¿Por qué no insististe?

—Mil veces más le hablé del sapo dentro de la casa. Pascana, sapo, 91, "La Traviata", Verdi. Todo, todo lo intenté. Pero como si se hubiera secado para siempre todo aquello. O como si todo aquello se le hubiera secado para siempre. O, más sencillamente, lo que decía Joaquín Casaldueiro...

Mañuco Cisneros esperó unos instantes que la inmensa cucaracha luminosa enfocara con sus ojos de fuego la mesa en que estaban los cuatro y dijo: "En la edad moderna a los caballeros los mata Dios y mueren en la cama".

—Bacán, ¿no? Simplemente cojonuda la frase, ¿no, señores? Lo que no sé es si viene al cuento, pero tampoco me interesa ya. Sentí ganas de decirla, eso es todo. Ustedes sabrán si viene al cuento o no.

—Ese gringo se ha quedado tirado ahí como un sapo -dijo Fermín.

—Yo lo único que sé, señores -dijo Mañuco-, es que tengo whisky en casa, y vino y cerveza. Y un teléfono para que nos manden todas las pizzas que deseemos. Festejemos esta gloriosa jornada y larguémonos de una vez para siempre de este maravilloso antro de mierda.

*Madrid, abril, 1990*

## *Los grandes hombres son así. Y también así*

### I

El teléfono sonó demasiado temprano, esa mañana, y Santiago se acercó lentamente al aparato, como si no tuviera ganas de hablar con nadie en ese momento. Después oyó el zumbido típico de una comunicación a larga distancia y esperó que alguien le hablara primero.

—Santiago, ¿eres tú, Santiago?

—Sí, soy yo. ¿Quién habla?

—Te habla Raúl. Soy Raúl -dijo una voz muy triste, que apenas se oía.

—Habla más fuerte, Raúl... Casi no te oigo.

—¿Me oyes ahora?

—Sí, ahora sí.

—Escúchame bien, Santiago, por favor.

—Te estoy oyendo, Raúl. ¿Pasa algo?

—Te estoy llamando de la morgue, aquí en Lima.

—¿Qué ha pasado!

—Eugenia murió anoche en un accidente, Santiago. Murió anoche, murió anoche...

Raúl estaba llorando, en Lima, y en París Santiago realmente no lograba reaccionar todavía, aunque ya empezaba a parecerle una pesadilla esa llamada. Decir que no se lo podía creer era una estupidez enorme, sobre todo cuando podía oír la voz entrecortada por el llanto de su gran amigo.

Eugenia había muerto. Una de las personas más bellas y alegres que había conocido en su vida había muerto sin haber cumplido los cuarenta años.

—Fue una estupidez -sollozaba Raúl.

—No me cuentes detalles, Raúl.

—Una verdadera estupidez, hermano.

Ella... Ella...

Raúl ya no lograba terminar una frase y Santiago se lo imaginaba en un cuarto viejo y sucio, tal vez solo, y en todo caso al pie del ataúd o en una habitación contigua, igualmente lúgubre y fría. Eugenia había muerto.

Una de las mujeres más atractivas e interesantes que había conocido en su vida acababa de morir estúpidamente y sin haber llegado a los cuarenta años.

Santiago recordó sus viajes a Perú, siempre en el mes de julio, y lo mucho que le gustaba ver a Eugenia, lo mucho que se reían juntos, y la eterna gratitud que sentía hacia ella por todo lo que hacía por su madre. A veces llamaba a su madre a las doce de la noche, como si fuera una muchacha de su edad, y se la llevaba de picnic

a alguna playa donde había montado todo un campamento para pasar la noche al borde del mar.

Pero ahora Eugenia estaba muerta, ahí delante de Raúl, su esposo. Para la madre de Santiago eso iba a suponer un golpe feroz. Para tanta gente eso iba a ser un verdadero shock.

Porque Eugenia era una de esas mujeres que tienen amigos por todas partes, de todas las edades, y en todas las clases sociales. Eugenia era una de esas personas que no miran antes de querer. Ella quería antes de mirar y así iba por la vida con una sonrisa que alegraba a la gente y unos ojos verdes que escondían el secreto de su alegría y generosidad.

Santiago estaba pensando en lo que debía decirle a Raúl, que insistía en sus sollozos y que, de vez en cuando, como si Santiago aún no se hubiera dado cuenta de nada, le decía:

—Pero ahora está muerta, hermano, y mañana la entierran.

—¿Con quién estás, Raúl?

—Hay aquí dos o tres amigos de los de siempre y varios camaradas del partido. Pero yo quería hablar contigo, Santiago. Yo necesitaba hablar contigo, ¿me entiendes?

—Claro que te entiendo, Raúl.

Pero...

Qué podía hacer él en París, en el mes de marzo, por ese amigo entrañable cuya esposa acababa de matarse en un estúpido accidente de tráfico. Nada, no podía hacer nada. Sólo oírlo llorar un buen rato y prometerle algo que si podría hacer, y encantado, pero recién en julio. Iba a sonar duro, muy duro, lo que estaba por decirle al hermano escogido que para él era Raúl. Pero, también, con qué derecho puede una persona invadir tu soledad

parisina y soltarte una noticia tan

atroz. ¿Con qué derecho? El tenía que trabajar, como todos los días, y a Lima no podría ir antes de julio, su habitual mes de vacaciones. Santiago se sentía completamente impotente.

Nada podía hacer por Raúl hasta julio. Absolutamente nada. Pero tenía tantas ganas de hacer algo, quería tanto a ese amigo, quería tanto a Eugenia. Absurdo, absurdo, pero tenía que decírselo, tenía que decírselo

con todas sus palabras y en el peor momento, porque claramente se notaba que Raúl estaba esperando que le dijera algo importante, algo que tal vez hiciera que Eugenia no hubiese muerto, que esa morgue no existiera, y que todo aquello no fuera sino el fruto de una atroz pesadilla.

Santiago era un tipo tan bromista como loco, y a eso parecía haberse aferrado cien por cien Raúl. Y por eso lo había llamado. A Santiago no le cabía la menor duda. Lo único malo, claro, era que esa mañana, muy temprano, no sólo había desaparecido para siempre la esposa de Raúl.

Había muerto también una amiga que él había querido desde que era una colegiala inaccesiblemente bella.

—Santiago... Hermano...

—Oyeme bien, Raúl. Estoy tan solo y casi tan jodido como tú. Pero además estoy en París. París, ¿me entiendes? ¿Entiendes lo que significa París? No sé para qué mierda me llamas si sabes perfectamente que no puedo hacer absolutamente nada. Nada, ¿me entiendes? Por ahora que te acompañen tus amigos y los camaradas del partido. ¿Me entiendes? Yo iré en julio, o incluso un poco antes, si logro que en el trabajo me den unos días más de asueto. Pero ahora, aquí en París, un lunes a las 6 y media de la mañana, no puedo hacer nada, absolutamente nada. ¿Me entiendes?

¿Me he explicado lo suficientemente bien, Raúl?

—Te entiendo -le dijo una voz lenta, triste, muy triste y, sobre todo, decepcionada.

Raúl lo iba a entender mejor que nadie, pero en esas circunstancias era lógico que tardara un poco en reaccionar en comprender que de Santiago no había tenido por qué esperar milagro alguno.

—Te escribiré y te llamaré, Raúl.

—Te entiendo.

—Es posible que me entiendas, pero estoy seguro de que esperabas otra cosa. Bueno, pues esa otra cosa sí te la puedo dar, pero no ahora. Sucede simplemente que ahora no puedo hacer nada, absolutamente nada. Pero en julio ya verás. Hace tiempo que tengo ganas de hacer un viaje por la selva, pero para eso necesito un acompañante y tú has sido hasta guerrillero, si mis fuentes de información son buenas.

Y creo que lo son. Mejor fuente que tú, en todo caso, que has pasado la vida engañándome porque no soy más que un contemplativo de mierda. Me cuentas que estás en Suiza y puedes estar en Mozambique, en alguna guerrilla.

Te despedes de mí porque te vas a un congreso internacional del partido, en Viena, pero regresas quemado por el sol del Caribe y con un cojonudo acento cubano. ¿Me lo vas a negar?

—Son medidas de seguridad, Santiago.

—Pues entonces encárgame a mí la seguridad de tu partido, porque la verdad es que falla tanto que hasta este contemplativo de mierda se entera de todo lo que no debería enterarse.

Carajo, hermano, a veces me gustaría ser delator para que te encerraran de una vez por todas y te dejaras de tanto heroísmo inútil. Y, a propósito de heroísmo inútil, ¿sabes si en julio vas a estar en la clandestinidad o no?

—No te burles, Santiago.

—Te juro que no me estoy burlando, Raúl. Normalmente me es mucho más fácil encontrarte cuando estás en la clandestinidad que cuando andas ocupadísimo con el asunto ese de cambiar el mundo y tus múltiples citas con la historia.

—Santiago, por favor...

—Mira, lo que realmente quiero

hacer es pasarme todo el mes de julio contigo. Lo deseo como amigo y como neurótico irredimible. Lo primero, para que puedas desahogarte, soltar todo lo que llevas adentro desde la primera cruzada, más o menos, que fue imperialista, por cierto, y lo segundo, para que me hagas un gran favor.

—¿Cuál?

—Sabes perfectamente bien que me vine a vivir a Europa porque el porcentaje de arañas, sobre todo en las ciudades, es infinitamente menor que en el tercer mundo peruano. Y, por consiguiente, las posibilidades de toparse con un monstruo de éstos es muy remota, siempre y cuando te abstengas de salir al campo, ese horrible lugar en el que los pollos se pasean desnudos, a decir de los civilizados ingleses. Mi experiencia aquí es, entre otras, que uno puede leer, y muy detenidamente, a Marcel Proust y Cervantes sin que aparezca una sola araña en casa. En fin, esto último te lo cuento sólo para darte una idea del tiempo que puede transcurrir sin ver a un arácnido.

—No cambiarás nunca, Santiago -dijo Raúl, pero se escuchaba ya el eco de una sonrisa en su voz.

—Al contrario, quiero cambiar radicalmente, y por la siguiente razón:

todavía sueño con arañas. He logrado erradicarlas de mi vigilia, erradicándome a mí mismo de mi patria querida, pero estas conchumadres se meten ahora en mis sueños. Parece que hay tantas, en el Perú, que no cupieran ya. Y entonces buscan un lugar donde meterse. Y se les ha ocurrido nada más y nada menos que metérsese en mis sueños. ¿Te das cuenta?

—¿Y cómo puedo yo ayudarte en eso, Santiago?

—Primero, no estando en la clandestinidad en julio. Segundo, tomándote unas vacaciones políticas...

—Tú sabes que eso es difícil, Santiago.

—Pues a mí me importa un bledo que sea difícil. Y me importa también un bledo el triunfo de la causa que está cercano. Siempre ha estado cercano, o sea que en julio, te ruego, dale un pequeño respiro a la dictadura y acompáñame en lo que, para mí, será sin duda una verdadera empresa de liberación. Nos vamos a la selva y tú me matas las arañas. Para algo tienes experiencia guerrillera, ¿no? Pues mira, ahí tienes una misión importante. Yo necesito dormir sin arañas y

he decidido que quiero atravesar la selva con alguien que me ayude a sobreponerme al pavor que me inspiran.

Quiero ver arañas cara a cara, quiero insultarlas, reírme de ellas, decirles que a ver, que se atrevan a meterse conmigo, que lo intenten y que ya se enterarán de quién es mi amigo Raúl.

Mira, Raúl, tú haces tu catarsis, hablamos y lloramos de todo lo que quieras, y yo te pago íntegro el viaje para que me hagas de guardaespaldas.

Más claro no puede estar y puede ser gracioso, muy gracioso. ¿Qué piensas?

—Me gusta la idea y ya la iré madurando. Por ahora, ya sabes a lo que tengo que enfrentarme.

—Creo que te has sonreído, Raúl.

Y te ruego que me perdones, pero, aparte de que mi idea es buena y debemos concretarla en julio, ya he hecho todo lo que puedo hacer por ti en este día de invierno, en París, muy lejos del lugar en que quisiera estar en este momento.

—Nos escribimos y nos vemos en julio o antes, Santiago.

—Esa sí que será una cita con la historia: Con la historia de tu vida y la parte más importante de la mía:

nuestra amistad y mi pavor a las arañas. Cuídate, hermano. Y aquí me tienes. No sirvo para nada pero aquí me tienes.

## II

Raúl y Eugenia... ¿A cuál de los dos conoció primero? ¿A Raúl, a quien había observado y admirado desde la infancia, desde el primer colegio, o a Eugenia, que se le había acercado una pavorosa tarde de adolescencia infernal en el centro de Lima? Indudablemente, Santiago había visto, observado y admirado primero a Raúl, porque aquellos recuerdos se remontaban a los años de la infancia escolar en un colegio de monjas norteamericanas, en la avenida Arequipa, que luego pasó a un flamante y moderno local en la avenida Angamos. Después, Raúl había continuado siendo su ídolo deportivo en un colegio de sacerdotes norteamericanos.

Pero los ídolos, con todo lo que tienen de impecables y de ejemplares, suelen ser mayores que sus pobres feligreses, y son tan inaccesibles y lejanos que a veces hasta lo miran a uno como a un "fan" de pacotilla, como a un lustrabotas al que de pronto le ha dado por lustrar pedestales y ensuciar zapatos de campeonísimo. Los ídolos, por último, siempre andan cumpliendo con su deber de ídolo, y pueden llegar a convertirse en algo casi desprovisto de carne y hueso, alejándose de esta manera tan poco humana, por cierto, que llega ya a ser inhumana, de la realidad que los rodea y de todos aquellos pobres diablos que, muertos de orgullo, siempre están dispuestos a estrecharles un poquito siquiera la mano, a aplaudirlos tan fiel como gratuitamente o, lo que es peor pero muy frecuente también, a mover la cola.

En el pequeño escritorio de su departamento parisino, Santiago terminó de anotar estas reflexiones en su diario íntimo y, tras subrayar la palabra "Raúl", volteó la página y escribió las palabras "Eugenia, ídolo bis", subrayándolas enseguida. Tenía una cita en el Louvre, o sea que cerró su diario y fue a ponerse la corbata con lágrimas en los ojos. Me pongo la corbata y vivo, se dijo, citando a César Vallejo. Su diario tenía casi tantos títulos cuantas páginas, aunque entre éstos los más subrayados incluían todos la palabra araña, con excepción de tres: Miedo también a volar, De oficio Cesare Pavese, y Cien años de París.

A las diez en punto de la noche, Santiago volvió a abrir su Diario y anotó la hora, bajo el título de "Los ídolos están fatigados, 10 de marzo de 1978". Después tachó todo eso y empezó a anotar nuevamente algunos recuerdos de Eugenia y Raúl.

"Creo que nunca fueron tan felices Eugenia y Raúl como en París. Y recuerdo con fervor los días en que me tocó cargar el maletín de esa felicidad. Recuerdo una noche, donde Rosario L., en que empezamos a ser amigos hasta la muerte. Yo me acerqué a Raúl, más que nada por estar cerca de

Eugenia, y empecé a contarles a ambos lo cerca que vivía de las arañas y lo lejos que estaba del cielo. Pero resulta que los dos eran marxista y ateos, y ni me entendieron ni me quisieron entender. Eugenia me sonrió, sin embargo, y de eso aproveché para quedarme al lado de mi ídolo bis y de mi primer ídolo, y para empezar a buscarle el lado humano a este último".

"A Raúl le conté, a boca jarro, que con todo lo marxista-leninista que era, yo lo había visto llorar ante una monja norteamericana. Lo negó, por más que me esmeré en probarle la exactitud de mis recuerdos. El tenía ocho años y yo no llegaba aún a los seis, a pesar de mis esfuerzos. La monja, le expliqué entonces a Raúl, era un imperialista de mierda. Estas últimas palabras lograron que volviera a prestarme atención y que Eugenia me mirara con una de esas sonrisas de las que, por cierto, no está poblado el mundo, y que muy probablemente no aparecerán más en las páginas de este diario".

"Yo le prometí a Raúl militancia eterna en su partido, él la puso en duda desde el primer y más elevado instante, pero Eugenia le cortó las alas y me insistió en lo de la monja imperialista. Me dijo que lo contara todo, por favor, motivo por el cual yo esa

misma noche anoté en este diario (vol. IV, cap. 73, pág. 821) que la vida humana está dividida en dos tipos de ídolos: los que tienen sentido del humor y lo que no. Por los primeros, se da la vida, y por culpa de los segundos, lo suelen matar a uno. Después anoté dos citas del general Patton, una de Churchill, y por último una de Groucho Marx".

"A boca de jarro, y siempre en casa de Rosario L., le seguí contando a Raúl que la monja norteamericana le había quitado su pelota de fútbol por meter un gol de media cancha, un instante después de que sonara el timbre que anunciaba el fin del recreo. Y la muy desgraciada le dijo, enseguida, que no se la devolvería hasta el viernes por la tarde. Raúl lloró y yo me acerqué para que me cas tigarán a mí también, por lo que fuera, pero la monja me dio la espalda y se fue por un lado del jardín, mientras Raúl salía disparado por el lado en que estaba la pared y ahí empezaba a darse de cabezazos de rabia. Desgraciado. No me dejó ni siquiera acercarme a él.

"—Tú eres el mariconcito de las arañas ¿no? -me dijo, entre dos cabezazos.

"—Sí -le respondí-, pero el psiquiatra me ha asegurado que a los siete años se me pasará.

"—No necesitamos gente como tú en este colegio -me soltó Raúl.

"—No, ya lo creo que no, Raúl.

Pero te doy mi palabra de honor que no fui yo. Fueron mis padres los que decidieron ponerme en este colegio.

"—Eugenia se mataba de risa y Raúl siguió negando que eso hubiese ocurrido, y hasta hoy es posible que lo siga negando. Pero de lo que se trata ahora es de observar lo que es un ídolo caído. Es algo que se da de cabezazos y conversa al mismo tiempo.

Y que de paso lo hace papilla a uno, también. Aunque la verdad es que yo nunca he merecido estar en ningún colegio y que, uno tras otro, hasta hoy, los psiquiatras han fallado siempre que han intentado calcular la edad en que le perderé el miedo a las arañas.

Y ya voy por los cuarenta años.

"Recuerdo también que, estando Raúl en sexto de primaria y yo en cuarto, la vida nos enfrentó en un memorable partido de basket-ball.

Ganó cuarto de primaria y yo no jugué nada mal, en un loco afán de que Raúl se fijara en mí, aun a costa de un empellón que diera con mis huesos en la clínica Americana, que quedaba muy cerca del colegio ahora que lo pienso, todo es norteamericano en la infancia de un marxista-leninista, línea Raúl|. Pero Raúl sólo se fijó con rabia en el marcador adverso para su equipo y yo me quedé solo por haber intentado acercarme a un ídolo caído y haber logrado tan sólo alejarme de la increíble algarabía con que mis compañeros de la clase festejaban esa gran victoria.

"Después vino la adolescencia y

empezamos a crecer. Yo, de manera bastante natural, y Raúl de una manera bastante gigantesca. Para decirlo en pocas palabras, a él le salieron todos los músculos del colegio y se convirtió en el ídolo de las quinceañeras y otras cosechas más que fueron apareciendo con el tiempo. Por mi parte, yo seguía siendo siempre el ídolo de las arañas y, desde esa perspectiva, vi a Raúl ser campeón interescolar de absolutamente todo.

Hasta que por fin un día, la vida universitaria nos separó por unos años.

"Volví a ver a Raúl en Chíncha, una tarde. Administraba unas haciendas, en los alrededores, y administraba también el amor de las chicas más bonitas de la región. Estaba sentado en una banca de la plaza de Armas, con una belleza bajo cada brazo de manga corta, y las bellezas se debatían entre la contemplación de sus brazos y la de sus pantalones. Saludé a Raúl con adolescente ahínco, pero ni la banca me contestó. Y la última vez que lo vi fue antes de venirme a Francia.

"Yo salía con Mariana, una muchacha que no le tenía miedo a las arañas, pero sí a Raúl. Raúl, no sabía yo entonces cómo, había dejado sus grandes haciendas y se había

vuelto comunista, ateo, y excomulgado seguramente también. Mariana estaba totalmente escandalizada de ver a Raúl sentado en una mesa de La Pizzería, en Miraflores-barrio-bien.

Pero yo la obligué a entrar al ver que Raúl estaba nada menos que con Eugenia. Ídolo e ídolo bis se habían juntado para darle a mi vida su total dramatismo y plenitud. Los saludé, pues, como quien ha perdido ya mucha sangre, y realmente creo que vale la pena detenerse en la entrada de La Pizzería y contemplar las sinrazones de este efluvio, de este saludo tan torrencial como repleto de eterna gratitud.

"A Raúl lo había querido desde niño, por más que él a menudo me hubiera aplastado con sus gigantescas botas de héroe. Por más que me hubiera aplastado como a una araña ma ligna. Yo lo había visto defender a los más débiles, en mil peleas escolares, y jamás en mi vida había logrado ver que se impusiera en nada por la fuerza. Jamás le pegó a nadie, siempre evitó las broncas, siempre se jugó íntegro en los partidos en que el colegio fue campeón gracias a él, dicho sea de paso, siempre fue un hombre de justicia que defendió a los débiles... En fin, estoy seguro de que yo fui la única excepción que hizo en aquellos verdes años¿verdinegros?. Pero es que en la vida hay que saber optar: o se le tiene miedo a las arañas o se admira a Raúl. O Raúl se fija en uno, o las arañas se convierten en nuestra única y obsesiva fijación. O: ¿no será uno una fijación de las arañas?].

"En cuanto a Eugenia, basta con revisar las páginas de este diario que se refieren a mi adolescencia. Eugenia las llena casi todas, porque la verdad es que, aparte de ella, prácticamente no me ocurrió nada que merezca la pena ser anotado. Puedo, incluso, asegurar que mi adolescencia transcurrió entre Eugenia y las arañas. Y, ahora que lo pienso, un buen título para esos capítulos (vol. II, cap. 23 a 116, págs. 270 y fin), puede ser "Entre la espada y la pared".

"A Eugenia la admiré siempre tan de lejos como a Raúl durante mi infancia, salvo en una milagrosa oportunidad. Yo vivía con una revista escolar que le había robado a mi hermana mayor, y a la que había arrancado una por una las páginas, como quien deshoja la margarita, hasta quedarme sólo con la página de Eugenia, catorce años, vestida de educación física.

En fin, una manera como cualquier otra de sentirme terriblemente solo.

"También en el colegio de Eugenia, como en el de Raúl y mío, había llegado la adolescencia y las chicas habían empezado a crecer. Todas, de manera bastante natural, y ella de una manera sobrenaturalmente bella. Dios se había gastado íntegra su divina bondad en la chica de mi foto, y la verdad es que entre las chicas de las otras páginas apenas si había distribuido un poquito de su infinita mise ricordia. No sé, la distribuyó tal vez entre otros muchos colegios o en distintas ciudades y países, pero no me consta. Sólo me consta que no he vuelto a ver tanta bondad divina como la del rostro y el cuerpo de Eugenia.

Bondadosísimo el primero y buenísimo el segundo. Eugenia estaba realmente buenísima. "Bocato di cardinale", como se dice. Es cierto que a esa edad eso era un pecado católico, pero nunca mejor dicho: inescrutables son los caminos del Señor.

"Creo que si yo no me hubiera venido a Francia y ella no se hubiera casado con Raúl, todavía hoy seguiría esperando a Eugenia a la salida de su colegio. La verdad, esto no sé muy bien cómo explicarlo, porque Eugenia ingresó a la Universidad y estudiaba ciencias de la educación, pero yo siempre seguí esperándola a la puerta de su colegio. Fue tal vez la distancia en que me situaba la que me impi-

dió notar el cambio de local, de puerta, y de todo. Más el miedo, por supuesto. Le tenía tanto miedo a una salida de Eugenia como a una araña maligna, que lo son todas. Y que podía serlo Eugenia también, por eso de arácnido que hubo siempre en el pavor de que me descubriera mirándola salir.

¡Pero qué recuerdo más bello, éste!

No tengo recuerdo más bello de mi adolescencia, salvo el del Cream Rica, el de aquella milagrosa oportunidad del Cream Rica.

"Aquella vez Eugenia apareció por la puerta del cielo y se me acercó.

Fue en pleno centro de Lima, a tres cuadras del Cream Rica del jirón de la Unión. ¡Qué maravilla de recuerdo, éste! ¡Cuántas páginas de mi diario sigue llenando! ¡Qué tiempos aquellos...! La prehistoria, realmente, porque en aquella edad aún no habían aparecido los vendedores ambulantes que como un huracán bíblico habrían de arrasarse para siempre de la faz de la tierra la Lima de Chabuca Granda y la flor de la canela, como las hormigas coloradas de Macondo y García Márquez. Pero hoy las ciencias sociales adelantan que es una barbaridad, y a los vendedores ambulantes se les llama informales y hasta

existe todo un inmenso sector llamado informal en la población de Lima, Callao y balnearios mil, que prácticamente ha dejado sin más sectores al resto de Lima.

"Pero yo me refiero a la edad en que Eugenia tenía quince años, yo dieciséis, y el Cream Rica del jirón de la Unión aún existía. Yo estaba esperando que Eugenia entrara, para después esperar que saliera, cuando ni entró ni salió sino que se detuvo en la esquina de mi vida, a unas tres

cuadras de la puerta de aquella cafetería, convirtiéndola de esa manera en la puerta del cielo.

"—Hola -me dijo-, a lo cual yo repliqué que no la había estado esperando ni nada, aunque sin lograr explicarle claramente que yo no esperaba nada de esta vida pero que después había una vida eterna en la que tal vez...

"—Tú eres el hermano de Carmen Gironde, ¿no?

"—Sí, pero somos muy diferentes, porque ella no le tiene miedo a las arañas.

"—Ya me ha hablado tu hermana de eso. Pero, ¿hasta tal punto les tienes miedo?

"—Mi nuevo psiquiatra me ha dicho que hay que verle el lado bueno a las cosas, y que en eso soy un muchacho realmente incomparable.

"—Te llamas Santiago, ¿no?

"—Y tú te llamas Eugenia, ¿no?

"—¿Quieres que tomemos un milkshake en el Cream Rica?

"Una bondad tan grande con un traje de educación física tan pecado:

inescrutables son los caminos del Señor. Y maravilloso fue el camino del Cream Rica. Increíble. No lograba tomar la debida distancia ante el milagro que estaba viviendo. Y por eso aún puedo verme entrando a esa cafetería con Eugenia y aún puedo verme también mirando a Eugenia entrar con un tipo totalmente desconocido. Lo único que tenía de parecido conmigo aquel muchacho que me miraba desde una esquina era el miedo pánico a las arañas. Sé que resulto realmente monotemático con esto de las arañas, pero muy fácilmente puedo cam

biar de tema y hablar de los alacranes con igual pavor. En el fondo, mi miedo a las arañas no es más que una manera muy sutil de disimular mi terror a los alacranes.

"Eugenia y yo tomamos un milkshake atroz, primero, y otro muy tierno, después. Empecé a contarle mi vida, y enseguida aparecieron las arañas y Raúl.

"—¿Raúl Vidal? -me preguntó, moviendo los labios y aquellos ojos verdes, como quien se come un suspiro de limeña preparado por golosas monjitas de convento colonial.

"—Es un ídolo -le dije, advirtiéndole enseguida que yo no tenía nada contra los ídolos, pero que conmigo Raúl...

"—¿Te ha pegado? -me dijo.

"—Ojalá me hubiera pegado, Eugenia. Así ya todo habría terminado.

"—Cuéntame qué te ha hecho.

"—Me ha despreciado siempre por lo de las arañas.

"—No me lo creo. Raúl es un muchacho muy sano y muy bueno.

"—¿Lo conoces bien?

"—Sólo de vista, pero eso me basta para saber que es muy sano y muy bueno. Y tú eres muy bueno y muy sano, Santiago.

"—Sí, pero qué saco yo con saber eso si las arañas no lo saben.

"—Pero yo sí lo sé, y por eso me he acercado y te he pedido que tomemos un milkshake juntos. ¿Nos tomamos otro?

"—¿No te estás burlando de mí?

"—Te juro que si aparece una araña, yo te la mato inmediatamente.

Y no me río, además. Te lo juro.

Mira, choquemos las manos y seamos amigos.

"—Yo...

"—Tú, ¿qué?

"—Yo nunca había aspirado a llegar a ser amigo de una fotografía...

"—¡De qué!

"—No me hagas caso. Quise decir que yo nunca había aspirado a ser amigo de una chica como tú, pero me puse muy nervioso.

"—Tonto. Chócala y seamos amigos siempre".

"Y ése fue el comienzo del milkshake más tierno que he tomado en mi vida, y de una interminable amistad, pero Eugenia era una muchacha tímida e insegura. Odiaba que los muchachos corrieran detrás de ella sólo por lo hermosa que era, y sin pensar jamás que quería seguir estudios universitarios y dedicarse enteramente a alguna causa buena. Yo, en cambio, me escondía por los rincones para verla pasar y estaba siempre dispuesto a partir la carrera si ella me miraba. Y además en los rincones suele haber arañas, pero yo diariamente había corrido el riesgo atroz de arrinconarme junto a una araña sólo por verla salir del colegio. Eugenia misma me lo dijo: yo era la excepción en su vida, casi la pausa que refresca, pero lo que en el fondo esperaba era que algún día apareciera aquel hombre excepcional...

"—Alguien que me quiera no sólo...

"—Por tu uniforme de educación física.

"—¿De qué hablas, tonto?

"—De alguien que te quiera cuerpo y alma.

"—Eso, Santiago.

"—¿Qué te parece Raúl Vidal?

"Eugenia me miró con aquellos ojos verdes y movió los labios también con aquellos ojos verdes. En mi papel de amigo, yo a Eugenia ya sólo la podía adorar en... y alma.

"—Raúl Vidal tiene siete enamoradas en Lima y tres en Chincha, Santiago. Pero sí, te confieso que de todos los muchachos que pasean en automóvil y te tiran arañas, él es el único que me gusta".

"Verdad, las cosas eran así, entonces. No hay nada peor que haber sido el gran amigo de Eugenia en aquellos años adolescentes. Ya yo gozaba de la misma reputación que hoy, y la marabunta enamorada pasaba en automóviles mil mientras caminábamos juntos y me arrojaba cajitas de fósforos medio abiertas con una inmensa araña adentro. Querían apartarme así de Eugenia pero ella le daba un pisotón a las cajitas y me agarraba fuertísimo la mano. Y a los tipos esos les desafiaba con la insolencia de sus ojos verdes y sus senos italianos. Eugenia odiaba a esos canallas, aunque en el

fondo también les tenía miedo. Pero sacaba fuerza de su inagotable hermosura y nuevamente se restablecía el orden del universo cuando la vereda volvía a mecerse al ritmo de sus caderas y Eugenia me soltaba por fin la mano y el alma en vilo".

"Cuál no sería entonces mi sorpresa, aquella noche en La Pizzería, al ver que Eugenia y Raúl se habían juntado para mi vida. Y la pesada de Mariana que no quería entrar porque Raúl era comunista. Le insistí mucho, le rogué que entráramos. Eugenia, por lo pronto, no era comunista.

Estudiaba ciencias de la educación, como yo estudiaba zoología, pero de ahí a ser comunista la distancia era enorme. Mariana cedió, por fin, y entramos al restaurant. La Pizzería presentaba aquella noche un lleno de bandera, alrededor de la mesa en que estaban Eugenia y Raúl. Los saludé, como quien se desangra, pero sólo ella me respondió. Se paró para darme un beso en el alma y todo, y me preguntó por mis arañas y mis estudios, con su habitual alegría, su habitual cariño y su habitual belleza".

"A Raúl, tanta alharaca le molestó un poquito y volvió a alzar la cabeza para mirarme como quien somete a alguien a un chequeo general. Pero por segunda vez no me encontró a la altura de su saludo y, en cambio, Eugenia, que ya lo había captado todo, me dijo que mañana mismo me llamaba para tomar un milkshake juntos, y se despidió de mí con un beso que dejó hecha polvo a La Pizzería entera".

"Mariana empezó a soltarme tremendo discurso no bien nos alejamos. Bien merecido me tenía el que Raúl no me hubiera saludado, eso me pasaba por saludar a un comunista. Después, yo me pasé media hora tratando de explicarle, sin éxito alguno, que la culpa era mía por no haber sabido optar a tiempo, o lo que es más todavía, por no haber sabido optar de nacimiento.

En fin, todo un lío, pero aquella noche Mariana prácticamente no probó bocado por culpa del comunismo. Comunistas en Miraflores no, me explicaba, nerviosísima, tiene que haber restaurantes para comunistas en Lince,

en la Victoria, en Bajo el Puente en Malambito. Ahí tendrían que estar comiendo ese par de imbéciles".

"Triste es decirlo, pero los que se aman se alejan de sus amigos y hasta de sus mejores recuerdos. Y Eugenia amaba a Raúl. Me lo iba contando todo mientras tomábamos nuestros últimos milkshakes, ya bajo el fantasma del comunismo. Según, Eugenia, Raúl tenía toda la razón al decir que el mundo tenía que cambiar de pies a cabeza. Yo le replicaba que Jesús había muerto en la cruz por andar diciendo más o menos las mismas cosas, y ella insistía siempre en que yo todo lo simplificaba. Nadie había sido tan buen católico como Raúl, pero de nada le había servido. Unos meses administrando las haciendas de su familia, y otros militando en Acción Popular, lo habían convencido de que ni la democracia burguesa ni su educación de ídolo católico le servirían de nada para lograr la transformación radical que la sociedad peruana necesitaba a gritos, la conquista del poder político y económico por el proletariado y Raúl.

"—Jesús siempre estuvo contra la violencia, Eugenia.

"—Y ya ves cómo acabó. Tú mismo acabas de decirlo, Santiago. No te contradigas ahora.

"—Bueno, pero Jesús también intentó cambiar el mundo y algo ha logrado, por lo menos.

"—Sí, pero le faltó hacer una interpretación científica de la historia, de la lucha de clases. Con ir predicando paz, amor y la otra mejilla, no se resuelve nada.

"—No sé, veremos. El tiempo lo dirá".

"Lo único que dijo el tiempo es que aquellos milkshakes políticos fueron el comienzo de un largo adiós a la adolescencia y a todo eso. Pero quién iba a decir que, algún día, París nos haría encontrarnos nuevamente, ya adultos todos. Raúl y Eugenia llegaron con el paso firme con que llegan los héroes. Habían sido deportados por el primer gobierno del arquitecto Belaúnde Terry y aparecieron una noche en casa de Rosario L.".

Horas y horas se estuvo aquella noche Santiago contándoles cosas que tenía anotadas en su diario. Buscaba, en el fondo, volver a acercarse a Eugenia y que Raúl aceptara, aunque fuera una sola vez en la vida, que un ídolo puede conversar de igual a igual con un hombre que ha dedicado su vida entera a la zoología, en un desesperado afán de lograr entender el mundo de las arañas y los alacranes. Y todo, absolutamente todo, para lograr explicarle después claramente a los psiquiatras hasta qué punto les tenía pánico a esos bichos. En ésas andaba Santiago, cuando Raúl soltó casi una confesión.

—Yo también tengo un diario íntimo, pero la verdad es que hace siglos que no reviso las partes a las que tú has hecho referencia esta noche. Reconozco, eso sí, que hay cosas que me suenan un poco. En fin, veremos.

—¿Por qué no me lees esa parte de tu diario esta noche, cuando regresemos al hotel? -le dijo Eugenia a su esposo.

—De acuerdo. Podemos buscarlo y mirarlo.

—Sí, deberías mirar esos capítulos. Porque en mi caso, Santiago ha dicho una serie de cosas que son absolutamente ciertas.

Estas palabras de Eugenia animaron a Santiago a lanzarse en mil breves historias más de la vida de Raúl.

Raúl se hacía un poco el desentendido, pero bien que las estaba escuchando. Total que Santiago se quedó con sus ídolos hasta el fin de aquella comida y hasta logró que Raúl le dijera que podían verse al día siguiente.

—Los invito a comer en mi departamento -les propuso Santiago.

—Gracias -le dijo Eugenia-. Iremos de todas maneras. Y Raúl ya habrá revisado su diario. Hasta podrá confrontarlo con el tuyo.

Pero al día siguiente, cuando Santiago abrió la puerta de su departamento con verdadera emoción, Raúl pronunció una frase que confirmaba el nacimiento y el renacimiento de aquellos afectos que el tiempo y la distancia, las arañas y el colegio, el amor y el marxismo, parecían haber impedido o enfriado por completo.

—He estado revisando mi diario, Santiago, y le he dicho a Eugenia que nadie me conoce tanto como tú.

Nadie. Ni siquiera ella. Ni siquiera yo mismo.

—Pasen, pasen -les dijo, feliz, Santiago, añadiendo con una gran sonrisa-: Este es un departamento típicamente pequeño-burgués, pero ya verán. Les he preparado una comilona gran burguesa. ¿No creo que les importe, no?

—Ya te diré si me importa cuando le haya metido el diente -le respondió Raúl.

—Yo lavaré los platos -dijo Eugenia.

Después vino una noche entera de confrontación de diarios, pero sin recurrir a los diarios para nada.

Cada uno dijo todo lo que tenía que decir del otro, de los otros dos juntos, y Raúl hasta reconoció que fue la tribu de amigos la que lo obligó siempre a arrojarle cajitas de fósforos con arañas a Santiago. Y que también él lo pasaba muy mal después, porque con lo católico que era por aquellos años, sabe Dios cuántos padrenuestros y avemarías había tenido que rezarse por culpa de Santiago, después de cada confesión. Eugenia le dijo que, de cualquier modo, había sido un cretino al actuar de esa manera, y Raúl le contestó que bueno, que estaba totalmente de acuerdo, pero que para qué la había hecho Dios así, tan bella que hasta a los más católicos los volvía salvajes con esa belleza diabólica.

—Bueno -le replicó Eugenia-, pero no niegues que, gracias a esa diabólica belleza, como la llamas tú, empezaste a fijarte en mí.

—Inescrutables son los caminos del Señor -concluyó Santiago, mientras se disponía a servirles el aperitivo.

### III

Pero ahora Eugenia estaba muerta y a Santiago no le quedaba más remedio que dejar pasar los meses que faltaban

para sus vacaciones de julio. Con suerte, podría lograr que en su trabajo de la Facultad de Ciencias le dejaran libre unos días antes para viajar a Lima en la segunda quincena de junio. Un viaje por la selva del Perú con Raúl podría resultarle mucho más eficaz que el estudio e investigación de todas las arañas y alacranes que en este mundo han sido.

Los estudiaba muertos y bien disecados, por supuesto, pero sólo para que después, por las noches, se le metieran vivitos y coleando en sus pesadillas más atroces. De ahí surgía la imperiosa necesidad de continuar con todos los psiquiatras que lo quisieran escuchar, y ya andaba por los cuarenta años sin ningún resultado. Un viaje por la selva del Perú con Raúl podía ser la solución definitiva, el tratamiento de shock que tal vez había necesitado desde niño. Y ese viaje podía ser también la única manera de acompañar durante unas semanas al amigo que ahora Santiago imaginaba hundido en la miseria.

De regreso de la Facultad de Ciencias o del psiquiatra, Santiago abría cada noche sus álbumes de fotografías o las páginas de su inmenso diario. Las fotografías o los nombres de Eugenia y Raúl aparecían constantemente en las páginas que abarcaban los años que sus dos grandes amigos habían permanecido exiliados en París. Todo aquello había sucedido entre 1966 y 1968. Y había también páginas enteras de los álbumes en las que sólo aparecían Eugenia y Santiago, porque Raúl había desaparecido sin decir cuándo volvería de Ginebra o de Viena. Aunque después resultaba que volvía bronceado por un sol de indudable origen caribeño, a juzgar por su contagioso acento. De todo aquello Eugenia jamás decía una sola palabra y a Santiago no le quedaba más que insinuar tonterías, para luego deducir que Raúl había estado sometido a un fuerte entrenamiento guerrillero en algún lugar como Cuba, o algo así.

En fin, eran secretos de estado que, a lo mejor, Raúl ni siquiera compartía con Eugenia, pero que a

Santiago y a ella les dejaba la oportunidad de pasarse tardes enteras vagando por París o sentados en la terraza de algún café. Los hombres miraban a Santiago con envidia y él recordaba los tiernos milkshakes del Cream Rica, que ahora eran frescos vasos de cerveza o un buen vino tinto, según la estación. No hablaban de política, y a veces pasaban tardes enteras vagando por los muelles del Sena. Eugenia simplemente había llegado al colmo de la hermosura, y la forma que tenía de no ser consciente de ello, de vivir totalmente ausente de su irrepitible belleza morena, la hacía ser doblemente hermosa y atractiva. Tenía por entonces veinticinco años y Santiago se sentía el mejor fotógrafo del mundo mientras adoptaba las posturas más extravagantes para inmortalizar era la palabra que usaba él| el perfil de esa mujer morena, de larga cabellera negra, y de aquellos ojos verdes.

El perfil de Eugenia con el fondo de Notre Dame y algo del Sena.

Eugenia alejándose por algún sendero del jardín del Luxemburgo. Eugenia tomando un café en una terraza del Trocadero. O en el café La Choppe, en la plaza de la Contrescarpe. O tumbada al borde del Sena, quitándose la ropa para aprovechar el último rayo de sol en una tarde de junio.

—Jamás podré olvidar que en Lima me tiraban cajitas de fósforos con arañas, mientras hacíamos cosas como éstas -le decía a menudo Santiago.

—Y yo, cuando regrese a Lima, jamás podré olvidar todo lo que nos has ayudado tú aquí en París -le contestaba siempre Eugenia.

—Ojalá no regresaran nunca al Perú.

—Estoy segura que Raúl ya está pensando en la forma de volver clandestinamente.

—Pero...

—No hay peros que valgan. Santiago. Tú ya conoces a Raúl. Pero cambiemos de tema... Ya sabes que yo...

—A mí no es necesario que me cuentes ni que me expliques nada, Eugenia.

—La verdad, Santiago, sólo hay una cosa que puedo contarte. Un día desapareceremos, y a lo mejor pasan años antes de que vuelvas a saber de nosotros. Así es nuestra vida.

—Y así es la mía también por culpa de ustedes dos.

—Si supieras cuánto me gustaría verte casado.

—¿Tú te casarías con un hombre que vive exclusivamente en función de las arañas?

—"Yo" me casaría contigo, Santiago, si no quisiera tanto a Raúl y si no tuviera que cuidarlo tanto.

—Eugenia...

—A los dieciocho años todas soñamos con casarnos con un ídolo, como los llamas tú. Pero después, no sé.

Después es mucho más bonito vagar por París como un hombre como tú. Te lo digo en serio, Raúl...

—Eugenia...

—Y te digo mucho más, mucho más, Santiago. Te lo digo pensándolo bien y sintiéndolo muy sinceramente... Si algo le pasara un día a Raúl...

—¡Eugenia! ¡No puedes decir eso!

¡No puedes ni siquiera insinuar una cosa así!

—Ya lo sé, tonto. Ya lo sé. Pero quería decírtelo. Tenía que decírtelo para que lo supieras de una vez por todas, Santiago.

—Amor...

—No me digas amor, imbécil. ¿No te das cuenta de que Raúl está vivo y que yo me moriría si le pasara algo?

—Tú empezaste, Eugenia...

—No sé cuál de los dos ha empezado ni me importa. Lo único que sé es que ni siquiera estos paseos contigo por París me resultan tan... Tan no sé qué como nuestros milkshakes en el Cream Rica.

—Lo tengo escrito en mi diario.

Fueron tardes de milagro que salvaron mi adolescencia y la llenaron de recuerdos felices.

—Eso es lo que siento yo también.

Esas tardes fueron como un milagro en mi vida. Pero yo las malogré al enamorarme de un hombre que iba a preferir siempre la política a la vida conmigo.

—No se trata exactamente de eso,

Eugenia. Raúl no podría vivir sin ti.

—Pero se va a lugares que yo misma ignoro y pasan meses sin tener una sola noticia suya. ¿Y yo qué hago, mientras tanto? ¿Dejarme cortejar por cuanto parisino o extranjero pasa a mi lado? ¿Engañar a Raúl, como me engaña él a mí, para que luego se vuelva loco de celos cuando se lo cuente?

—Pero no se lo cuentes, Eugenia.

—Tengo que contárselo, Santiago, porque entre nosotros no puede haber secreto alguno a ese nivel. Y te juro que resulta peor que cuando teníamos que confesarnos. Entonces, por lo menos, te bastaba con una buena penitencia, pero ahora... Ahora resulta que hay que llorar y desconfiar, aceptar y callar.

—¿Quieres decir que él sí que puede sacarte la vuelta y tú no?

—Así es, Santiago. De ese tamaño. En él todo se justifica, porque vive en eterno peligro y necesita desahogarse. Yo, en cambio, tengo que pensar constantemente que

puedo estar sonriéndole, sólo sonriéndole a otro hombre, en el preciso instante en que a él lo están capturando, torturando, y vete a saber tú qué cosas más.

—¡Dios mío con el comunismo, Eugenia!

—¿Sabes lo que me dijo Raúl un día?

—¿Qué?

—Me dijo que comunismo es callar.

Saber callarlo todo menos cuando nos sacamos la vuelta.

—¿Y tú le estás sacando la vuelta conmigo?

—La verdad, depende de cómo se lo cuente. Estoy segura, completamente segura, de que nada lo tranquiliza más que saber que tú quedas a mi lado cuando él desaparece.

—Claro, porque yo no sólo soy tu amigo. Yo soy también el tipo de las arañas. Maldita sea. En el fondo sigo siendo el mariconcito de las arañas.

—No. Te juro que eso no es verdad, Santiago. Para Raúl, tú eres... Eres un amigo y un descanso.

No sé bien cómo decírtelo, pero creo

que para él, aunque lo niegue, significa muchísimo tener un amigo que vive completamente al margen de la política. Lo de las arañas no existe.

Verdad que no existe, Santiago.

Quítate esa idea de la cabeza, porque a Raúl en ningún momento se le ha ocurrido pensar en ti de esa manera.

Todo lo contrario. Creo que en el fondo te admira por ser como eres.

—Esa sí que no te la creo ni en technicolor.

—Pero es verdad. La vida es así.

A veces un hombre tan cuadrado y seguro de sí mismo como Raúl puede admirar a un hombre que no esconde sus temores o sus debilidades.

—Digamos, pues, que de todos los hombres que hay en París, para Raúl soy el más querido y el menos temido.

—Muy querido y muy poco temido.

Pero si le cuento que los momentos que más añoro de mi vida son nuestros milkshakes del Cream Rica...

—¿Qué pasa entonces?

—Pues que no lo acepta. Que niega a gritos y categóricamente que éstos puedan ser los mejores momentos de mi vida. Santiago... Tú no conoces a Raúl. Es capaz de probarme dialécticamente y con cara de desesperación, al mismo tiempo, que mi concepto de felicidad es pequeño-burgués y que las nuestras fueron emociones de colegiales católicos y superreprimidos.

—Lo éramos, en efecto. Lo éramos y cómo.

—Pero ahí está lo lindo, justamente, Santiago. Eramos todo lo católicos y todo lo reprimidos que quieras pero chocamos nuestras manos como amigos y nos contamos cosas que nadie se contaba a esa edad, en esa sociedad.

—Y ahora seguimos haciendo exactamente lo mismo, pero al borde del Sena y siempre al borde del pecado.

Ya ves, nada cambia en esta vida del diablo. Salvo en el saco de los ídolos, claro.

—No sé si lo que me estás diciendo es mentira o un tremendo y sucio chantaje.

—No sé lo que es, pero en todo caso tal vez te ayude a ti a decirme alguna verdad.

—¿Quieres que te diga una verdad,

Santiago?

—No, no es necesario.

—Te quiero mucho, Santiago. Mucho más de lo que tú crees. Y si quieres te digo otra verdad más. A veces deseo con toda mi alma que todo se haya acabado ya. Que Raúl se quede con otra mujer en el camino y que nosotros podamos seguir indefinidamente...

—Indefinidamente tumbados al borde del Sena.

—Jamás abandonaré a Raúl. Soportaré todo en esta vida. Puedo soportarlo todo menos que lo maten. ¿Supónete tú que yo lo dejara y que después lo mataran?

—No quiero ni pensar en esa eventualidad, Eugenia. Y creo que, finalmente, esto es lo que más nos une.

Tú eres una Penélope moderna y yo un cargador sin sueldo que lleva con una sonrisa en los labios el maletín de una pareja que, en el fondo, es feliz así.

—Tu maldita lucidez es capaz de destruir hasta la fe de los carboneros de Raúl. Y a mí me pone la piel de gallina y me obliga a decirte otra vez que te quiero mucho. Y ahora vámonos ya, por favor. Vámonos como si esta tarde no hubiéramos hablado de nada.

Como si sólo nos hubiésemos tomado algunas fotos para tus álbumes.

—¿Estás insinuando que no debo registrar nada de esto en mi diario?

Eso me suena a censura en la Unión Soviética.

—Escribe lo que te dé la gana.

—Eso es exactamente lo que haré.

—Perfecto. Y no te olvides de poner, al final de esta escena, que te quiero. Que al final volví a decirte que te quería. Y que te di un beso.

Y que jamás, jamás, Raúl se enterará de nada. Pon que te di mil besos y que te acaricié todo una tarde y después también por la noche, en tu casa, y que antes de irme te juré que jamás en su vida Raúl se enteraría de nada.

Muchas tardes y noches pasaron cosas como ésas, tristes, en el fondo, pero siempre cargadas de vida y de ternura. Y de tanta verdad. Pasaron cosas que fueron quedando registradas en largas páginas de un diario que,

durante esos años, estuvo casi únicamente consagrado a registrar los momentos vividos por Santiago y Eugenia, cuando ella se sentía frágil y cansada de esperar y se acercaba más que nunca a un hombre que, en el fondo, vivía para ella y para Raúl.

Después llegaba Raúl y los tres se alegraban y volvían las interminables discusiones políticas y las comilonas muy burguesas con un héroe que regresaba del campo de batalla, que regresaba donde su más grande amor y su mejor amigo.

Pero, en efecto, un día Raúl y Eugenia simplemente desaparecieron y su primera carta tardó meses en llegar. Santiago tuvo que acostumbrarse a esperar, y a vivir a su manera, tranquila y silenciosamente, las vicisitudes de la trayectoria política de Raúl. Todo cambiaba en julio, eso sí, porque bastaba con que Santiago anunciara su llegada al Perú para que Eugenia se las arreglase para estar libre y visible en Lima todo ese mes.

Fue así como conoció a la madre de Santiago y como, poco a poco, empezó a encargarse de alegrarle la vida a esa señora mayor y de salud delicada, que año tras año esperaba impaciente el mes de vacaciones que le traía a su hijo de París.

Santiago, su madre, y Eugenia, andaban de arriba abajo juntos y hasta Raúl se daba maña muchas veces para aparecer sabe Dios cómo y de dónde.

En fin, eso no se preguntaba, ni siquiera se mencionaba. Además, la madre de Santiago ignoraba por completo que Raúl fuese comunista.

Lo mataba, si se enteraba. Era una vieja católica y reaccionaria hasta la médula, y sólo se enteró de todo al día siguiente de la muerte de Eugenia. Los periódicos se lo dijeron con pelos y señales y su reacción fue la de convertir a Eugenia en una santa, una especie de víctima del demonio, en una mártir. Y a Raúl lo convirtió en el más atroz de los canallas, en el enemigo malo, el más perverso de los delincuentes ateos.

## IV

De nada le valieron a Santiago sus esfuerzos por hacer entrar en razón a su madre, cuando por fin llegó a Lima a mediados de 1978. Eugenia era una santa, una verdadera mártir, y por qué no, también virgen. Cómo no iba a ser virgen una muchacha tan noble y tan buena, una mujer que había sido víctima de los hechizos malditos del fantasma del comunismo encarnado en el diabólico Raúl, ese tipejo que apesta a azufre y del que mi hijo Santiago se declara, nada más y nada menos, que amigo apolítico, ¡habráse visto cosa semejante! Mi hijo Santiago siempre fue muy rarito, es la verdad, y vaya usted a saber qué ideas malsanas nos oculta ahora bajo ese interminable y fingido, estoy segura que fingido, terror a las arañas y a los alacranes.

Porque estoy completamente segura de que todo ese viaje a la selva que anda preparando con el tal Raúl, no es sino un pretexto para complotar contra el gobierno del general decente Francisco Morales Bermúdez, que por fin nos libró del impresentable chino Velasco, un cholazo que entró al ejército de soldado raso y al que ni un millón de galones y condecoraciones le enseñaron a hablar bien el castellano.

De nada, absolutamente de nada le valieron a Santiago sus esfuerzos por hacer entrar en razón a su madre.

Evocando razones morales, éticas, católicas y hasta el recuerdo del Mariscal Ureta, héroe de la guerra con Ecuador y primo segundo de Amparito, nuestra mejor vecina, el día mismo de su llegada a Lima su madre logró enemistarlo también con sus hermanos y, con una impresionante cara de asombro e incredulidad triste, Santiago se encontró de patitas en la calle, sin tener dónde dormir esa noche siquiera.

—El paganini de todo he sido yo -le explicaba horas después, cuando por fin logró ubicarlo, a Raúl-.

Prácticamente me he quedado sin familia, por culpa de tu maldita militancia. Pero dime, ¿se puede saber en qué división de la izquierda militas ahora?

—Las divisiones que tú inventas gozan de muy buena salud, hermano. Y te ruego que no bromees, por favor.

Hace menos de un año que hemos organizado el paro general más grande que recuerda la historia del Perú.

—Me alegro por ti, Raúl.

—¡Por mí! ¡Alégrate por la clase obrera! ¡Por esta dictadura de mierda a la que no le hemos dejado otra alternativa que la de emprender la retirada! Pronto, muy pronto, este país va a recuperar sus libertades burguesas y yo podré salir de esta clandestinidad de mierda. La Asamblea Constituyente ya es un hecho. La clase obrera y el campesinado han obligado a los militares a regresar a sus cuarteles...

—¿Y éste es tu cuartel general?

¿Esta covacha de mierda es tu cuartel general? Mira, viejo, está bien que primero me larguen de casa de mi madre por tu culpa, pero que me traigas a este nido de arañas y alacranes ya es otra cosa.

—Bueno, si no quieres quedarte aquí y acompañarme en mis momentos de soledad, intentaré colocarte donde una camarada que siempre tiene sitio libre.

—¿Dónde vive esa camarada?

—No muy lejos de aquí. En la avenida México. Así podremos vernos con más facilidad.

—Raúl, ¿no te das cuenta de que eso queda en la Victoria y de que las arañas que salen de aquí deben ir directamente hacia allá? ¿Qué viaje a Lima es éste? Te mando avisar de mi llegada, me largan de casa de mi madre, te busco a través de cuchucientas mil personas,

y por fin logro que me traigan con los ojos vendados hasta una cueva inmunda. Ni siquiera sé dónde estoy, Raúl.

—Estás en mi escondite.

—Maravilloso. Pero sigo sin saber dónde estoy.

—Estás en el cerro El Agustino.

—Ya. Nada menos que en el cerro

El Agustino, como quien dice de París al cielo... Y siendo exactamente las tres de la mañana...

—Voy a tener que salir, Santiago, perdóname.

—¡Salir! ¡Salir y dejarme solo aquí con una maleta que acaba de bajar de Air France!  
¡Raúl, esto es El Agustino! ¡Una barriada de mierda!

¡Un cerro asqueroso lleno de arañas y lumpemproletariado!

—Pero habrá gente cuidándote y dentro de un rato debe llegar una amiga...

—¿Una amiga o una camarada?

—Una amiga que quiero que conozcas...

—¿Debo imaginarme que se trata de tu nueva compañera?

—Más o menos. Yo no diría que tanto como una compañera, pero sí una relación que puede madurar en la medida en que ella...

—¿Ella? ¿Quién es ella?

—Eso que te lo cuente ella misma, porque yo no tengo tiempo ahora. Vas a tener que perdonarme, Santiago.

—Raúl, quiero que me oigas bien un instante, sólo un instante.

—Claro, Santiago.

—¿Sabes quién soy y por qué he venido, Raúl? ¿Sabes por qué he peleado con mi familia y para qué he venido?

—Tenemos que hablar de eso, Santiago. Sí, tienes toda la razón. Y yo no me corro de nada. Estoy dispuesto al diálogo no bien haya un momento, pero tengo que pensar un poco antes. Las condiciones objetivas han cambiado...

—¡Las condiciones qué!

—El momento es difícil, Santiago.

—Es histórico.

—¿Y Eugenia es otra historia?

—Raúl, te ruego que me mires bien a la cara cuando respondas a esa pregunta.

—Hay tiempo por delante, Santiago.

—Pero tú ahora te vas, ¿no es cierto?

—Sí. Es hora de que me vaya. Ya deben estar esperándome allá afuera.

Pero no te preocupes, Santiago, la Nana no tarda en llegar y con ella sí que puedes hacerme un gran favor.

Cojonudo.

—Ella esperaba encontrarme aquí esta noche, pero después surgió lo de la reunión y no ha habido manera de avisarle.

—Maravilloso, realmente maravilloso. Todo esto me hace recordar los paseos que Eugenia y yo dábamos por el borde del Sena, mientras el camarada Raúl se bronceaba al sol de una larga marcha por la Sierra Maestra o algo así.

—Mañana me encargaré de que te lleven donde la camarada de la avenida México.

—¿Y nuestro viaje a la selva?

—Santiago, por última vez, te ruego que me entiendas. Las condiciones objetivas son...

—Las condiciones objetivas son tan cojonudas que sirven para justificar que ni Eugenia ni yo existimos jamás.

O que no somos más que un par de estúpidas condiciones subjetivas.

—Santiago, te ruego...

—Don Idolo, es una verdadera lástima que no haya traído mi diario conmigo. Pero, en fin, de todo me acordaré y va usted a quedar realmente perfecto en el capítulo "Lima, invierno de 1978".

—Santiago, te lo ruego... Dame tiempo.

—Aquí me quedo esperando a la Nana y a una tarántula. Y a usted que lo absuelva la historia, don Idolo.

Raúl le entregó una botella de cerveza y, cuando Santiago menos se lo esperaba, se le lanzó encima para abrazarlo con toda el alma y soltarle en una oreja tres sollozos de orangután cansado. Después lo alejó de su cuerpo con los mismos brazos que acababan de estrecharlo a muerte y le repitió mil veces, mirándolo cara a cara, que no tenía tiempo para eso ahora. La agenda la tenía toda destinada a la historia y la Nana era una contradicción de la puta madre en su vida de combatiente marxista leninista.

—Hermano, mi hermano Raúl -le dijo Santiago, con lágrimas en los ojos-. Mil gracias por este abrazo, hermano. Y no te olvides de que he venido para irnos a llorar juntos por Eugenia en la selva.

—Déjame que encuentre un minuto -le respondió Raúl-. Déjame que encuentre un minuto, hermano. Y no creas: no me he olvidado de lo de tus arañas.

—Raúl, me estoy muriendo de miedo de quedarme aquí...

—Me voy, hermano. Pero ya no debe tardar en llegar la Nana.

Santiago se quedó estático en el centro de esa guarida llena de libros y cuadernos atados con pitas, y decorada únicamente con dos amarillentas fotografías de Marx y Lenin. El mobiliario consistía en una caja de madera, a guisa de asiento, una mesa para escribir obras completas en condiciones heroicas, un lamparín de

aceite y mecha, para arruinarse la vista, y una tarima cubierta por dos espesas frazadas, para el reposo del guerrero. El resto de la hacienda lo completaban un desportillado jarrón de loza, tipo burdel baratieri, una vasija para jabonarse y enjuagarse un poco, tres lápices históricos, muchas hojas de papel, para el papel histórico de Raúl, y un enternecedor espejito que colgaba de un muro, sin duda alguna para que la Nana pudiera peinarse y maquillarse a la luz del candil, tras haber reposado bien al guerrero.

Pero ahora parece que Santiago y su pobre maleta, recién bajada de París y Air France, formaban parte también del mobiliario. Santiago pensaba en la Ciudad Luz, en el borde del Sena, en la Facultad de Ciencias, en su departamento parisino, y en otros detalles tan insignificantes como éstos que acaban de mencionarse, y cuyo único interés consiste en darnos un idea de lo absolutamente absurdo de la situación en que se encontraba, de lo absolutamente imbécil que se sentía, y del pavor que experimentaba al pellizcarse y darse cuenta de que sí era verdad: estaba en una cueva del lumpen cerro El Agustino, una de las primeras y más perfectas barricadas de la Ciudad de los Reyes y Chabuca Granda, olvidadas ambas para siempre en ese hacinamiento sin solución alguna y cuyo origen se remontaba a los años cuarenta.

Y ahí estaba parado Santiago, en el centro mismo de una guarida histórica. Pero por más histórica que fuera esa guarida, afuera podían estar durmiendo, entre otros, vagos y orates, mendigos mil, ladrones del carajo, variopinto lumpen, verdaderos elogios de la locura, un párroco canadiense, siete monjas Teresa de Calcuta, una escolita fiscal, niños sin esperanzas proteínicas pero con pelota de fútbol y televisión, pequeños comerciantes, un rey del camote y un virrey de la papa, explotadores e intermediarios ambos del pueblo proletariado y de sus propios orígenes campesinos, un cura norteamericano, el mormón, indios, chinos, cholos, tal vez un japonés pobre, y ningún judío.

Santiago estaba calculando que por cada uno de esos habitantes habría un millón de arañas y alacranes, más o menos, amén de ratas y gatos pardos, cuando escuchó que alguien se acercaba con pasos de alevosía y gran maldad.

Pensó en París y al borde del Sena, recordó las tardes de Cream Rica y milkshake que Eugenia convirtió en una sucesión de milagros que, de alguna manera, la Ciudad Luz había vuelto a realizar, y sintió una pena infinita por su maleta y Air France. En fin, cosas de la vida, pero que ocurren, como también ocurrió que aquellos pasos asesinos se convirtieran pronto en una mujer pelirroja y muy bella, acompañada por dos agentes de seguridad de un futuro Estado proletario.

—¡Santiago! -exclamó la pelirroja, y la exclamación la hizo ponerse más bonita todavía.

—Sí, yo soy Santiago y su circunstancia.

—¡Santiago el de las arañas! ¡Te estábamos esperando! ¡Yo soy la Nana! ¡Ya Raúl te habrá hablado de mí!

La guardia roja le pidió por favor a la camaradita que bajara un poquito la voz, porque esto es una clandestinidad, compañera, y la pobre Nana se derritió en disculpas de modelo de pasarela, les juró que jamás en su

vida volvería a alzar la voz ni nada, y para terminar les rogó que la dejaran completamente sola con el amigo de su compañero. La palabra "compañero"

la pronunció con pinzas, o en todo caso como si la pobre mujer recién estuviera habituándose al cargamontón incomprensible e histórico que se le había venido encima desde el día en que se atrevió a ir a darle el pésame a Raúl, por lo de Eugenia y algo más, y desde que debido a este "algo más", quedaron en verse el próximo jueves, después de salir ella de una peluquería en Miraflores y él de una cita con la historia en el local de la Confederación General de Trabajadores del Perú.

"Este es un fenómeno histórico muy común en América latina", fue lo primero que pensó Santiago, al ver a la Nana vestida carísimo de pobre y recordar en seguida al famoso play boy y guerrillero centroamericano que, entre la toma de una colina y otra, se ponía el smoking y bajaba hasta la capital, para asistir a los bailes "high society" del Country Club.

—Los caballeros las prefieren pelirrojas y lindas y ellas los adoran marxistas leninistas -concluyó Santiago, sin que la pobre Nana lograra explicarse el origen de tan contundentes reflexiones.

—Te equivocas por completo, Santiago -le dijo ella, completamente ella, y extendiéndole una mano perfectamente enguantada de amistad y cariño-. Te equivocas de pe a pa. Lo de Raúl y yo empezó cuando éramos dos chicos, casi, y es algo muy puro y muy noble.

—¿Y cuándo acaba? -le preguntó Santiago, agregando que si ella sabía cómo y por qué había venido a dar él en tan histórica guarida.

—Te sigues equivocando, Santiago.

Pero ven, deja tu maleta y siéntate un rato. Conversemos hasta que regrese Raúl.

—Yo he venido al Perú para ir a la selva...

—Por lo de las arañas, ¿eh? ¿Ya ves cómo yo lo sé todo?

—Cuéntame entonces lo de Eugenia.

Anda, vamos, cuéntame también todo lo de Eugenia.

—No quieres darme ni la más mínima oportunidad, ¿no?

—Quiero salir de aquí y largarme a la selva de una vez por todas.

—Eres peor que Raúl.

—Imposible.

—El, por lo menos, ha decidido darme una oportunidad.

—Imposible. Raúl sólo se da oportunidades a sí mismo.

—Bueno, ¿y entonces por qué estoy yo aquí? Explícamelo tú, si puedes.

¿Qué hago yo metida aquí, entonces?

—Pues me imagino que reposar al guerrero.

—Santiago, si hay algo que no voy a tolerar es que seas grosero conmigo.

Puedo entender hasta que me odies, pero te ruego que no seas grosero conmigo.

—Perdóname. Lo del guerrero lo dije pensando que no me entenderías.

—No soy analfabeta, ¿sabes?

—Sólo sé que estoy sentado en un lugar increíble con una mujer más increíble todavía.

Porque, dime, ¿qué diablos haces tú metida en esta cueva inmunda?

—Normalmente, converso con Raúl.

Y, a veces, hasta hacemos planes.

—¿A veces?

—Bueno, digamos que cuando no insiste en que me cambie de nombre, me tiña el pelo de negro, ande en blue jeans sucios y lea y entienda "El Capital". Y cuando no le sirvo para llorar por Eugenia.

—Para eso estoy yo aquí, Nana.

—Digamos que existen dos maneras de llorar por Eugenia...

—Entiendo. Pero ahora entiéndeme tú a mí también: Existe una tercera manera de llorar por Eugenia...

—Perdóname, Santiago. Yo sólo quise explicarte... Pero sí, te entiendo. Te entiendo perfectamente bien. Tú también tienes tu manera de querer a Raúl y de llorar por Eugenia. Y te sientes profundamente defraudado al ver que la vida sigue adelante.

—Pareces Raúl hablando de la toma del poder.

—Y tú no sé a quién te pareces, pero me recuerdas a un hombre que va a llorar mucho el resto de la vida. ¿Es eso lo que quieres?

—Estoy agotado, Nana. Perdón.

Quisiera echarme un rato en esta tarima inmunda. No he descansado un solo instante desde que bajé del avión.

—Echate, Santiago. Y relájate.

Descansa un poco, siquiera. Y te juro que, aunque parezca increíble, nunca he visto una araña en este lugar. Pero estaré atenta de todos modos. Mira, hoy no voy a cuidar al guerrero sino al viajero. Todo lo que hay que aprender en esta vida, ¿no?

Tú descansa, y yo te iré contando todo hasta que te duermas. ¿O has traído tu bendito diario? Raúl siempre me habla de tu diario, ¿sabes?

—No... No he traído mi bendito diario. Parece que esta vez he viajado más desarmado que nunca.

—Cuéntame qué habrías anotado en este instante.

—"Los ídolos tienen una suerte de la madona. A Nana le queda todo bien menos su nombre. Debería llamarse algo en inglés y con té a las cinco.

Definitivamente no a las cuatro de la madrugada, en una cueva infecta. En la casa de Nana no se siembra césped ni pasto. Se siembra "grass". Con Nana pude hablar de Eugenia más que con Raúl. Esto último no sé por qué lo he puesto en pasado cuando aún no ha sucedido. No me gusta que a Nana la llamen la Nana. Pierde algo.

Como que le quitaran algunas de las palabras con que me convenció, o más bien me conmovió, esta madrugada. Y como que se le fuera algo de lo pelirrojo también. Como si este encuentro sólo fuera verdad en un sueño de Air France en primera clase. Yo viajé en segunda, por si acaso... Tal vez si a Nana la llamaran Nani..."

—Santiago...

—¿Qué?

—¿Te a cuerdas de una chica llamada Nani Peters?

—En la prehistoria, sí.

—Pues soy yo.

—¿Y cuándo dejaste de ser Nani para ser Nana o, lo que es peor, la Nana?

—Hace sólo unas semanas. Fue idea

de Raúl, por supuesto. Pero es lo único que le he aceptado, eso sí.

—La futura camarada Nana -logró decir apenas Santiago.

Se quedó dormido al lado de una mujer pelirroja que se había sentado al borde de la tarima y que lo observaba sonriente. Nani Peters... Antes de que lo venciera el sueño, Santiago había logrado desempolvar una historia que sólo conocía a medias, por su hermana mayor, y cuyos orígenes se perdían en las mañanas escolares en que el mismo automóvil se detenía primero en el colegio San Silvestre, para dejar a sus tres hermanas, y luego en su colegio de monjas norteamericanas. Nani y su hermana mayor habían sido compañeras de clase desde niñas, pero en realidad no llegaron a ser nunca amigas. Terminaron el colegio juntas, también, y Nani, que era hija de una multimillonaria familia de origen inglés, fue una de las bellezas que año tras año enloquecieron a los muchachos que veraneaban en Ancón.

Eso debió ser a finales de la década de los 50 y comienzos de los 60...

...Se decía que hasta los padres de 7aquellos muchachos se instalaban disimuladamente en las terrazas de los edificios que daban al malecón y que, a las doce en punto, se asomaban con sus largavistas y como quien no quiere la cosa. Podían estar mirando este yate o aquel, pero en realidad a la que estaban mirando era a Nani Peters, qué figura de muchacha, señores, qué tal hembrón, caballeros, porque todos los días a esa hora ella se dirigía por el malecón hasta el extremo de la playa en que le gustaba bañarse.

Detrás, cinco metros detrás de Nani, avanzaba, obediente y vigilante, el suertudo de Carlitos Diéguez, hijo y nieto de banqueros y todo un príncipe consorte en aquella prehistoria dorada en que San Isidro, Miraflores, ya algunas casas de Monterrico, y el verano en el balneario de Ancón, eran el todo Lima que era el Perú entero.

A nadie se le ocurría siquiera que aquellos graciosos cholitos de siempre, el heladero, el barquillero, el canillita y el vendedor de refrescos, que corrían alborotados por el paso diario del culo de la pelirroja, serían algún día el Perú que nos invade Lima, señores, lo que es yo me voy a Miami, caballeros. Y así pasaba, pues, Nani Peters, anglocriolla de poderosos muslos y turgentes formas, pasaba cadereando sus nalgas por un malecón estival, espía y feliz, cadereándole también el mundo a su Carlitos Diéguez, de muy rancia y antigua familia y, por tanto, ya con andares de pato viejo, aunque siempre un matalas callando con sus anteojos de Onasis, el tal Carlitos. Y detrás del espectáculo, voceando sus productos con inusitada alegría, la especie de señores qué pachanga \_, que viva la pachanga, que muy disimuladamente te armaban barquillero, heladero, canillita, y uno que otro cholo más, pero de los que formaban parte de la historia oficial de cada veraneo en Ancón y hasta tenían nombre propio.

Santiago se despertó al mediodía y vio que Nana estaba sacando una pequeña hornilla de gas y dos tazas de la caja que servía de silla. Había también azúcar, mantequilla, mermelada, y un buen trozo de pan frío. Nana iba de un lado a otro de la guarida como Pedro por su casa y hasta se había puesto un salto de cama y unas preciosas zapatillas para relajarse un poco.

—En dos segundos te tengo el café listo -le dijo, sonriéndole como si lo conociera de toda la vida-. Lo que no hay es leche decente. Sólo esta latita de leche evaporada que es una porque.

—No, no me pongas leche. Con un par de cucharaditas de azúcar bastará.

—El pan está hecho una porque también.

—No importa. Estoy muerto de hambre. Creo que la última vez que comí estaba en Francia todavía...

—Como que no te resignas a haber llegado para ver esto, ¿no?

—Cuéntame, Nani...

—¿Nani?

—Sí, Nani.

—Se agradece, Santiago Gironde.

—Cuéntame que fue de Carlitos Diéguez.

—Digamos que perdió su fortuna

hace ya algunos años y que a mí me perdió algún tiempo después. En realidad, lo aguanté hasta hace un par de años. Vivíamos en Ginebra pero el señorito prefería el whisky.

—Todo bastante sofisticado, por lo que veo.

—Eso es lo que tú crees.

—Y a Lima, ¿cómo llegaste?

—Vine a visitar a mi familia y me enteré de que Raúl había enviudado.

—Ajá.

—Mira, aquí hay un poco de agua.

Lávate la cara y te lo cuento todo.

Desde el día en que fui a darle el pésame hasta este mismo momento. Aunque, la verdad, yo tampoco sé muy bien qué pito toco en este asunto.

—Me imagino que la historia decidirá lo que ha de ser de nosotros, al menos durante las próximas horas y las próximas semanas.

—La maldita historia... Cuando yo al que quiero es a Raúl.

—¿Y tú crees que la Nani Peters de Ancón...?

—No, la Nani Peters que ahora trabaja en Bruselas, que mantiene a sus tres hijos, y que acaba de cumplir cuarenta y dos años y un "lifting".

Para llorar, ¿no? Anda, lávate la cara. ¿No quieres afeitarte, primero?

—Uso maquinilla eléctrica o sea que...

—O sea que a lavarse la carita y punto. Mira, aquí tienes un peine, también, para que no tengas que abrir tu maleta y se te meta una araña.

—Ese tipo de bromas...

—Perdóname, Santiago. Ya sé que ese tipo de bromas está reservado para Raúl y Eugenia. ¿Quieres más café?

Te lo preparo en un instante.

—Este café es una porque, como dices tú. Pero, bueno, quedamos en que Raúl había enviudado.

—Muchas veces había venido a Lima, de visita, y jamás se me había vuelto a ocurrir pensar en Raúl.

Pero una amiga me contó que su esposa había muerto. Yo no sé... Yo acababa de terminar con lo de mi divorcio y me sentía un poquito "cafardeuse", como dicen los franceses. Sí, era un largo momento de melancolía y me imaginé que Raúl estaría mucho peor que yo. No

sé. Me entraron unas ganas enormes de verlo, aunque pensaba que, a lo mejor, ni se acordaba de mí. Y, en efecto, así fue. El muy desgraciado apenas si se acordaba de mí.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace sólo un mes. Un mes apenas.

Raúl estaba deshecho y se estaba matando en lo suyo. Se pasaba días enteros sin saber lo que es una cama, un solo instante de reposo. Y ahora ríete todo lo que quieras de mí, pero yo quería darle ese reposo.

—Tienes el salto de cama más lindo que he visto en mi vida. Y ni que decir de las chancletas que te has sacado al diario para la guarida.

—¿Quieres que te encuentre una araña? Conmigo no se juega, Santiago.

—Ya ves, tú también tienes un tipo de bromas que yo no te puedo hacer.

—Sí, de acuerdo. Pero, en mi caso, la diferencia está en que Raúl tampoco me las puede hacer.

—Bueno. Volvamos a la época en que tú querías darle reposo al ídolo.

—Ídolo. Tú lo has dicho: ídolo.

Esa es la palabra que tú y yo tenemos en común en lo que a Raúl respecta.

Yo también lo vi campeonar en todo un millón de veces. Pero me gustaba sobre todo con el uniforme de básquet

del colegio Santa María. ¿Te acuerdas del uniforme azul y dorado que usaba en los partidos del club Terrazas?

—Ahora parece que, a pesar de todo, y en medio de tanta clandestinidad, se da un tiempito para jugar en el equipo de los obreros de Coca-cola, y que ya hay una Coca-cola tendencia UNOC y otra tendencia Raúl. En fin, no sé si has tenido tiempo para enterarte de las nuevas divisiones en el seno de la contradicción FEP y FIP.

—Eso no sé ni siquiera cómo se come, Santiago.

—Tampoco yo, la verdad. Y sólo estaba bromeando. Volvamos al ídolo indiviso, entonces.

—Me lo ganó Eugenia. Eso es todo, al final de cuentas.

—Te lo ganó una chica que no venía del mismo colegio y que no tenía los mismos millones y que ni siquiera había sido vista en Ancón, ¿no es así?

—Créeme que contra eso no tengo nada. Y que además a Carlos Diéguez le tenía mucho cariño. Pero Raúl había bailado conmigo toda una noche, en la época en que estudiaba agronomía y pertenecía a Acción Popular, del presidente Belaúnde.

—Dejemos la historia de lado por ahora, mejor.

—Pasan veinte años, has sido la mujer más envidiada del Perú, has vivido como una reina, Carlitos Diéguez bebe demasiado, le quitan casi todo, pierde todo lo demás, tenemos tres hijos, se va con una fulana, "et me voilà, monsieur".

—En salto de cama y viviendo a salto de mata, pero con un ídolo.

—Con un hombre de carne y hueso, pero terco como una mula, Santiago.

A veces tengo la impresión de que Raúl o se le admira y se le sigue a ciegas, o se le deja. Con quererlo parece que no se gana mucho.

—Eugenia lo quería...

—Pero, ¿no lo seguía también un poquito a ciegas? De eso debes tú estar mucho mejor informado que yo.

—¿Me puedes calentar otro café, por favor?

—¿Conmigo no quieres hablar de Eugenia, no?

—Con nadie. Creo que ya ni siquiera con Raúl. La pelota está en su tejado y, el día que él quiera, dentro de un plazo prudencial, eso sí, puede buscarme y al instante salimos disparados rumbo a Tingo María.

—¿Me dejarías ir con ustedes?

—Ni hablar del peluquero, como dicen.

—Santiago, quiero que sepas que yo estoy dispuesta a renunciar a mi trabajo en Bruselas y a regresar con bultos y petates a Lima.

—¿Todo eso por un ídolo ausente y lejano?

—Déjame que te cuente el resto.

Raúl apenas se acordaba de mí, cuando entré a darle el pésame. Me dijo que no entendía nada y que no se explicaba nada y que tampoco quería hacer esfuerzo alguno por explicarse nada.

No recordaba siquiera haberme conocido, pero yo logré contarle con tal lujo de detalles todo lo de la fiesta en que bailamos juntos de principio a fin, que al final le entró curiosidad.

Y me dijo que si todo eso había sucedido, realmente, tenía que estar anotado en su diario. Y eso hizo que le entrara más curiosidad todavía.

Quería saber qué había pensado él, veinticinco años atrás, de Nani Peters. Es curioso esto de los diarios.

Todos los chicos educados en colegios norteamericanos han tenido un diario alguna vez. Y en ti y Raúl ese rasgo tan gringo parece haber tenido una importancia trascendental.

—Sí. Me imagino perfectamente bien a Raúl interesándose por la evolución de su pensamiento con respecto a las mujeres y a la oligarquía de entonces, en general, en los últimos veinticinco años. Me lo imagino perfectamente bien. Raúl corre, busca su diario, encuentra el tomo indicado, lo lee, y te da una cita para confrontar opiniones. Algo muy parecido me pasó una vez a mí también con él, hace más de diez años. Bueno, ¿pero qué pasó después?

—Me dio cita para el jueves, pero la historia, como dirías tú, no le dejó tiempo para buscar su diario.

Eso sí, nos quedamos horas conversando en un cafetín de mala muerte:

—"Clandestinit\ oblige".

—"Clandestinit\" obligó a mucho más, Santiago: terminamos aquí, rebuscando entre esa tonelada de cuadernillos que hay ahí en el rincón. Por fin aparecí yo. Olvidemos el año, por favor.

—Noblesse oblige.

—Me tengo mi capítulo aprendido de memoria: "Fiesta donde Rosita Santiago. Muy buena orquesta. En Lima, en San Isidro, en todo caso, hasta los músicos de una orquesta toman whisky. Marca Johny Walker. Me siento vacío al llegar. Y salgo vacío también. He bailado toda la noche con la famosa Nani Peters. Lindos ojos azules. Hombros perfectos, y el pelo recogido como ahora, Santiago, le queda realmente bien. Hemos bailado exactamente tres horas y cuarenta y siete minutos. Entre pieza y pieza

debe haber transcurrido una hora más, por lo menos. He sentido que Nani estaba dispuesta a dejarse apretar, pero me he contenido. Todo terminaría en un inmundo pajazo. Mañana quiero ir a misa temprano y voy a comulgar.

¿Qué me queda de esta fiesta en la que todos se han divertido tanto?

Nani Peters: intrascendente. Tal vez debí bailar con la China Tagle".

Después hicimos el amor, Santiago.

Y después, cuando terminó de maldecir al mundo entero por la muerte de Eugenia y porque era la primera vez que la engañaba, después de muerta, empezó su lenta pero muy firme tarea de adoctrinamiento. Y en eso estamos.

Nani es la Nana, futura camarada que no debe ser tenida únicamente por compañera suya. Pelo castaño oscuro o negro. Fin del maquillaje. Ropa...

Bueno, ya te imaginas el resto.

—¿Y qué haces aquí, entonces?

—Insistir en lo mismo. Tengo un puesto bastante importante en un banco que tiene filial en Lima. Puedo conseguir un traslado y hasta un buen ascenso pagado en dólares. Los problemas económicos de Raúl habrían terminado y, por lo demás, luz verde.

Que haga lo que quiera. Que venga cuando quiera. Que se case o que no se case. Y una sola condición: que no se meta en la educación de mis hijos.

Son los hijos de su padre y míos, y de ellos me encargo yo sola hace años bastante bien.

—Y él también insiste en lo suyo, por supuesto. Cambio de color de pelo, lecturas en marchas forzadas, pantalones sucios y contradicciones locas en cuerpo sano. Querida Nani... Sí, déjame que te diga querida Nani, ¿cómo decírtelo? ¿Cómo? A Raúl hay que quererlo y conocerlo desde hace mil años. Eso está muy bien, porque ese monstruo de mierda, por llamarlo de alguna manera, digamos que objetiva, es capaz sin embargo de esconder infinitos tesoros de ternura para con su gato. En fin, más o menos como todos los grandes egoístas, todos los grandes hombres, y todos los ídolos.

Y Raúl es una mezcla perfecta de estas tres cosas, aunque ni él mismo sepa que su destino final es el reino

de los cielos probablemente a la diestra de Dios Padre.

—Intuyo algo, así, sí. Y por eso, precisamente por eso, no quiero meterme en nada de lo que él hace, y sólo quiero que sepa que cuenta conmigo, que yo lo quiero y que la vida es así, que siempre lo he querido. En el fondo, Santiago, lo único que le pido yo a Raúl es que me dé cierta seguridad

de que puedo instalarme en Lima con mis tres hijos.

—Nada te lo impide.

—Claro que sí, Santiago. Quiero tener la seguridad de que puedo seguir leyendo las novelas que he leído en colegios católicos y que puedo seguir siendo pelirroja. Que me llame la Nana en vez de Nani puede resultar hasta cariñoso, muy tierno y gracioso, en todo caso. Pero que no me cambien de cerebro, Santiago, y que me dé la seguridad de que, por lo menos de vez en cuando, va a caer por casa un rato.

—Te la va a llenar de camaradas.

—Si quieres que te diga que hasta ahora los camaradas son los que más consecuentes han sido conmigo.

—Bueno, basta. Ya has caído en la trampa. Dime ahora cuánto tiempo te queda para decidir si te escapas o no.

—He logrado que el banco me autorice a quedarme cuatro semanas. Ni un día más.

—Mi querida Nani, llévate tú al orangután a la selva.

—¿Me dejas? ¿Realmente dejas que yo me lo lleve?

—Te dejo, Nani. Te regalo la selva y un orangután. Yo, mientras tanto, moriré en la avenida México.

Raúl dice que es la casa de una camarada que siempre tiene sitio. Debe ser un reposo obligado para guerreros o algo así. Y allá voy, no bien este cretino regrese y me venden nuevamente los ojos para sacarme de aquí.

## V

Pero a Tingo María llegaron los tres, una semana más tarde, aunque sin haber discutido los términos exactos en que debía realizarse ese viaje.

Nani Peters corría con todos sus gastos y Santiago con los suyos y los de Raúl, pero siempre y cuando éste le garantizara que no lo iba a dejar solo ni un solo momento y que las razones terapéuticas constituían el más importante objetivo de tan peligroso recorrido amazónico. Y, en fin, lo de Eugenia ya iría saliendo a medida que transcurrieran los días. Eso, al menos, parecía estar claro desde el comienzo, pero la presencia de Nana, como la llamaba Raúl, o de Nani, como la llamaba Santiago, parecía abrir signos de interrogación en todas las direcciones imaginables.

En realidad, la presencia de los tres parecía abrir signos de interrogación en todas las direcciones imaginables, a juzgar por sus equipajes.

Nani Peters se había traído la indumentaria de un safari filmado en un jardín botánico y destinado al embellecimiento publicitario de los cigarrillos "Marlboro Light", por ejemplo, el humo de una aventura.

Santiago, por su parte, era un botiquín ambulante y francés, con los últimos gritos de la ciencia y la Facultad de Ciencias de París. El único ser normal ahí parecía ser Raúl, con un pantalón y una camisa cualquiera, aunque el fatigado color verde sabe Dios qué nostálgicas sorpresas, cuántos recuerdos de citas candeladas con la historia, y vaya usted a saber lo que el tipo escondía en la enorme mochila que le colgaba de unos hombros que hubiesen hecho empalidecer a Tarzán y que, de hecho, hacían ruborizarse a Nani Peters, sin duda alguna por aquello del humo de una aventura.

Pero el problema fundamental era, en realidad, el de la clandestinidad

de Raúl, en plena dictadura del general Morales Bermúdez. Unos inmensos anteojos negros, unos bigotes a medio crecer, y una peluca tan rubia y tan chusca que parecía de paja, le daban un aspecto tan sospechoso que el propio Raúl reconocía, cada vez que se miraba en un espejo, sospechaba de sí mismo. Y confesaba además que lo de las pelucas había sido un verdadero error táctico del camarada Ojos Azules. Ojos Azules jamás debió aceptar ese regalo del gobierno de China popular, porque todas las pelucas del envío eran exactas, lo cual les había creado ya más de un problema con la policía de investigaciones. Tanto gringo raro y acholado en las madrugadas limeñas y en los ómnibus interprovinciales era, en efecto, poco menos que altamente sospechoso, qué bestia el camarada Ojos Azules, había repartido las pelucas individualmente, en plena clandestinidad, pero se había olvidado de avisarle a los compañeros que no salieran todos juntos, la misma madrugada y a la misma hora, porque las setecientas pelucas chinas eran realmente todas exactas.

—Más vale una buena pistola que una mala peluca -les dijo Raúl a Nani Peters y a Santiago, en el momento en que entraban a un pequeño hotel de Tingo María. Se quitó la inefable peluca y la puso sobre el sucio mostrador de una sucia recepción-. Pero lo realmente importante -añadió- es no quedarse más de tres días en ninguna parte.

—¿Tú no crees que deberíamos ir al Hotel de Turistas? -le dijo Nani Peters, tras haberle echado una mirada de asco al vestíbulo.

—Ya lo creo -se apresuró a responder Santiago-. Una cosa es que yo me quiera enfrentar a las arañas, pero otra que me arroje de narices a un nido de víboras. Este hotel es una ratonera, Raúl.

Pero el recepcionista ya estaba ahí, observando con enorme curiosidad

la peluca rubia, y Raúl los miró desde el fondo de su clandestinidad y de sus orígenes: en el Hotel de Turistas podía encontrarse con algún antiguo compañero de colegio o de Universidad y eso era una delación segura.

En cambio, su partido no tenía aún implantación real en Tingo María, con excepción de algún comando itinerante. En fin, Raúl les confirmó con la mirada lo que ya les había dicho durante el viaje desde Lima: pueblo que conoce es pueblo que reconoce, pueblo que reconoce es pueblo leal, pueblo leal es pueblo combatiente, pueblo combatiente es pueblo que nada tiene que ver con el Hotel de Turistas, y así sucesivamente hasta la toma del poder.

—¿Cuántos cuartos quieren? -les preguntó el hombre de la recepción.

—¿Cuántos cuartos tienen? -le dijo Raúl.

—Bueno, libres creo que...

—No -le interrumpió Raúl-. Lo que quiero saber es cuántos cuartos tiene el hotel y a qué dan los de la parte de atrás.

—Dan a la calle de atrás -le respondió el hombre de la recepción.

—Eso no me gusta nada -le dijo Raúl.

—Entonces les doy los de la calle de adelante, señor.

—Déjeme pensarlo primero.

Nani Peters y Santiago se miraban realmente espantados al ver la cantidad de huellas digitales que había empezado a dejar Raúl. Pero éste, con la experiencia que da una vida de acción, les guiñó un ojo y en seguida abandonó el hotel diciéndoles que lo esperaran un poco. Nani y Santiago se asomaron a la calle, a ver lo que estaba haciendo la bestia de Raúl, y nuevamente se miraron espantados al comprobar que se había ido hasta la esquina, había empezado a mirar detenidamente el panorama, y finalmente había sacado del bolsillo de su camisa una libretita en la que, sin lugar a dudas, estaba dibujando un croquis de toda aquella zona. Después cerró la libretita, la guardó, y regresó con paso firme a la recepción del hotel.

—Denos un cuarto simple en la parte de atrás y otro doble sobre la fachada -le dijo al hombre de la recepción.

—Muy bien, señor. ¿Me dejan sus documentos, por favor?

Los tres sacaron sus libretas electorales y oh, horror, la bestia de Raúl tenía la peluca postiza en la foto de su documento de identidad. El hombre de la recepción miró a Raúl, miró detenidamente la peluca, que seguía sobre el mostrador, y nuevamente miró la fotografía de Raúl con peluca. Nani Peters y Santiago habían empezado a retroceder cuando el recepcionista volvió a mirar a Raúl y exclamó:

—¡Camarada! ¡Bienvenido, camarada Pablo!

—Baje la voz, compañero -le dijo Raúl, aceptando que el otro se le arrojara de emoción en los brazos, y de ahí se le resbalara hasta las rodillas prácticamente, en un vano intento de alzar a semejante orangután en hombros.

—Como verás, Nani, el caudillismo es un mal imposible de erradicar en nuestros países -le dijo Santiago, suspirando aliviadísimo al ver lo bien que dominaba la clandestinidad el camarada Pablo, Raúl para sus amigos-.

Recién llega esta fracción de la izquierda a Tingo María y ya hay quien la cargue en hombros populares.

Raúl les presentó al compañero-simpatizante León de Huánaco, que había leído a Marx en Moscú y todo, y que inmediatamente se ofreció a traerles un jugo de frutas y les preguntó qué les gustaría tomar en el desayuno.

—¿Está usted enterado del asunto de mis arañas? -le preguntó por toda respuesta, Santiago.

—Calma, calma -le dijo Raúl-.

Aquí el compañero te va a poner un buen mosquitero en tu cama y poco a poco iremos tomando todas las precauciones del caso. Por ahora, vamos a ver los cuartos.

—Están en el segundo piso, compañero Pablo -les dijo León de Huánaco-. Suban nomás que ya yo les llevo los equipajes con los jugos de frutas. Estas son las llaves. El 101 es el simple y el 109 tiene dos camas.

Arriba se armó la grande por el 101 y el 109. Santiago insistía en que parte del acuerdo consistía en que Raúl iba a dormir con él, y Nani Peters, furiosa, hasta llegó a acusarlo de maricón, lo lógico era que ella durmiera con Raúl, el sexo formaba parte de cualquier relación madura entre un hombre maduro y una mujer madura que habían iniciado una relación con la esperanza de que llegara a madurar.

—No sé si estás hablando como Raúl o como Cantinflas -le dijo, furioso también, Santiago-, lo único que sé es que Raúl tiene un compromiso conmigo y que soy yo el que le paga el viaje.

—Si vas a empezar con chantajes, el viaje se lo pago yo, Santiago.

—Eso tiene un nombre, ¿sabes?

—¡Y eso también! -exclamó Nani Peters, metiéndole un tremendo cachetadón a Santiago.

—Yo creí que ustedes dos se habían hecho amigos en Lima -les dijo Raúl-. Pero veo que me he equivocado por completo.

En ese instante apareció por la escalera el compañero León de Huánuco. Traía los jugos de frutas en una bandeja llena de moscas y Raúl le preguntó si no había un cuarto con tres camas.

—Son medidas de seguridad, compañero.

—En la 109 cabe una tercera cama, compañero Pablo.

—Mejor es que me llames Raúl, compañero. Y creo que también es mejor que nos hablemos de usted. Bueno, pero ponte una cama en el 109 y déjanos también la llave del 101.

Terminaron odiándose los tres en el 109, aunque después, con el paso de las horas, Nani Peters logró ponerse en el pellejo de Santiago y éste en el de ella, y a la hora de la comida ya todo lo del cuarto para tres parecía haber sido superado. No les quedaba más remedio que empezar a llevarse bien, además, porque ahora era Raúl el que le dirigía la palabra a cualquiera menos a ellos dos. Qué

tipo tan pesado, por Dios: Era incapaz de darse cuenta de que estaban de vacaciones y de tomar en consideración el enorme riesgo que suponía para los tres que él estuviera en la clandestinidad. Lo primero que hizo fue dirigirse a una dependencia del Ministerio de Trabajo y someter al inspector de cultivos a un interrogatorio feroz acerca de la carestía y escasez de frutas en el mercado. Y casi lo mata cuando el pobre tipo prácticamente le confesó que de Tocahe para adentro cada día se plantaba más coca y menos fruta, y que las naranjas, por lo pronto, las estaban trayendo ya de Lima. Al rector de la Universidad, un tipo educadísimo y sumamente cordial, le preguntó si tenía algunas tarántulas que enseñarle a su amigo Santiago.

—Poco a poco, Raúl -le dijo Santiago-. Acabamos de llegar y, por mi parte, ese asunto no corre la menor prisa.

—Déjalo para otro día, Raúl -agregó Nani Peters, mirando a Santiago con una linda y tierna sonrisa que anunciaba buena voluntad, a pesar de todo-. Yo también le tengo pánico a las arañas -añadió-. Cualquiera se lo tiene. Es algo completamente normal.

—Sí -le sonrió, a su vez, Santiago-, es algo completamente normal.

Por eso mismo debemos dejarlo para otro día.

El rector Liceres les dijo que quedaba a su entera disposición, y Raúl le preguntó por el alcalde, con el que media hora más tarde tuvo una conversación realmente violenta sobre el tema de las drogas. El alcalde trataba de defenderse de las acusaciones de complicidad que le hacía Raúl, pero lo único que logró fue que lo acusaran de ser un tipo con una enorme

fantasía para mentir, cosa que luego vino a confirmarle un manisero al que Raúl interrogó a la entrada del mercado, como quien busca una opinión totalmente desinteresada y popular.

La visita al interior del mercado sí que ya fue una verdadera pesadilla para Nani Peters y Santiago, porque Raúl organizó un verdadero mitin de placeras y una por una les fue probando cómo y por qué los intermediarios las estaban estafando, cómo y por qué ellas a su vez estaban estafando al pueblo, cómo y por qué debían tomar conciencia de clase, y cómo y por qué la conciencia de clase empezaba por un sólido enfrentamiento de los nuevos precios rebajados de la yuca, el kilo de papas y todas las frutas, mientras él iba estudiando una estrategia para hacer lo mismo con las verduras y las hortalizas.

—Jesucristo expulsando a los mercaderes del templo -le dijo Santiago a Nani Peters-. Y tú vestida de Ava Gardner en "Mogambo".

—Y tú con tu botiquín y esa cara -le replicó ella, aunque después le guiñó un ojo, como quien sinceramente dice que ha estado bromeando y nada más.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo, Nani, pero lo realmente importante ahora es que hagamos algo para tranquilizar a superestar...

—¿A quién?

—A "Jesucristo super star", ¿no te acuerdas?

—Santiago, por favor... Para ya de burlarte. Piensa que todo esto es la vida para Raúl.

—Pero este loco del diablo está en la clandestinidad.

—El sabe lo que hace, estoy segura. Raúl necesita acción... No puede conformarse...

—Nani, por favor. ¿No me digas que ya ha empezado a convencerte a ti también?

—Si quieres que te sea del todo sincera, Santiago, cada día me convence menos pero cada día me gusta más, también.

—Se jodió la Francia, con tu perdón, Nani. Y yo tengo un hambre que para qué te cuento. Anda, saca a tu orangután del templo antes de que le arrojen la primera piedra.

Entraron en un cafetín inmundo y lleno de moscas, por razones de seguridad y autenticidad popular, y a Nani Peters le dio un mareo atroz ver cómo comía el pueblo de Tingo María. La pobre mujer casi no pudo probar bocado por culpa de los regionales, como les llamaba Santiago, en un desesperado afán de crear un ambiente un poquito más relajante en la mesa que ocupaban con el compañero León de Huánuco y su admiración incondicional por el camarada recién llegado de la lucha urbana. Y ahí fue cuando entró el italiano loco de la tarántula "Baby".

El conde Profumo, como aseguraba llamarse, había llegado a Tingo María joven y buenmocísimo, en la década de los 40. Plantó café de todas las maneras posibles y año tras año fue fracasando por todas las razones imaginables. Pero el conde creía en la absoluta fertilidad de la Amazonía peruana y siempre se conseguía un socio y otro más, para seguir interviniendo, hasta que por fin uno tras otro los socios se fueron hartando de él y de todo y empezaron a dejarlo plantado en sus tierras imposibles.

—Planté hasta que me plantaron.

Planté la selva hasta que la selva me plantó a mí -anunció el conde Profumo, mientras abría la puerta del cafetín y le sonreía al público asistente.

—No entraña peligro alguno -le susurró León de Huánuco a Raúl-.

Es su manera de presentarse. Después hace el show de la tarántula "Baby", le dan su copita de pisco, y se va tranquilito con su araña a otra parte.

—Perdón -le dijo Santiago a León de Huánuco-, ¿puedes repetir lo que acabas de decir?

—Ya lo vas a ver. Siempre hace lo mismo y no pasa nada. Pobrecito, la gente dice que el conde era un hombre muy generoso y muy emprendedor, un verdadero pionero.

—Pero, ¿qué es lo que trae en el cono de papel ese loco?

—Ahí lleva a "Baby". Así la llama él y anda de un lado para otro con su tarántula.

El conde Profumo ya estaba en el mostrador, sonriéndole al público, y realmente encantado de ver por fin a la condesa en Tingo María. Lástima, eso sí, que la señora condesa hubiera llegado demasiado tarde. El había sido "il conte Profumo", pariente de la antiquísima casa Orsini, romano y antiguo, aventurero y amante. Ahora, sin embargo, y lo sentía tanto por la "signora contessa, era soltando un pacco di merda", con el perdón de la señora condesa, pero es que él era muy sincero y ya sólo tenía a "Baby", por toda compañía. Y había formado una pequeña compañía con ella, "un piccolo spettacolo del cui adesso viveva, signora contessa", señoras y señores todos.

La señora condesa era Nani Peters, por supuesto, y Raúl había estado a punto de pararse y darle su merecido al conde de mierda, en defensa de su dama, pero nuevamente León de Huánuco le había dicho que el pobre loco ese no entrañaba peligro alguno. Santiago, en cambio, sí se había incorporado, y rápidamente se había dirigido a la puerta del establecimiento. Desde ahí contemplaba el asunto con verdadero espanto y hasta le hacía señales a Nani para salir disparados juntos, pero Nani había escondido medio rostro en el pecho invulnerable de Raúl y así andaban las cosas cuando se dio comienzo al brevísimo espectáculo, entre la indiferencia de un público acostumbrado al conde Tarántula, nombre con el cual también era conocido el pionero Profumo en Tingo María.

León de Huánuco miraba el espectáculo sonriente y acostumbrado, Raúl observaba con gran atención, y Nani apenas si lograba ver de reojo y cada vez menos, porque lo del conde y su tarántula "Baby" era algo realmente aterrador. Primero la soltó sobre el mostrador, le pidió que saludara al respetable, le dijo que muy bien, que así se hacía, pero que una venía, además, hoy, por la presencia tardía de la señora condesa, y muy bien, muy muy bien, así se saluda entre las antiguas familias romanas. Después encendió un fósforo, dijo que lo iba a acercar al culito de la tarántula, pero que ésta, ni tonta ni perezosa, ya ven, se va a escapar por este puentecito que es mi mano derecha y se me va a subir ahora corriendo por el brazo hasta el pecho.

Pero también yo, ni tonto ni perezoso, porque nunca he sido ni lo uno ni lo otro, señores, "io sono il conte Profumo, un pacco di merda", señoras y señores, ahora sigo persiguiendo a "Baby" por mi brazo y ven, ya la tengo en el hombro. Y aquí descansamos los dos un poquito, mientras yo enciendo otro fósforo y le alumbro el culito a "Baby" para que, corriendo, se me suba por el cuello hasta la boca. Y ahí le hago una trampita a "Baby", señores, pero son las reglas del espectáculo. Abro la boca para que ella, desconcertada, no sepa dónde apoyarse y se asuste porque ha llegado a la boca de un infierno colorado y desdentado...

—Este es el momento clímax -dijo León de Huánuco, alzando un vaso de cerveza.

—¿Y todos los días hace lo mismo?

-le preguntó Raúl.

—Desde la mañana hasta la noche -le explicó León de Huánuco-. Así va de bar en bar y de cafetín en cafetín. Y cuando se le acaban empieza de nuevo la ronda por donde la empezó.

—Es un borracho consuetudinario -comentó un vecino de mesa.

—Lo que es, es un borracho con su itinerario -le respondió otro.

Pero en eso el conde soltó un ¡ay!, y Santiago sintió un agujonazo atroz. El conde había cerrado la boca, repentinamente, y la tarántula acababa de escaparse corriendo peluda por uno de sus brazos, hasta desaparecer por el mostrador. Nani Peters temblaba entre los brazos de Raúl, y de pronto todo el público empezaba a interesarse profundamente por el espectáculo. Se esperaba que el conde dijera algo, después del ¡ay!, pero el pobre seguía ahí apoyado en el mostrador, sonriéndoles a todos y esperando algo más, también.

—El señor que estaba en la puerta lo sabe todo -dijo, sereno, sonriente, muy rubio, colorado como nunca y medio descamisado. Pero el señor que estaba en la puerta se ha escapado y ahora no me queda más que esperar.

—¡Me cago! -gritó Raúl, incorporándose. Miraba al conde y miraba hacia la puerta, casi al mismo tiempo-. ¡Me cago! ¡Este loco de Santiago ha huido! ¡Y tenía todos los antidotos del mundo en su botiquín de mano! ¡Compañero León de Huánuco!

—¡Sí, compañero!

—¡Usted cubra a la compañera Nana, que yo vuelvo ahorita!

—Comprendido, compañero. Tranquilo.

—Este huevón de Santiago -dijo Raúl, y salió disparado.

Mientras tanto el conde Profumo había empezado a explicarles que, si se estaba poniendo azul, era debido al color natural de su sangre, porque la casa de Profumo estaba emparentada con la casa Orsini, romanos todos desde la época de Cayo y Tiberio Graco. Después pidió un pisco, por favor, y le pusieron una botella entera y un vaso. Nadie se movió más. Y el conde seguía poniéndose azul, entre copa y copa de aguardiente, cada vez más azul y de un azul cada vez más oscuro, pero se le veía sonriente y feliz con su pisco, hasta que le empezaron las convulsiones y sus alaridos de locura y espanto se escucharon por todo Tingo María. Estaba muerto cuando llegaron la policía y Raúl.

León de Huánuco se temió lo peor.

—Tranquilo, compañero -le susurró Raúl-. Hemos llegado juntos pero no revueltos.

—¿Y el compañero Santiago?

—Santiago no es compañero, compañero -volvió a susurrarle Raúl-.

Sólo es un amigo y sabe Dios dónde se habrá metido. En el hotel no está, en todo caso.

—Pero el conde nos ha comprometido -le susurró, a su vez, León de Huánuco. Delante de todos ha dicho que el amigo Santiago lo sabía todo y que se había escapado. Yo no entiendo nada, compañero, ha sido una maldita coincidencia y creo que estamos jodidos.

Nani Peters estaba abriendo la boca para pegar un alarido atroz, pero Raúl se la cerró de un manazo y le explicó a la policía que la señora se hallaba ligeramente indispuesta.

—Ese hombre se ha suicidado, sargento -le explicó al jefe.

—No se preocupe, señor. Ese hombre hace años que estaba muerto.

Ocúpese usted de la señora, que tarde o temprano nos iba a tocar a nosotros ocuparnos de este muerto.

—De la que nos hemos salvado, compañero -le dijo León de Huánuco a Raúl no bien llegaron al hotel-. La policía ni cuenta se ha dado...

—Perdóname, Raúl perdóname -sollozaba Nani Peters-. Me he portado como una idiota. Pero ese pobre hombre... Pobrecito... Terminar así... No aguanto más... Sácame de esta selva de porquería, Raúl...

Raúl... Por favor, Raúl...

—Nana, cálmate, por favor. No llores... Ya todo ha pasado. Y en el fondo hemos tenido mucha suerte.

Mira, si te calmas te llevo a ver el atardecer en el Hotel de Turistas.

—¿Me lo prometes?

—Claro que te lo prometo, tonta.

Además, es un paso lógico.

—¿Cómo que un paso lógico?

—Pregúntale a León de Huánuco.

—Mire, señorita.

—Tutéala, por favor, compañero.

—Pueblo chico, infierno grande, ¿no es cierto, Nana?

—Sí, León.

—Pues la noticia de la muerte del conde va a llegar hasta ese Hotel, y los turistas se van a venir todos corriendo a ver qué ha pasado. Y como nosotros podemos estar involuntariamente comprometidos en esta muerte casual, por causa del amigo Santiago... En fin, nunca se sabe. ¿Me entiendes, Nana? Tenemos que tomar precauciones.

—Entiendo, León, pero, ¿y Santiago?

—Tarde o temprano tiene que aparecer.

—¿Y lo vamos a dejar desaparecido, así nomás? No, yo me niego.

—Raúl te puede explicar que hay prioridades, Nana.

—¿Puedes callarte ya, Nana, por favor? Nosotros somos tres y Santiago es uno. Y además sólo es un amigo. ¿Entiendes?

—Yo me quedo, Raúl. Con el dolor de mi corazón, pero yo me quedo. No puedo dejar a Santiago perdido.

—¿Estás loca, so cojuda?

—A mí me han educado de otra manera, o tú te has olvidado por completo de tu educación, Raúl.

—Sal tú por delante, León, mientras yo saco a la compañera cargada.

—¡Imbécil, qué te has creído!

—¡Suéltame, imbécil!

—¡No estabas soñando con que te violara algún día, tontonaza!

—Mi jeep está en la esquina, compañero. Corro y lo traigo.

—¡Loco de mierda! ¡Róbate un carro! ¡En tu jeep no podemos ir!

¡Nos vería el mundo entero!

—¡Comprendido, compañero! ¡Perdón!

Pero se les bajó la llanta del carro robado, en el camino, y al Hotel de Turistas llegaron en triste fila india, escondiéndose entre los matorrales cada vez que un automóvil se les acercaba, e intentando convencer a Nani de la imperiosa necesidad de permanecer en ese lugar hasta que todo se aclarara.

—No sé -les decía Nani-. Tal vez ustedes tengan razón, pero yo nunca he sentido más remordimientos en toda mi vida. Y tú, Raúl, ¿te olvidas así nomás de que Santiago es el mejor amigo que has tenido en tu vida? Yo no puedo. Nunca podré olvidar lo bien que se portó conmigo la madrugada que lo conocí. Hace sólo una semana de eso, pero parece que hiciera años.

Sí, ahora que ha desaparecido parece que hiciera años que lo conozco y que lo quiero así.

—Nana, carajo. No llores... Cálmate, por favor.

—¿Y tú por quién estás llorando, imbécil?

—¡Putra madre! ¡No sé si estoy llorando por él o por Eugenia o por todos los oprimidos del mundo! ¡Putra madre! ¡Vida de mierda! ¡Ya uno no sabe ni por quién llora! ¡Me estoy volviendo loco o qué!

—El pobre Santiago y sus arañas, Raúl -seguía sollozando Nani Peters-. Ni caso le hicimos... Ni siquiera lo dejábamos hablar de Eugenia... No le hicimos el menor caso...

—Calma, compañeros -intervino, acompañándolos en su dolor, León de Huánuco-. Calma, mucha calma. No podemos entrar al hotel llorando porque puede resultar sospechoso. Además, piensen que Santiago tiene que aparecer. Una cosa es que esté escapado y otra que esté desaparecido.

—Pero ese loco, ¿dónde se ha podido meter, compañero León?

—Pobrecito -insistió Nani-. Pobrecito. ¿A quién se le puede ocurrir que un perturbado mental y una tarántula van a entrar a un restaurant, justo cuando él se atreve a venir a la selva? Hay que tener muy mala suerte.

Con el miedo que les tenía Santiago a las arañas.

—Con el miedo que les "tiene", Nana, no te olvides que Santiago "tiene" que estar en alguna parte.

Y estaba nada menos que en el Hotel de Turistas, pálido, completamente pálido y como petrificado, pero, según parecía, en muy amena charla con un personaje salido de una novela sobre el Mato-Grosso. Estaba sentado en una mesa, compartiendo una botella de cerveza con un viejo parlanchín, de amplísimo sombrero de paja inmundada y completamente deshilachada, y una barba de toda la vida. El viejo enjuto parecía un ermitaño de la selva virgen y hablaba y hablaba y de rato en rato encendía un inmenso puro con un fósforo que rascaba en sus embarradas botas de caucho. Santiago lo escuchaba entre embelesado, palidísimo, y, o desmayado, porque tenía la mirada tan extraviada que ni siquiera

lograba captar las grandes señas que Raúl, León de Huánuco y Nani Peters le hacían desde una mesa estratégicamente situada en un rincón. Nada, por más que agitaban incesantemente los brazos, Santiago no veía absolutamente nada y el viejo enjuto y hablantín seguía cuenta que te cuenta su vida entera hasta el día de ayer, que fue cuando Raúl decidió acercarse a ver qué diablos había pasado y qué diablos estaba pasando.

—El señor de piedra me ha salvado la vida -le dijo el viejo a Raúl, a título de presentación.

—El señor ha llegado a Tingo María conmigo y conmigo se va de aquí -le respondió Raúl.

—Ya lo creo, ya lo creo. Yo sólo le estaba invitando unas cervezas, en agradecimiento por haberme salvado la vida, pero el señor no parece enterarse de nada. No quiere oír ni cómo me ha salvado la vida. En realidad, es tan grande el desinterés del señor que ya hasta me preocupa. Mírelo usted

mismo. Mira sin mirar y oye sin oír.

Pero está vivo. Yo le aseguro que está completamente vivo.

—Santiago, ¿me reconoces?

—Sí, pero de lejos, Raúl.

—¿Qué te pasa, hermano? ¿Qué diablos te ha pasado?

—No sé. Me ha pasado algo, pero muy de lejos. Yo creo que este señor te lo puede contar, porque a mí algo me ha estado contando, pero me suena todo tan lejano. Tal vez un buen pisco y un billete de regreso a París...

¿Tú sabes bien dónde estoy? ¿Tú sabes bien quién eres?

—Santiago, soy Raúl. Raúl tu amigo, Raúl tu hermano...

—Que este señor te cuente. Yo me siento ausente y lejano ya para siempre.

—Pero, ¿ausente y lejano de qué, hermano?

—De este señor y de todo.

—Inmediatamente pido una botella de pisco, hermano.

—Eso mismo opino yo -dijo el viejo enjuto-. Yo creo que emborrachándolo ganaríamos algo. Porque su amigo está realmente palidísimo, y ni oyendo nuestra propia historia logra salir de ese estado como de piedra en que se encuentra.

—Ya vengo con mis amigos para que nos cuente usted todo -le dijo Raúl al viejo-. Voy a pedir una botella de pisco y regreso con mis amigos.

—Y con mucha gente más -le dijo el viejo-. Regrese con toda la gente que pueda. Porque la conducta de su amigo conmigo es parte fundamental de una de las más grandes hazañas que se han visto en la historia de la Amazonía.

Pronto será leyenda, señor, ya verá usted. Muy pronto será leyenda.

## VI

Nani Peters, Raúl y León de Huánuco se instalaron en la misma mesa en que estaban Santiago y el viejo enjuto, que no tomaba pisco, pero sí una botella grande de cerveza más, por favor. Un mozo cumplió con su deseo y también con llamar a los otros tres mozos que andaban por ahí desocupados y que por nada de este mundo debían perderse semejante historia.

—Bueno, pero empiece usted de una vez -le dijo Raúl, mientras llenaba la copa de Santiago, y prácticamente lo obligaba a bebérsela.

Pero Santiago como si nada, como si realmente estuviese petrificado.

Bebía un sorbo de pisco tras otro, tal vez creyendo que era agua, porque ni cuenta se daba de que era aguardiente, y no parecía notar que había cuatro mozos parados ahí a su lado, mirándolo atónitos y dispuestos a escuchar a ese viejo enjuto del que nunca jamás se había oído hablar antes en Tingo María.

—¿Debo conformarme con tan poco público? -dijo el viejo.

—No hay nadie más -le contestó un mozo-. Los turistas se han ido todos, y la gente de la cocina ya no regresa hasta la noche.

—Una verdadera lástima -se quejó el viejo, llenando su vaso de cerveza y acomodándose el sombrero más grande del mundo. En realidad, el viejo era todo barba, sombrero, y unos ojitos negros vivaces-. Es una verdadera lástima -repitió-. Pero, en fin, ellos se lo pierden.

—Apúrese, hombre -le dijo Raúl-.

Tenemos que saber qué le ha pasado a mi amigo.

—A "nuestro" amigo -añadió Nani Peters, fastidiada por la omisión de Raúl, y agarrándole fuerte la mano derecha a Santiago.

—Es la historia -empezó, por fin, el viejo-. Es la historia...

—¿Qué historia, señor? -le soltó, impaciente, uno de los mozos.

—La historia esa, pues. La mejor historia de todas.

—Este viejo se nos está yendo como su amigo -intervino otro de los mozos.

—Este viejo no se va hasta que no acabe su historia -respondió el viejo, francamente molesto por la interrupción.

—Bueno, disculpe. Estaba usted en que era la historia...

—De la arañita verde -les sonrió el viejo, encantado de la vida-. Sí, es la historia de la arañita verde hija de puta del plátano verde que crece en el fondo de mi vida en la selva desde que llegué con mi abuelo, porque yo nunca conocí a mi padre ni a mi madre. Ni a mi abuela tampoco, es cierto... Bueno, ya pueden imaginarse ustedes cómo y por qué llegué a la selva y...

—Hágala breve -le dijo Raúl.

—Se la voy a resumir en un solo poema del bardo puertorriqueño Luis Palés Matos, que se hace realidad a partir de la muerte de mi abuelo, picado por la arañita verde.

Soledad

que a fuerza de andar sola se siente de sí misma compañera.

—De acuerdo -le dijo Raúl. Pero trate usted de concentrarse en la arañita, que es lo que aquí a todos nos interesa.

—Déjalo contar en paz, Raúl -intervino Nani Peters-. El señor sabe lo que hace.

—No, señora. Yo nunca he sabido muy bien lo que hacía hasta el día de ayer. Y, además, sin su amigo... Sin su amigo no existiría esta historia.

—Mire, señor, con todo respeto -le dijo León de Huánuco-. Métale fierro a fondo a su historia, por favor.

—¡Qué arañita tan hija de puta!

Mucho más que yo, con el perdón de todos ustedes. Es tan chiquitita.

Pero con ella no hay un principio y un final. Principio y final se unen en la acción mortal del bichito ese.

Hay quienes opinan que si a uno le cae en la mano, mientras está cortando plátanos, debe darse un inmediato machetazo y quedarse sin mano y sin arañita. Pero no, se equivocan. Se equivocan también los que opinan que si les cae en el brazo, de un machetazo se podan en brazo y la arañita verde. No sirve de nada. Este par de ojos lo han visto. Mi abuelo, ¿se imaginan? Me abandonó el pobre con el bardo Luis Palés Matos y tuve que enterrarlo con un brazo al lado.

Siempre es demasiado tarde para un machetazo o para lo que sea. La arañita verde hija de puta cae del plátano ya con las patitas incrustadas en nuestra epidermis. Y desde esa posición lo mira a uno de reajo y sabe exactamente qué es lo que uno va a hacer contra ella. Y el veneno más rápido y eficaz que existe en el mundo lo tiene en sus inocentes patitas. Y, no bien adivina que se viene el machetazo, antes incluso, ya uno está cayendo fulminantemente envenenado...

Bueno, ¿me permiten? Unos sorbitos más de cerveza y sigo. Aprovechen para darles otra copita de pisco a su amigo... Dijeron que se llamaba Santiago, ¿no? Buen muchacho. Jamás lo olvidaré. Pero parecía andar huyendo de algo cuando me topé con él hace un rato...

—Por favor, señor, díganos qué pasó con Santiago.

—Todo llegará en su debido momento. Piensen que para llegar hasta Tingo María tuve que hacer un día entero de camino con la arañita verde hija de puta en la mano izquierda. En esta mano flaca y vieja que están ustedes viendo ahora. ¿La ven? Fíjense bien.

—¿Le cayó a usted la araña del plátano? -preguntó León de Huánuco.

—Arañita verde hija de puta, con su perdón. Sí, yo andaba con el machete, como siempre, desde que murió mi abuelo. Cortando y cargando plátanos para llevarlos al río y esperar la embarcación. Cada mes pasa una embarcación. Y si no pasa... Bueno, pero ésa es otra historia...

—A usted le cayó la arañita verde, señor -dijo Nani Peters.

—Arañita verde, dice usted bien.

Pero, ¿puede usted imaginarse lo que es haberse pasado setenta y cinco años esperándola? Porque se hace esperar, la condenada, y uno termina por tomarle cariño. Sí, así es la vida. Así son los efectos de las ausencias prolongadas. Se puede terminar extrañando al ser más pérfido, al más malvado, a fuerza de esperarlo. Sobre esto no han escrito nada los filósofos. No he leído poema alguno, tampoco... ¿Ustedes sí, tal vez...?

—Señor, quedamos en que usted tenía ya a la arañita verde...

—Verde como la hoja de plátano.

—Conforme. Ya la tenía en la mano.

—Incrustada en la mano y mirándome de reajo... Setenta y cinco años esperando ese momento, ¿se imaginan?

No me digan que lo menos que se puede decir de un momento así, es que se trata de un momento envenenado. ¿Estamos de acuerdo...? Veo que sí.

Volviendo ahora a ese momento envenenado y ustedes podrán verme sonriendo:

—¡Por fin llegaste, mi amor!

Claro que eso no se lo dije en voz alta, pero en cambio sí le dije algo que ella realmente no se esperaba:

—¿Nos vamos de paseo, mi amor...?

¿Quieres conocer Tingo María? Tingo María era una aldea cuando yo pasé de niño por ahí con mi abuelo y, amor mío, sin haber conocido jamás a mi padre ni a mi madre. Ni a

mi abuela, tampoco, es cierto. Fueron días y días de camino y sudor y mucha hambre para llegar a estas tierras, amor mío.

Días y días abriendo trocha para salirnos del mundo, mi arañita verde.

Mi abuelo logró llegar hasta aquí conmigo, cuando yo era sólo un niño, mi amor. Y no sabes cuánto quise yo a mi abuelo y, a lo mejor, mi arañín, fue tu abuelita la que mató a ese hombre maravilloso que me enseñó a no saber nada del mundo...

—Una botella más de cerveza, por favor -se interrumpió a sí mismo el viejo enjuto.

—Inmediatamente, señor.

—Bueno, así sí. Con la garganta fresca. Yo no tengo la costumbre de hablar, ¿saben? Una vez al mes hago los números que me enseñó mi abuelo, con la embarcación que pasa... Hablar es cosa de poetas, y yo a los poetas los prefiero en libros... Incidentalmente, ¿han sabido algo de un poeta llamado Arthur Rimbaud...? ¿No?

¿Nada? Mi abuelo me hablaba siempre de él. Algún negocio tuvieron juntos en Abisinia, pero mi abuelo no tuvo nunca una buena opinión de él...

—¿Es usted francés, señor?

—Francamente no lo sé. Eso no me lo pregunten, porque realmente no sabría darles una respuesta acertada.

Pero ¿saben ustedes lo que es venirse hasta Tingo María en una camioneta pick-up? ¿Manejando y pasando los cambios con una sola mano y conversándole a la arañita verde, todo al mismo tiempo? Un día entero de camino, fíjense bien. Y qué camino. Trocha, más que camino. La arañita realmente parecía despistada. Toda la tarde de ayer, toda la noche, y por fin esta madrugada alguna esperanza... Algunas lucecitas, de vez en cuando... Tingo María no podía estar muy lejos. Si los nervios aguantaban unas horas más... Un hospital era mi objetivo...

Que me cubrieran la mano con una campana de vidrio... Como la tapa de una fuente... Y por debajo, muy suavemente, ir soltando éter hasta que mi amor se quedara del todo dormida y después alzar la campana y con un palito, tic, sacar a la arañita dormida...

Había esperado ese momento prácticamente toda mi vida. Desde la muerte

de mi abuelo había estado esperando ese momento. Había planeado todo eso durante setenta y cinco años, y a la una en punto de la tarde entré serenamente al hospital de Tingo María...

Y miren ustedes lo que se llama una coincidencia... Santiago, el amigo de ustedes, entró conmigo... Parecía estar loco ya... Parecía que ya era muy tarde, en su caso, y estaba tan enloquecido que él mismo no sabía cuál de sus propios antídotos emplear...

No sé, pero uno no puede abandonar a un tarantulado así no más... Al pobre parece que lo habían picado en un restaurante de mala muerte... Y mala muerte le esperaba, según me dijo mientras subíamos la escalera y yo trataba de calmarlo contándole lo de mi propia arañita verde... Délen más pisco, por favor. Está bajo los efectos del pánico y yo sólo quise hacerle un regalo para su laboratorio... Yo sólo quise corresponderle su inmenso favor...

—Un poco de orden, por favor, señor -intervino Raúl-. ¿Qué favor le hizo Santiago a usted y qué le hizo usted después a nuestro amigo?

—Verán. Esos animales del hospital no tenían ni éter ni la campana de vidrio con la que yo había soñado toda mi vida. No tenían nada esos animales, y Santiago empezó a señalarme como loco su botiquín. La verdad, todos ahí creímos que estaba completamente loco cuando empezó a contar que él trabajaba en la Facultad de Ciencias de París, y que había estudiado muy a fondo el caso de mi arañita verde. Lo contaba todo desafortadamente, pero una o dos cosas dijo, de pronto, que me hicieron sospechar que no estaba loco de remate y que sí acababa de llegar de París. A mí no me quedaba otra esperanza y tuve que aferrarme a lo que él decía...

—¿Y qué decía?

—Que tenía una inyección apropiada para mi caso, pero que no se atrevía a acercarse ni un paso más. Y después soltaba un montón de palabras en latín y en alemán. Todo sonaba muy científico y parecía ser fruto de largas investigaciones, pero nadie le entendía tanta sabiduría. Lo único que parecía, como les digo, era que de investigar sí sabía mucho. A mí, en todo caso, no me quedaba otra alternativa, y aproveché que los médicos lo estaban sujetando para quitarle el maletín y alejarme de él. Entonces se calmó y nos explicó lo de un italiano loco al que había picado una tarántula y cómo él se había autosugestionado tanto y cómo ahora se moría de vergüenza. Ah, y algo dijo también de unos médicos llamados psiquiatras...

—¡Santiago, mi querido Santiago!

-exclamó Nani Peters.

—Es de piedra para oír, señora.

Pero todo lo que sabe, usted no se lo imagina. El mismo indicó qué ampolleta de las muchas que traía en su botiquín había que ponerme, y que un cuarto de hora después ya podían sacarme la arañita verde.

—Explíquenos usted con calma, señor -le rogó Raúl-, ¿qué pasó después? ¿Qué fue de la arañita, por ejemplo?

—Yo se la regalé a su amigo, porque el sabio es él, al fin y al cabo.

Yo mismo se la puse en la mano y ahí la tiene. Un tesoro para su laboratorio, pero él parece no haberlo entendido de esa manera. Por eso me lo traje aquí, a invitarle unas cervezas y contarle de mi vida, pero miren cómo se ha puesto. Desde que salimos del hospital no ha dicho ni una sola palabra más y, la verdad, hay algo que empieza realmente a preocuparme: ¿No estará la arañita dormida solamente?

¿No irá a despertar de un momento a otro? Me preocupa ese asunto, pero yo creo que tiene arreglo porque yo sé cuál entre las inyecciones que hay en su botiquín es la indicada para este caso.

Los cuatro mozos salieron disparados y Nani Peters desapareció para siempre entre los brazos de Raúl, que a su vez miraba a León de Huánuco, de pronto casi tan petrificado como Santiago. Mientras tanto, el viejo enjuto secaba su último vaso de cerveza y se disponía a regresar selva adentro, tras haber hecho entrega del botiquín, indicándoles, eso sí, que la ampolletita verde, la más chiquita de todas, era la que correspondía usar, de presentarse el caso. Porque, en realidad, él más no sabía acerca del estado en que había quedado la arañita.

—La tiene en la mano izquierda -añadió, sonriente.

—Váyase -le dijo Raúl.

—Oiga usted -le respondió el viejo-, tenga consideración de mi alta edad y piense en la increíble suerte que ha tenido su amigo. Llega de París, y en unos minutos encuentra lo que uno se ha pasado toda la vida esperando. Pero, en fin, si quiere, abra el botiquín y yo mismo le indico qué ampolletita emplear, siempre y cuando, claro... Esa, sí, ésa. Es infalible. O sea que no se preocupen por su amigo. Yo, desgraciadamente, tengo que irme ya. Empieza a atardecer y me espera un largo viaje hasta el fondo de la selva... ¿Nadie se despide de mí...? Nadie, por lo que veo... En fin, este viejo se va y se despide como es debido: Buenas noches, los pastores... Ah, sí, me olvidaba de Rimbaud... Creo que fue muy mala persona Arthur Rimbaud.

## VII

El viaje por la selva siguió, y hasta terminó, sin que Santiago aceptara la veracidad, ni siquiera la verosimilitud, de la historia del viejo enjuto. Mucho menos aún aceptaba su participación en ella, con el asunto aquel de su botiquín ambulante y de la arañita del plátano que lo había dejado sentado y petrificado en una terraza del Hotel de Turistas de Tingo María, ante la vista y paciencia de Nani Peters, Raúl y León de Huánuco. Ciertamente era, por supuesto, que la presencia del conde Profumo, con su tarántula "Baby", lo había aterrado hasta el punto de hacerlo abandonar rápidamente la inmundicia de cafetín en que estaban almorzando. Pero después, en la calle, se había tranquilizado sin recurrir a medicamento alguno, y luego, sin pasar por ningún hospital ni encontrarse con ningún viejo jamás, ni muchísimo menos recurrir a médico alguno, que para eso tenía él sus propios psiquiatras en París, había llegado al Hotel de Turistas completamente solo y por sus propios medios, en el carrito de San Fernando, un ratito a pie y el otro andando.

—Y váyanse al diablo si no me quieren creer que yo aquí llegué solo y con mis dos patitas.

—Pero Santiago -le dijo Nani Peters-, te has tomado más de media botella de pisco sin darte cuenta siquiera. Algo tiene que haberte pasado...

—Mira, Nani, yo en mi vida he soportado el pisco.

—¿Cómo explicas entonces esta botella a medio beber?

—Alguien la dejaría aquí, porque aquí estaba cuando yo llegué hace un instante.

—Pero si la botella la hemos pedido nosotros...

—Entonces, ¿para qué me preguntan nada a mí?

—Santiago -intervino Raúl.

—¡Qué Santiago ni ocho cuartos!

Ustedes se aprovechan de un asunto tan desagradable y tan grave como mi miedo patológico a las arañas para inventarme toda una historia. Pero yo no le encuentro la gracia por ningún lado. O sea que basta ya. La verdad, Nani, jamás me hubiera podido imaginar que tú también fueras capaz...

—Pero, Santiago...

—¡Maravilloso! ¡Realmente maravilloso! ¡Un viejo del cual sólo pueden decirme que era todo sombrero, barba, y unos ojitos negros muy vivaces!

¡Más un puro y unas botas de caucho!

¡Y, por supuesto, un viejo enjuto del que nunca jamás se había oído hablar antes en Tingo María! ¡Muy gracioso! ¡Les agradezco en el alma tanto sentido del humor! ¡Pero no lo acepto! ¡De ninguna manera lo acepto!

—Pero, Santiago...

—¡Miren, llegué a este hotel por mis propios medios! ¡Y ahora, por mis propios medios me regreso a Lima también! ¡Buenas noches, los pastores!

—¡Buenas noches qué! -exclamó Raúl-. ¡Esa frase es del viejo, Santiago! ¡La dijo antes de irse!

—¡Pues yo también la digo y me largo! ¡Buenas noches los no sé cuántos!

Nani Peters, Raúl y León de Huánuco salieron corriendo detrás de Santiago, rogándole por favor que los esperara y diciéndole que bueno, que no se molestara, que no se pusiera así, por favor, que habían empezado ese viaje juntos y que juntos lo terminarían también, él, Nani y Raúl.

—¡Esas bromas de León de Huánuco no me gustan nada! ¡Estoy seguro que todo ha sido cosa de ese tipo! ¡Desde que lo vi desconfié de él! ¡Pero ahora va a ver quién soy yo y cuánto miedo le tengo a las arañas! ¡Regreso a la ciudad por la selva! ¡Por allá!

¡Lejos del camino! ¡Entre la maleza y los árboles salvajes!

—No le hagas caso, compañero León -le dijo Raúl-. Santiago es un gran amigo, pero está visiblemente alterado.

—No se preocupen -respondió León de Huánuco-. Yo regreso a la ciudad y los espero en mi hotel. Ustedes dos sigan a Santiago hasta que se le pase la crisis del todo.

Pero el viaje por la selva siguió, y hasta terminó, también, sin que Raúl aceptara la veracidad, ni si-

quiera la verosimilitud, de la historia del guerrillero nostálgico perdido en las selvas de América. Y eso que el compañero León de Huánuco tuvo que regresar corriendo de la ciudad e internarse con Nani y Santiago, muy adentro en la selva, para rescatar a Raúl de sus ardores combatientes y rogarle que, por amor a Dios y a la Patria, depusiera las armas y se entregara a las autoridades con toda su gente. Nani había tenido que salir disparada hasta la ciudad, llorando y gritando ¡León de Huánuco!, ¡compañero!, ¡compañero!, y regresar nuevamente con ¡León!, ¡León! ¡León de Huánuco! mientras éste le suplicaba que bajara la voz y que nunca, en público o en la calle, lo llamara por su nombre de compañero-simpatizante sino por su nombre de pila, Eduardo San Román, compañerita, la gente en Tingo María, compañerita, mucho cuidado con llamarme compañero en plena calle, ¿pero qué ha pasado?

—Santiago dice que Raúl ha sucumbido a una trampa de la nostalgia -le iba explicando Nani Peters a medida que, con un buen machete, se internaban en la maleza y se perdían en un espeso atardecer todo verde, repleto de árboles, de raíces, de todo tipo de fibras y lianas malignas, de ramas, de hojas, de follaje húmedo y de pájaros que, a su paso, volaban en estampida, sorprendidos.

—¡Regresa! ¡Raúl, regresa! -se oían los alaridos de Santiago.

—Creo que anda por allá, San Román -sollozaba Nani.

—Me lo dice la experiencia, Nana:

el grito de Santiago no viene de allá sino de allá.

Y con la mano le señalaba hacia la derecha y, en efecto, por ahí se estaban acercando a los gritos de Santiago. Hasta que lo vieron, felizmente, tropezándose con todo, pero sin abandonar jamás su botiquín y gritándole a Raúl que regresara, que se dejara de cojudeces, que basta de sentimentalismos, que la época de la lucha armada ya había terminado, que lo suyo estaba en la ciudad ahora y que la izquierda hasta podía estar presente en la próxima Asamblea Constituyente, colaborar en la elaboración de la nueva constitución, aprovechar las libertades burguesas para entrar a las tribunas parlamentarias y difundir su mensaje revolucionario, ¡me oyes, Raúl!

—¡Vete a la mierda! -le contestaba Raúl, y seguía avanzando.

—¡Me ha oído, Nani!, ¡León de Huánuco!

—¡Llámalo San Román, Santiago!

-le respondía Nani-. ¡Lo otro es clandestino, parece, y puede resultar peligroso dicho a gritos!

—¡A estas alturas del partido!

¡Yo creía que se trataba de su apellido!

—¡Es su nombre de combate!

—¡Pues que lo use ahora! ¡Y que agarre a Raúl y lo estrangule!

—Imposible, imposible -les decía León de Huánuco-. Hay que seguirlo.

Seguirlo y acercarse poco a poco.

—Ahí está, miren. Ha encontrado una trocha.

Raúl avanzaba evocando grandes momentos históricos que nunca habían tenido lugar, porque las condiciones objetivas y las subjetivas no se habían dado todas, primero, y porque las divisiones en el seno del partido lo habían postergado todo, después. Pero él

había estado siempre listo e incursiones como ésa, largas marchas como ésa había hecho mil con sus hombres y las armas al hombro por las selvas de América, preparándose para cualquier eventualidad, casi inerte por momentos, pero la columna seguía avanzando y si algún compañero caía, si algún compañero se desplomaba solo, si algún compañero abandonaba, si algún compañero desertaba, siempre seguir adelante con su columna, y si el racionamiento de agua y la tempestad y la inclemencia, siempre seguir adelante...

—No aguanto más -se derrumbó Nani Peters, llorando a mares.

—¡Nani, párate! ¡Las arañas! -le gritó Santiago.

—¡Vete a la mierda con tus arañas, Santiago! ¡Y piensa en Raúl! ¡No aguanto más verlo en ese estado!

—¡Y en qué crees que estoy pensando, idiota!

—¡Hagan algo, por favor! ¡Par de manganzones! ¡No aguanto más! ¡No aguanto más!

-Nani Peters estaba realmente desesperada.

—¡Raúl! -gritó Santiago-. ¡Raúl!

¡Raúl! ¡Ya basta! ¡No aguantamos más, Raúl!

Pero nada. Raúl realmente creía que la victoria era sólo cosa de unas horas más. De aguantar un poquito más. De escaparse de esa celada, llegar al río, cruzarlo, encontrarse con la otra columna, reunirse con ella, volver y dar la cara.

—¡A muerte con el imperialismo, compañeros!

—Este se nos mete al río -dijo León de Huánuco.

—Miren -les dijo Santiago-. Párate, Nani, por favor. Y tú, León, ven. Y en el instante en que llegue al río le gritamos en coro su nombre tres veces y tres veces también añadimos campeón. Vamos. Uno, dos, y ¡tres!

—¡Ra-úl! ¡Ra-úl! ¡Ra-úl!

¡Cam-peón! ¡Cam-peón! ¡Cam-peón!

Raúl, parece, logró su cometido.

Lo cierto es que dio tremendo patadón a una piedra, desconcertó completamente al río, lo descolocó totalmente, y el golazo fue a dar al fondo de la orilla de enfrente. El mismo se quedó tieso al ver un gol de semejante factura, esa obra de arte, la curva que supo imprimirle al balón para sorprender al defensa contrario. Y de eso se aprovechó Santiago, con el dolor de su corazón.

—¡Raúl! -le gritó- ¡Está bien que seas un héroe, pero este viaje lo pago yo!

Raúl volteó y los miró. Estaban los tres parados ahí, muertos de pena, ¿qué les podía haber pasado? Les sonrió mientras se acercaba y les preguntó para qué lo habían seguido, había querido estar un rato solo, eso era todo, había pensado pegarse un bañito en el río, aprovechando los últimos rayos de sol, le encantaba bañarse al atardecer... Y por supuesto que de ahí volvieron al hotel conversando tranquilos y ya empezaban a tener hambre y qué tal les parecía un duchazo y un lomito saltado esa noche, mañana por la mañana podían tomar un colectivo o un taxi y llegar hasta Aucayacu...

—Yo me tendré que quedar en el hotel -les dijo León de Huánuco-.

Pero vayan ustedes. Hay recodos perfectos para bañarse en el río Aucayacu. Verdaderas piscinas de agua cristalina.

Comieron en un silencio también cristalino y decidieron acostarse temprano esa noche. León de Huánuco se despidió de ellos, con el asunto del cuarto 101 y 109. En este cuarto había tres camas, claro, pero también, claro, Nani pensaba que Santiago podía dormir en el 101 y Santiago pensaba exactamente lo contrario.

—Vamos a ver -les dijo Raúl, ya bastante repuesto de los años de gloria-. Vamos a ver. Para evitar líos, yo puedo dormir en el 101 y ustedes dos en el 109.

—Raúl -protestó Nani Peters.

—Raúl -protestó, a su vez Santiago-. No quiero ser pesado, pero creo que tengo todo el derecho a recordarte lo que me dijiste cuando salimos de Lima. ¿Te acuerdas? Me dijiste que la primera precaución que hay que tomar al acostarse es quitarse las botas y dejarlas juntas encima de la mesa de noche. Eso evita que uno se encuentre una araña metida en una bota, por la mañana. Y yo te pregunté...

—¿Qué pasa si la araña se sube a la mesa de noche, primero, y se mete en la bota, después? Me acuerdo perfectamente de tu pregunta. Y también de mi respuesta. Me comprometí contigo a revisar tus botas todas las mañanas, antes de que te las pusieras.

—Ya ves, Nani. A mí me toca dormir en la 109. Ahora, si tú quieres dormir en la tercera cama, no tengo el menor inconveniente.

—Te has jodido conmigo, Santiago -le dijo Nani, con una cara de odio realmente impresionante-. ¿Sabes cómo te has jodido, pelotudo? -añadió.

—¿Cómo?

—Facilísimo. Nos das a Raúl y a mí ese par de botitas mariconas con que te has venido, primero, y después nosotros las colocamos encima de nuestra mesa de noche. ¡Y tú te vas a la mierda y a dormir en el 101!

—Cálmense -les dijo Raúl-. Abajo el compañero va a pensar que nos hemos vuelto locos.

—O locas -comentó Nani, sacándole una lengua realmente odiosa a Santiago.

Santiago se sacó las botas, se las entregó a Raúl, y se metió en el cuarto 101. Y ahí estaba tumbado en la cama, con todas las luces encendidas y mirando espantado hacia todos lados, cuando Nani le tocó la puerta, entró sin esperar respuesta alguna, y le dijo que podían cambiar de cuarto, pero no por las razones que él pensaba sino porque el muy cretino de Raúl acababa de sacarle un libro de economía política.

—Allá voy, Nani -le dijo Santiago, incorporándose lentamente, y rogándole que le alcanzara por favor un par de botas extras que había traído en su maleta-. Nosotros no deberíamos pelear nunca, Nani. ¿Qué sacamos? ¿Has visto lo que le ha pasado a Raúl esta tarde? Tiene que estar realmente agotado.

—¿Y tú? ¿Tú no estás un poquito loco también, por casualidad? Porque lo que es esta tarde se han visto algunas cosas muy extrañas...

No empecemos otra vez, Nani, por favor.

—Anda, lárgate ya. La verdadera selva la tienen tú y Raúl en la cabeza, si quieres que te dé mi opinión.

Raúl estaba echado, con la boca abierta y mirando el techo. El libro de economía política se le había caído al suelo y pareció no darse cuenta de que Santiago acababa de entrar y de tumbarse en la cama de al lado. Pero extendió un brazo, de pronto, y lentamente buscó el interruptor de la lamparita que tenía a su lado. Apagó, y estuvo carraspeando un rato antes de preguntarle a Santiago si se había dormido.

—No, viejo. No logro dormir pensando que Nani está sola en el otro cuarto. Lo mejor es que agarre mis botas y me deje de mariconadas de una vez por todas. Para eso, al menos, debería servir este viaje. Ese miedo no puede determinar el resto de mi vida. Ya me ha arruinado la primera mitad. Que las arañas me dejen por lo menos tener una vejez tranquila.

Algún día hay que empezar, Raúl. Y realmente creo que ha llegado el momento.

—Déjalo para mañana, hermano.

—¿Y Nani?

—Sí, dile que venga, si quiere.

Es una buena hembra y una gran persona, pero le falta mucho todavía...

—Mucho para qué, Raúl. ¿No te basta con que esté dispuesta a compartir su vida contigo?

—En qué soledad me encuentro, hermano...

—¿Eugenia...?

—No hay tiempo para eso, ahora.

Necesito descansar... Uno se puede volver loco, carajo. Pero yo prefiero dormir. Voy a respirar muy profundamente, mil veces. No te asustes. Y no me despiertes si ronco.

Roncó como un orangután, y al día siguiente estaba en plena forma, cargado de optimismo amazónico, realmente pletórico. Nani y Santiago tenían que seguirlo casi a rastras mientras avanzaba por la orilla del río Aucayacu, en busca del lugar ideal para darse el baño del siglo y entrar en contacto total con la abundancia de la naturaleza.

—Ajá -les dijo, por fin-. ¿Creen ustedes que se puede pedir más? Aquí se puede uno tumbar tranquilamente, sobre esas piedras se puede dejar la ropa y las botas, y esas rocas allá al frente son un perfecto trampolín natural. Hay bastante fondo y más limpia no puede estar el agua. Esto exige un baño en pelotas, compañeros, un homenaje a la madre naturaleza. ¿No les parece?

No esperó respuesta alguna para empezar a calatearse y, en menos de lo que canta un gallo, soltó un do de pecho y se lanzó al agua. Nani lo siguió, instantes después, y Santiago se quedó contemplando asombrado lo femenina y elegantemente bien que nadaba la pelirroja, demasiado para esta selva de mierda. Nadaba, por supuesto, en dirección a Raúl, y el famoso culo que había hecho las delicias de los veraneantes de Ancón, siglos atrás, aún conservaba destellos notables de esplendor y juvenil firmeza cuando se agitaba en el agua con una insolencia medio pelirroja también.

Nani braceaba coqueta y feliz y coqueto y feliz la recibió entre sus brazos el rey de la selva, aunque la verdad es que ambas cosas le quedaban pésimo con su carácter de gladiador invicto y con la brutalidad gigantesca de sus manotazos juguetones y sus caricias demoledoras. Pero, en fin, dicen que a las damas hay que tratarlas así.

Eso es lo que deducía, en todo caso, Santiago, y la verdad es que los vio felices, naturales y sexuales, que no le quedó más remedio que lanzarse al río y nadar en dirección opuesta al orgasmo amazónico que se estaban cocinando ese par de suertudos allá atrás, en una curvita-piscinita del río, entre chapoteos, arrullos, croares, charlares, rebramidos, gemidos, gorjeos, rugidos, trinos, crascitares, silvares, rebuznos y más rugidos, en fin, cosas de palomas, ranas, guacamayos, toros, ciervos que responden a las ciervas, tórtolas, jilgueros, leones, ruiñes, cuervos, serpientes, burros y más leones y cosas también de un contagio tan total con la naturaleza que hasta los inmensos y frondosos árboles sintieron que algo les estaba invadiendo su privacidad, su botánica intimidad. Y eso duró tres o cuatro veces, lo cual da una idea de la enorme soledad de la pareja, de la gran naturalidad de su encuentro fluvial, y del tiempo que Santiago tuvo que nadar en la dirección opuesta.

Los amantes y el nadador dormían plácidamente en la orilla del río, cuando unos disfuerzos de origen popular, básicamente consistentes en risitas, gemidillos y vulgares exclamaciones, vinieron a turbarles un sueño reparador. Eran las señoritas, más bien nocturnas que diurnas, de Aucayacu. Venían a bañarse con toalla, jabón, hasta con pasta y escobilla de dientes y, de ser posible, también, con el somnolento rey de la selva, a juzgar por sus miraditas, gemiditos, y demás disfuerzos burdelescos-populares.

Tarzán no podía ni incorporarse, lo cual realmente causó una especie de convulsión anatómica entre las señoritas de Aucayacu, que muy pronto pasaron de admirarlo a tocarlo y de ahí a no creerlo, mientras Nani Peters se daba una feroz vuelta de campana y por única respuesta les mostraba a las "mademoiselles" el esplendor mojado de su melena pelirroja y la alcornia de unas nalgas que ayer fueron y hoy, bueno, hoy todavía son. Todo esto dicho de arriba abajo, además, para mayor solaz y esparcimiento de Santiago, que se

debatía entre el uso y abuso de unos sprays científicos y la observación pormenorizada de la vida de un ídolo. Raúl, en efecto no podía responder a las solicitudes macho-hembra de unas mariposas del placer, pero por otro lado había venido a este mundo para anunciar la llegada de un mundo nuevo, sin vicios ni opresiones y sin putas ni cabrones.

Eso, compañeras, debía quedar muy claro, aunque chapotear un rato en el agua a quién no le gusta y una por una las fue reduciendo y arrojando al río entre alaridos de placer y groseras carcajadas que realmente hacían mella en el culo furibundo de Nani Peters.

—Este cojudo me las va a pagar -le dijo a Santiago.

—Déjalo, Nani. Está haciendo obras de bien social.

Por fin, tras haberlas dejado dando berridos de cosquillas a todas y cada una, Raúl saltó a la orilla de enfrente, se trepó a la roca más alta, y se mandó el salto ornamental más bello que se haya visto jamás en Aucayacu. Después, aprovechando el efecto aleccionador, que produce toda performance, arrancó con su famoso discurso sobre las relaciones imposibles entre la prostitución, la más antigua y abyecta forma de explotación del hombre por el hombre, y la revolución y el hombre nuevo. De mariposas del placer, las señoritas de Aucayacu se fueron transformando en polillas jabonadas, y al fin terminaron convertidas en prostitutas lavándose los dientes en el río, todo muy rápidamente, porque ya era hora de volver al pueblo donde las esperaban sus afectuosos mar"e"dos.

Nani Peters y Raúl no volvieron a dirigirse la palabra hasta el día siguiente, en Pucallpa, ciudad a la que llegaron al cabo de un silencioso e impresionante recorrido, en un ómnibus de la empresa de transportes León de Huánuco, por recomendación del compañero-simpatizante del mismo nombre de combate. Este se despidió de Raúl con un puño en alto, lo bajó luego un poco para despedirse de Nani, y por último lo bajó del todo para despedirse de Santiago el de las arañas. Lo del hotel, en Pucallpa, lo sometieron a voto. Ganaron, por supuesto, los demócratas, motivo por el cual a Raúl no le quedó más remedio que seguir cabizbajo a Nani y Santiago, que soñaban con un poco de aire acondicionado en el Hotel de Turistas.

Todo cambió, sin embargo, en lo que a habitaciones se refiere, Raúl quería dormir ahora con Nani, que prefería dormir sola, o en todo caso con Santiago, que había decidido enfrentarse por fin a la soledad de las arañas, y que pase lo que pase, estaba dispuesto a dormir solo, desnudo, sin botiquín, con las botas en el suelo y con la luz apagada, también.

Terminó cada uno en un cuarto distinto, y a la mañana siguiente Raúl había desaparecido. El muy bruto.

Justo se le ocurría desaparecer cuando Nani estaba dispuesta a olvidar el incidente del río Aucayacu y a invitarlos a visitar una empresa maderera de cuyo dueño era íntima amiga. ¿Dónde podía haberse metido Raúl? ¿No lo habrían reconocido en la recepción del hotel? ¿No lo habrían delatado y capturado mientras ellos dos dormían a pierna suelta? Santiago no sabía qué responder a las preguntas cada vez más insistentes y preocupadas de Nani.

Para él, lo único que existía esa mañana, aparte de unos espléndidos jugos de fruta, era el recuerdo de una noche triunfal, increíble, realmente milagrosa y definitiva en su vida. Se había enfrentado a las arañas y había dormido plácidamente, se había acostado sin siquiera poner sus botas sobre la mesa de noche, y se había dormido plácidamente. No se lo podía creer.

Y ahora ya todo era cuestión de días, de seguir durmiendo solo varias noches seguidas y de meterse una mañana solo en la espesura del monte, buscando y rebuscando entre las piedras con un palito, hasta que apareciera un arañón de éstos y aplastarlo definitivamente con su bota de caucho acostumbrado a todo. Todo, también, sería posible entonces. Todo, absolutamente todo.

Incluso abandonar su trabajo en la Facultad de Ciencias de París y regresar a su querido y extrañado país. Todo sería posible entonces...

En ese parloteo andaba Santiago, y Nani cada vez más inquieta por la suerte de Raúl, cuando se le acercó un tipo bastante extraño y, con voz clandestina, les dijo que no se preocuparan por el compañero, que no tardaba en volver. Anoche lo había reconocido un compañero periodista, cuando bajaba del ómnibus procedente de Tingo María, y tempranito por la mañana lo había venido a buscar para una entrevista en Radio Ucayali.

—Menos mal -dijo Nani-. Estaba realmente asustada. ¿Quiere usted tomarse un café con nosotros?

—Se agradece, compañera, pero sólo vine a avisarles eso y me esperan en la radio. Ya nos veremos más adelante, tal vez.

—Te confieso que empezaba a morirme de miedo -le dijo Nani a Santiago, no bien se alejó el tipo.

—Qué poco conoces a Raúl, mujer.

Esta bestia es capaz de lanzarse una arenga revolucionaria, aprovechando la oportunidad que le brinda Radio Ucayali. Ahora soy yo el que empieza a morir de miedo.

—¿Lo crees capaz de arruinarnos el viaje ahora?

—No sólo lo creo. Es capaz. Capaz de cualquier burrada con tal de aprovechar una oportunidad así.

—Y yo que pensaba llamar a Luchito Camino...

—¿A quién?

—Luchito Camino, el amigo que tiene una empresa maderera aquí en Pucallpa. Le conté que iba a venir y me dijo que no dejara de buscarlo.

Incluso me prometió un paseo por el Ucayali en un remolcador de su empresa.

—Pero, ¿le contaste cómo y con quién venías?

—Luchito es un tipazo, y lo único que le interesa es su trabajo. Lo conozco desde chica, además. Lo de Raúl hasta le dará risa. Eso sería lo de menos, te aseguro. Bueno, voy a bañarme un rato en la piscina, mientras llega este loco. ¿Vienes?

—No, gracias. Tengo ganas de leer un rato. Estaré ahí, en la entrada del hotel.

Ahí seguía Santiago cuando Raúl, con una amplia sonrisa de satisfacción que, de golpe, se convirtió en un gesto amargo, como si algo lo hubiese disgustado profunda e inesperadamente.

Santiago no sabía a qué atribuir ese cambio tan rápido.

—¿Pasa algo? -le preguntó.

—¿De dónde has sacado esa revista?

—Estaba aquí, entre otras revistas viejas.

—Estás leyendo mierda -le dijo.

—Estoy leyendo "Time", Raúl.

¿Tiene algo de malo?

—¿Dónde está Nana?

—En la piscina.

Demonios, se dijo Santiago, al ver que Raúl desaparecía con tremenda cara de amargo. Demonios. Claro, ya lo entendía todo. La portada de ese número de "Time" era un gran dibujo de la cabeza del autor de "El Capital", y abajo decía "Marx ha muerto", como anticipo de un artículo de fondo sobre los nuevos filósofos franceses.

Bueno, pero para empezar, él no había comprado la revista, sólo la había encontrado ahí entre otras revistas y había empezado a leerla casi sin darse cuenta. Y este imbécil... Diablos, que se meta conmigo por haber osado abrir "Time", y a ver si después Nani le paga el resto del viaje...

En fin, ya veremos. Por ahora mejor ni aparezco por la piscina porque ese par de cretinos debe andar en plena reconciliación. Tendría que nadar otra vez en la dirección opuesta...

Se juntaron nuevamente a la hora del almuerzo y, en efecto, Raúl no le dirigía la palabra a Santiago. En cambio, a Nani, había que verlo ahora con su Nana adorada y había que verla también a ella. Cada uno le ponía mantequilla al pan del otro y las miraditas que se pegaban, el no va más del buen entendimiento y la comprensión mutua, el héroe, la pelirroja, y la Amazonía al fondo. Más el inexistente Santiago, delante del cual se podía incluso hacer planes para la tarde sin mencionarlo siquiera, sin preguntarle si le gustaría o no venir con ellos a visitar la empresa maderera de Luchito Camino, ya Nani había llamado y hablado con él, y Luchito Camino iba a venir a buscarlos y todo, aunque claro, Nani, la bestia de tu amigo comunista acaba de soltar una proclama por la radio, ha dicho barbaridad y media, ¿no tiene miedo? No, Raúl no tenía miedo de nada, y además tenía una peluca rubia que podía ponerse en cualquier momento, y bigotes y unos anteojos clandestinos...

Pero las cosas se pusieron color hormiga justo en el momento en que Luchito Camino llegó a buscarlos al hotel, enteradísimo de los últimos acontecimientos. Se había cruzado con el jefe de la policía media hora antes, y a Raúl lo andaban buscando por todo Pucallpa, lo extraño era que aún no hubiese aparecido ningún patrullero en el hotel.

—Aunque claro -le comentó Luchito Camino, tras haberle dado un gran beso a Nani, tras haberle pegado una miradita de pánico a Raúl, y tras haberle pegado otra miradita de pánico a Santiago, a quien sin duda tomó por un lugarteniente del camarada gigantesco o algo así-. Claro, debe ser eso.

—¿Eso qué? -le preguntó Raúl-.

Explíquese, amigo.

—Mira viejo -le dijo Luchito Camino, forzando una sonrisa-. A mí la policía me importa un pepino, siempre y cuando me dejen exportar mi madera tranquilo. Y a Nani la conozco desde que era una así. Lo que estoy pensando es que a la policía no se le ha ocurrido que tú puedas estar en el mejor hotel de Pucallpa.

—Pero ya se le ocurrirá -intervino Santiago-. Yo creo que lo mejor es que saques tus cosas de aquí y te las piques, Raúl.

—No creí que pudieras ser así, Santiago -le reprochó amargamente Nani-. Lo que es yo me voy con Raúl.

—¿Tú dejarías que Nani se fuera contigo, Raúl? -se burló Santiago.

—Tengo una gran idea -dijo Luchito Camino-. Se vienen los tres conmigo. Saquen sus cosas y vámonos a mi embarcadero. Tengo un remolcador que los puede llevar hasta Iquitos.

Pueden partir esta misma tarde, si quieren.

—¿Qué garantías hay? -le preguntó Raúl, mirándolo como si lo fuera a matar inmediatamente.

—Con Luchito hay todas las garantías del mundo, Raúl -le dijo Nani, cogiéndole la mano, tranquilizándolo con sus caricias.

—Está bien -dijo Raúl-. En dos minutos estamos aquí abajo. Usted espérenos en el auto. Luchito. Yo saldré primero y Nani después. Y tú, Santiago, pagas la cuenta no bien bajes tu maleta.

—Yo leo "Time", Raúl. ¿Ya no lo recuerdas?

—Vete a la mierda, so cojudo. No hay un segundo que perder.

—Y yo que quería contarte lo de anoche y las arañas.

—Vuela, hermano. Ya me lo contarás en el río. Y tú, Nana, mete tus cosas en la maleta de cualquier manera, pero estáte aquí abajo en dos minutos. Y no le pidas a nadie que te baje nada. Yo te ayudaré, si quieres.

Fue la fuga más aburrida del mundo, casi cinco interminables días de navegación por el río Ucayali, en dirección a Iquitos. La selva, siempre exacta a ambos lados del río, hacía que Santiago se preguntara una y otra vez cómo podía haber gente que soñaba con hacer un viaje así, que hasta pagaba por hacerlo. Nani Peters, en cambio, lograba romper la monotonía reinante con la variedad de modelitos que iba sacando, de acuerdo a las circunstancias, mañana, tarde y noche, como si se tratara de un crucero de lujo por el Caribe o el Mediterráneo. En fin, algo completamente absurdo, porque había que ver lo increíblemente elegante que se les presentaba para un aperitivo en el barcito infecto del remolcador o para una comida a la luz de la luna que más parecía un picnic incomodísimo, debido sobre todo a la falta de espacio y a los mosquitos.

Pero ella ni cuenta se daba de esos ligeros inconvenientes, o de que los mosquitos no tardaban en devorarle los brazos y hombros desnudos de un modelito romántico y nocturno. Nada, Nani no se daba cuenta de nada, y su luna de miel con Raúl seguía viento en popa, literal y fluvialmente ahora, y con el paso de las horas y los días y la selva siempre frondosa, siempre verde y siempre exacta a sí misma, empezaba a parecerle algo tan interminable como el viaje mismo, pero en el buen sentido de la palabra.

El río Ucayali, tan generoso como caudaloso, parecía haberle devuelto al Raúl de los años mozos, al ídolo, al campeón, al héroe de mis jornadas deportivas y un inolvidable baile de juventud. Y se lo había devuelto en cuerpo y alma y a tiempo completo, además, porque también Raúl parecía haber sucumbido a los encantos del viaje más aburrido y absurdo del mundo, y tras haberse informado acerca de la navegación fluvial en la zona, mientras catequizaba a los tres aburridos tripulantes del remolcador, se había entregado por completo al discreto encanto de la burguesía y la más reparadora cura de reposo que jamás haya experimentado guerrero alguno.

Santiago, por su parte, muy pronto se hartó de buscar y no encontrar a la araña maligna que, bien aplastada, pondría punto final a cuarenta años de patológico pavor, y realmente empezó a maldecir el momento en que a Luchito Camino se le ocurrió meterlos en ese remolcador.

—Algo leí hace siglos acerca de la navegación de las arañas - comentaba a cada rato, francamente desilusionado-.

Navegan mal, muy mal, y odian todo tipo de embarcación. O sea que al diablo con mi tratamiento y al diablo con todo.

—Ten paciencia, Santiago -le decía Raúl-. Ya aparecerá una buena araña en Iquitos.

Pero el que apareció en Iquitos fue Oscar Luna. El trío fugitivo acababa de llegar a buen puerto y mejor hotel, muy bronceado y repuesto, y se disponía a dividirse en una habitación nupcial y otra para Santiago, sin pleito alguno por primera vez, cuando un impecable y estival marino exclamó: ¡Dichosos los ojos!

—¡Dichosos "mis" ojos, Oscar!

-exclamó a su vez Santiago, en un santiamén, al ver que Raúl estaba a punto de sacar su pistola, dar dos saltos mortales, hacer añicos una ventana del hotel, y desaparecer por el jardín, todo al mismo tiempo, mientras Nani Peters se aprestaba a sacar una peluca rubia de su cartera y a partir también la carrera detrás del héroe.

Oscar Luna no se dio cuenta de nada, felizmente, y Santiago pudo explicarles de quién se trataba.

Habían estudiado juntos en Lima y en París, se habían especializado en arañas, venenos, y alaclanes muy venenosos, pero sobre todo habían sido grandes amigos en sus épocas estudiantiles.

—¿Y el uniforme de marino? -preguntó Raúl, con tal cara de bestia que Oscar Luna como que sospechó algo.

—Me asimilé a la Marina como único medio de seguir investigando en mi campo - explicó, sin embargo, muy cortésmente Oscar-. No me quedaba más remedio. O me asimilaba o me moría de hambre. Y éste es un lugar ideal para mi trabajo. Hace tiempo que estoy en una base por aquí cerca, pero en realidad de marino no tengo nada. Lo mío son los bichos, igual que Santiago, pero sin miedo, felizmente. Bueno, ¿pero qué haces tú por aquí, Santiago? Jamás se me habría ocurrido...

—Nos acompaña -lo interrumpió Raúl-. Y tenemos que irnos ya.

—Raúl -intervino Santiago-, Oscar y yo hemos sido grandes amigos.

—Miren -les dijo Oscar Luna-, tengo una lancha esperándome en el río. Los invito a la base. En casa hay sitio para los tres y mi esposa estará encantada de conocerlos...

—Oscar -le dijo Santiago-, no creo que podamos. No, la verdad es que no podemos aceptar tu invitación.

No sabes cuánto lo siento, pero para ser sincero...

—Cállate, Santiago -lo interrumpió Nani Peters.

—Cállate tú, Nani por favor. Oscar es un gran amigo. Podemos confiar plenamente en él. Mira, Oscar...

—Cállate, Santiago, y vámonos ya -le dijo Raúl, cogiéndole fuertemente de un brazo.

—Mira, Raúl, o me sueltas el brazo inmediatamente o le cuento todo a Oscar. Suficiente tengo ya con haber terminado acompañándote en un viaje de luna de miel, en vez de...

—¡Haberlo avisado antes! -exclamó Oscar Luna-. ¡Me hubieran avisado antes y ya les habría invitado una copa! ¡Con razón! ¡No entendía tanto misterio! ¡Vengan al bar, por favor!

¡Les invito una copa y los dejo en paz!

Santiago soltó la carcajada y miró a Raúl como diciéndole que era el clandestino más desconocido del mundo, bienhecho. Y el enredo que se estaba formando, además, porque ahora sí que Oscar Luna no había entendido ni jota, y Raúl empezaba a sentirse profundamente humillado al ver que un marino, por más asimilado que fuera, no lograba reconocerlo por nada, sólo porque llevaba bigote y anteojos negros. Y además delante de Nani Peters, que ya también empezaba a sentirse entre defraudada y herida en su amor propio, al ver que no había manera de que Oscar Luna reconociera a su héroe. Así andaban las cosas cuando llegaron al bar del hotel y el marino empezó a sentirse realmente incómodo al ver que a Santiago le había dado un verdadero ataque de risa.

—Creo que voy a tener que explicárselo todo al pobre Oscar -decía Santiago, y continuaba desternillándose de risa, ante las miradas de odio de Nani y Raúl.

—Con el perdón de los tres, me retiro -dijo Oscar Luna, que también había empezado a impacientarse ya.

Pero Santiago lo contuvo y, entre risotada y risotada, logró explicarle la situación, disculpándose al mismo tiempo y rogándole que entendiera cómo y por qué se había producido semejante enredo. Y ahora, tras haberlo comprendido por fin todo, era Oscar Luna el que se mataba de risa e insistía en llamar a un mozo para invitarles un trago. Juraba, además, que no se había dado cuenta de nada y hasta le pedía disculpas a Raúl por no haberlo reconocido antes.

—Pero mantengo mi invitación -dijo, finalmente.

—Estás loco, Oscar -le respondió Santiago.

—En la base ni cuenta se darán, les aseguro. Además, el viaje vale la pena y el sitio es muy bonito. Y si quieren no salimos de mi casa, pero yo les aseguro que con no asistir a las

comidas de los oficiales bastará. Y mi esposa cocina muy rico. Anímense, y ya verán. No hay peligro alguno.

Y eso fue lo peor de todo: que no hubo peligro alguno. Se quedaron tres días, recorriendo íntegra la base naval, la guarnición Estrecho Río Napu, y en todo caso ahí los últimos que estuvieron en peligro fueron los marinos, porque Raúl terminó comiendo hasta con los altos mandos, interesándose por el trato que se les daba a los marineros, por la calidad del rancho y cuchucientos mil cosas más, pero nadie lo reconocía por nada de este mundo. Oscar Luna y su esposa cada vez se reían más de la situación, Santiago cada vez se carcajeaba más, Raúl cada instante metía más su cuchara donde menos le correspondía, pero nada, ni siquiera los oficiales de seguridad lograban reconocerlo.

Nani Peters se sentía realmente humillada y Raúl andaba cada vez más con el rabo entre las piernas, hasta que por fin tuvo que darse por vencido y decidir que había llegado el momento de regresar a Iquitos, aunque con muy buena información, eso sí.

Pero el colmo de los colmos fue que algunos oficiales, maravillados con la gran capacidad de organización que había demostrado Raúl, le pidieron que asistiera a una reunión con motivo de las próximas fiestas de la base.

Querían organizar un festejo especial, algo diferente esa vez, y estaban dispuestos a escuchar sus valiosos consejos y sugerencias. Y el pobre Raúl no tuvo más remedio que pasar por semejante situación, semejante humillación, en realidad, pero Nani Peters y Santiago asistieron con él, en prueba de su total solidaridad con el compañero en desgracia, y vieron como éste, con verdadera hidalguía, hizo gala de una gran serenidad, de un enorme coraje en la adversidad, y dejó los próximos festejos de la guarnición perfectamente bien preparados en las rúbricas referentes a gastos, música, seguridad, menú, y otros pormenores más. Después, hubo cóctel de despedida a los encantadores amigos de Oscar Luna, y hasta Santiago sintió una fuerte depresión durante el viaje en lancha que, un lindo atardecer, los trajo sanos, salvos, y completamente ridículos a Iquitos.

Qué le quedaba ya al pobre Raúl más que regresar a Lima tras haber encajado tan tremenda derrota, tras haber tenido que soportar tan humillante situación. El pobre no salía de su mutismo, por más que Nani Peters, con gran inteligencia y nobleza, trataba de convencerlo de que tomara las cosas de otra manera y de que, en el fondo, había tenido la increíble suerte de no ser reconocido. También Santiago lo acompañaba a sol y sombra, recordando silenciosamente la mañana aquella de su infancia en que había visto llorar a Raúl porque una monja le había quitado su pelota de fútbol. El se le había acercado, mientras Raúl se daba cabezazos de rabia e impotencia contra una pared.

—Tú eres el mariconcito de las arañas, ¿no? -le había preguntado Raúl, entre dos cabezazos.

"Un ídolo caído es algo que se da de cabezazos y conversa al mismo tiempo", había anotado Santiago en su diario, al recordar un día aquella lejana situación. Pero Raúl seguía dándose cabezazos de mutismo e hiriendo a Nani Peters y Santiago con el profundo desprecio que mostraba por su simpatía y solidaridad.

—Siempre hay algo que aprender acerca de los ídolos, Nani -le dijo Santiago, al ver que Raúl se alejaba de ellos para ir a encerrarse en su habitación-. Nunca me había dado cuenta de que jamás crecen, por ejemplo.

—¿Sabes que lo voy a dejar, Santiago?

—¡Qué! ¿Ahora?

—No bien lleguemos a Lima. Lo dejo, porque los ídolos ni crecen ni dejan crecer nada a su alrededor, tampoco.

—Pero, si...

—No te lo niego, Santiago: Ha sido para mí un lindo viaje, y probablemente también para él. Pero las cosas siguen exactamente en el mismo punto en que estaban cuando empezaron.

Sigo teniendo que cambiar desde el corazón hasta el cerebro.

—No te lo creo. Simplemente no te lo puedo creer, Nani.

—Noche tras noche, no ha hecho otra cosa. Tú sólo veías el día, pero yo me he tenido que soplar noches enteras, tan maravillosas como crueles. Y en la base naval ha sido atroz. Cuanto menos lo reconocían, más tenía que cambiar yo... No sé si entiendes lo que quiere decir eso, Santiago. No quiere decir solamente que los ídolos no crecen jamás.

Quiere decir también que algún día él escribió en su diario la palabra "intranscendente", al referirse a mí.

Y que nada ha cambiado desde entonces para él. Absolutamente nada. Ni aunque yo haya vivido y cambiado tanto, también desde entonces.

—Realmente no entiendo, Nani. Yo empezaba a creer que ustedes...

—Yo sí, pero él no.

—¡Qué desastre de viaje, por Dios!

—Tú lo trajiste para que llorara y yo para que aprendiera a reírse. Pero parece que no ha aprendido ni lo uno ni lo otro.

—Y yo me quedo sin haber matado una sola araña. Me quedo sin haberme atrevido siquiera a mirar una araña.

—Y tú ya sabes cómo me regreso yo a Europa... ¿Qué quedará de este viaje, Santiago? ¿Qué quedará al final?

—Un hombre de acción, Nani.

—Pues yo, por mi parte, le regalo la acción a la gente que no tiene más que hacer en esta vida, mi querido Santiago.

—Bueno vamos a ocuparnos de los billetes a Lima.

—Y el tiempo que nos queda aún con ese animal. Porque de eso también tenemos que ocuparnos, compañero.

Pero Raúl llegó a Lima en gran forma y mejor estilo. Llegó nada menos que piloteando un Focker y con cuatro rehenes realmente aterrados.

Todo empezó en el aeropuerto de Iquitos, mientras esperaban para embarcarse. Algo raro habían notado ya Nani y Santiago, porque Raúl había comenzado a reírse solo y sin motivo aparente, al divisar entre los viajeros a un hombre que viajaba con su esposa y sus dos hijos. El hombre lo miraba de rato en rato, como atemorizado, y Raúl le devolvía las miradas de forma cada vez más insolente.

—Ese señor que ven ahí, con cara de buen ciudadano, fue una vez ministro del Interior -les dijo por fin a Nani y Santiago.

—¿Y qué? -le dijo ella. Déjalo en paz. Ahora es un viajero como cualquier otro y está con su mujer y sus hijos.

—Ese hijo de puta me torturó una vez. Me colgó y me apaleó...

—Raúl, por favor -intervino Santiago-. Olvídate de eso ahora y déjanos viajar en paz, por favor.

—No se preocupen, que viajarán en paz. ¿Qué puedo hacer yo ahora, además? Sólo quería que ustedes supieran quién es ese tipo.

Pero el capitán Salcedo estaba al mando de la tripulación, y maldita la hora en que se le ocurrió salir a recibir a los pasajeros a la puerta del avión. Había sido amigo de Raúl y compañero de lides deportivas en épocas universitarias. Raúl se le presentó con un gran abrazo, y el ex ministro del Interior palideció al darse cuenta de lo que estaba ocurriendo e imaginarse lo que podía ocurrir.

También palidieron Nani Peters y Santiago, porque Raúl era muy capaz de pedirle al capitán Salcedo que lo hiciera pasar a la cabina de mando y le enseñara a pilotar el avión. Nani miró a Santiago, pero éste, en voz muy baja, le dijo que ni hablar, el capitán Salcedo tenía que saber perfectamente bien quién era y qué era Raúl. Jamás iba a cometer la locura de invitarlo a ninguna parte.

Así fue, felizmente, y el ex ministro del Interior, su esposa y sus hijos, se sentaron juntos en los asientos delanteros del avión. Detrás se sentaron Nani, Santiago y Raúl.

—Qué pena -les dijo éste-. Por un momento pensé que Salcedo me invitaría a la cabina de mando.

—Ni que estuviera loco -le respondió Santiago.

—Siempre he soñado con aprender a pilotar un avión.

—Ya tendrás otra oportunidad mejor que ésta -le dijo Nani, cogiéndole cariñosamente la mano.

El avión acababa de tomar altura y el ex ministro y su familia se habían tranquilizado, cuando el capitán Salcedo cometió la increíble temeridad de llamar por megafonía a Raúl, con apellido y todo. Ignorando, sin duda, que éste se hallaba en la clandestinidad, invitaba a su gran amigo Raúl a pasar a la cabina de mando. Raúl se olvidó hasta de quién era, se quitó de encima la mano de Nani, desabrochó su cinturón de seguridad, le pegó tremendo empujón a Santiago, y se dirigió velozmente a la cabina del avión.

Nani y Santiago oyeron clarísimo cuando el ex ministro del Interior le dijo a su esposa e hijos que se habían jodido.

—Nos lleva al infierno -agregó-.

Este comunista de mierda es capaz de cualquier cosa. Recen. Recen, por favor.

Pero el ex ministro, su esposa e hijos llegaron sanos y salvos al aeropuerto de Lima y fueron los primeros en abandonar el avión. Nani Peters y Santiago soltaron la carcajada al verlos bajar y salir corriendo por la pista de aterrizaje. Después apareció Raúl, tan feliz de haber aprendido a pilotar un avión, que ya ni siquiera se acordaba de que había pasado casi dos semanas en un importante viaje a la Amazonía. Muchísimo menos se acordaba, por consiguiente, del ex

ministro del Interior, de su esposa y

sus dos hijos. El muy animal ni siquiera se acordaba del peligro que podía estar corriendo en ese mismo momento.

—No crecen jamás -le sonrió Nani a Santiago-. En eso tenías razón.

Pero, además, tampoco tienen infancia ni pasado ni memoria.

—Sí tienen -le aclaró Santiago a Nani-. Lo que pasa es que prefieren respirar profundamente mil veces y quedarse dormidos, a volverse locos.

—Bueno, pero de eso ya te ocuparás tú, compañero -le dijo Nani Peters a Santiago, sonriéndole con los ojos bañados en lágrimas, mientras ambos seguían difícilmente los pasos gigantes con que Raúl se apresuraba hacia la correa de los equipajes.

## VIII

Transcurrieron varios meses antes de que Santiago terminara de anotar en su diario los principales sucesos de aquel viaje al Perú. Le sorprendía, sobre todo, a medida que iba escribiendo, la forma en que su memoria seleccionaba algunos episodios y descartaba otros, y lo poco o nada útiles que le iban resultando los apuntes que había tomado. Algunos nombres y algunas notas, breves o largas, llegaban a constituirse en verdaderos escollos en el momento de voltear una página o de dejar una idea o un párrafo satisfactoriamente terminado. Nada había querido o necesitado escribir, por ejemplo, acerca de la vulgaridad de Susana, la compañera que lo había alojado en la casa de la avenida México, antes y después del viaje con Nani y Raúl. Y nada había escrito sobre todo aquello, al final, y prácticamente no recordaba nada ya.

Y, durante el viaje por la selva, ¿de qué le había servido anotar tanto nombre? Palabras como Yarinacocha, Instituto Lingüístico de Verano, bautizo en el río, Vivanco Pimentel, Belén, golondrinas, heladero de Iquitos, guía, y otras más, de nada le habían servido, en nada habían estimulado su memoria, no le habían suscitado el menor interés ni emoción alguna. Ni siquiera el divertido recuerdo de Coyote, el aduanero de Iquinos con el que Raúl tanto había discutido sobre el creciente problema de la droga, le fue de utilidad alguna a Santiago. Y ahí quedaban, perdidas tal vez para siempre, las palabras cínicas y resignadas, al mismo tiempo, con que Coyote le puso punto final a aquella discusión, al pie del río Amazonas: "Aquí el que no se alinea flota, amigo".

La desaparición de Eugenia, a medida que Santiago avanzaba en su diario, le resultaba lógica, debido a la aparición cada vez más frecuente de Nani Peters, por quién Santiago había llegado a sentir un profundo afecto y respeto, sobre todo en las últimas páginas, cargadas ya de la nostalgia que dejan las cosas vividas a medias o comprendidas demasiado tarde. Pero nada de ello impedía que a Santiago le afectara profundamente la desaparición de Eugenia, una de las mujeres que él más había querido en su vida y que más páginas llenaba en los capítulos referentes a su adolescencia, sus años universitarios, y su vida en París. Cuántas páginas de su diario empezaban con la misma frase:

"Hoy he recibido carta de Eugenia".

Santiago recordó las palabras que Nani Peters le dijo en Iquitos, poco antes de terminar el viaje: "...

los ídolos ni crecen ni dejan crecer nada a su alrededor, tampoco".

Las palabras de Nani se referían a Raúl, por supuesto, pero Santiago no lograba juzgar a su amigo con tanta severidad. Aunque era cierto, sí, que el nombre de Eugenia había ido desapareciendo paulatinamente, a medida que avanzaba en su diario el viaje que ellos acordaron realizar para hablar de ella, para que Raúl llorara por ella y se desahogara de una vez por todas, si eso era posible. Había sido todo lo contrario, más bien. Y en cuanto al nombre de Nani Peters, ya probablemente nunca más volvería a aparecer al lado del de Raúl... "O a su alrededor, tampoco", pensó Santiago.

De Nani Peters sólo había vuelto a saber una vez, desde que ambos regresaron a Europa. Le mandaba mil recuerdos en una breve nota en la que también le anunciaba el desenlace de su historia, de su parte en esa historia, en todo caso. Estaba de novia con el director de un banco de Amberes, y muy pronto se iría a vivir definitivamente con sus hijos a esa ciudad. Agregaba su nuevo número de teléfono, por si acaso a Santiago se le ocurriera algún día pasar por Amberes. "No he vuelto a saber absolutamente nada de ese maravilloso animal", concluía, refiriéndose a Raúl.

Por último, Santiago empezó a pensar que también él, en alguna forma, había ido desapareciendo poco a poco de las páginas de su propio diario.

Eso era cierto, bastante cierto, si tomaba en cuenta el poco o nulo interés que Raúl había ido mostrando por la segunda razón que los llevó a emprender ese viaje por la Amazonía.

Hacia el final del recorrido, en efecto, Raúl parecía haber olvidado por completo que Santiago había venido también a resolver un problema muy grave y personal.

Total, pues, que las páginas de ese diario hablaban cada vez menos de Eugenia y de las arañas, razones fundamentales del viaje, cada vez más de Nani Peters, aunque después ésta terminaba desapareciendo para siempre, y todo ello a medida que la figura de Raúl se acrecentaba hasta aplastar casi por completo a todos los demás...

Pero, al final, se rió Santiago, el propio Raúl se olvida de sí mismo, se olvida de que está en la clandestinidad, aterrado a un ex ministro y su familia, se luce delante de todo un avión, y se precipita por los corredores del aeropuerto de Lima, un lugar muy peligroso para una persona que tiene que pasar completamente inadvertida...

Muy poco le sorprendió a Santiago, por consiguiente, que Raúl hubiera tenido que emprender una vez más el camino del exilio, tras haberse expuesto a los más graves peligros y a una rocambolesca persecución. Había llegado a París por milagro, y no tardaba en aparecer por su departamento. Santiago lo esperaba con los brazos abiertos, dispuesto a ayudarlo en todo lo necesario, pero nunca se imaginó que Raúl aparecería llorando ya de esa manera por Eugenia. París, más de veinte años atrás, había sido la ciudad en que Eugenia y él vivieron su primer exilio, días de juventud

en los que el tiempo alcanzaba para todo y sobraban las energías y las ilusiones.

Y ahora, en este regreso involuntario, Raúl se había lanzado sin darse cuenta a las calles, en busca de una mujer joven y morena, de larga cabellera negra, y de inmensos ojos verdes, de aquellos ojos verdes, como solía decir Santiago. Y sí, la había encontrado y la había conquistado, la había cautivado con la historia de sus luchas e ilusiones políticas, con el impaciente movimiento de sus ideales, y como si todo pudiese repetirse y recuperarse, como si jamás nada se hubiese perdido para siempre. Anne se llamaba esa mujer en cuyos brazos iba a negar una vez más, pero en París ahora, la muerte de Eugenia, haciendo el amor con ella y luego respirando profundamente mil veces para quedarse dormido y no ver el vacío enloquecedor de la realidad.

Pero no pudo hacer el amor con Anne, no logró más que uno y otro fiasco con esa mujer paciente y complaciente.

Hubo entonces otra Anne y otra Anne más, y cada vez más le gritaban todas el nombre de Eugenia, allá por el 66, el 67, el 68. Raúl corrió entonces desesperadamente hasta el departamento de Santiago, atemorizó a los pasajeros de un vagón de metro con sus sollozos de gigante herido, perdido, totalmente desconcertado, se equivocó de estación y se bajó antes de tiempo, corrió aún más, hasta que por fin pudo llegar a la calle en que vivía su amigo y al número 53. Abrió la puerta del edificio de un empellón y subió estrepitosamente por la escalera. Estuvo horas y horas llorando y sólo logró dar una explicación.

—Necesito hacer el amor con una mujer rubia o pelirroja, pero no morena. Con una mujer negra o china o norteamericana, pero no morena, Santiago. Podría destrozarte el departamento en este momento... Soy plenamente consciente de que en este mismo instante puedo hacerte añicos tu departamento...

—Prueba respirar profundamente mil veces, Raúl.

—¿Te acuerdas de Eugenia? ¿Te acuerdas de París hace veinte años...? Eugenia ha muerto, hermano...

Y mientras empezaba a repetir incesantemente aquellas mismas frases, entre sollozos incontrolables, Santiago logró adivinar que la extraña caja que Raúl tenía entre sus manos, y que de un momento a otro se iba a abrir, contenía la tarántula viva que su amigo le había

traído de la selva del Perú, para soltársela inesperadamente en recuerdo de aquel viaje a la Amazonía. Santiago sintió verdadero pavor, en un primer momento. Pero después, al ver que Raúl empezaba a darse de cabezazos contra la pared, comprendió que recién había comenzado el verdadero viaje y que veinte años atrás, en París, Raúl habría sido totalmente incapaz de llorar así y de perder el tiempo en detalles inútiles como ése de la araña.